

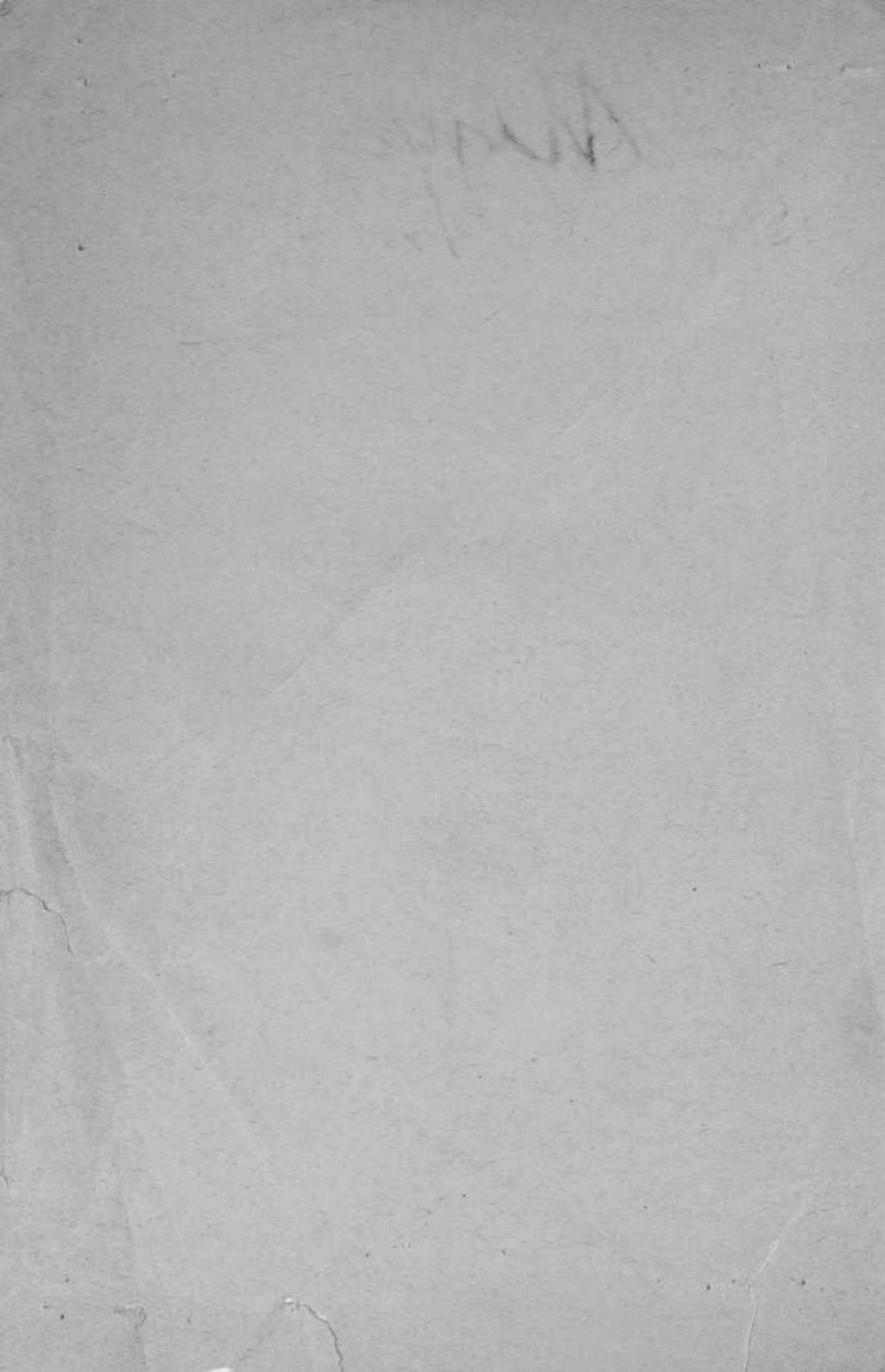
Miguel de
Armas

SAN AGUSTIN, DE JOVEN

2
94

677

D-2
23694



SAN AGUSTIN, DE JOVEN

FRAY P. FABO DE MARÍA

AGUSTINO RECOLETO

C. de la Real Academia Española

B. P. de Soria



61120677
D-2 23694

Hortel



MADRID
EDITORIAL VOLUNTAD, S. A.
1931

Licencia de la Orden

Visto el informe de los censores, puede imprimirse.

*Fr. Gerardo Larrondo de San José,
Prior General.*

Madrid, 14 de marzo de 1930.

NIHIL OBSTAT

*José Alcocer Moneo,
Censor.*

IMPRÍMASE

*Manuel Rubio,
Provicario General.*

Madrid, 20 de noviembre de 1930.

AL LECTOR

Las llamadas Confesiones de San Agustín forman un libro singularmente hermoso por sus conceptos autobiográficos, por sus intuiciones filosóficas, por sus fervores místicos y plegarias fuertes en sentimiento y realidad, y a la vez por el aroma de contrición ultradavidica que se derrama por todas sus hojas, en las que el genio del autor supo armonizar la seriedad de la historia con la ingenuidad de la confesión, y el interés movido y complejo del relato con la unción suavísima de los cielos, a fin de dar, en síntesis sublime, a la posteridad una descripción de la juventud de aquel hombre que no murió, porque resulta que después de quince centurias es nuestro contemporáneo, y por eso se le ha dado el título de Doctor immortalis. ¡Las Confesiones de Agustín, el joven del talento y del amor, el teólogo-poeta, el David del siglo IV y el Salomón de todos

los siglos! Libro principalmente piadoso, que ha corrido y corre por todo el mundo en manos de almas devotas; libro lleno de enseñanzas edificantes, que retrata la realidad de la vida e inspira acciones heroicas de humildad y de temor de Dios; libro que, a pesar de decirnos en sus páginas los errores de la mente de su autor y las flaquezas de su conciencia, no escandaliza a nadie, sino, antes bien, incita al arrepentimiento y previene muchos peligros de orden moral.

Se ha dicho que la Imitación de Cristo, de Kempis, y las Confesiones son las dos obras que, después de la Biblia, han influido más en la formación de los espíritus ascéticos. Vaya un caso: *Escribe Santa Teresa de Jesús: "Cuando comencé a leer las Confesiones, pareceme me veía yo allí; comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió a mí, según sintió mi corazón; estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí misma con gran aflicción y fatiga."* (Vida, c. X.)

La crítica moderna encuentra en él un reparo, pero lo explica satisfactoriamente: San Agustín exageró en contra suya sus pecados

y errores. He aquí el reparo. Agustín no exageró teológicamente, sino que, por sentimientos de humildad, se vió, alguna vez, más pecador de lo que era. He aquí la explicación. Pero, de todos modos, la pintura autobiográfica que nos legó ha contribuído a la formación de la leyenda negra que le atribuyen muchos libros de predicación y de piedad popular. Necesitan, en consecuencia, las Confesiones las siguientes apostillas: primera, Agustín profesó errores y herejías, pero de un modo inculpable; segunda, tuvo reatos graves en materia deshonesta en la época púberal, que duró menos de dos años; pero después no aparece culpable cohabitando con la madre de Adeodato, porque, dentro de su estado subjetivo de conciencia, vivió sinceramente persuadido de que en ello obraba bien. Mi labor, como se ve, pertenece también al ramo de la rectificación histórica.

Acaban de aparecer, con motivo del Centenario XV de la muerte del Santo, algunos libros relativos a su vida, que son algo así como exégesis de las Confesiones. Luis Bertrand escribió una exposición demasiado libre, inexacta, en parte, y un tanto racionalista; Juan Papini concibió, al través de ellas, un Agustín menos irreal, pero incom-

pleto y profano, en cuyo retrato falta biografía y sobra lirismo; y Domingo Arrese nos dió un libro de estilo barroco, aunque de ideología más piadosa, pero emparentado con los anteriores. Yo me glorío de trasladar exactamente, y a veces literalmente, toda la parte autobiográfica, sin fantasear sobre los hechos, sino introduciendo diálogos verosímiles y descripciones adecuadas.

Tal es, por tanto, el libro y el criterio que sirve de substancia y nervio a esta obra mía, la cual no vacilo en ofrecer al público en calidad de historia dialogada, porque su mérito estriba principalmente en reproducir capítulos enteros y páginas muy copiosas de las Confesiones, con episodios trágicos, sentimentales, cortesanos, piadosos, mundanos, científicos, etc., contados por el mismo Agustín, y que forman el retrato verdadero de su alma. Mi trabajo, por consiguiente, se ha ceñido a presentar los cuadros con cierta erudición decorativa de la época, a declarar algún suceso en forma dialogada, en vez de narrativa, y a interpretar con amplitud, dentro de lo verisímil, lo que él sugiere con laconismo muy lindamente.

No he querido inventar situaciones, sino reproducir la personalidad verdadera de Agustín, siguiendo la escuela española en

que se reviven con procedimiento novelístico ciertos personajes históricos de mucha importancia. ¿Quién no recuerda a Jeromín y a Fray Francisco, del P. Coloma?

Es decir, he suprimido de las Confesiones todas las disquisiciones de teología, filosofía y ascética que contienen, y, con la parte exclusivamente histórica, he formado este libro.

Y, así, me ha resultado que, fuera de algunos detalles, todo lo que aquí aparece es de la pluma del autor de las Confesiones, que goza en demasía de solvencia autobiográfica y literaria.

Para comprobarlo, me he tomado la libertad, no acostumbrada en libros de este linaje, de citar los pasajes entre comillas, y también, en otras ocasiones, de indicar el lugar que puede consultarse; bien entendido que, por no multiplicar las signaturas y las comillas, muchas veces las omito.

Y conste, además, que, si alguno quisiere ampliar todavía los fundamentos en que me baso para pintar, más simpático de lo que la fama pinta, al héroe de esta obra, en algunos aspectos psíquicos y morales, dignese leer el volumen que acabo de publicar con el epígrafe de La juventud de San Agustín ante la crítica moderna.



I

En Madaura

Las calles de Madaura se van animando con la presencia de los habitantes que dejan la casa para ir a sus ocupaciones de sociedad, de comercio, paseo y otros menesteres, a la hora del atardecer, en que los ardores del sol africano se mitigan con las brisas lejanas del mar y de los montes nórdicos. Son las viviendas de aspecto macizo, pero blancas, que se estrechan y retuercen achatadas con terrazas y azoteas. En las escasas puertas y mezquinas ventanas que miran a la calle, apenas se ven algunas figuras de mujer, que gustan más bien de recatarse tras las celosías.

Aparece un grupo de señores que vienen conversando. Uno de ellos no es anciano, pero toca en la gravedad de la varonía; el otro es más joven, y el tercero apenas frisa en los diez y seis años. El principal viste túnica gris hasta la pantorrilla; los pies, calzados con sandalias; mangas

anchas y cortas, sobre las que cuelga una especie, no de capa, sino de jaique blanco; la cabeza, tocada con un turbante, cuyas puntas caen a manera de ínfulas. Al cinto deja ver una espada romana, cuya empuñadura lleva incrustaciones de oro. De estatura mediana, musculoso sin gordura, moreno de rostro, barba negra y bien cuidada, ojos de mirar grave, tiene porte de gran señor y tipo perfecto de nómada: es Patricio de Tagaste.

Siguen la calle principal, que desemboca en el Foro; el grupo atrae las miradas de los transeúntes, que conocen al personaje como rico y de pro, y a su hijo Agustín, estudiante que ha sabido ganarse los lauros del estudio en los varios años que hacía se hallaba en la población. El otro es uno de los señores principales de Madaura.

Algo extraño había en las miradas y saludos de las gentes. A Patricio conocíanlo mucho allí, como propietario de heredades y dehesas improductivas, a causa de no invertir en su cultivo un capital de que no disponía por haber venido a menos en sus negocios; y también conocíanlo y estimábanlo como hombre honrado, campechano y de trato simpático. Precisamente, uno de los objetos de su presencia en Madaura era ultimar un pleito largo y ruinoso, alrededor de tales haciendas, con un señor de Alejandría, presente tam-

bién a la sazón en Madaura, sumamente rico y de referencias no muy limpias.

Patricio llevaba varios días de permanencia en la ciudad, y estaba en vísperas de partir a Tagaste, llevándose en su corazón la amargura de un fallo adverso, en virtud del cual empeoraría su situación económica notablemente. Por eso lo veían todos con ojos de benevolencia y sonrisas de aprecio, a las que correspondía con nobleza el munícipe tagastino.

Agustín, mientras tanto, iba rodeándose en la calle de algunos jóvenes estudiantes y formaba ya un grupo aparte, que caminaba también hacia el Foro. De improviso salió de una casa un joven con una tablilla encerada en la mano y un estilete, y acercándose al de Tagaste le dijo, como leyendo en la tablilla:

—El otro día te oí decir que Ptolomeo nombra a nuestra ciudad con el nombre de Maduros; que en lengua latina se le denomina Mataura, en lengua púnica Madaura, y te oí decir que viste tú esta inscripción *Episcopus Mataurensis...*

—¡Qué! ¿Estás haciendo apuntes de historia y geografía?

—Sí, voy preparándome para los exámenes. Y también me dijiste cosas nuevas sobre Apuleyo, y sobre los otros compueblanos Máximo y Nonio.

—Basta, hombre, no nos distraigas con tus ocu-

rrencias —dijeron los camaradas de Agustín al estudiante inoportuno, el cual se retiró a su casa.

—Ese, por mucho que lo impida —dijo uno—, perderá este curso. ¡Por Serapis! Tiene la cabeza más dura que los cocos de Batna.

Rieron todos y prosiguieron la marcha. Entraban en el Foro. El de Madaura, como de ciudad principal de la comarca, donde funcionaban escuelas famosas, termas, y varios templos con pilastras y pórticos corintios, y sin olvidar algunos arcos de triunfo erigidos en lugares vistosos, resultaba bello y amplio; descollaban en su desplazamiento notables estatuas de arte romano y helénico, con influencias fenicias, entre las cuales llamaban la atención una de Marte en desnudez heroica, otra de Marte vestido con los arreos militares, y ante ésta había una de hombre, con el brazo extendido, apuntando con tres dedos en actitud de curar el mal de ojo, una de tantas manifestaciones del supersticioso paganismo (1).

Pasaron Patricio y sus acompañantes por delante de la estatua de Apuleyo, ante la cual, por lo muy conocida, no repararon; siguieron Foro adelante, platicando, y llegaron luego a la gradería del pórtico principal, pavimentado con losas de mármol, desde donde se dominaba toda la extensión de la plaza, que iba llenándose de paseantes durante aquellas horas menos calurosas del ocaso en una tarde de agosto. Entonces advirtió Pa-

tricio que su hijo habíase quedado atrás y que, en medio de un grupo de camaradas, platicaba al pie de la estatua de Apuleyo. Agustín, con su túnica blanca con orla de púrpura, sujeta al talle con cinturón de lama amarilla; el cuello desnudo, sobre el cual resaltaba la cadenilla donde pendía la bula o bola hueca, de oro, propia de los adolescentes; el cabello negro en rizos sedosos, que le llegaban hasta los hombros; la pierna rodeada con volutas que arrancaban de la sandalia y subían hasta la rodilla desnuda, contrastaba con la figura heroica del gran madaurense Apuleyo, el gramático, el orador, el sabio, y aun el taumaturgo, a quien sus paisanos habían divinizado.

Sin duda, los amigos de Agustín, que andaban por última vez en su compañía, porque se ausentaría al día siguiente con su padre, indicáronle que perorara sobre Apuleyo, porque querían oírle algunos conceptos que halagaran su regionalismo, con aquella charla amena y dulce que en sus coloquios usaba el joven tagastino, quien tenía captadas las simpatías generales en el trato, así como la nota de superioridad en las aulas. Agustín se reconcentró un momento, y con aquella facilidad asombrosa de orador que poesía, y accionando con discreción y sobriedad, pronunció: "Salve, Lucio Apuleyo, hijo predilecto de esta ciudad, más glorioso que el gramático Cecilio Minuciano Apuleyo, más memorando que el cues-

tor y político Marco Apuleyo, superior al cónsul romano Sixto Apuleyo, a la vez que procónsul benemérito en España, y más digno de honor que tu homónimo Lucio Apuleyo, el *Platónico*, que fué gran médico y naturalista. Al ausentarme de tus aras tal vez para siempre, te ofrezco los votos de mi reconocimiento, porque me enseñaste los caminos de la sabiduría con tus ejemplos y doctrinas.”

Bien pronto se dieron cuenta los que divagaban por el Foro de que alguno peroraba o ejercitaba sus gracias, según costumbre de los poetas, músicos, oradores y artistas de aquella época, que ponían tribuna a cualquier hora y por cualquier motivo en las vías públicas más concurridas, y se dirigieron allí aprisa, llevados de la afición a tales espectáculos. Un nutrido círculo de curiosos se formó alrededor del jovenzuelo. Este continuó su improvisación ante la estatua: “Tú, que amaste la filosofía en Atenas, y practicaste la jurisprudencia en Roma, y te iniciaste en los misterios de varias escuelas, así por Grecia como por Siria y Egipto, infúndeme la ciencia; tú, que conociste la felicidad del himeneo con Emilia Pudentila, enséñame el amor. Acusado de mago y agorero, escribiste un libro, y, profesor de Retórica en Cartago, alcanzaste fama de tribuno; quiero, pues, imitarte. En tu libro *Florida* hiciste una antología de trozos oratorios, y, sobre todo, fuiste el primer novelador satírico en lengua

latina con *Metamorfosis* o *El Asno de Oro*, y enseñaste al mundo a castigar los vicios sociales, inspirándote en el griego Luciano de Patras. Tus comentarios sobre la filosofía socrática te honran; tu obra sobre el pensamiento científico de Platón te glorifica, y aunque en estos tratados propendiste por el advenimiento del arcaísmo latino y del solecismo, resultaste original y grande. En tus libros *De Música*, *De República* y *De Proverbios*, y en la traducción latina del *Fedón* platónico, y en la traducción de la aritmética de Nicómano, y en tu tratado original de cálculo y matemáticas, los horizontes de la fama se iluminaron ante mi inteligencia, y desde entonces por ti quiero ser omniscio, para ufanarme con la gloria de haber sido tu discípulo. Los siglos venideros dirán si me hice digno de ti, ¡oh divino Apuleyo de Madaura!”

Cuando hubo terminado, la multitud lo vitoreó, mientras el joven enderezaba los pasos hacia el pórtico, desde donde estaba oyendo y viendo Patricio, embelesado, el triunfo de su hijo. Las felicitaciones al padre fueron luego ponderativas y numerosas. Unos alababan sus cualidades de orador; otros, su comportamiento en las aulas; aquél, su cultura y delicadeza de sentimientos; éste, su precocidad para las ciencias; y no faltó quien, entre aquella muchedumbre abigarrada de paganos, donatistas, epicúreos y profesores de dis-

tintas escuelas, proclamaran a Agustín como el futuro Apuleyo cristiano.

Gozaba Patricio con estas manifestaciones muy mucho, a causa de que en tal hijo fincaba la reivindicación de las glorias de sus antepasados, las marchitas lozanías de su cuna y el porvenir de su casa. A la vez había latente en este acto público un estado de protesta contra las irregularidades cometidas por los ejecutores de la justicia en el pleito con el ricacho de Alejandría, no menos que una ratificación de aprecio al varón probo, pero desgraciado, arrogante, pero caritativo, que por tantos años figurara entre los más honrados contribuyentes del fisco madaurense y entre los más decididos sostenedores de todo adelantado público, y que ahora dejaba de serlo por un revés de la fortuna.

En éstas hallábanse los del grupo del pórtico cuando se vió venir hacia ellos otro grupo de personas. Era el ricacho de Alejandría, con algunos de sus amigos y séquito de esclavos, que acaso se imaginaron que el pueblo trataba de amotinarse o de intentar alguna rechifla contra ellos. El de Alejandría se adelantó y se enfrentó con Patricio. Veíase de talla regular y enjuto de cuerpo; los circunstantes se abrieron a un lado y otro. Traía al cinto una enorme espada árabe. Un espectador, acordándose de la irónica frase de Cicerón contra su yerno Léntulo, exclamó:

—Pero, ¿quién ató a mi yerno a esa espada?

El ricacho, lívido de ira, comenzó a improperar al de Tagaste, atribuyéndole arterías en cuya virtud resultara completamente a su favor el pleito. Le pertenecían, por derecho, unas yugadas de olivar que no le habían sido adjudicadas. Patricio, muy sereno, protestó contra las audacias del otro, y siguió adelante la porfía. Presintió el público una contienda armada, y amigo, como era, de este linaje de espectáculos, cedió el campo con gusto a los contendores. Desenvainó el alejandrino el arma, Patricio se desprendió del manto ajaicado, bajó la escalinata con su espada desnuda y principió el duelo. Era Patricio un técnico famoso de la espada en toda la región nómida. Se mantuvo desde el principio a la defensiva para conocer la táctica del enemigo, quien, con más furia que pericia, atacaba y atacaba sin cesar. Las armas relampagueaban por los aires al resplandor del ocaso. Patricio paraba siempre los golpes serenamente, diestramente. Alrededor de los combatientes se formó un cerco de gentes que se apretaban ansiosas para gozar del espectáculo: un círculo silencioso de cabezas y ojos. El chasquido de las espadas se oía, y aun la respiración fatigosa de los luchadores.

Seguía atacando el de Alejandría, y, por parte de Patricio, ni el menor movimiento de ataque ofensivo. ¿Qué era? Es que había compren-

dido luego la inferioridad de su contendor y no quería matarlo. ¿Por qué? Para un gladiador romano, el sentimiento de la conmiseración no existía ni debía existir; la más ilustre victoria consistía en ostentar al público la espada ensangrentada con sangre del corazón, poniendo la planta sobre el cuello de la víctima derribada en tierra. No comprendían, por eso, los de Madaura el proceder de Patricio en aquella lucha. En breve vieron todos que los bríos del espadachín alejandrino disminuían, y que, agotados todos los recursos del arte, los quites del otro aparecían más brillantes cada vez. Nadie, en medio de la ansiedad, adivinaba el desenlace, porque, a medida que se desconcertaba el atacante por la ineficacia de los golpes, Patricio sonreía con sonrisa de triunfo, y no quería tomar la ofensiva que le daría fácilmente la victoria. El público rompió a gritar:

—¡Mátalo!

Más rabiosamente, y también con mayor torpeza, el ricacho volvió a la lucha, y el otro, a un estado de defensa que rayaba en el desprecio y en el ridículo contra el espadachín fracasado. Llegó un momento en que, frente a frente los dos, el de Alejandría, sudoroso, jadeante y como si fuera a tumbarse en el suelo, de cansancio, bajó los brazos y apoyó la espada en el suelo. Patricio aprovechó el momento de tregua; cogió,

mordiendo con los dientes, la hoja de su espada por la mitad, y se puso a componer con ambas manos las ínfulas del turbante. El ricacho, entonces, con rapidez rabiosa, alzó su arma para atravesar traidoramente el pecho de su rival; pero éste, con mayor rapidez todavía, empuñó la espada, y, lleno de indignación por tanta bellaquería, tomó la ofensiva, y a los pocos lances se le oyó decir:

—¡Miserable! Merecías que te atravesara el corazón; con todo eso, me satisfago con inutilizarte un brazo para que te acuerdes de tu cobardía.

Y le asestó un muy certero golpe sobre el brazo derecho, con que le hizo soltar la espada, y corrieron chorros de sangre.

—Y has de saber —díjole agarrándolo por una oreja y arrancándole el pendiente de oro— que hice juramento, en nombre de Jesucristo, de no quitarte la vida, si llegabas a provocarme.

Y volvió las espaldas para marcharse a su casa, entre los vítores de sus amigos y admiradores.

II

De Madaura a Tagaste

En caballos de Mauritania, más finos y ligeros que los númeradas, van dos jinetes, seguidos de algunos esclavos, por el camino que parte de Madaura hacia el Norte. En la salida de la población, la ancha vía romana está enlosada; luego, empedrada con guijarros, hasta llegar a Tagaste, donde otra vez aparecerá el pavimento con losas. Patricio y su hijo tornan al hogar, de madrugada, a fin de evitar los rigores del sol de la canícula africana. De seis leguas no pasa la jornada. Es el paisaje llano y sarpullido, a trechos, de arbolado y de manchas arcillosas que se despliegan en colinas y planicies; el río Bragadas déjase ver a trechos, encajonado por montes sin vegetación, laderas y cortes de terreno y rumor de aguas que se derrumban entre pinos y alcornos; borriquillos pastando, vacas y ovejas de magnífica lana, cerca de algunas casas y tiendas

de tribus nómadas: son los postreros vestigios de Numidia Cesariense y del Sahara arenoso, azotados por el simoún; a un lado y otro del camino, posadas silenciosas y de aspecto poco halagador. El cielo, en cambio, sereno y azul, se deja hermostear por las tonalidades suaves del alba.

Los jinetes aprietan el paso, dejando atrás curvas ásperas de camino, arroyos secos, grupos de cedros, dátiles y árboles resinosos. Alguna bandada de perdices se levanta sobre los espartales y describe a ras de tierra una línea con leves ondulaciones. En los parajes más apartados no escasean leones, chacalitos, linceos y cabras monteses.

Distraídos iban los viajeros, cuando lanzaron un grito de alegría porque acababan de ver, no lejos, una hermosa gacela.

—¡Voto a las barbas doradas de Hércules!
—juró Patricio.

—¡Es mía! —exclamó el hijo.

Y sin vacilar un punto, agarró un manajo de flechas y un arco que le tendió un esclavo, y partió a carrera tirada tras el animal, que pacía en un otero. Advirtió la gacela inmediatamente el peligro y corrió a refugiarse en un soto de algarrobos; galopó entonces más aprisa el cazador y, puesto a tiro de flecha, le disparó una tan certeramente, que cayó el animal muerto de un bote. Desmontóse Agustín; cogió, tembloroso de emo-

ción, la pieza; se la entregó a un esclavo que le había seguido de cerca, quien la cargó en la delantera de la silla, y regresaron al sitio de partida donde esperaba su padre.

—¡Guapo mozo! —le dijo, satisfecho—. A lo que veo, no has perdido con los estudios mayores la afición a la caza. Pero te debo advertir dos cosas: la primera, que nunca dejes el caballo suelto cuando te desmontes; y la segunda, que no te pongas a cazar de viaje.

—Padre —respondió—: os abono la primera; pero la segunda, ¡por Diana! que tengo que distinguir: cuando vaya con personas benévolas como vos, sí; en otras ocasiones, no.

Riéronse Patricio y los esclavos de la distinción galante del dialéctico, y siguieron hasta llegar a la primera posada que cerca aparecía, en la cual dejó la presa, recomendando le guardasen la piel para cuando pasaran por allí los otros esclavos que conducían los camellos con la impedimenta.

Conforme se aproximaban a Tagaste, los contornos de las montañas se agigantaban sobre el azul claro del firmamento; el paisaje recibía pinceladas de madre selvas floridas, de huertas cultivadas, de naranjales y viñedos, de lino y dátiles; junto a las corrientes de agua vegetaba el bosque donde trinaba el ruiseñor y se adormecía la codorniz emigradora. A lo lejos columbrábanse

los pequeños municipios de Tabirsucum y de Tagura.

Iban las cabalgaduras tanto más ligeras cuanto más cercanas al fin de la jornada, llevadas del instinto y también de la espuela que hería sus ijares. Ya topaban a algunos campesinos que se dirigían con hortalizas a la población, ya menudeaban los campos de regadío, ya se oía el canto de los gallos de las afueras de Tagaste. En un amplio repliegue del camino apareció, de golpe, una mansión señorial entre jardines: era la *villa* de Romaniano, el protector de la ciudad; desde allí también se veía Tagaste, situado entre tres colonillas por donde se derramaban las calles, estrechas y tortuosas, de casitas parduscas, en una extensión como de media legua cuadrada; en el más alto de los montículos descollaba el *Castellum* romano, que dominaba, como signo de omnipotencia, todo el municipio. Los jinetes avanzaron y se dirigieron al portalón de la *villa*; salieron algunos negros esclavos, que recibieron las caballerías y tuvieron el estribo a los que se desmontaban, y Patricio y el hijo entraron en el vestíbulo a donde ocurrió el dueño con no leves muestras de aprecio.

—Caro Patricio, entrad y descansad para que me contéis las impresiones del viaje, que supongo son largas y no muy lisonjeras. Y tú, joven —añadió—, que estás hecho un Apolo de gen-

tileza y bizarría, ¿aprovechaste en los estudios?

—Hados adversos me persiguen —habló Patricio—; perdí el pleito, sin remedio; únicamente me quedan los olivares de la sierra. Y como no tengo recursos para sostener por más tiempo al hijo en aquellas escuelas de lujo, me lo he traído mientras se descubre otro horizonte más risueño.

—Has hecho mal —replicó Romaniano—: debías haber confiado en mí. Desde ahora —añadió, pasando la mano por la negra cabellera del joven—, tu suerte me pertenece. Soy tu Mecenaz.

—Los dioses derramen sobre vuestro noble corazón todas las fuentes de la felicidad.

—Entrad y aceptadme una copa de vino de las Hesperias.

—Gracias, Romaniano; seguimos hacia casa; mañana vendré a platicar con tan noble amigo.

Se despidieron, pasaron de nuevo al jardín, y en el portalón montaron para salvar menos de media milla que los separaba ya de las calles. Al poco rato descabalgaban en su domicilio...

El encuentro entre los viajeros y Mónica es indescriptible. Abrazada a Patricio, le decía con mimo:

—¿No tuvisteis novedad alguna?

—Quedó perdida la hacienda, pero no el honor, querida esposa.

—¡Dios nos bendecirá! —profirió Mónica con gran confianza. Y añadió:

—¿Y el juramento?

—Lo cumplí, por darte gusto. Me atacó el muy villano a la vista de la muchedumbre en la plaza pública; me sostuve un rato a la defensiva, pero el traidor, en momentos en que yo estaba desarmado, trató de asesinarme; recobré el arma y no le atravesé el corazón porque tú me obligaste ante una cruz a empeñar la palabra de que no lo mataría. Sólo lo herí en un brazo, para recuerdo de su indignidad.

—¡Patricio mío! —exclamó Mónica, alborozada—; perdiste, sí, la hacienda, pero hiciste la más grande conquista de tu vida. Cristo te concederá pronto la gracia de ser su catecúmeno y de salvar tu alma.

Sobre los transportes maternos de regocijo habidos con Agustín, corramos un velo, porque los imagina el lector.

Patricio y Mónica habían fundado un hogar lleno de encantos, y a la vez de sinsabores. Él, tagastino de nacimiento, pertenecía a una de las familias más opulentas y nobles que profesaban el paganismo y cifraban su mayor gloria en el disfrute de los placeres y en la satisfacción del orgullo. A una educación no vulgar unía las asperezas del carácter nómada, dominante y bravío, cualidades que manifestó durante su juventud, de-

masiado libre y prolongada; como que no quiso reducirse a la vida del hogar hasta la edad de 40 años, y eso, por motivo de conveniencias sociales.

Mónica, nacida en Tagaste, descendía, en cambio, de linaje romano, cuyos ascendientes, venidos a menos, eran no tan acaudalados como los de Patricio, pero cristianos de corazón, que acaso llevaban en sus venas sangre de mártires, y relacionados con personas nobles y de elevada jerarquía. Recatada y piadosa desde niña, dulce por temperamento, de criterio recto y agudo, misericordiosa y simpática, contrajo matrimonio a los tres o cuatro lustros de edad con Patricio, entregándole todo su corazón, sin reservas, para cumplir la voluntad de sus padres y muy altos designios de la Providencia. En la vecindad se la tenía por una de las jóvenes más hermosas: su rostro, de color trigueño, armonizaba con su cuerpo, más bajo que alto, con sus movimientos, despejados y naturales, y con una delgadez aristocrática. Sus ojos fascinaban por lo melancólicos y bondadosos: parecían hechos para llorar.

De este matrimonio hubo tres hijos: Agustín, el primogénito, Navigio y Perpetua. Sábese del segundo que se mostraba casi siempre enfermizo, pacato y amigo del hogar; de la niñez de Perpetua nada se sabe. Después gobernó el primer monasterio de agustinas. Los primeros años de

la vida matrimonial de sus padres, nos lo describe Agustín en sus *Confesiones*:

“Obedecía y servía al marido que le dieron sus padres como a señor; puso gran cuidado en ganarle para Dios, proponiéndole y explicándole su ser y perfecciones, no tanto con palabras como con sus costumbres, por las cuales era tan hermosa y amable a su marido, que al mismo tiempo le causaba respeto y admiración.

Pero ella toleró de tal suerte las injurias de sus infidelidades, que jamás tuvo por esto la menor desazón con su marido, porque esperaba que la misericordia de Dios había de concederle primeramente la fe y después la castidad conyugal. Además de esto, era Patricio, por una parte, muy benigno y amoroso; por otra, muy iracundo; cuando ella lo veía enojado, tenía cuidado de no contradecirle ni de obra ni de palabra; después, cuando la ocasión le parecía oportuna, y, pasado aquel enojo, lo veía ya sosegado, entonces le informaba bien del hecho, si acaso aquel disgusto había nacido de su falta de consideración y de no estar bien informado.

Así, cuando otras muchas matronas, cuyos maridos eran más pacíficos, traían los rostros señalados y afeados con cardenales, de los golpes que les daban, en sus conversaciones amigables solían ellas reprender la conducta de sus maridos, y Mó-

nica, las lenguas de ellas. Recordábales como con chanza, pero en realidad con mucho juicio, que desde que se les leyeron los contratos matrimoniales debían considerar que se les había leído una obligación con la que quedaron hechas criadas de sus maridos; que teniendo esto presente, estando en calidad como de criadas, no debían engreirse contra sus señores. Admirándose ellas, que sabían muy bien cuán feroz marido tenía Mónica que sufrir, de que jamás se hubiese oído, ni por indicio alguno se hubiese rastreado, que Patricio hubiese puesto las manos en su mujer, ni que siquiera un día hubiesen tenido alguna disensión escandalosa, le preguntaban con familiaridad la causa de esto, y ella les enseñaba la conducta que observaba con su marido.

También a puros obsequios, y por medio de una continua paciencia y mansedumbre, supo vencer el ánimo de su suegra de tal suerte que, siendo así que antes la tenía muy enojada por los chismes de algunas malas criadas, la suegra misma se quejó de ellas a su propio hijo, le descubrió cuáles eran las que con sus malas lenguas habían sido la causa de que ella estuviese mal con su nuera y de que se hubiese perturbado la paz de su casa, y le pidió que las castigase como correspondía."

En este hogar, al principio, el gentilismo y quizás el donatismo se veían practicados, aun por

los esclavos y criados, excepto por Mónica y su antigua nodriza. La suegra, además, era, como se ve, murmuradora, envidiosa e intrigante. Después consiguió Mónica hacerlos catecúmenos a todos. Fuera de esto, para apreciar en su verdadero estado el ambiente religioso de este hogar, ha de saberse que los tagastinos, en general, estaban corvertidos de la herejía donatista por los años de 348, a poder de los decretos del emperador Constante. Por lo que hace a Patricio, téngasele como honrado, blando de pecho con los pobres y, por añadidura, sumamente sentimental y cariñoso cuando se le pasaba el rato de mal genio. Amaba a Mónica con ternura, y llegó en los últimos años a seguir su dictamen en todo, hasta en la dirección de los negocios. Ello es cierto que tenía más corazón que fortuna, y si vino a menos en ésta, atribúyase a los reveses de la suerte o, si se quiere, a cierta ineptitud para el manejo de la hacienda, a causa de sus sentimientos asaz caritativos. En cuanto a religión, llegó muy tarde a abrazar la verdad del catolicismo enseñado y practicado admirablemente por su esposa; mas, como gozaba de empleo público, aparecía pagano por diplomacia, es decir, porque no le convenía ir en contra de la mayoría de los vecinos, que eran gentiles o herejes. A él, como curial, tocábale presidir las fiestas paganas en honor de Baco, Saturno, verdaderos carnavales. ¿Qué pa-

pel hubiera hecho en ellos un católico? Por otro lado, declararse discípulo de Jesucristo hubiera equivalido a perderlo todo. Era decurión imperial (2), empleado en la cobranza de la recaudación de los impuestos, y no raras veces tuvo que poner de su caudal en las arcas del fisco por obrar condescendentemente con los pagadores morosos; figuraba como munícipe, o miembro del Consejo Municipal, que diríamos hoy, corporación que entonces se llamaba *Splendidissimus Ordo Tagastensis*, según una inscripción hallada en Sok-Arras. Para desempeñar este cargo se necesitaba pasar de los 25 años y poseer, a lo menos, 25 yugadas de tierra. En suma, Patricio era un africano romanizado.

III

El hogar de Mónica

Amplia y decorada con riqueza se ve la casa de Patricio y Mónica, si bien delata todo las huellas y reminiscencias que el tiempo deteriorador deja en las mansiones vetustas. Las ventanas del frente dan a una calle principal, y las posteriores caen a un extenso huerto-jardín, en el cual, a la sazón, se oyen alegres correteos y algarabías de niños. Desde la puerta posterior, sombreada por un pórtico cubierto de pámpanos, se prolonga un emparrado sobre arcos de hierro, formando un túnel de hojas y racimos maduros de uva, que concluye en un cenador o glorieta. El camino del emparrado está enarenado, y sobre él se mueven manchas de sol que penetran por entre los frondosos sarmientos, agitados por ráfagas de aire. Los rosales, que tanto figuran en la literatura arábiga, acreditan su fama perfumando los nidos de los ruiseñores. En la glorieta hay bancos de pie-

dra que están ocupados, ahora, por una mujer, por Agustín, sus hermanos y algunos amiguitos que juegan y vocean libremente. La mujer es una mauritana, núcida, mejor dicho, entrada en años, esbelta y magra, punto más que morena, sin dejar de ser simpática, de brazos extremadamente largos, persona importante en aquella casa, donde se deslizó su vida desde los diez y siete años. Su nombre es Pelagia. Recién casada, perdió al marido, y al lograr el primer fruto de la maternidad, murió la criatura, precisamente cuando acababa de nacer Mónica, a la que sirvió de nodriza. Desde el primer instante fué tenida como un miembro de familia, porque era servicial, fidelísima, prudente, trabajadora y, sobre todo, amorosa con la niña, a quien crió como a hija verdadera. No tenía Pelagia otro defecto que ser muy franca y tantico regañona. Decía las cosas sin paliativos y sin lisonja, y, debido a que había visto nacer a todos y cuidádoslos con esmero, aconsejaba y aun reñía a los esposos, como estaba dispuesta a sacrificar su reposo, su porvenir, su vida, en favor de cualquiera de los niños.

Quizás convendría poner en la lista de sus defectos un amor muy entrañable y vehemente hacia su tierra africana, con daño de los derechos de conquista adquiridos por Roma, que iba cambiándolo todo, desde las costumbres domésticas hasta la lengua. Ella no podía conformarse con

estas absorciones pacíficas. Por eso regañaba desabridamente a todos cuando dejaban el lenguaje púnico y empleaban el latino, sobre todo dentro de la casa. Para ella, Numidia era lo mejor del mundo, y la lengua de sus padres, la más dulce y simpática.

Volviendo a su solicitud para con los niños, a los tres, es cierto, amaba entrañablemente; pero ciego era quien no viese que el objeto de sus preferencias lo formaba el primogénito, Agustín. ¿Influiría algo en ello cierto mimo especial, bien que inconsciente, con que también lo trataba Mónica? Todos, hasta Patricio, la denominaban, por cariño, mamá Pelagia.

—Bueno, mamá Pelagia, ¿cómo era mi madre de niña? —le interrogó Agustín mientras le ayudaba a desenredar la hebra que salía de la rueca en que la vieja estaba hilando.

—Tu madre fué siempre una santa —díjole en lengua púnica, que es la que se hablaba en familia—. Imagínate una chica de siete años que dejaba de comer algo en la mesa para dárselo a algún mendigo en llegando a la puerta. Más de una vez se notó su ausencia de la casa y se la encontró en el templo. Dócil naturalmente, y lista para aprender a coser, bordar, tocar la cítara y cantar como un ángel. A su servicio había muchos esclavos, a quienes nunca castigó, sino que los corregía con blandura. No gustaba de asistir

a los juegos públicos: aborrecía los espectáculos de circo y teatro; pero sí le gustaba salir de paseo hacia las eras de trillar, donde ciertas gentes, con mucha compostura, se entretenían bailando al son de pífanos, castañuelas y panderos. La música le encantaba; el baile, no, porque decía que no tenía gracia para ello. Ni el uso de las joyas y las esencias perfumadas le atraía demasiado, sino lo suficiente para no aparecer extravagante en las reuniones de su noble casta. Pero, ¿para qué las necesitaba, si era más linda que las siete musas, que dirías tú en la última carta de Madaura?

Pelagia interrumpió la charla para componer el mango de la rueca que tenía metido a un lado, en la cintura; arregló el copo de lino en la otra punta de la rueca que le subía hasta la cara, puso bien el rogador, y emprendió de nuevo la tarea de ir sacando del copo las hilazas, mojarlas con la saliva, retorcerlas al impulso giratorio del huso de madera y devanarlas en él en forma de hilo delgado. Y prosiguió:

—Se me olvidaba contarte un lance muy curioso: Yo cuidaba mucho de las hijas de mis amos, cuya educación me habían encargado. Para reprenderlas, cuando era menester, era yo áspera, pero con una severidad que creía santa; y para enseñarlas, procuraba ser moderada y suave. Así, fuera de aquellas horas en que las niñas

tomaban su alimento, muy corto y moderado, en la mesa de sus padres, aunque estuviesen abrahándose de sed no les permitía yo beber ni agua sola, para que no tomasen alguna mala costumbre, añadiéndoles estas palabras: —“Ahora bebéis agua, porque no tenéis el vino a vuestra disposición; pero cuando lleguéis a estar casadas y seáis dueñas de las bodegas y despensas, os parecerá mal el agua, y la costumbre de beber se os quedará siempre.” No obstante este cuidado riguroso, imperceptiblemente se le introdujo en el corazón a tu madre el gusto y afición al vino. Porque, en la confianza de que era niña que no bebía vino, ella era la que, por mandato de sus padres, iba regularmente a sacarlo de la cuba y, antes de echarlo en la vasija en que lo había de llevar, aplicaba los labios al vaso con que lo sacaba, dando un pequeño sorbito, porque su paladar mismo repugnaba el beber algo más. Pues no hacía esto en fuerza de alguna pasión que tuviese al vino, sino impelida de ciertos excisillos y antojos de que abunda aquella edad. Así, añadiendo a aquel pequeño sorbo primero otros pequeños sorbos cotidianos, llegó a contraer tal costumbre, que ya bebía con gran gusto una copa de vino casi llena. Un día que estaba sola con una criada, que era precisamente la que solía acompañarla cuando iba por el vino, riñeron las dos entre sí, como muchas veces sucede en las

casas; la criada le echó en rostro esta mala costumbre que su ama menor tenía, y con un modo áspero y desabrido la insultó llamándola borrachuela. Estimulada la niña con esta injuria, abrió los ojos para ver aquella mala costumbre, y desde aquel instante la condenó ella misma y la dejó para siempre jamás (3).

Y concluyó:

—¿Te gusta la historieta? Pues, oye más: Una vez casados tus padres, como todos en esta casa eran paganos y partidarios del hereje Donato, excepto tu madre y yo, que nos bautizamos juntas pocos días antes de su matrimonio, trató alguna esclava chismosa de meter enemistades entre tu abuela, que gloria haya, y Mónica. Porque sucedía que tu madre algunas veces se iba a orar a la *memoria* de San Cipriano, que está en el alto del *Castellum*, y otras cogía un cestillo, depositaba algunas viandas y vino muy aguado, y se iba sola, y en ocasiones conmigo, a la iglesia mayor, donde celebraba con las familias cristianas, después del rezo, los ágapes funerarios de costumbre; y de todo ello armaron los esclavos una urdimbre de sospechas y calumnias que me da miedo y rabia recordarlas. Y ¿sabes, hijo mío, en qué paró todo este tinglado? En que tu padre y la suegra averiguaron bien las cosas y se convinieron más y más de que Mónica era más clara que el agua y más limpia que el oro, y por eso

ordenaron azotar a todos, asegurándoles que, en adelante, el esclavo que levantara chismes recibiría una tanda de azotes hasta sacarle sangre (4).

Calló la nómida.

El jovencito, sentado junto a la vieja Pelagia, oía y encomendaba a la memoria todo aquello con una especie de recogimiento ansioso; en sus ojos brillaban relámpagos de indignación y chispas de alegría intensa. Bello se veía el mancebo, cuyo rostro se iluminaba con reflejos de sol entre lampos tenuemente verdosos del follaje que lo rodeaba. Mientras tanto, correteaban por los senderos del *Viridarium* los niños como pájaros traviosos, y el viento lejano del Sahara, con sus oreos, ponía en las hojas lustrosas del emparrado y de las hortalizas besos de fecundidad. Agustín manifestó curiosidad por saber pormenores de su propia infancia. Por eso dijo entre maliciosas sonrisas, cuyo alcance comprendió mamá Pelagia:

—Y yo, ¿cómo era?

—¿Tú? ¡Válgame el cielo! Más inquieto que un gatico de Angora, y después muy picarín, desapplicado en la escuela y pependenciero.

El otro soltó una carcajada.

—Cuéntame, cuéntame, mamá Pelagia.

—Goloso en el mamar y llorón, no querías estar sino con tu madre; a mí me despreciabas. ¿Oyes? Después te encomendaron al cuidado de un pedagogo y lo rechazaste, te colocaron en la

escuela y no querías estudiar, sobre todo la aritmética, y te burlabas de aquello: uno y uno, dos; dos y dos son cuatro; no pensabas sino en el juego de pelota y en el de las nueces. En éste te lucías como tramposo: manejabas los tres cascarones vacíos y la bolita pegajosa con escamoteos sorprendentes. Eras embusterillo conmigo y con tus padres (5).

Y la nómida dejó el huso y púsose a remedar el movimiento de los dedos y de las cáscaras de nuez, debajo de una de las cuales debía quedar escondida con disimulo la bola; algo parecido al juego de las tres cartetas. Agustín gozaba oyendo y viendo a mamá Pelagia.

—En los juegos, si ganabas, te inflabas como un pavo, y si perdías, te encolerizabas; cuando los chicos no tenían ganas de jugar, les dabas donecillos y golosinas que robabas en la despensa (6). Tú querías jugar y jugar para ejercitarte y superar a todos. En una cosa no querías intervenir casi nunca: en las pedreas de los niños. Otra cosa: tenías siete años y enfermaste del estómago, de modo que peligró tu vida. Habías recibido el catecumenado de recién nacido, y cuando te viste enfermo, pediste con insistencia el santo bautismo. ¿Te acuerdas? Tu madre procuró que se te administrase; pero, pasada la gravedad, nadie pensó en bautizarte, porque no era costumbre bautizar a

los niños. ¿Verdad que era y es muy mala costumbre? (7).

—Lo será —observó el joven—, pero es práctica admitida en todas partes y desde tiempos remotos, según cuentan. Yo he visto administrar el bautismo a los ancianos o a los moribundos, porque dicen que los pecados del cristiano tienen mayor fealdad que los del gentil, y hay que procurar el mal menor.

—Pues a mí no me convencen esas teologías —refunfuñó Pelagia.

—Tienes razón: sigue contando mis picardías de niño.

—Te he dicho que había quejas contra ti por lo desaplicado, y además dicen que la lengua griega no te entraba en la cabeza, y las matemáticas, tampoco; y que, en pago, te ibas tras cualquier fábula que caía en tus manos, por ejemplo, el episodio del caballo de madera lleno de gente armada, el incendio de Troya y la sombra de Creúsa; y te aprendías de memoria trozos de los clásicos latinos y los recitabas con primor. Y llorabas como un bobo cuando pensabas en las tristezas de Dido (8).

En esto, vióse que corrían los hermanos de Agustín y los compañeros hacia un hermoso frutal; cogieron del suelo algunas peras sazonadas que una ráfaga de viento acababa de tirar, y fuéronse a la glorieta gritando:

—Mamá Pelagia, ¡qué hermosas son! ¿No es cierto que están maduras?

La anciana hizo a los niños sentarse en esterillas de paja que en la glorieta había, y encargó al primogénito que mondara las frutas y las repartiera. Cumplióse así y tornaron los chicos a los juegos.

—¡Ay, mamá Pelagia! —pronunció entonces el otro con acento ingenuo y triste—, esas frutas me recuerdan siempre una travesura que cometí no hace muchas semanas. Una noche andaba yo por las calles con unos camaradas muy divertidos. No sé quién de ellos indicó de repente que en el huerto vecino a la viña que tenemos camino de Tagura había un peral de sabrosísimo fruto. Sentí en el momento repugnancia grande hacia el hurto sugerido; mas, dejándome arrastrar del qué dirán, fuí con ellos. Comimos algunas, cogimos no pocas de sobra, volvimos a coger de nuevo escogiéndolas, y cargados de peras regresamos a la población. ¿Para qué queríamos aquel fruto hurtado y peor que el que en nuestras casas había? Para nada. Fueron a parar en pasto de los puercos. ¡Qué feo es el hurto, mamá Pelagia! ¡Y qué poderoso el respeto humano! Te confieso que, cada vez que lo recuerdo, me ruborizo y se me enciende el rostro.

—¡Ea, hijitos míos! —gritó una voz desde la

puerta de la casa que daba al jardín—, es hora de la lección de las Santas Escrituras.

Mónica asomó por el túnel del emparrado y se acercó al grupo. Traía debajo del brazo un rollo de pergamino en una caja de ébano. Las tocas blancas agitábalas serenamente el viento. Acercáronse los niños juguetones y se sentaron todos en la glorieta.

En aquel hogar había la costumbre de leer todos los días la Biblia un rato. Aquel día iba a cumplirse en medio del *Viridarium*. Abrió el manuscrito la madre y, entregándolo al hijo mayor, le insinuó que leyera donde estaba el registro, o sea los postreros capítulos del libro de los *Proverbios*.

—Sí, sí —dijo malhumorada Pelagia—, terminó la lectura en el versillo donde se lee *divitiae*, ¡qué palabra latina tan fea!, en vez de leerse *mammona*, que es muy hermosa en nuestra lengua.

Mónica la miró con seriedad, la númera calló, y el mancebito, después de una breve pausa, exclamó sonriendo:

—Aquí está el versillo que sigue.

Y leyó:

“Quien desvía sus oídos por no oír la ley, su oración será execrable.

Quien engaña a los justos en el mal camino,

caerá en su ruina; y los sencillos poseerán más bienes de él.

Parécele al rico que es sabio; mas el pobre prudente conocerá bien su soberbia.

En la ufanía de los justos hay mucha gloria; reinando los impíos reina la injusticia y la ruina. El que oculta sus maldades, no será bien dirigido; mas quien las confesare y abandonare, alcanzará misericordia.

Bienaventurado el hombre que siempre anda con tiento; mas el que es duro de corazón se precipitará en el mal.

León rugiente y oso hambriento es un príncipe impío sobre un pueblo pobre.

El caudillo falto de prudencia, oprimirá a muchos con calumnias; mas el que aborrece la avaricia, largos serán sus días.

A hombre que calumnia la sangre de persona, aunque huya hasta el lago, ninguno lo sostendrá.

Quien anda sencillamente, será salvo; quien camina por caminos perversos, alguna vez caerá.

Quien su tierra labra se hartará de pan; mas quien ama el ocio se llenará de necesidad.

El varón fiel será muy alabado; mas quien se apresura a enriquecerse no será sin culpa.

Quien en el juicio mira la cara, no hace bien; éste, aun por un bocado de pan, abandona la verdad.

El hombre que se da prisa a enriquecerse y

envidia a otros, ignora que le sobrevendrá la pobreza.

Quien corrige a un hombre, hallará después mayor gracia para con el que le engaña con lengua halagüeña.

Quien a su padre y a su madre quita algo, y dice que esto no es pecado, participante es del homicida.

Quien se jacta y ensancha, contiendas mueve; mas el que en el Señor espera, será sano.

Quien confía en su corazón, es necio; mas el que camina sabiamente, éste será salvo.

Quien da al pobre, no estará necesitado; quien desprecia al que pide rogando, sufrirá penuria.

Cuando se levantaren los impíos, se escondrán los hombres; cuando ellos perecieren, se multiplicarán los justos.”

En acabándose el capítulo escrito en latín, el lector preguntó a Mónica si era absolutamente cierto ser el autor del libro Salomón.

—Es Salomón, hijo mío, el mismo que escribió los cinco libros que llaman *Sapienciales*, si bien los tres últimos son atribuidos por algunos a otros autores.

—Yo creo —observó el lector— que son demasiado concisas estas sentencias y, por lo tanto, oscuras y difíciles, y a ello contribuyen los modismos de las lenguas orientales, que gustan de

comparaciones y parábolas. Vengo observando, demás de esto, que las preposiciones *a*, *de*, *ex*, *cum* se prodigan de vario modo, con perjuicio de la claridad, no menos que el uso del infinitivo por el gerundio.

—¡Vaya! ¡Ahí tenemos al gramático y al sabio! —profirió Mónica con ironía.

—Mamá —indagó la niña Perpetua—, ¿Salomón era muy sabio?

—Sapientísimo.

—Pues, entonces, ¿mi hermano será como Salomón?

Rió Agustín y propuso:

—Tú me comparas a Salomón, y en Madaura me dijeron que sería un Apuleyo. Por todas partes oigo aplausos. ¿Qué seré, al fin?

Mónica cortó el diálogo y mandó al lector que leyera otro capítulo, y, concluído, hizo punto final el adolescente, y entonces se pusieron en marcha camino del comedor.

Era el mediodía.

IV

Hacia la pubertad

Tagaste, con poseer los derechos y honores de municipio romano, ocupaba poca extensión en su área poblada, y eso que las viviendas estaban como desparramadas y entre corrales y huertos; empero, por formar un cruce de vías comerciales entre Madaura, Tebeste, Tiposa y Cirta, Hiporegius (Hipona) y otros municipios, gozaba del privilegio de las postas imperiales; su plaza comercial tenía relativa importancia, y no carecieron sus calles de algunas estatuas, estelas y columnas, templos paganos, cuyos restos se conservan. Plinio la cita como una de las ciudades libres. Hoy ocupa una parte de su antigua área el pueblo conocido con el nombre de Souk-Arras.

Como se comprende, pocos motivos de felicidad podía brindar a un joven como Agustín, inclinado al estudio, ansioso de fama literaria y con un porvenir tan seguro como brillante en el cam-

po de las ciencias. ¿Qué hacía, pues, en Tagaste? Aburrirse grandemente, ver pasar los días y los meses perdiendo el tiempo, divagar por los caminos del vivir en la época más crítica de la juventud, adquirir amistades con jóvenes peligrosos, por lo llenos de pasiones y libertades toleradas por la ley, amparadas por la impunidad y cohonestadas por las costumbres públicas, y todo ello sin remedio alguno, porque Patricio y Mónica carecían de recursos para llevar al hijo a un centro populoso en que aprendiese la Retórica y, después, la Jurisprudencia. De otro lado, por muy vivos que fueran los deseos de los padres y del hijo a este respecto, un amor propio muy secreto los retraía de recordar a Romaniano su promesa de protección, ya que era hombre acaudalado y poderoso, de vastos compromisos, que se desarrollaban en Cartago, Roma, Antioquía y otros centros marítimos; hombre, en fin, que pasaba la vida viajando de una parte a otra.

Por lo mismo, ¡qué tristeza causaba ver al jovencito frecuentar mucho las termas, montar a caballo (porque se preciaba de gran jinete), dedicarse a la caza con grande afición, leer libros peligrosos, como los de Terencio, Virgilio, Ovidio y Plauto, y formar corrillos con camaradas libertinos y sentir las consecuencias de la crisis de la pubertad sin el freno siquiera de la ocupación en

el estudio! Un amigo tenía bueno, aunque más niño, que fué siempre su predilecto: Alipio.

Y su madre lamentaba todo aquello, no tanto porque se malograban los proyectos risueños de gloria y riqueza que sobre él venía echando, sino principalmente por la quiebra moral que aquél padecía, y, por esto, con frecuencia, que él reputaba fastidiosa, le aconsejaba e instruía en orden a la conservación de la inocencia o, por lo menos, a la fuga y detestación de los pecados más perniciosos (10). ¡Desgraciada mujer! Hasta ahora había llorado por la conversión de su esposo y por introducir la fe cristiana en el hogar, y, obtenido, en gran parte, tenía que continuar su vida de sacrificios y oraciones por la salud espiritual de su primogénito!

Entre tanto, el despertar de las primeras pasiones tocaba a la puerta del corazón del mancebo, y con su precocidad de entendimiento, unida a la crisis puberal, que se adelanta en aquellos climas africanos, y rodeado de ambiente pagano y herético, Agustín causaba motivos de horrible pesadumbre a una madre tan virtuosa, ingenua, recatada y observante de muchas prácticas religiosas, en el hogar y en la iglesia, como era la suya, quien, ante las sospecha de que hubieran caído ya sobre el corazón del hijo los venenos corrosivos de la concupiscencia y de que fueran en aumento los daños, pasaba días de amargura,

que la obligaban a guarecerse en la recámara de la oración perfumada con las efusiones del llanto.

Transcurridos así varios meses, un día entró Romaniano en la casa buscando a Patricio.

—Al llegar de Cartago —habló—, después de un largo viaje, me he informado de la vagancia de tu hijo y vengo a proponerte que lo enviemos a nuestra metrópoli.

—No tengo recursos.

—Pues a mí me sobran, y la buena voluntad también. Precisa, por consiguiente, que ese joven tan talentoso no pierda la flor de su ingenio en este rincón del mundo, sino que honre nuestro pueblo natal y nos acredite como merecemos; porque, o mucho me equivoco, o te juro por Júpiter que tu hijo está llamado a ser un varón excelentísimo.

Patricio sintió herida la fibra del amor propio al ver que tenía que aceptar un ofrecimiento que, aunque noble y delicado, entrañaba el reconocimiento público de la ruina de su casa, y calló clavando los ojos en el suelo.

Comprendiólo así el interlocutor y dijole:

—No es una limosna vergonzante lo que te ofrezco, sino el pago de tus servicios anteriores como amigo que me ayudaste hace años a salir bien de los asuntos revesados de Hipona. ¿Te acuerdas?

Patricio replicó:

—Siempre me vences en hidalguía.

—Pues bien —siguió el otro—; yo tengo casa abierta en Cartago, donde lo hospedaré como se merece, sin que te preocupes de nada, absolutamente de nada, hasta que corone su carrera de gramático y forense. Yo vigilaré allí su vida, y durante mis ausencias, que serán largas, daré las providencias del caso.

—Gracias, noble amigo.

—Y para conmemorar la fecha de su partida, y en reconocimiento del mérito de tu alcurnia, he pensado otra cosa, Patricio. Estamos acabando el estío, y en el mes de octubre comienzan los cursos en las aulas de la metrópoli; tu hijo cumplirá diez y siete años el 13 de noviembre. Es, por lo tanto, la ocasión propicia para la declaración pública de la pubertad del joven. Suele hacerse el 17 de marzo, pero...

Patricio opuso el reparo de que la fiesta, según eso, debería celebrarse al año siguiente, y, en todo caso, que no merecía las prerrogativas de los nobles, cuando él no había sabido conservar el patrimonio pingüe que heredara.

—Te equivocas, amigo. Tiene ya diez y siete años incoados, según el cómputo legal del tiempo. En cuanto a lo otro, ya sabes que la nobleza no consiste en la opulencia del dinero, sino en la de los méritos. No perteneces, es cierto, a los augustales ni patricios ni procónsules; mas Agustín lle-

va en sus venas sangre azul por parte de padre y de madre, y, además, eres ahora curial y caballero (*eques*).

Advirtió entonces Patricio la presencia de Mónica en la habitación inmediata y, elevando la voz, exclamó:

—Mónica, oye lo que dice Romaniano.

Presentóse ella y continuó la conversación.

—Dentro de unos días debemos celebrar el tránsito del primogénito de la adolescencia a la pubertad, a usanza antigua; el adelantar la fecha está muy justificado; si lo dejamos para el año próximo, no habrá, no puede haber ceremonia alguna. Conque celebraremos la fiesta social y doméstica, y al siguiente día me lo llevaré a Cartago, en una de cuyas escuelas principales sabrá ganar el curso de este año, a causa de su clarísimo talento. Yo me encargo de arreglar lo de Cartago y de organizar el festejo, por mi cuenta. ¿Me honrarás con el título de padrino de Agustín en esta ceremonia?

—En ti, ¡oh Romaniano!, está nuestra suerte; nosotros quisiéramos pagarte tu gentileza con servicios heroicos.

Mónica, enterada de todo, por una parte se gozaba en las propuestas de Romaniano, y, por otra, presentía para su hijo peligros inmensos en orden a su educación moral y religiosa, si lo apartaban de su lado y lo engolfaban en la li-

cenciosa y corruptora metrópoli africana. Quería para él grandes triunfos materiales, pero no a costa de su ruina espiritual. Por eso, durante la conversación, no pronunció una palabra siquiera.

Romaniano concluyó:

—Quedamos, pues, en que el 17 de este mes, imitando a los nobles que a sus hijos los declaran púberos, vuestro hijo será declarado núbil y en plena pubertad, bajo la responsabilidad de mi padrinzago.

Llegó el día señalado. Tenía Romaniano las prevenciones tomadas para que resultara en Tagaste una cosa nunca vista, y así había dispuesto que comenzase el acto a eso de las cuatro de la tarde para que concluyera al anochecer. El aviso de la hora de reunión consistiría en una cabalgata de los jóvenes más señalados amigos, que recorrerían las calles, a son de trompetas, presididos por el padrino Romaniano. Y en verdad que fué cosa de ver a una veintena de jinetes, entre los cuales no podían faltar Alipio y Rómulo, montados en corceles adiestrados, que lucían sus bizarrías sacando con las herraduras chispas a los guijarros de las calles, dóciles al freno y a la espuela, y recibiendo flores que las tagastinas, desde las celosías de las casas, les echaban. Inmediatamente salieron a la calle, de unas partes y otras, los convidados; algunos, a pie, escoltados

de esclavos; otros, en literas, y todos, en dirección de la quinta de Romaniano, que en las afueras de la población se veía. El padrino y su esposa recibíanlos y los introducían en la *exedra*, o salón principal, que estaba decorado con derroche de arte y opulencia. El intercolumnio de mármol que lo separaba del salón vecino, destinado para las matronas, lucía colgaduras de púrpura recamada de gemas y recogidas con cíngulos de oro; en varias partes había braserillos para quemar sustancias aromáticas y vaporizadores de esencias; veíanse espejos metálicos y sillas de marfil, escabeles o taburetes de ébano, estatuillas de plata y oro, y, sobre todo, llamaba la atención una novedad recién introducida, o sea vidrieras de talco en las ventanas, de una sustancia conocida con el nombre de *lapis specularis*. Se llenó el salón de invitados; los hombres ceñían vestiduras talares más largas que de soldado; no faltaron algunos con aretes en las orejas, según moda en la Numidia. Las matronas se ataviaban con profusión de aderezos salpicados de piedras preciosas; lucían sandalias bordadas de gemas y túnicas sin mangas, pero protegidas con peplos tenués; llevaban las doncellas el cabello suelto, en señal de virginidad, y estaban coronadas de flores. ¡Qué rico y hermoso conjunto de figuras! En general, eran morenos todos los concurrentes, sin la basteza de los etíopes, sino con

la delgadez esbelta de la línea arábica. Con razón que los nómadas gozasen en el imperio romano fama de tipos sanos, longevos, gallardos, ágiles y simpáticos.

En esto aparecieron en el salón los esposos Patricio y Mónica, seguidos de algunos parientes, entre los cuales había algunas hermanas de Mónica. Esta atrajo todas las miradas por la sencillez del traje: túnica oscura, peplo morado, tocacas blancas, y al cuello una sarta de corales que terminaba en una cruz. Sentáronse sobre un estrado, celebraron una especie de consejo doméstico, presidido por el *pater familias*, en el que se trató brevemente de la edad y de las cualidades físicas e intelectuales del joven, y habiendo resuelto el consejo que estaba en la plenitud de la época, lo declararon púbero. Entonces apareció en el salón por entre los cortinajes de seda, del lado opuesto del estrado, Agustín, acompañado de Romaniano, adelantándose hasta donde estaba el consejo de familia.

Débil y tenue de cuerpo (11), pero de rostro largo y no enjuto, con coloración entre trigueña y morena, con ojos rasgados, húmedos y magníficos, de mirada inteligente y noble, frente muy abierta, Agustín ostentaba el florecer de la juventud y la epifanía completa de la adolescencia, entre los rasgos y caracteres complejos del fenicio y nómada, injertado en romano, así como tuvo

siempre el hablar movido y fácil de los varones ingenuos, pero cultos. La túnica blanca, ceñida con cinturón de oro, dejaba al descubierto su varonil cuello adornado con la cadena y la consabida bola, y sombreado por la cabellera romana que le caía hasta los hombros con tenue ondulación. Era hermosura realmente viril, sin huellas de afeminamiento.

Salieron también al medio dos pajecillos con una bandeja de oro llena de ropas, y otra vacía; desvistieron al joven la *pretexta*, vestidura talar, guarnecida por abajo con una tira de púrpura, y otras que caían desde los hombros verticalmente; quitáronle del cuello la cadena de los adolescentes, lo depositaron todo en la bandeja vacía, y procedieron a vestirle la toga viril. Luego el mancebo, sonriente, se vistió el manto y tercióse una punta sobre el hombro izquierdo con mucha gracia, saludó con una venia a todos y abrazó a sus padres y a su padrino.

El acto, con esto, había terminado. Rompió a sonar una música de suaves instrumentos, oculta entre celosías y tapices, y todos dirigieron al *triclinium* o comedor. Eran las mesas bajas, dispuestas de modo que las damas comían sentadas y los hombres reclinados en una especie de lechos. Seguía oyéndose la música a lo lejos. Los comensales platicaban en lengua púnica y latina. Los temas eran varios y, a veces, frívolos. Quién,

advertía que ya se estilaban manteles en los comedores, cosa desconocida en tiempo de Horacio; quién, reparó en un surtidor muy original que pulverizaba esencias de verbena; quién, ponderaba la fiesta como digna de Cartago y Roma; otros, en cambio, echaban de menos los banquetes históricos de Otón, en que se sirvieron ochenta clases de vinos españoles, y no faltaron envidiosos que murmuraran de Romaniano porque la fiesta se hizo en su palacio y no en la casa de Patricio.

Allí hallábanse congregados individuos de todas las edades y escuelas filosóficas, que hablaron de todo. Los cristianos se contaban en ínfima minoría. Quejábanse los gentiles de los decretos de Constantino y sus hijos en pro del cristianismo; los donatistas lamentaban también las últimas determinaciones imperiales contra sus ideas religiosas; los maniqueos hablaban contra unos y otros; pero todos iban notando que esas leyes quedaban incumplidas, y reconocían, eso sí, el hecho de que los cristianos estaban renovando la sociedad con procedimientos de disciplina, mansedumbre y honradez, y que las muchedumbres, sin exclusión de los ricos y nobles, iban volviendo los ojos hacia Cristo. Se trató, en otros lados del comedor, acerca de las dotes intelectuales y morales de Agustín, y se oyeron alabanzas a su

talento, a la discreción e ingenio de sus paliques y a la suavidad de sus procederés.

Había en el comedor dos presidencias frente a frente: de un lado, el púber en medio de sus padres, y de otro, Romaniano y su esposa.

El anfitrión, viendo que el convite iba adelante, levantó una copa de vino y convidó a todos:

—Por la luz de Helios que pinta los amaneceres, por todas las gracias de Cástor y Pólux, por Minerva y por Serapis, hagamos una libación para que sean propicios todos los dioses con mi ahijado. Nuestro africano Victorino, el Retórico, llegó a tener estatua en el Foro romano, y Apuleyo la tiene en Madaura y Cartago; y nuestro Frontón de Cirta, preceptor del Emperador Marco Aurelio, fué nombrado cónsul; y el paisano Pertinax, llegó a ser Procónsul en Africa y después Emperador de Roma; y Víctor y Melquiades, africanos, fueron Papas. Brindemos, pues, por que Agustín tenga estatuas en todo el mundo y por que los escritos que ha de formar iluminen perpetuamente la frente de todos los sabios. Y propongo, finalmente, por los manes de todos estos varones famosos de nuestra tierra, que el nombre de Agustín sea completado con el de Aurelio, que significa *oro* y *sol* de sabiduría.

Se entrechocaron copas y vasos, derramaron sobre la mesa libaciones de vinos blancos, negros y dorados, y bebieron los comensales a la salud

del nuevo púbero y en señal de aceptación del nombre nuevo.

Un militar, que tenía ya el cerebro cargado de vapores espirituosos, gritó, levantando la copa:

—Que recite Aurelio Agustín —dijo— el episodio de Eneas y Dido al partir del puerto de Cartago, porque lo hace muy bien.

Otro, con pujos de poeta, gritó:

—¡Hexámetros, hexámetros!

Otro, que había libado mucho en honor de Baco, manifestó deseos de que deleitara al público con recitaciones de Terencio; pero Romano advirtió que Mónica le hacía gestos, mientras le enviaba ésta a decir con un pajecillo que no permitiera las declamaciones, porque se pronunciarían conceptos injuriosos a Cristo y a la moralidad; y Romano, entonces, con habilidad ordenó que la orquesta tañera cierto aire núpida que estaba muy de moda en la comarca. Todos celebraron la ocurrencia, y prosiguieron despachando licores y postres exquisitos.

En acabándose el convite, levantáronse y se repartieron en grupos por las habitaciones. Mónica dióse cuenta de que era llegada la hora de las demasías pecaminosas y de los bailes y cantos báquicos, y rogó a Patricio que la llevara a casa, porque se sentía algo indispuesta. Al poco rato partían del palacio unos negros esclavos conduciendo la litera en que iban Mónica y Patricio.

Este, que había bebido con menos sobriedad de la debida, se acostó sin tardanza; pero su santa esposa se recogió en el oratorio doméstico, se arrojó ante una cruz de talla riquísima, y oró:

—¡Dios mío, Dios mío!, no permitáis que el corazón de mi hijo sea herido con las flechas del amor impuro, ni que su hermoso entendimiento se enrede en los lazos de la herejía...

Y las lágrimas empañaron aquellos ojos bondadosos y melancólicos, que parecían hechos para llorar... Y permaneció orando largo rato.

Mamá Pelagia, que había oído de los labios de Mónica y Patricio la relación de todo lo que acababa de suceder, hizo reunir a los esclavos de la casa, y comenzó a repetir y comentar todos y cada uno de los pormenores de la fiesta, deleitándose con expansión jubilosa en lo relativo a su predilecto Agustín. Y lo que más ponderaba ante aquellos sirvientes encomendados a su dirección, era el sobrenombre que Romaniano le había impuesto:

—Eso es —exclamaba, extendiendo sus dilatados brazos—: Aurelio, Aurelio, *aurum-helios* oro y sol, de sabiduría; porque eso ha de ser nuestro amo. El nombre de Agustín no me gusta, porque es diminutivo de Augusto: Augusto, Augustino, Agustín —explicaba haciendo capote con las cejas carnosas y sin pelo—; no, no debe ser diminutivo de nada ni de nadie, siquiera sea

César. Pues si Romaniano le ha impuesto el sobrenombre de Aurelio, yo ordeno y mando que se le llame, no Agustín, sino Augustísimo, aumentativo del emperador Augusto.

—¡Viva Aurelio Augustísimo! —vocearon todos los esclavos.

Y la anciana nómida hizo repartirles vino y dátiles de Cirta en abundancia.

Mientras tanto el hijo de Mónica, todavía en la casa de Romaniano, con sus predilectos Rómulo y Alipio y otros jóvenes, cantaba la *Velada de Venus*, égloga que termina así:

¡Oh! ¡Cuándo vendrá la plenitud de mi pri-
¡Cuándo dejaré de callarme! [mavera.

¡Cuándo haré como la golondrina!

Ame mañana quien no haya amado todavía:

Y quien hubiera amado ya, ¡siga amando ma-
[ñana!

V

¡ Cartago !

Escipión, al pisar tierra en el puerto militar de Cartago, gritó, henchido de alegría victoriosa: *Teneo terram*. Y Agustín no pudo menos de exclamar: *Veni Carthaginem*, llegué a Cartago.

Con estas palabras se abre el libro tercero de las *Confesiones*, descubriendo la satisfacción propia de un deseo vivamente alimentado. Cartago era la gran urbe de los africanos, de la que estaban muy envanecidos, y con razón. Entonces figuraba como la primera ciudad del mundo, después de Roma, Alejandría, Antioquía y Constantinopla. Desde luego era la principal capital marítima de Occidente. En tiempos de Augusto había sido la segunda del imperio. Tuvo más de un millón de habitantes.

Y Agustín marchó a Cartago, en compañía de Romaniano, en el otoño del 370, a la sazón en que su padre estaba delicado de salud, causa

por la cual no pudo acompañarlo en el viaje. Precisamente, por haber enfermado a raíz del convite, demoró el hijo la partida algunos días; mas, apenas lo vió algo restablecido, corrió a reanudar los estudios.

A los influjos de su Mecenas debió el joven tagastino, apenas llegado a la ciudad, matricularse en la mejor escuela de Retórica y contraer amistad con los estudiantes más nobles y con los más aprovechados, los cuales vieron pronto en él un tipo de bellas condiciones morales y físicas, un estudiante con las asperezas del númerida y los talentos del temperamento griego, sin el espíritu mercantil y materialista del cartaginés, pero con las infinitas aspiraciones del idealismo latino. Había entonces en Cartago algunos estudiantes de Tagaste, entre quienes sobresalía Alipio. Agustín, a pesar de sus claudicaciones morales, poseía un fondo de honradez pública provincial y dejaba ver en sus acciones cierto tinte de hidalguía proveniente de la educación que le imprimieran sus padres. Cortés, fiel en la amistad, pundonoroso, elegante y urbano, se resistía en un principio a imitar las depravaciones de sus camaradas, y no tomaba el estudio como pretexto para prolongar sus caprichos cortesanos, sino para saciar sus aspiraciones de gloria mundana y sus ideales de sabiduría.

Sin embargo de ello, lejos del hogar y sin la

vigilancia de su buena madre, en medio de una corrupción general de costumbres, alimentado su espíritu con lecturas corruptoras, guiado por profesores sin honor y sin virtudes religiosas, el noble joven tenía que sucumbir. Mientras tanto, la fama de su talento y gentileza crecía por todas partes, y los estudiantes más lucidos procuraban su trato y se disputaban el honor de acompañarlo en las excursiones de estudio que hacía por los distintos puntos de la urbe africana. Uno de los primeros paseos fué geográfico e histórico, llamémoslo así, por cuanto, en unión de los compañeros y de su paisano Alipio, se propuso recorrer el teatro de sus futuras andanzas.

—¿No has visto todavía la ciudad desde la Acrópolis de Birsá? —le dijeron, andando ya por la calle.

—Acompañado de guías tan peritos como vosotros, no —satisfizo galante el de Tagaste.

El cual sabía de sobra que Cartago, de origen fenicio, se denominó *Carthago Veneris*, o de *Venus*, que tuvo un templo antiquísimo dedicado a la diosa Tanit, substituído su culto en el tiempo de los romanos por el de la llamada *Virgo Coelestis*, y sabía, tal vez mejor que sus acompañantes, cuanto a las épocas antiguas se refería, porque Agustín desde niño sentía vivísima pasión patriótica por la ciudad de Aníbal y Escipión y grababa en su memoria cuanto leía respecto de su

admirada capital africana, sin exceptuar aquel concepto mitológico de estar protegida por su diosa tutelar, hija de Hércules, tirio, y de Astrea de Letona, que tenía cuerpo de mujer y cara de caballo.

Andando por unas y otras vías públicas, que, en general, eran rectas, anchas y enlosadas, llegaron al pie de Birsa, colina como piramidal de unos 60 metros de altura, nudo del sistema de defensa militar de todo el perímetro urbanizado cartaginés. Iban subiendo, cuando le hicieron notar que aquella ciudadela fué primero necrópolis de sepulturas libiofenicias, con sepulcros de piedra labrada muy suntuosos, que ya habían desaparecido. En cambio, tenía baluartes rectangulares. Hablaron también de la necrópolis de Juno Coelestis y de la necrópolis púnica, pero más moderna que la de Karmart.

Dominaron los paseantes la cumbre. Agustín se puso la mano en la frente a modo de visera, giró sobre sus pies mirando el amplio panorama que se descubría, y exclamó:

—¡Qué hermosa es la ciudad de Dido!

A lo lejos el mar resplandeciente, y al pie la ciudad, como un inmenso mosaico de palacios y jardines. La península formaba una figura irregular, puntiaguda, bañada por el lago llamado ahora de Túnez, y por la rada de Utica; la ciudad estaba situada en el interior del golfo entre

los promontorios de Apolo y el de Mercurio; su perímetro, según Estrabón, ocupaba el espacio de 360 estadios. En los tiempos púnicos el puerto comercial y el militar estaban divididos; éste se llamaba Cothon; distaba, hacia el Sur, unos 600 metros de donde ellos se encontraban. El puerto de Cothon aparecía casi circular, donde cabían 120 bajeles; en el centro había un islote, residencia del jefe de las fuerzas navales; alrededor del puerto veíanse numerosas columnas de orden jónico. El puerto mercante daba entrada al militar por una boca de 70 pies de anchura que se cerraba con cadenas de hierro. Al Norte debió de estar el dicho templo de Astarté Tanit. Al Oeste, la necrópolis. Los acompañantes del tagastino se asombraban de los conocimientos que iba manifestando, sin tono magistral, sino como por distracción y pasatiempo, alrededor de los datos que le apuntaban.

—Allí estaba —le dijo uno de ellos, extendiendo el brazo en ademán de apuntar—, allí se ve la colina del templo de *Juno Coelestis*, que ocupa una extensión dilatadísima, rodeada de jardines, arboledas sagradas y patios con pórticos. Hoy es necrópolis.

—¡Magnífico! Me recuerda, por su situación aislada, las descripciones que he leído del templo de Samos.

Y añadió Agustín:

—¿Hacia dónde caen las ruinas del templo circular de Cronos, o de Moloch, que dicen estar entre galerías concéntricas y avenidas radiadas?

—Míralas ahí, como a setecientos pasos de distancia.

—Existió cerca de Birsa un templo a la Concordia, o de Escolapio, adornado el edificio con columnas inmensas de mármol. ¿Dónde estarán los restos? —tornó a preguntar.

—¿Ves ese edificio grande? Es el Pretorio o palacio del Procónsul romano, edificado sobre las ruinas de ese templo que mencionas. Hoy, desde él, nos gobierna Símmaco.

—¿Cuántas memorias católicas hay?

—La de *Majorum*, la de *Novarum* y la de San Cipriano, cerca del puerto.

Alipio añadió que eran algunas más.

Desde aquella eminencia mostraron también al provinciano el sitio exacto donde estaban el Capitolio, el Palatino, el Foro, cerca de los pueros, y el Odeón construido por el procónsul Virgilio Saturnino; algunas de las muchas termas que había; el Anfiteatro, cerca del arrabal de Molga, y el Circo, rodeando el cuadrilátero de Birsa.

Agustín, como buen africano, se acordó del *Delenda est Carthago*, de Catón, y suspiró al ver los destrozos inmensos ocurridos allí hacía muchas décadas, y el resurgimiento, no muy flore-

ciente, demasiado lento, que había sobrevenido, porque los Césares seguían temiendo a la rival de Roma.

Y volvía una y otra vez el joven a fijar su vista en el puerto, en aquel puerto a cuyo movimiento contribuyeron y contribuían aún los viajeros y el movimiento mercantil del mundo entero.

Distrájolo de estos pensamientos la observación de uno de los amigos:

—Deja de mirar al puerto: tuerce la vista hacia la derecha. ¿Ves en aquella serranía lejana un pico cuyo cono se parte en dos, a manera de cuernos?

—Lo veo —respondió. Y luego indagó así Agustín, por decir algo:

—¿Del buey Apis?

—No quería decirte que fué inspirador de la teogonía egipcia, sino que cerca de la base existe un manantial de aguas calientes muy saludables, que alguno ha pensado en traer hasta aquí.

—¡Enorme proyecto! —exclamó el provinciano.

—Pero digno de los cartagineses, que somos tan aficionados a las termas.

Agustín volvió a sumirse en el silencio.

Su pensamiento vagaba por las páginas de la historia independiente de su país maravilloso y guerrero, por las campiñas pletóricas de agricul-

tura y productos industriales y por los mares que recorrieron sus héroes legendarios. Trájele presto su temperamento sentimental y lírico recuerdos favoritos, entre otros, la escena virgiliana de Dido contra Eneas:

Fuera de tino la soberbia amante,
Corre por la ciudad, como se agita,
En las orgías solemnes, la bacante,
Cuando oye en torno la vinosa grita,
Y los tirsos descubre, y resonante
A sus misterios Citerón la invita;
Tal va la Reina, y tal, sin más recato,
Vuela a afrentar al amador ingrato:

“Simular, ¡oh pérfido!, esperaste
Tu malvada intención, tu felonía?
¿Y tu nave en mi puerto imaginaste
Que en silencio las velas soltaría?
¿Cosa no habrá que a disuadirte baste?
¿Ni mi amor, ni la fe jurada un día?
¿Ni reparar en Dido sin ventura,
Que por ti morirá de muerte dura?

¡Y que en lo crudo de hibernales meses
Quieras de presto aderezar tu flota!
¡Que tanto en levar ferro te intereses,
Cuando más Aquilón la espuma azota!
Dime, cruel: si en lejanía vieses,
No extraños campos, no ciudad ignota,

Mas renaciente a Troya, ¿a tus hogares
Cruzando irías procelosos mares?

“¡Huyes de mí! Mas nuestra unión te pido
Que recuerdes; y este único tesoro
Que reservé, mi corazón herido,
Míralo aquí, ¡y las lágrimas que lloro!
¡Si algo te merecí, si hallaste en Dido
Algo de amable, tu clemencia imploro!
¿Mi trono hundirse ves sin sentimiento?
¡Ah!, si aún vale rogar, ¡muda de intento!

¡Nómades gentes, reyes confinantes
Me odian por ti; mi pueblo me desama;
Por ti inmolé el pudor, y la que antes
Me alzaba a las estrellas, limpia fama,
¡Oh huésped!, en mis últimos instantes
Me abandonas, y ¿a quién? Mi voz te
[llama
Huésped; fuiste mi esposo. Mas ¿qué
[tardo?
¿Al extranjero o al hermano aguardo?”

Los jóvenes descendieron de la colina camino del Foro, en el que toparon con las consabidas tiendas de cambistas y banqueros bajo los porches, y con la acostumbrada estatua de Masyas y otras muchas obras de arte, bajorrelieves, estelas votivas púnicas y mil manufacturas de gusto fenicio y griego. Del Foro pasaron a la plaza marítima, llena de curiosos, ociosos, noticieros y advenedi-

zos, donde se encontraban las tiendas de pergaminos, códices, libelos y obras literarias y científicas de moda. En esta misma plaza le enseñaron los compañeros una curiosidad muy notable, a saber: un mosaico grotesco llamado de los Esciopodos, con muchos monstruos, figuras humanas sin cabeza, hombres con una sola pierna, echados de espaldas, hombres con un solo pie, pero muy disforme, levantado en alto, a modo de sombrilla, como para defenderse de los rayos del sol. Otras de las particularidades que mostraron aquel día fué el *Septironium*, que consistía en un edificio muy decorado compuesto de varias hileras de columnas superpuestas, por entre las cuales corría el agua en cascadas caprichosas. Era tan original y llamativa, que los romanos la reprodujeron en su urbe imperial. Calles notables eran la de los orfebres, la de Saturno, de Salud, Celeste, etc., ventiladas y cuajadas de palacios y construcciones en cuya ornamentación, monumental y magnífica, campeaban símbolos de la Cartago púnica y romana, como discos lunares, caballos, elefantes, águilas, áncoras, manos abiertas y triángulos.

Cruzaron algunas calles principales y prosiguieron hablando sobre la diversidad de razas, traficantes aventureros, soldados y músicos, plebeyos y cortesanos, pescadores y gramáticos, que pululaban a pie, a caballo y en litera, de todos

los colores, indumentarias y costumbres. La Lonja y los edificios de comercio ostentaban manufacturas de todo el mundo; se oían todos los idiomas; todas las escuelas filosóficas y literarias, tradiciones y culto, allí tenían asiento.

Pues, de las religiones, ¿qué decir sino que le pareció a Agustín, desde luego, que reinaba la confusión más heterogénea? El paganismo predominaba, es cierto, pero la crisis del paganismo se veía venir; el indiferentismo estaba devorándolo, como resultado de la infecundidad de sus doctrinas, para que retoñaran las supersticiones más absurdas, hasta que el evangelio de Cristo iluminara las conciencias con la claridad de sus dogmas y la rectitud de sus costumbres. El apostolado de Tertuliano y San Cipriano resultó fecundo, aunque de radio limitado, pero inmortal, y la semilla sembrada entonces hallábase como soterrada, adquiriendo vigor para dar a Cartago y a toda Africa cosechas maravillosas dentro de poco tiempo. Contábanse por centenares los catecúmenos que se inscribían anualmente por la Pascua. El hijo de Mónica veía algunos seguidores de las doctrinas de Cristo, pero también, por dondequiera, se encontraban seguidores fanáticos de herejías y cismas, que intentaban desacreditar la santidad de la religión de su buena madre.

Corrían parejas con estas cosas lastimosas la ruindad de miras, las claudicaciones del deber,

el sibaritismo, la poligamia, la deshonra de los hogares, los concubinatos formando estado legal, los prostíbulos públicos, el divorcio elevado a sistema de moda, la juventud impúbera todavía, concubinaria, y hasta la ausencia de sentimientos verdaderamente patrióticos.

¡Desventurado del joven!

De Cartago, como centro de enseñanza, le hicieron observaciones atinadas, aunque sus habitantes estaban animados principalmente por el espíritu comercial, se preocupaban por las artes y las ciencias, por los teatros y centros de cultura, y sabían apropiarse los adelantos de los países civilizados, tales como Fenicia, Egipto y Grecia. Tenía escuelas famosas de Gramática, Retórica y Jurisprudencia, a las cuales afluían los estudiantes de las provincias africanas y extranjeras, y de ellas salían juristas, oradores, artistas, militares y sabios muy renombrados, de forma que rivalizaba con Roma, no sólo por su riqueza pública, por su comercio, agricultura e industrias, sino, además, por el número y calidad de los hombres instruídos en sus aulas, sobre los cuales le hicieron advertir que se distinguían por una bandera blanca colocada a la puerta, cuya entrada interior era tapada con cortinas.

Agustín iba buscando los encantos de la ciencia. ¿Perdería la hermosura de su carácter? ¿Perdería el corazón?

VI

Amar y ser amado

Así como en los centros sociales hay siempre un individuo, árbitro de las elegancias, que sobresale e impone sus gustos dando la norma para muchas cosas, del mismo modo el hijo de Mónica llegó, con el correr de los meses, a constituirse en el estudiante más listo y a la vez moralmente más simpático. Era el primero y principal en las clases. Original y fino en su criterio, optimista, franco y preocupado por las cuestiones graves del entendimiento y la conciencia, nunca se mostraba altivo hasta el desdén, ni de genio iracundo y violento, ni alardeaba de su posición intelectual: antes bien, se conducía caballeroso, afable y sencillo. Quisieron atraérselo hacia sí ciertos jóvenes libertinos pertenecientes a las familias más nobles, que tenían a gala apodarse trastornadores, es decir, *calaveras*, y se entretenían en dar chascos burlescos, principalmente a los incau-

tos advenedizos. Por espíritu de condescendencia figuró alguna vez entre ellos, mas avergonzado de sí mismo y abominando interiormente de aquellas desordenadas travesuras. Poseía un natural demasiado bueno para degradarse tan ridículamente. En cambio, su entretenimiento favorito consistía en la asistencia al teatro del género amoroso, y singularmente si se representaban tragedias sentimentales. Se sentía arrebatado, derramaba lágrimas, y se identificaba con los personajes fingidos que representaban el dolor; buscaba el placer del dolor, llorando el trabajo ajeno. Alipio, cuando lo acompañaba y lo veía llorar, solía sacar esta consecuencia: "Ante la estética de las tragedias, gozar en sufrir arguye sentimientos muy compasivos". No podía negarse que Agustín era caritativo y blando.

Con todo eso, de los malos ejemplos que veía en sus compañeros y de la influencia de estas representaciones teatrales provino que por todas partes se veía incitado a amores deshonestos. Todavía no amaba a ninguna mujer en particular, pero deseaba amarla, y con una mal disimulada infelicidad se aborrecía por ser menos dichoso. Deseando tener amor, buscaba a quien amar, que era lo mismo que aborrecer la seguridad y el camino que estaba libre de lazos y peligros. El amar y el ser amado se le antojaba una cosa muy dul-

ce, sobre todo viviendo en unión como marital y doméstica (12).

Un día Romaniano propúsole que, aprovechando las vacaciones imperiales que se concedían con motivo de la Pascua, lo acompañase hasta Adrumeto en rápido bajel, ciudad donde pasaría días venturosos, estudiando la posición de su magnífico puerto, sus industrias, costumbres romanas e historia de mucha nombradía. En efecto, trasladóse con él, y luego Romaniano dejólo allá, en casa de unos parientes, porque tenía que proseguir hasta Antioquía en viaje de negocios. Pero sucedió que presto el estudiante cayó malo de no leve enfermedad, la cual se parecía a la sufrida en la edad de siete años cuando pidió fervoroso el santo bautismo; cosa que ahora no le pasó por las mientes, o no se atrevió a revelar sus deseos, porque en la casa cuyo huésped era no conocían el nombre de Cristo, sino el de los dioses fabulosos. Esmeráronse los parientes de Romaniano en atender al recomendado huésped de honor, hasta el extremo de traer de Cartago médicos especiales que por varios días lo medicaron, en cuya virtud quiso la buena suerte que saliera del peligro y entrara en convalecencia.

Había en aquella casa una esclava de origen misterioso, pero de prendas excepcionales por lo buenas, la cual se manejó en aquella ocasión de una manera rara, y en verdad sorprendente, pues

no pensaba sino en la salud del huésped, en indagar de los médicos y de los señores de la casa el curso del mal, y en buscar ocasión de meterse a proporcionar al enfermo algún servicio. Visto lo cual, destináronla a los cuidados del mismo, bajo la dirección de una enfermera que permanecía día y noche al pie del lecho. Bien pronto se hizo dueña de la situación y quedóse sola para atender al enfermo, quien, observando su afanosa diligencia en servirle, simpatizó con ella. Todo lo tenía siempre muy a punto y de forma que parecía no abrigar más pensamientos que aliviar al doliente y distraerlo cuanto podía, pero siempre con discreción y timidez de esclava.

Sila la llamaban en la casa. Frisaba en los quince años; aparecía proporcionada de miembros, de raza griega, graciosísima de rostro, y sin duda alguna era tan inteligente como sufrida. A pesar de la corrupción de costumbres que reinaba a su alrededor, y en medio de tantos criados y gente de baja ralea, conservaba su corazón adornado con las flores de la inocencia. La llamaban la *Vestal marina*, por sus ojos azules, por lo hermosa, por lo recatada y en recuerdo de su aparición en el mar. No conocía aún el amor. Es el caso que, una vez en que la familia de aquella casa viajaba por Constantinopla, acertó a pasar por la lonja donde se vendían los esclavos la señora que iba haciendo compras. Reparó en un grupo

conmovero: una niña como de dos años, desnuda, llorosa, inconsolable, no cesaba de gritar:

—¡Sila, Sila!

Trataba el dueño vendedor de consolarla, y ella seguía, empero, gritando inconsolable:

—¡Sila, Sila!

—¿Qué quiere esa niña? —preguntó la que pasaba.

—Echa de menos a su madre, sin duda alguna, que se llamará Sila.

—A lo que veo es esclavita, sin compromiso alguno. Ese sombrerito la delata.

—Sí, la acabo de comprar en el mercado de Stambul. Unos pescadores la encontraron entre unas rocas en las costas de Egipto, con una mujer moribunda, ya sin habla, quizás su madre. Al poco rato expiró la mujer sin saberse su procedencia, ni su nombre, ni la causa de estar en aquel sitio. Seguramente que naufragó alguna embarcación..., o quizás alguna venganza... La niña —continuó el vendedor de esclavos— fué traída desde aquellas remotas playas ayer.

—¿Me la vende? —preguntó, compasiva, la señora.

—Vale cincuenta sestercios.

—Tómelos.

Se consoló algo la niña cuando se vió acariciada por la dama, la cual mercó ropa inmediatamente y llevó a la niña consigo a cargo de los

criados. Trasladada al Africa, creció y se desarrolló en condición de esclava y de *Vestal marina*.

—Oye, Sila —le habló cierta vez el enfermo, al ver que le traía alguna cosa a su cuarto—, ¿te he causado mucho sufrimiento?

—Señor, me habéis tratado como no merece una esclava. Sois bueno.

Replicó el otro complacido:

—Los enfermos solemos pecar de crueles; exigimos servicios que el egoísmo tolera, pero que la justicia reprueba.

—Dignaos no usar ese lenguaje conmigo. Velé vuestro sueño, limpié vuestro sudor con linos de los dioses, perfumé vuestras ropas con esencias del Parnaso, os di agua de Castalia, os serví y os sirvo con toda mi voluntad, y hasta la vida daría para que recobrarais la salud prontamente, porque sois bueno.

—Gracias, Sila.

El cariñoso mancebo se quedó callado y cautivado por la cortesía y buen corazón de la esclava, la cual cada día se esmeraba más en su servicio de enfermera. Otra vez, sentado ya en una terraza que daba al jardín, en recibiendo un servicio de la *Vestal marina*, le dijo:

—¿Quieres volver a tu país?

—Señor —contestó tímidamente—, yo no tengo país; no sé cuál es mi patria.

—¿Ni tu familia?

—Me dicen que soy hija de Neptuno.

—En verdad, pareces una náyade por la tez de nácar y los ojos azules.

Y cambiando de tono agregó:

—¡Triste suerte no tener madre a quien amar!

—Pero mis amos me han tratado bien, y los quiero mucho.

—Y ¿no tienes que contarme algún episodio de tu vida? ¿No conoces el amor?

—¡Señor, señor! —exclamó poniéndose las manos en el pecho, entornando los ojos y suspirando—. Una esclava no tiene derecho ni de amar, ni de ser amada.

—¡Tonta!, no digas eso.

La *Vestal marina*, encendido el rostro como la grana, huyó. El de Tagaste, con la sonrisa en los labios, concibió una sospecha y se quedó a solas con su pensamiento. Conforme pasaban los días, daba la convalecencia al joven tagastino matices muy atrayentes a su trato con aquella familia hospitalaria, dejando conocer su talento y su magnífico corazón; por lo cual llegó a ser estimado, no tanto por las recomendaciones de Romaniano, sino por el valer y simpatías propias, de suerte que, llegado el tiempo de ausentarse para reanudar los estudios en Cartago, todos lamentaban la separación como si fuese un miembro del hogar. Los dueños hacíanle declaraciones muy expresivas de afecto; los hijos no le dejaban irse, y has-

ta los criados sentían su ausencia, porque jamás recibieron de él ni un castigo ni siquiera una palabra altiva. En todo se mostró digno y correcto. Sobre los demás se mostró triste y pensativa Sila, con la particularidad de que todos comprendieron la causa de su dolor y de sus lágrimas secretas. La altiva Sila, la *Vestal marina*, parecía enamorada de Agustín. ¡Qué aberración! ¡Una esclava prendarse de un joven tan elegante y de relaciones sociales tan elevadas!

Al fin, se fijó el día del regreso a la metrópoli, regreso que quiso efectuar, resuelto, por tierra, dominado por sus aficiones a montar a caballo; se hicieron los preparativos del caso, aviáronse las caballerías y se previnieron los esclavos y esclavas que debían acompañarlo.

—¿Has visto a Sila? Falta desde ayer —dijo el dueño de la casa de Adrumeto al recomendado de Romaniano.

—¿Por qué preguntáis así?

—Es que pienso regalarte esa esclava para tu servicio, y ha desaparecido.

—Sí, en todo el día de ayer no la vi —observó el tagastino—, y suponía que estaba ausente en el desempeño de algún encargo.

—Extraño mucho el trance. La tengo como la mejor de mis esclavas, y nunca jamás me ha dado motivo de queja. En fin, ella parecerá, y te la enviaré a Cartago.

—Y ¿por qué tanta deferencia conmigo?

—Porque ella es buena, te tiene cariño que raya en veneración, y te servirá de mucho donde quiera.

El día consabido emprendió Agustín la vuelta, escoltado por algunos criados que le sirvieran en el camino y en las posadas. Al dejar la última casa de la ciudad, Agustín volvió grupas a su caballo blanco, extendió horizontalmente la mano y el brazo a la altura de la frente, en señal de saludo, y exclamó entre entusiasta y reflexivo:

—¡Adiós, Adrumeto, rica conquista de Agatocles, Aníbal y César!

Hicieron la primera jornada, y nada de particular acaeció en el camino; pero he aquí que, al pasar el puente sobre cierto río, apareció una joven con el carcaj lleno de flechas en la cintura y con el arco en la mano.

—¡Sila!

Sí, era la *Vestal marina* ante el joven de la amable sonrisa y de los ojos magníficos y negros.

—¡Señor! —suplicó la otra asiéndose al aro del estribo y arrodillándose a los pies del caballero—, me escapé de la casa, porque creí que no podría resistir la tristeza de vuestra separación. Perdonadme la falta. O me permitís ser del número de vuestras esclavas, o me internaré en el Sahara para siempre.

—¡Sila, eres mía! Tus dueños te echaron en

falta, ya me perteneces por su voluntad expresa, pero hiciste muy mal en huir para representar esta escena que no te favorece. Anda —añadió blandamente—, vuelve a la casa, confiesa tu yerro, y ellos te enviarán a Cartago sin tardanza para que estés a mi servicio por siempre. Claro está que yo podía llevarte conmigo en uno de los caballos de remuda, mas las cosas hay que hacerlas bien. Cumple lo que te mando.

Picó el mancebo espuela al corcel, prosiguieron los de la comitiva, y Sila, el cabello flotando al aire, el arco al hombro como Diana cazadora, quedóse parada en el puente mirándolos perderse en la lejanía...

VII

¿Dónde está la verdad?

El drama íntimo del amor había comenzado planteando un problema no conforme con la ética cristiana, pero muy en armonía con el pensamiento de la época; porque, de una parte, las leyes del Imperio no se violaban, y por otra, le remordía algo la conciencia al mancebo tagastino trayéndole ecos de una voz lejana, pero persuasiva y dulce: la voz de su madre.

Es de saberse que, tan pronto como llegó el estudiante a su domicilio de Cartago, encontró en su aposento una epístola de Mónica que le decía de este modo: "Desde que te ausentaste de Tagaste, hijo mío, la salud de tu padre tuvo alternativas de mejoría y empeoramiento que le hicieron sufrir mucho, porque, recluso en el hogar, no podía atender al manejo de la menguada hacienda que nos resta y que sirve de base para nuestro sustento. Has de saber, para tu consuelo, que

cada día tu padre se hizo más resignado y mejor discípulo de Cristo, porque él mismo, ¿te acuerdas?, pidió entrar en el santo redil (13) hace como dos años, por medio del catecumenado, hasta recibir el bautismo, que fué clínico, o de aspersión, por no permitirle la enfermedad otro, y que le fué administrado dos días antes de morir en el ósculo del Señor.

"Era de oírle, en sus ratos de fervor, cómo lamentaba haber estado ciego toda su vida a la luz de las Sagradas Escrituras, y disipado el tiempo en descarríos, si bien es cierto, como tú bien conoces, que en la postrera época de su existencia Patricio fué modelo de padres y de esposos. Digo, pues, que cerca de la Pascua de este año del Señor, de 371, recibió el sacramento de la gracia, y no parece sino que Dios esperaba este suceso para llevárselo al seno de los justos, donde me espera a mí, rodeada de los hijos por cuya felicidad se desvivió tanto. ¡Dichoso él, que supo corresponder a las inspiraciones de la divina misericordia y voló al cielo, purificado por la fe y la contrición.

"Yo, por este lado, ya he descansado, hijo de mi alma; pero ahora comienza otra época para mí más terrible, más desconsoladora y acaso no menos larga. Me refiero a tu porvenir. ¿Cómo no he de vivir angustiada al verte en ese centro de pestilencias inmorales, lejos de mí y de tus her-

manos, entregado al dominio sugestivo de las malas compañías y respirando paganismo y ambiente de errores anticristianos? Me consuelo, sin embargo de esto, con que tu afición al estudio te ayudará a desprenderte del vicio (14), y con la idea de que la ciencia contribuya a la moralidad y a la fe. Estudia, hijo mío, estudia mucho, para que seas bueno. Procura leer las sagradas páginas de la Biblia, ahondando en el conocimiento de sus misterios, y no quieras parangonarlas con las de los libros de los filósofos y retóricos, que son vasos de oro llenos de podre, al contrario del Evangelio, que contiene en vasija de barro los tesoros preciosísimos del cielo.

"Huye de las malas compañías, que te rodearán por todas partes, atraídos por la nobleza de tu corazón, y que han de procurar que te degrades, al igual de ellos, para que no los avergüences con la virtud. Mucho temo que, aunque al principio resistas sus asechanzas, en breve perderás el rubor y te empujarán al abismo del descaro. Y esto puede sucederte precisamente porque eres benévolo con todos, manso, condescendiente e incapaz de rechazar un ruego o de causar un disgusto a nadie.

"En cuanto a mí —concluía la carta—, ya he vestido el traje de las viudas cristianas de manos del sacerdote: túnica oscura sin adornos y cinturón de púrpura; he vendido todas las joyas, pienso

dedicar mi vida, toda mi vida, a la educación de tus hermanos Navigio y Perpetua y a rogar por ti, luz de mis ojos, orgullo de mi casa, consuelo de mi viudez y esperanza de mi ancianidad.”

Agustín sintió oprimido el pecho, se le escaparon lágrimas silenciosas y se entregó a saludables reflexiones. Su padre, hecho cristiano, voló al cielo; él, engolfado en ideales de gloria mundana y de placeres ilícitos, rodaba por la tierra; su madre constituída en ángel de la guarda, y él, estableciendo hogar a disgusto de su madre...

Cogió Agustín el estilete cuando supo que partía a Tagaste un conocido suyo, porque no había servicio de postas sino imperiales, y principió a escribir en tablillas bañadas en cera esta misiva:

“A mi carísima madre: Era mi padre lo que su nombre indicaba: un verdadero patricio; su nobleza de corazón valía más que su entendimiento, con lo cual supo cubrir las flaquezas de la vida. Ya Dios recogió su alma para que repose en el seno de la eternidad. Por lo que a mí atañe, una congoja me apesadumbra y quebranta, y es no poder aliviar con mano pródiga vuestra viudez, llena de cuitas, que mis dos hermanos os ocasionarán hasta que se gobiernen por sí mismos. Gracias a nuestro bienhechor Romaniano, yo gasto poco del haber doméstico, porque todo me lo proporciona él, lo mismo cuando está presente que

en sus largas y repetidas ausencias de Cartago; empero deseo allegar recursos para endulzaros la orfandad, ¡oh mi querida madre! ¿Cuándo será que pueda brindaros un descanso regalado y duradero? Espero que luego como pueda abrir por cuenta mía una escuela de Oratoria, vos, la viuda de Patricio, el Caballero, lograréis lo que merecéis, pues considero que yo no me pertenezco a mí mismo, sino a la que me dió la vida y me condujo por las vías del honor y de las ciencias hasta ponerme en capacidad de aparecer pronto un sabio de fama universal e indiscutible.

"Tengo que comunicaros, madre mía, que sufrí hace poco tiempo una enfermedad grave de resultas de un viaje de vacaciones que hice a Adrumeto con Romaniano, de la cual me curé, y ya voy curso adelante en mis estudios, los cuales no se retardaron nada, porque la suerte siempre me es propicia cuando se trata de libros. Mas no sé cómo y con qué palabras deciros lo que me aconteció, y fué enamorarme de una esclava que tiene recato de vestal, aires de familia augustal, rostro de diosa helénica, alma de ángel y un corazón digno de mí, que amo y quiero ser amado con amor exclusivo de todos los otros amores. Está conmigo de esclava, pero con las prerrogativas de esposa. Me diréis que hago mal, mas mucho peor sería disipar la juventud en amores pasajeros, falaces y lesivos para la paz de las familias. Por otro lado,

la soltería continente me es insufrible de todo punto por varias razones, entre las cuales no resulta la menor las burlas crueles que los amigos me dirigirían en todo instante. Yo delinco y hago heroicidades de virtud siempre por el amor; las súplicas me arrastran; el contrariar a cualquiera me mata. Vos creéis, madre mía, que soy un corazón pegado a un hombre, según frase que repetíais a mi padre, el cual os replicaba que yo era un entendimiento pegado a un corazón; pues, sea como fuere, he aquí la explicación de todas mis flaquezas: la caridad, la benevolencia, el amor. Me llevó el espíritu de compañerismo a la disipación moral; la compasión y la gratitud me acaban de inducir a un cambio de estado doméstico. ¡Quién sabe qué sorpresas afectivas están escondidas para el porvenir en el seno de mi corazón! Además, un joven casto en esta nueva Pentápolis sería más raro que un elefante blanco. Todos poseen dos o más concubinas, sin que a nadie llame la atención, y los que no viven con ellas contraen mayor reato ante Dios y la moralidad pública, campeando, como campean, libremente por los hogares ajenos. Eso no lo haré yo nunca. Confíad en que jamás me rebajaré hasta la bellaquería. Más aún: os juro, por la memoria de mi padre difunto, que viviré con Sila, que así se llama la esclava, en monogamia perfecta. Viviremos como casados cristianos. Os lo juro, madre mía,

que así me portaré sin temor al hastío y a la inconstancia que suele causar el tiempo. Y si algún día llegareis a saber que he violado este juramento, maldecidme para siempre jámas. Precisamente he optado por esta solución al principio del camino de mi vida por guardar mejor la continencia. Entretanto importa acelerar los estudios y crearme una posición social digna de mi alcurnia, y cuando esto se consiga uniré mi suerte con una matrona, a no ser que Sila resulte hija de algún cónsul o guerrero famoso, o caballero calificado, que todo puede suceder, a juzgar por los ejemplos que traen las historias. El casamiento con una esclava, ¿verdad que nunca me lo aprobaréis? Y el casarme con una pobre, ¿no hubiera constituido para mí una verdadera tontería, de la que me arrepentiría cuando fuera hombre de pro en medio del mundo? Por otra parte, no había que pensar en casarme ahora con una noble opulenta; y la voz de mi conciencia y mis inclinaciones naturales hacia el orden y la vida doméstica reclamaban con imperio una solución rápida al problema de mi soltería.”

Varias otras reflexiones hacía en la carta para explicar a su santa madre el paso dado, temeroso de la resolución que tomara ella en Tagaste.

Entre tanto Agustín se dedicó al estudio con

mayor afán, como se dedican los niños a saborear una golosina. Aplicábase a las materias de la Retórica, Dialéctica, Geometría, Música, Matemáticas, para terminar en el Derecho, en orden a formar alegatos en que la razón convenciese y la unción elocuente arrastrase hacia el perdón y la clemencia (15). Hacíalo, además, por espíritu de vanagloria, y pensando en los triunfos y aclamaciones del público. Sobresalir, volar en alas de la fama por todo el mundo, he aquí el secreto de los desvelos del mejor estudiante de Cartago.

En esto sucedió que, siguiendo el orden acostumbrado de los estudios de entonces, cayó en sus manos un libro de Cicerón, titulado *Hortensio*, cuyas páginas trocaron sus afectos y mudaron de tal modo su criterio, que luego al punto se hicieron despreciables las vanas esperanzas y con increíble ardor deseó la posesión de la inmortal filosofía, porque no lo leyó y estudió por ejercitarse en la elocuencia, sino por la doctrina que enseñaba y los razonamientos que la recomendaban. ¡El amor de la verdadera filosofía! Tal fué el resultado que produjo en su corazón aquel libro, resultado decisivo y tenaz que dominó todo su cerebro hasta el día de la muerte. ¿Pero cuál era la verdadera filosofía? ¿Estaba en el cristianismo? ¿La poseían los maniqueos, los donatistas, los escépticos, los discípulos de Platón, los

seguidores del paganismo? Y comenzó la crisis del entendimiento poco después de la del amor.

En virtud de esa lucha —escribe él mismo—, “se me hicieron despreciables mis vanas esperanzas, y con increíble ardor de mi corazón deseaba la inmortal sabiduría y desde entonces comencé a levantarme para volver a Vos. Porque no leía aquel libro para ejercitarme en hablar bien, como juzgarían todos los que supiesen que para este fin estaba yo estudiando a expensas de mi madre, teniendo ya entonces diez y nueve años, haciendo más de dos que mi padre había muerto; no lo leía, pues, ni lo estudiaba para ejercitarme y perfeccionarme en la elocuencia, ni me había él persuadido a seguir lo bien que hablaba, sino lo bueno que decía (16).

”¡Con cuánto ardor, Dios mío, deseaba volver a tomar vuelo y elevarme sobre estas cosas terrenas hasta llegar a Vos! Y no conocía lo que ejecutabais conmigo por medio de semejantes afectos y deseos, porque en Vos está la sabiduría, en cuyo amor me encendió tanto aquel libro persuadiéndome lo que en griego se llama filosofía, que es lo mismo que amor a la sabiduría. Muchos hay que engañan por medio de la filosofía, colocando y desfigurando sus errores con la grandeza y dulzura de tan decoroso nombre, y casi todos los que en aquellos tiempos y en los anteriores habían hecho engaños semejantes están notados y

descubiertos claramente en aquel libro... Lo que únicamente me deleitaba en aquella exhortación era que me encendía en deseos, no de esta o de aquella determinada secta de filósofos, sino a que buscarse y amase, consiguiese y abrazase fuertemente la filosofía, tal cual ella era en sí misma" (17).

Primero que todo se dedicó al estudio de la Biblia, por lo mismo que en el *Hortensio* había notado la ausencia del nombre de Jesucristo, y, debido a los influjos de la educación materna, ningún libro que no sacara a relucir tal nombre le parecía perfecto. Y del estudio de estos libros bíblicos dedujo dos cosas: que eran incomprensibles y que estaban redactados en estilo muy llano, tan distinto del de Cicerón. Y los dejó persuadido de que en ellos no estaba la verdad ni el porvenir de su carrera (18). De modo, pues, que hasta ahora había buscado la ciencia revestida con las galas de la literatura, y en adelante se le descubría un horizonte nuevo: el hallazgo de la verdad, pero de la verdad como ente filosófico y religioso en sus relaciones con la vida, y la verdad no por las vías de la revelación indiscutible ni por la persuasión del testimonio ajeno, sino por la evidencia del criterio propio, apoyado en el análisis del esfuerzo personal. El paganismo tenía sus dioses, el maniqueísmo proclamaba que en su filosofía se encontraba la verdad, su madre

y los secuaces de Cristo se creían los únicos depositarios de ella, y los donatistas y otros sectarios se la negaban a los cristianos. ¿Qué hacer? Realmente, para un talento arrogante y fuerte como el suyo la magnitud del problema le seducía por entero. ¿No sería ocasión de estudiar todas las escuelas para ver cuál era la más científica y verdadera, así como el *Hortensio* analizó las escuelas de su tiempo, anatematizó a los sofistas y proclamó la verdad y la virtud de Platón y Sócrates? ¿Por qué no hacer él lo propio desde Cicerón hasta la fecha presente?

Y, por lo pronto, ¿qué se veía en aquella babel africana sino escuelas y proselitismos de todos los cultos y de los dogmas más opuestos entre gentes que disputaban en las vías públicas y armaban escandalosas contiendas, cuando les faltaban argumentos? El paganismo, con su culto a la Virgen Celeste, *mater deorum omnium*, en su templo, que está rodeado de edificios erigidos a todas las deidades, al frente de una plaza embaldosada, adornada con estatuas y murallas, en una extensión de dos mil pasos; la diosa de Berecinto, cuya estatua era bañada solemnemente en el mar; la adoración al César divino, con pomposos y oficiales ritualismos, presididos por el *sacerdos provinciae*, coronado de oro y revestido de toga dalmata; el paseo procesional de Isis y de Serapis, sectas diversas de Oriente, residuos del

Arrianismo, los donatistas en insultante mayoría, los maniqueos hipócritas, los arúspices y la supersticiosa astrología, a que eran tan aficionados los cartagineses, todo esto, barajado públicamente, proclamaba el reinado de la duda, oscureciendo la verdad apostólica.

En conclusión: Agustín no podía ser cristiano por los misterios impenetrables que encontrara en la Biblia; tampoco podía ser pagano, por los absurdos y ridiculeces de sus doctrinas y prácticas. ¿Qué escuela escogería como verdadera?

VIII

Maniqueo

A la vez que se encaminaba el problema del amor por aquel horizonte inesperado y abriase ante su vida el de la verdad con proyecciones más atormentadoras y complejas, el hijo de Mónica, después de haberse asomado al abismo de la filosofía pagana y ver negruras infinitas, y después de arrodillarse ante la Biblia implorando la explicación de los misterios y no haberla comprendido, se encontró de manos a boca con una teoría nueva, mezcla de cristiana y mitológica, llamada Maniqueísmo, la cual tenía por lema: *¡Verdad, Verdad!* (19). Y se lanzó a ella el pensador sublime e inexperto. Concepción filosófica, teológica y social, diluída entre absurdos ridículos, el maniqueísmo se proponía un fin divino y moral tomando elementos del dogma católico, y también actos de culto de algunas sectas de Oriente, los cuales contribuían a seducir a los

incautos, sin excluir a los neófitos que comenzaban a analizar las doctrinas evangélicas. A la sazón andaban todos cansados de estudiar los trascendentales problemas de la humanidad, porque los habían analizado a espaldas de Jesucristo, y por eso, al presentarse la secta de Manés rodeada de tantos visos de cristianismo y de lógica, y prometiendo a la vez la reforma social del mundo por medio de la virtud austera, de la ciencia honrada y de la felicidad progresiva, sedujo vivamente al hijo de Mónica, que, a fuer de inteligente, bueno y de complexión sentimentalista, había nacido para ser el árbitro de los ideales de la verdad, del bien y del amor.

Además, le sedujo grandemente aquel sistema de iniciaciones sucesivas, porque el maniqueísmo entraba en la categoría de sociedad secreta que iba manifestando por grados los tesoros de sus promesas a los que correspondieran a los cánones de la secta, que, ante todo y sobre todo, se proclamaba insidiosamente severa en costumbres y libre de dogmatismos. ¡El libre examen del entendimiento dentro de la moralidad del corazón!

En cuanto al matrimonio, como institución religiosa y social, el maniqueísmo enseñaba teorías rigurosas: la poligamia caía bajo la acción de las sanciones más tremendas; permitíase la unión conyugal, pero se recomendaba la abstención sexual por motivos de teología y de metafísica; el celi-

bato constituía la cumbre del honor y de la felicidad, era el estado selecto de las almas triunfadoras (20).

Según esto, su unión con la *Vestal marina*, no sólo estaba legitimada por la leyes imperiales, sino también por las religiosas. Vivir con una mujer y guardarle fidelidad absoluta y perpetua, era canon laudable de aquella Escuela maniqueísta.

Agustín se entregó de lleno a los sectarios de esta falaz religión y comenzó a leer sus libros, grandes y muchos (21). Ni llegó a sospechar que la secta pugnaba contra el catolicismo, la Religión de su madre. Es que, fuera de que en Tagaste él había visto que los católicos eran pocos, con un templo pequeño y desacomodado, mientras que los donatistas y los paganos ejercían la hegemonía de la verdad en todos sus aspectos, ¿qué sabía él del cristianismo si a los once años de edad había sido apartado del hogar materno, donde la mitad de sus moradores eran paganos, y llevado a Madaura, ciudad en que se respiraba idolatría y disolución de costumbres? Hízose, pues, maniqueo, llevado de buena fe, y precisamente porque creía que allí se encontraba la solución de los grandes conflictos que agitaban su espíritu. Y desde entonces, fervoroso y cada vez más honrado, se dedicó al estudio, frecuentaba las reuniones de su nueva iglesia, ejercitaba sus ritualismos y dejábase gobernar por sus maestros

bajo el señuelo de instruirse día por día en los secretos de aquellas novísimas doctrinas y virtudes. Ellos, por su parte, colmaban de atenciones a tan prestigioso retórico y sumiso catecúmeno, hasta que lograron entusiarmarlo de tal suerte, que se convirtió en ardoroso propagandista; así tanto, que atrajo presto a la secta a no pocos de los jóvenes amigos que lo tenían por modelo y a quienes sobrepujaba por la fuerza del talento y de las simpatías.

Tan persuadido andaba de estar en lo cierto, que lamentaba que sus compueblanos de Tagaste yacieran en las tinieblas de un quietismo intelectual y moral. Por eso, no dejaba de pensar en sus adentros la manera de extender hacia allá las valentías de su propaganda. A fe que, cuando se trasladase a su pueblo, había de introducir en él tan saludables doctrinas y costumbres. Así pensaba el hijo de Patricio, y no se recataba de manifestarlo a los mismos paisanos que solían ir a la metrópoli en diligencias de comercio o de otros asuntos.

No habían transcurrido muchos meses cuando enteraron a Mónica de lo que pasaba. Su hijo se había inscrito entre los neófitos maniqueístas y propalaba los errores de la secta con bizarría y enardecimiento (22).

Un día estaba la santa viuda en el costurero, el cual daba vista al huerto, por la parte poste-

rior de la casa, hasta cuyo corredor de celosías trepaban los pámpanos del emparrado que conducía a la glorieta donde los jóvenes Navigio y Perpetua, entonces mismo, daban lección con una de las esclavas. Mientras se ocupaba Mónica en su labor, dirigía miradas cariñosas hacia los hijos.

Entró en la habitación un sirviente con una caja que contenía una misiva escrita en un rollo de piel. Era de cierto amigo de Cartago que tenía el encargo de seguir cautelosamente los pasos de Agustín y de comunicarle el género de vida que iba éste tomando. La leyó en seguida. En la carta se confirmaba con pormenores tristes la noticia de haberse hecho maniqueo su hijo.

El corazón de Mónica latió a impulsos de la tristeza más grande de su vida. ¡Su hijo, apartado del camino de la salvación! ¡Su hijo, prosélito de una herejía! Para ella, que cifraba la felicidad en el servicio de Dios, aquel extravío constituía una desgracia inmensa, difícil de remediar, mayormente cuando la ausencia ponía obstáculos insuperables.

Acto seguido se dirigió a su dormitorio, en el cual tenía una especie de altar, donde descollaba el signo de nuestra redención, en medio de relicarios de santos mártires. Y se postró, la frente sobre el pavimento y los brazos extendidos en forma de cruz:

—¡Oh Cristo, Prenda del Padre Eterno! El hi-

jo de mis entrañas corre por los caminos del error buscándoos a Vos, Verdad Santísima. Él no es malo, no es perverso, sino un alucinado por los sofismas de la seducción de los amigos, un atormentado por los ideales de la sabiduría y del amor, peregrinando por los países solitarios del espíritu sin calor y sin luz. ¡Salvadlo, oh Cristo, para que no perezca!

El llanto anudó su garganta, llena de sollozos y suspiros profundísimos. Compuso los linos blancos de su toca, colocó las manos a modo de almohadilla, bajó su frente y prosiguió de hinojos orando y llorando:

—¡Jesús, Jesús! Todo el sacrificio de mi existencia, para él. La sangre de vuestras amorosas llagas fecundice la rosa de su corazón y cebe la lámpara de su entendimiento. Si ha de ofender vuestro santísimo nombre, si no ha de guardar vuestra ley, atraedlo ya hacia Vos y llevadlo al cielo, para que resplandezca más la eficacia misericordiosa de la redención. Antes que hereje, inuerto; pero si ha de vivir, que sea santo.

Sintió Mónica pasos en el aposento contiguo, se enderezó, limpió su rostro humedecido de lágrimas, des congestionó sus ojos enrojecidos abanicándose con un lienzo, y salió del dormitorio. Era Pelagia.

—Mamá Pelagia —díjole asiéndola de la

mano con cariño—, vamos al costurero y hablaremos unos instantes.

Guardó silencio mientras andaban y, ya en la dicha habitación, dijo acercándose a la celosía:

—Allá están todavía mis hijos estudiando; no hay peligro de que nos turben ni nos oigan.

Abrió las rejillas, porque el calor se hacía sofocante a causa de algunas ráfagas del lejano simoún, que venía del Sahara, y sentóse en una especie de diván, apoyando el codo en uno de los almohadones sueltos. Pelagia se acomodó en el suelo, a estilo oriental, sobre una esterilla de Cirta.

—Por conducto de Romaniano, que acaba de venir —suspiró la santa viuda—, me escriben de Cartago que mi hijo se ha declarado maniqueo y anda desarrollando actividades de un proselitismo extraordinario.

—¿Qué dices? —voceó la nómida extendiendo, asombrada, sus enormes brazos—. ¿Mi Aurelio Agustín, hereje?

—Y propagandista convencido —añadió Mónica.

—Pero, ¿no es esa gente la que enseña que las higueras, cuando les cogen los higos crudos, lloran; que la agricultura es una ocupación inmoral, y que es bueno adorar al sol y a la luna? ¿Cómo puede profesar esas cosas un talento tan privilegiado? No lo creo y no lo creo.

—Por desgracia, es verdad —musitó la madre de Agustín.

Y se quedó mirando hacia la ventana del huerto, acodada en el almohadón y la mano en la barba, con mirada fija, muy fija, como reconcentrado el pensamiento en una idea o acaso orando con su corazón desgarrado por la amargura. ¡Qué ojos tan bondadosos y suaves! Como dos luceros en un cielo crepuscular. Presto asomaron las lágrimas y corrieron silenciosamente. Sobre su pecho brillaba una cruz de oro pendiente de una sarta de cuentas de coral, el regalo que le hiciera su esposo Patricio en su último onomástico, y el único aderezo con que se adornaba aquella virtuosa viuda, como recuerdo de amor conyugal y prenda de fidelidad perenne.

Pelagia respetaba aquel dolor inmenso, y revolvía en su mente, mientras tanto, cien ideas confusas de duda, zozobra, enfado, dolor, gran dolor también, y fruncía las cejas carnosas y sin pelo.

Después se reanudó el diálogo de esta manera:

—El trance es para llorar acerbamente, pero yo no puedo menos de disculpar en mucho a mi Aurelio Agustín. Oye, Mónica: ¿es cierto que vive con una esclava? Pues, ¿qué ha visto y aprendido en los vecinos de este pueblo, y más en los de Madaura, y en los de todas partes? Todos los hombres, salvo muy contadas excepciones, poseen varias concubinas en público; mas aún: las leyes

imperiales autorizan esa vida, y la costumbre, aun entre los cristianos, no deja ver toda la fealdad de ese delito que la ley divina reprueba. ¿Dónde has visto tú a un joven de diez y ocho años que sea continente?

Y continuó la buena vieja defendiendo a su predilecto:

—Además, eso que me cuentas de haberse inscrito en el maniqueísmo es horrendo, mas no lo debemos extrañar demasiado. Nosotras, pobres mujeres, le enseñamos lo poco que sabemos, y no le enseñamos más porque era catecúmeno y nos lo vedaba la ley del arcano. En cambio, Patricio y algunos de esta misma casa desbarataban con la izquierda lo que nosotras construíamos con la derecha. Hasta hace muy pocos años, ¿qué era este pueblo sino hereje en su gran mayoría? Y ahora, descuenta unas cuantas familias que practican el Evangelio y los demás son cristianos de nombre. ¿Por qué te admiras, pues, de ese cambio en Aurelio Agustín? Lo extraño sería lo contrario.

Le sobraba mucha razón a la experimentada anciana. Ella conocía perfectamente que la enseñanza católica dada a su predilecto había sido escasa y muy deficiente, el cual no pertenecía al catolicismo propiamente porque apenas se llegó a registrar su nombre en el libro de los catecúmenos, por deferencia a las usanzas de aquellos tiem-

pos, en que no se bautizaba de niños sino en la hora de la muerte, o cuando la fuerza de las pasiones había declinado, a fin de que las transgresiones de orden moral no alcanzaran la malicia que revisten las de los bautizados (23), y porque era un siglo en que se convertían muchos, y a veces multitudes colectivas, pero claudicaban muchos también con detrimento del nombre católico (24).

Además, la sociedad andaba profundamente corrompida, y era casi seguro que la juventud del hijo de Patricio andaría borrascosa y nada edificante, y convenía, en consecuencia, no administrarle el santo bautismo y dejarlo correr al azar hasta la edad madura. Así se pensaba entonces.

Los maestros de escuela que tuvo en Tagaste acaso serían cristianos, pero empleaban libros paganos para la enseñanza de los niños (25). Los maestros de Madaura fueron paganos, y sus enseñanzas, también. En Tagaste abundaba el elemento gentil, y consta que fué enteramente hereje donatista hacia el año 349 (26). Un edicto del emperador Constancio lo redujo a buen camino; muchos, empero, a impulsos del miedo a las penas severas que imponía. En aquel pueblo había un templo católico de escasa importancia administrado por un sacerdote, que se ausentaba mucho tiempo por atender a las necesidades de otros.

Se suele decir, para ponderar la importancia

del catolicismo en Africa, que hubo quinientos obispos. Hay que determinar la fecha, el radio geográfico de cada diócesis, y la importancia social y religiosa que ejercía el obispo en su territorio, que hoy diríamos de misiones. Un obispo equivalía a un sacerdote misionero de hoy entre gentiles o herejes. Es célebre, a este respecto, la disputa pública habida sobre este pormenor entre San Alipio y Petiliano (27).

Ahora bien: sea cual fuese el grado de instrucción religiosa que recibiera Agustín en su casa y en la escuela e iglesia del pueblo, sábese que cesó por entero a los once, o, si se quiere, a los trece años de edad, porque tuvo que trasladarse a Madaura, donde la población estaba integrada por el gentilismo y el cisma, y afeada por unas costumbres horrendas como inspiradas por el escepticismo y la molicie más refinada.

¿Qué quedaría, por tanto, en la mente y en el corazón del tagastino al terminar sus estudios en Madaura, que duraron cuatro años? ¿Qué recuerdos le quedarían de los misterios sacrosantos del Evangelio? ¿Qué motivos de credibilidad abonarían la firmeza de su fe? ¿A dónde habrían ido a parar las sencillas explicaciones religiosas de Mónica?

En diciendo todo esto, a su manera, Pelagia selló sus labios. La madre del joven, que oyó con

atención las reflexiones hechas por la anciana, hablóle con estas palabras:

—Tienes razón; Agustín queda muy disculpado en sus extravíos; mi hijo es bueno, y confío en la santa Providencia que por la sabiduría ha de venir al amor de Dios. Mientras tanto, se hace preciso llegar a una conclusión práctica.

Callaron ambas. Mónica indagó así:

—¿Qué hacemos, Pelagia?

Y la anciana siguió silenciosa.

Otro lapso de mutismo y una oleada del simoún que, avanzando por las estribaciones de las montañas de vez en cuando, oreaba los montículos sobre el que se asentaba Tagaste, agitó uno de los pámpanos, llenos de hojas, que trepaban hasta la ventana y sacudió la celosía con rozamiento áspero. Pelagia volvió en sí y extendió de nuevo los brazos en ademán muy resuelto:

—¿Que qué hacemos, preguntas?

—Tú, Mónica, orar, orar, orar, y yo, orar y marcharme a Cartago.

—¿Qué dices? —exclamó la otra con grande asombro.

—Que me voy a Cartago inmediatamente para vivir al lado de él.

—¡Oh!, tu edad no te permite hacer ese viaje, buena Pelagia.

—¿Que no? De aquí a Hipona iré en litera, y de Hipona a Cartago, embarcada. ¿Entiendes?

Es que Dios Nuestro Señor creo que me tiene en el mundo para ser el ángel tutelar de ese joven, y, si muero en la empresa, habré cumplido mi deber postrero. Iré a Cartago, viviré a su lado de continuo, estudiaré las cualidades de la esclava que ha tomado por mujer, se hará cristiana, convertiré a mi Aurelio Agustín, y así, además de un sabio será un santo.

Hablaba la vieja con muchísima convicción. Aparecían las palabras en sus labios, brillantes y cálidas como una profecía. Mónica la seguía mirando de hito en hito, admirada de aquella fortaleza de ánimo, de aquella fe intrépida y del amor heroico que demostraba hacia Agustín.

—Tú, Mónica, no puedes salir aún de este pueblo, porque debes arreglar los últimos asuntos relacionados con la testamentaría de Patricio, y debes colocar en estado conveniente a Navigio y a Perpetua, que necesitan todavía de ti.

—Pero, oye, Pelagia: tu presencia en aquel lugar, ¿no servirá para cohonestar la mala conducta del pobre extraviado?

—Mi presencia —replicó con viveza— no cohonestará nada, porque soy de raza de esclavos miserables; en cambio, tú no podrías vivir con ellos, porque eres madre, y de posición social distinguida. Y no me pongas más reparos —concluyó—, porque me voy, y me voy cuanto antes.

Y preguntó, levantándose del suelo, con el cojín en la mano:

—Los camellos de Romaniano, ¿regresarán pronto a Cartago?

—Entiendo que sí.

—Pues dame tablillas ahora mismo para escribirle que voy.

IX

La madre de Adeodato

Sila, a los diez y siete años de edad, se manejaba como toda una señora. Era una esclava, pero como si hubiera recibido por herencia psíquica la gravedad de las matronas y la delicadeza del amor conyugal, y juntamente con él la fidelidad de las esposas cristianas, porque, si de soltera la tachaban los libertinos de pudorosa hasta la esquivéz, ahora, con ser amable con todos, mantenía su puesto con lujo de dignidad y decoro. Una esclava que merecía ser esposa. Suave y expansiva, de temperamento dócil, aseada sin inclinaciones al lujo, amiga de la casa y no de la calle, cariñosa hasta el mimo, constituía para Agustín en la primavera de la vida el cumplimiento de sus ansias amorosas.

¡Amar y ser amado! Él, por su parte, cumplía los propósitos de correspondencia fiel y ofrecía a los diez y nueve años el aspecto de la madurez

de la vida desengañada y honorable, porque habían desaparecido las intemperancias de la juventud y andaba preocupado por el ensueño del estudio, que daba a su vida orientaciones de sabio, cómo si se hubieran agotado del todo las dulzuras de la epifanía del amor libre. Ni a cansancio, ni a inconstancia de carácter, ni a cambios de ideales filosóficos debemos atribuir esta falta de entusiasmo erótico, sino, por lo contrario, aquella gravedad de su conducta obedecía al cumplimiento de los deberes religiosos que la secta le imponía, o sea al dominio que ejercía la reflexión sobre el sentimiento. Por eso miraba con indiferencia, por no decir con asco, los desórdenes de sus camaradas; gustaba de juntarse con los hombres serenos y reflexivos, huía de cualquier centro de frivolidad pecaminosa, y buscaba por dondequiera la solución de las cuestiones científicas que agitaban el mundo. Mas aún: reducido a las fruiciones de la casa, conocidos todos los secretos del amor, por los cuales él verificara aquella unión doméstica, entre otros motivos, por saber en qué se diferenciaban el amor pasajero de la calle y el del hogar (28), su corazón estaba tocado de inquietud y deseaba amar otro objeto todavía más intenso, más imperecedero y mucho más alto que el poseído hasta entonces. Si toda la felicidad humana consistía en aquellas satisfac-

ciones tan leves, ¿para qué sentía él anhelaciones infinitas?

Pronto vino a caer en el vaso de su corazón una gota de amor todavía desconocido: el amor paternal. Agustín, en presencia de un hijo, a quien llamó Adeodato (29), se consideró feliz por un momento; mas, a poco tardar, sintió de nuevo mayores ansias amorosas. ¿Dónde se encontraba toda la felicidad del amor, todo el amor de la felicidad? ¡Amor, más amor todavía! ¿Por qué Agustín era el enamorado del amor?

—Eres buena, Sila —le dijo viendo en la cuna al recién nacido—. Desde este instante recobras la libertad, de modo que para mí no serás esclava, sino liberta, y si supiese que no pertenecían tus padres a clase baja social, te haría mi esposa ahora mismo.

En seguida manifestóle cómo había recibido una carta de mamá Pelagia en que le avisaba que iría luego al punto a Cartago para estar a su lado. Y Agustín, para que conociese bien a la que iba a ser algo así como una madre, la pintó como de sesenta años, laboriosa en toda clase de oficios, humilde y servicial, y también mercedora de indulgencia cuando se le escapasen ciertas franquezas de la lengua; porque era tal, que de un estado inconveniente pasaba a otro de simpatía y serenidad de ánimo con facilidad extraordinaria. Advirtióle que era muy fervorosa cristiana y que

vendría dispuesta a practicar el Evangelio y a hacerlo practicar a todos.

A Sila le pareció su venida muy bien; así tendría una compañera de confianza, una consejera muy autorizada y acaso un lazo de unión con la familia de Tagaste.

No se engañó cuando la hubo visto en Cartago y tratádola de cerca; antes, se avinieron ambas con armonía y cordialidad, mayormente cuando se vieron ocupando una casa modesta, aparte de la de Romaniano; porque mamá Pelagia traía instrucciones de Mónica para que saliesen del palacio del magnánimo protector, algunas de cuyas habitaciones había ocupado Agustín hasta entonces, y de vivir separadamente, para lo cual traía algunos dineros a los que se añadían otros que el estudiante obtenía con el producto de la venta de ciertos trabajos literarios y forenses que le encomendaban los que lo conocían a fondo, y también con el de la venta de algunas poesías inéditas entregadas a los librereros del Foro, las cuales se vendían con éxito, sin despreciar ciertos auxilios que Romaniano seguiría dispensando a la nueva familia.

—Ven acá, filosofastro —dijo mamá Pelagia una vez a Agustín, que entraba de la calle en dirección a su aposento, pasando por delante de Sila, que estaba leyendo con el niño dormido en el enfaldo, mientras hilaba la vieja—. Déjate de

tus pergaminos y códices, y oye lo que estamos meditando, para que no digas que las Sagradas Escrituras son impenetrables y revesadas.

—Con mucho gusto, mamá Pelagia —contestó el de la amable sonrisa, sentándose junto a ella—. ¿Qué leéis?

—Los *Hechos Apostólicos*.

—Continúa, Sila:

“Saulo, que todavía no respiraba sino amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes y les pidió cartas para Damasco, dirigidas a las sinagogas, para traer presos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres hallase de esta profesión o escuela de Jesús.

Caminando, pues, a Damasco, ya se acercaba a esta ciudad, cuando de repente le cercó de resplandor una luz del cielo. Y cayendo en tierra, asombrado, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Y él respondió: ¿Quién eres tú, Señor? Y el Señor le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues: dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón.

Él, entonces, temblando y despavorido, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga?

Y el Señor le respondió: Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer.

Los que venían acompañándolo estaban asom-

brados, oyendo, sí, sonido de voz, pero sin ver a nadie.

Levantóse Saulo de la tierra, y aunque tenía los ojos abiertos, nada veía, por lo cual, llevándolo de la mano, lo metieron en Damasco.

Aquí se mantuvo tres días privado de la vista y sin comer ni beber. Estaba a la sazón en Damasco un discípulo llamado Ananías, al cual dijo el Señor en una visión: ¿Ananías? Y él respondió: Aquí me tienes, Señor.

Levántate, le dijo el Señor, y ve a la calle llamada Recta, y busca en casa de Judas a un hombre de Tarso, llamado Saulo, que ahora está en oración.

Y en este mismo tiempo veía Saulo en una visión a un hombre llamado Ananías que entraba y le imponía las manos para que recobrase la vista.

Respondió, empero, Ananías: Señor, he oído decir a muchos que este hombre ha hecho grandes daños a tus santos en Jerusalén.

Y aun aquí está con poderes de los príncipes de los sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.

Ve a encontrarle, le dijo el Señor, que ese mismo es ya un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre y anunciarlo delante de todas las naciones y de los reyes y de los hijos de Israel. Y yo le haré ver cuantos trabajos tendrá que padecer por mi nombre.

Marchó, pues, Ananías y entró en la casa, e imponiéndole las manos le dijo: Saulo, hermano mío; el Señor Jesús que se te apareció en el camino que traías, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo.

Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas y recobró la vista, y, levantándose, fué bautizado.

Y habiendo tomado después alimento, recobró sus fuerzas. Estuvo algunos días con los discípulos que habitaban en Damasco.

Y desde luego empezó a predicar en las sinagogas a Jesús, afirmando que era éste el hijo de Dios.

Todos los que le oían estaban pasmados y decían: ¿Pues no es éste aquél mismo que con tanto furor perseguía en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y que vino acá de propósito para conducirlos presos a los príncipes de los sacerdotes?

Saulo, empero, cobraba cada día nuevo vigor y esfuerzo y confundía a los judíos que habitaban en Damasco, demostrándoles que Jesús era el Cristo" (30).

—Vamos a ver: ¿te parece esto difícil de entender? ¿Qué oscuridades ni qué tonterías son éstas?

—No, ciertamente; los libros que llaman Sa-

pienciales y los históricos son llanos y bellos, pero...

—¿Qué pero ni manzano?

—En los Evangelios hay cosas...

—¿Qué dices, filosofillo atrevido? ¿Habrá cosa más clara? —replicó mamá Pelagia, entre brusca y cariñosa—. ¡Si los entienden hasta los párvulos! ¡Jesucristo nos habla con sencillez de hombre y con profundidad de Dios. Esto decía ayer nuestro obispo en el sermón. Sus milagros, sus hechos, sus enseñanzas entran hasta el corazón como una musiquilla agradable.

—Por ejemplo —insinuó el joven con un dejo de ironía—, aquel comienzo del Evangelio de San Juan: el Verbo estaba en Dios y Dios en el Verbo y el Dios hecho carne y la carne hecha Dios... Vamos, mamá Pelagia, ¿quieres darme sobre esto una leccioncita?

—¡Ah! Eso es el misterio de la Encarnación de Cristo, que resulta oscuro para los orgullosos y claro para los creyentes. Yo creo en él, y mi fe es una especie de antorcha dentro de mí misma. Cree tú y entenderás también.

Agustín meneó la cabeza en sentido negativo, sonriendo. Luego se expresó así:

—Y tampoco se ve mucha ilación de raciocinio ni experiencia de la vida en aquel sermón del monte en que Cristo pregonó su programa filosófico-moral: Bienaventurados los pobres de espí-

ritu, los mansos, los que lloran, los que han hambre y sed de la justicia, los limpios de corazón, los misericordiosos, los pacíficos y los perseguidos. ¿No ves, mamá Pelagia, que esto no puede ser?

—Pues sí, que puede ser y lo será, andando el tiempo. Lucha el cristianismo contra el mundo pagano, que es orgulloso, ambicioso y voluptuoso, y dará con la gracia de la divina redención el mundo una vuelta de arriba abajo.

—No me opongo a ello —advirtió el otro—, pero lo reputo muy dificultoso.

—San Pablo ya nos enseñó eso mismo —agregó ella—, a saber: que para los judíos y los gentiles el misterio de la cruz era una locura y un escándalo; y resulta que, a poco que esos se descuiden, todos seremos locos, y apenas se quedarán unos cuantos cuerdos para contar el cuento.

—Mientras el maniqueísmo no lo impida —profirió él con tono matizado de jactancia.

—Oye, oye, lo que dice este maniqueílo... —exclamó la nómida dirigiéndose en tono burión a Sila.

No terminó la frase, porque la hebra de la rueca se le rompió y púsose a unirla.

—Mamá Pelagia —manifestó el aludido con acento contristado—, te digo, fuera de bromas, que no sé ni conozco cosa alguna que verdaderamente exista fuera de las corpóreas y sensibles, y

así me parece que obro como hombre de entendimiento y de ingenio agudo, conformándome con los maniqueos, que inquieren de dónde procede lo malo, si Dios tiene forma corpórea, si se han de tener por justos los que tienen muchas mujeres a un tiempo y los que quitan la vida a otros hombres y sacrifican animales. Como yo estoy ignorante de la verdad acerca de estas cosas, me hallo un poco embarazado y perturbado con tales preguntas... Pero ¿cómo lo he de conocer yo, si mi conocimiento por los sentidos no pasa de las cosas corpóreas y con el interior conocimiento del alma no paso de los fantasmas o especies de mi fantasía? (31). Tampoco he llegado a conocer que Dios es un puro espíritu y que no tiene partes extensas a lo largo ni a lo ancho, ni cantidad corpórea, material y de bulto. Ni he llegado a conocer en qué consista la justicia interior y verdadera, que no arregla sus juicios por la costumbre, sino por una ley rectísima... (32).

—Aurelio Augustísimo, todo esto lo ignoras porque has leído desde chico muchas cosas malas, y fijabas poco la atención en las que te enseñábamos tu santa madre y yo.

—No entiendo, y por eso no creo, *ratio antecedit fidem* —profirió el mozo.

—Sí —arguyó inmediatamente la otra—: en cambio crees en esas extravagancias y desvaríos que consisten en que cuando los higos se arran-

can del árbol, ellos y la higuera, que es su madre, lloran lágrimas de leche; y que si algún santón de los maniqueos se los come, arrancados por otra persona y no por él, los digiere y los mezcla con su propia sustancia, y que cuando el santón gime y solloza en la oración, despide y exhala de los higos digeridos, no sólo ángeles, sino partículas del Dios sumo y verdadero (33).

Y concluyó:

—¿Dónde está tu dialéctica?

X

Diálogos de litera, de teatro, de metafísica y de moral

Agustín, cierta tarde, paseando solo y abstraído por el Foro, detúvose en una tienda de libros a examinar la última reproducción del tratado de Agricultura escrito por el gran militar Mogón, y traducido por orden del Senado romano. Vió la versión griega del mismo libro y púsose a cotejarlas. Agustín no hablaba bien el griego, pero lo traducía ya correctamente.

En esto acertó a pasar por allí Romaniano, en su litera de marfil y oro, llevada por cuatro robustos negros y escoltada de otros de remuda, y así que vió al tagastino se detuvo y le hizo sentarse en ella para platicar, pues hacía tiempo que no se veían. Tomaron la dirección del gran acueducto que traía las aguas potables de las fuentes de Zaubán, a 50 millas de distancia, y

en algunas partes sobre arcos de 62 pies de altura, y pasaron parte de los grandes depósitos paralelos alimentados por canales, camino de Malga.

—¿Cómo te va de estudios?

—En este verano acabaré la Retórica y la Oratoria.

—¿Y después?

—Pensaba, en un principio, dedicarme al Foro y apurar las materias correspondientes; ha torcido, empero, el curso de mis aficiones el *Hortensio*, y quiero ser filósofo. ¡Hay tantos problemas sin resolver en la vida!... Ahora estoy dedicado al estudio de una escuela ideada por un persa, Manés, y a fe que me seducen sus novedades.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—A vuestras órdenes, Señor.

—Que en las vacaciones finales de curso vayas a Tagaste a ver a tu madre y hermanos, y a establecer allí una escuela de Gramática.

Agustín volvió nerviosamente el rostro hacia el interlocutor, y se quedó mirándolo con extrañeza por entre los rizos de la melena, que se le descompuso. Los apartó con ligereza y siguió mirándolo. El otro, con calma, razonó:

—Porque allí podrás ejercitar las habilidades de profesor y prepararte para más altos magisterios. Además, tengo un hijo ya crecido, Licencio, que encomendaré a tu cuidado.

Lo primero que pensó Agustín fué que aquello implicaba ausentarse de la ciudad querida y vivir en un pueblo rústico; y pensó, además, en otras dificultades graves, y por eso distinguió:

—La idea tiene aspectos desagradables y aspectos risueños; risueños, por ser mi pueblo natal, por estar en la casa materna y por servir a vos, mi venerado Mecenas, siquiera sea con un servicio tan menguado. En cuanto a los aspectos difíciles, supongo que habréis reflexionado en que Tagaste no dará suficiente número de alumnos, aun contando con los de los pueblos inmediatos, y de ahí que vendrá a ser la escuela un ensayo efímero, por no decir un fracaso.

—Cuenta con mi apoyo pecuniario, como siempre y para todo.

—Agradezco tanta generosidad; sin embargo de esto —añadió—, todavía existen otros muy graves inconvenientes para que yo vaya a mi pueblo. Mi madre es tan escrupulosa y pegada a su religión, que temo no admita en casa a la madre de Adeodato.

—Estás equivocado. Hablé con ella hace un mes, poco más o menos, y encontré muy razonable su modo de pensar, porque ella, partiendo del principio de que tu estado no se ajusta a la ley divina, se hace cargo del medio ambiente en que vives, de las costumbres generalísimas en África, de la casi imposibilidad de mejorar tu situa-

ción moral, y, si no aprueba tu conducta, está resuelta a tolerarla y a sacar de ella el mejor partido posible, toda vez que exigirte la continencia célibe sería pretender actos heroicos, y siendo, por otra parte, el problema de un matrimonio digno y satisfactorio, en las actuales circunstancias, punto menos que insoluble. Fuera de esto, yo le conté cómo la unión doméstica que estás practicando fué causa u ocasión de que tus primeras demasías tuviesen fin, y de que cada día vivas más a lo caballero. De todos modos, ella llegó a comprender que hay que buscar siempre el mal menor enfrente de un mal mayor.

Agustín púsose como a curiosear un rollo de pergaminos que llevaba debajo del brazo, pero su pensamiento estaba lejos. Luego rompió el silencio:

—Hay otro obstáculo más duro todavía.

—¿Más?

—Yo renuncié al cristianismo y me hice catecúmeno maniqueo, y esto jamás me lo perdonará mi madre, ni estoy resuelto a darle gusto.

—Tienes razón.

Ambos callaron. Vino a distraerlos de la perplejidad en que estaban la presencia del Procónsul, que paseaba en brillante carroza, y al ver a Romaniano se detuvo a saludarlo cariñosamente. Cualquier discípulo de Diógenes, el Cínico, al verlos, hubiera exclamado:

—La ley saludando al dinero.

Aprovechó la ocasión Romano para presentar al joven retórico a Símmaco, el Procónsul.

—Salud, hijo excelso de Lacio; la felicidad sea siempre con los gobernantes buenos de mi patria —profirió Agustín.

—¡Ah!, sí: conocía de oídas al famoso retórico de Tagaste —correspondió el otro—, al orador de metáforas audaces y novísimas y al poeta pulcro de la ciudad de Dido.

Se cruzaron algunas palabras Romano y Símmaco sobre los asuntos militares de los Cuados y Sármatas en Iliria y sobre los últimos sucesos políticos de Roma, y cada uno siguió su camino.

Romano habló a Agustín:

—¿Has reparado en la estatua de la Victoria que está en el Foro?

—¿Os referís, sin duda, a la que tiene influencias griegas, apostura fiera, bizarra, bien delineada, sobre todo en lo suntuario de las vestiduras, a cuyo través se transparentan los pechos como dos palomas dormidas, y que aprieta contra el costado, con el brazo, una armadura de guerrero?

—Exactamente. Y al frente de ella sabes que hay otra figura de sacerdotisa cartaginesa.

—Sí, mucho más antigua, como que pertenece a la época primitiva púnica, según lo revela su

arte egipcio, en actitud hierática y con las manos rebosantes de dones.

—Pues bien —añadió maliciosamente Romano—; Símmaco es buen gobernante, pero dicen que aborrece a los cristianos, gusta del peculado y está muy agarrado a su mando, y por eso hace días se corrió el chiste de que piensa llevarse a su palacio esas dos estatuas: la una, para que a él solamente le dé a manos llenas los dones del oficio, y la otra, para que no se deje quitar jamás la armadura del empleo.

Se arrepintió un tanto el Creso tagastino de haber dicho lo anterior, y para quitar la mala impresión le hizo al joven dirigir la vista hacia donde caía el cementerio llamado de San Cipriano, por haber sido éste enterrado allí, y le preguntó si había visitado aquella basílica.

A eso del anochecer la litera de Romano paraba ante su suntuosa mansión de la calle de los Banqueros. Agustín se despidió y echó a andar calles adelante hasta dar con su humilde casa. Detrás de él iba apurando el paso su compueblano Alipio.

—Vengo a veros. No lo he hecho antes porque me dijeron que hoy estabais de caza.

—La partida de caza quedó aplazada para otro día. Vámonos, te contaré lo que acaba de manifestarme Romano.

Llegaron a su aposento, y después de encen-

der la lámpara de aceite que sobre la mesa había, y de retirar una carta enrollada que su antiguo profesor Máximo de Madaura le acababa de dirigir, contó Agustín el proyecto de estrenarse en Tagaste como profesor.

—No me gusta —díjole el amigo.

—Tampoco a mí; pero ¿qué sacrificio podré negar yo a mi gran Mecenas? Por supuesto que la mayor dificultad que encuentro consiste en la nueva religión que profeso: el maniqueísmo.

—Nuestro maniqueísmo —añadió con ufanía Alipio.

—¡Hombre, bien! Me satisface verte tan decidido —exclamó el interlocutor—. Eres mi primera conquista.

El maestro levantóse del asiento, atizó con las despabiladeras la mecha de la lámpara romana y continuó:

—Te participo que a Romaniano lo siento inclinado hacia la nueva filosofía.

—Eso sería un triunfo decisivo —manifestó Alipio—, porque si él se hace maniqueo podríais presentaros en Tagaste muy seguro de que vuestra madre os toleraría eso y mucho más.

Movió Agustín la cabeza en señal de duda, se compuso la cabellera y calló. Mientras tanto en la habitación contigua se oía el rumor de una plegaria: eran mamá Pelagia y Sila, que rezaban algunos salmos. Cambió entonces de conversación

Agustín, por respeto al rezo o por remordimiento, y abriendo el rollo de manuscritos que había comprado aquella tarde, se expresó de esta manera:

—Es una comedia romana que parece de principios de siglo. Se titula *Querolo* o *El tesoro escondido*. No tiene autor, que yo sepa. Acaso pertenece a la época de Diocleciano. Actúan en ella siete personajes, entre los que sobresalen *Querolo* y el *Lar Familiar*. ¿Quieres que leamos un poco?

—Con mucho gusto.

Agustín leyó:

Quer.—¡Oh Fortuna! ¡Oh ciega Fortuna!
¡Hado impío!

Lar.—Salud, *Querolo*.

Quer.—¿Qué me quieres, amigo? Nada te debo, ni poseo nada que te hayan robado.

Lar.—No te enfades, espera; tengo que hablarte.

Quer.—Estoy de prisa.

Lar.—Aguarda, pues tal es tu deber. Yo soy aquel a quien has llamado en términos de acusación.

Quer.—Yo acusé a la Fortuna y al Hado.

Lar.—Yo soy el dios doméstico, a quien tú llamas Hado y Fortuna.

Quer.—Es extraño. No sé qué pensar; pero

el personaje que veo ante mí parece uno de los Genios o Misterios. Su ropaje es blanco y le rodea una radiante aureola.

Lar.—Aunque tus quejas no tienen fundamento, ¡oh Querolo!, me han enternecido y vengo a hacer lo que ningún Lar ha hecho antes de mí: a explicarte la causa de tu situación; ahora, pues, dime tus disgustos.

Quer.—No bastaría el día para contártelos.

Lar.—Pues hazlo brevemente; dime los más graves.

Quer.—Respóndeme a esta sola pregunta: ¿Por qué ha de medrar el malo y padecer el justo?”

—Hombre —dijo suspendiendo la lectura—, este autor parodia a Plauto en la comedia *Aulularia*; en ambas figura un tesoro escondido. Plauto hace al Lar en el prólogo referir varias circunstancias relacionadas con el asunto de la comedia. He observado, además, que el Querolo no tiene ningún personaje femenino.

Agustín continuó leyendo y terminó con esta escena:

“*Quer.*—Dame, por lo menos, los cofres atados de dinero que tiene Ticio.

Lar.—Sí, con su gota.

Quer.—No quiero gota.

Lar.—Pues tampoco verás los cofres con el dinero.

Quer.—Dame, entonces, el cuerpo de bailarinas que el viejo usurero que acaba de llegar ha traído consigo.

Lar.—Toma el coro completo: toma a Citeris, a Pafia y a Briseida, con el peso de los años de Néstor.

Quer.—¡Ah! ¡Ah! Y ¿para qué?

Lar.—Porque el viejo usurero los tiene. Los años y las bailarinas deben ir juntos.

Quer.—No será así. Bien, dame vergüenza.

Lar.—Sé impudente y domina el Foro; pero te faltará la sabiduría.

Quer.—¿Por qué?

Lar.—Los impudentes no son nunca sabios.

Quer.—Y bien, ¿por qué no son los hombres felices?

Lar.—Algunos lo son, pero no los que tú te figuras.

Quer.—Si te presento a uno que es rico y goza de salud, ¿no le calificarás tampoco de dichoso?

Lar.—Tú miras la salud del cuerpo y no la del alma; ésta puede hallarse enferma de envidia, esperanza o miedo, de ambición o avaricia no satisfecha. La faz no muestra el corazón."

—¿No te parece todo esto muy bello, caro Alipio?

—Sí que lo es, y además de trascendencia en la vida con tan provechosas enseñanzas.

—Pues bien; hablando de otra cosa, he de decirte que vino a mis manos aquella obra de Aristóteles intitulada *Las diez categorías o predicamentos*.

—¡Gran suerte!

—Es la tan citada por mi maestro de Retórica y por otros con tono enfático y misterioso, haciéndome suspirar por conocer dicha obra, como muy excelente y divina; la he leído a mis solas, y no sé si me reputarás fatuo y orgulloso si te digo que la he entendido perfectamente por mí mismo.

—Pero la voz general dice que es incomprendible.

—Sí, habiendo yo conferenciado con otros, me han confesado que no la entendieron, a pesar de la explicación de maestros muy eruditos, ya de palabra, ya por medio de muchas figuras y descripciones que para explicársela hacían en la arena. Yo, te soy franco, la he comprendido solamente con leerla (34).

—Supongo que será asunto metafísico.

—¿Quieres leer el libro? —interrogó Agustín asiendo un volumen y poniéndolo a su disposición—. Las categorías tratan de las sustancias, cómo es el hombre, y de las cosas que en ellas se contienen, como la figura del hombre, qué cualidades tenga, cuánta sea su estatura y cuántos

pies tenga de alto, cuál sea su linaje y de quién sea hermano, en qué lugar esté, cuándo nació, si está en pie o sentado, si calzado o armado, si hace algo o si padece, y generalmente todo lo que se comprende en estos nueve géneros o predicamentos, de lo que he puesto algunas cosas por modo de ejemplos, y también en el primer género de la sustancia, donde son innumerables las cosas que se contienen (35).

—Acepto la generosidad, maestro, y leeré el libro, no sin rogaros me expliquéis, a ratos perdidos, los puntos oscuros que hallare.

Agustín observó inmediatamente:

—Te anticipo que Platón sentó un solo predicamento o categoría: el ser; Ienócrates, su discípulo, estableció dos: uno, la sustancia, y otro, el accidente. Los platónicos siguientes los elevaron hasta cinco: sustancia, accidente, otro accidente, movimiento y relación; pero Aristóteles, en síntesis clarísima, divide el ente categórico en diez: sustancia, cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, tiempo, lugar, posición y hábito, es decir, el ser y las maneras del ser distinto de la realidad concreta por medio de la intuición metafísica.

Estaba dispuesto a continuar la lección preliminar, mas se lo estorbó entonces mismo la presencia de un personaje:

—La gracia del Espíritu Paráclito, sobre vuestras conciencias.

—¡Oh, Escogido de Manés, entrad en vuestra casa! —contestaron Alipio y Agustín levantándose aprisa y saliendo al encuentro con respeto y alegría.

El anciano maniqueo tomó asiento, se compuso el manto con modestia y habló:

—Me alegro de encontrar aquí, ¡oh Agustín!, al pudibundo y castísimo Alipio, orgullo de nuestra santa religión y fiel discípulo de nuestras doctrinas.

—¿Pretendéis, por ventura —reparó sonriéndose Agustín—, reprochar mi conducta? Cierto que todos esos elogios se merece Alipio; mas debéis convenir, oh maestro, que yo no me porto tan mal, que digamos. ¿Verdad?

—Lejos de mí tan gratuita consecuencia. Tu vida de casado se conforma también con la severidad de nuestro credo, si bien la de Alipio resulta muy superior a la tuya, porque él guarda un celibato muy estricto.

—¡Loado sea Dios! —observó el hijo de Mónica con enardecimiento místico—, que me dió a conocer el camino de la verdad. Vos sabéis tan bien como yo, porque fuisteis el primero que me enseñasteis el maniqueísmo, que lo adopté, entre otras razones, para ser continente, sí, para ser continente, arrepentido de la primera época de mi

adolescencia, que fué indigna, por más que para cohonestarlo invoque que en esta tierra africana nadie se libra de semejantes extravíos.

Alipio añadió humildemente:

—¡Ay! Los dos fuimos víctimas de la depravación general y ofendimos a Dios, nuestro Creador (36).

—Con la diferencia —agregó Agustín— de que tú ahora practicas la castidad de los *escogidos*, y yo, la de los *oyentes*; es decir, tú andas por las cumbres de la perfección de los célibes castísimos (37), y yo te sigo en otro plano inferior y menos meritorio, cual es el del matrimonio monógamo, sin concubinas ni quiebras de fidelidad. Y me ufano de ello, y lo proclamo a los cuatro vientos, para gloria de Dios, que me da tal virtud.

Agustín se iba enfervorizando y dejaba, por eso, el tono familiar para adoptar el declamatorio, fuerte y vibrante:

—¡Bendito sea Manés, que me enseñó a ser puro! Y lo seré siempre, mientras tenga un rayo de luz en la mente y una brasa de fuego en el corazón. Guardaré fidelidad absoluta a mi esposa, como lo ordena mi credo; para mí las otras mujeres representan algo así como tentación diabólica a la que resisto y de la que triunfo. ¿Qué mucho si mi santa madre misma tendrá que ala-

bar esta honestidad, que tanto me recomendaba al principio de mi adolescencia?

Mientras así se expresaba le oía con muestras de devoto asentimiento Alipio, y el viejo maniqueo sonreía con una sonrisa que podía ser de aquiescencia también, o quizá de hipocresía. El retórico siguió adelante:

—¡Oh castidad conyugal, que refrigeras el espíritu, esclareces el entendimiento, dignificas todas las acciones, moralizas los hogares, suavizas las asperezas de la vida y levantas al hombre a la dignidad de aquella causa esencialmente activa que se llama Principio del Bien, en lucha eterna con el Principio del Mal! ¿Por qué no conocerán todos los hombres los dulcísimos secretos que encierras, oh virtud de los ángeles?

El de la risa ambigua observó así, cortando el hilo a los vuelos oratorios del joven:

—Eso que dices de la castidad conyugal es cierto de toda certeza; pero ¿qué elogio te inspiraría el Espíritu Santo si, aun dentro del matrimonio, supieras refrenar lo lícito para no caer en lo ilícito? Porque nuestro dogma recomienda la abstinencia conyugal en muchas ocasiones por motivos teológicos: no cooperar a una cosa mala, cual es la unión del alma, que es parte nobilísima, creada por el Dios bueno, con el cuerpo, que es grosero, como creación del Espíritu malo. Estas y otras muchas cosas más arcanas —conti-

nuó el viejo— os ha de enseñar Fausto, el gran Fausto, cuando tengamos la suerte de que nos visite a los correligionarios de Cartago.

—¿Vendrá pronto? —indagó Agustín con ansiedad—, porque tengo que proponerle algunas dudas que nadie ha podido, hasta la fecha, aclararme.

—Precisamente venía a comunicarte, oh querido catecúmeno, que el día del aniversario de la muerte de Manés celebraremos las ceremonias litúrgicas de costumbre (38), y nos ha comunicado que intenta venirse de Roma para celebrar la fiesta y dar catequesis públicas, porque son muchos los que desean oír las enseñanzas del gran doctor, al par que gran orador, Fausto. En esa sazón —siguió hablando—, habrá muchísimas iniciaciones de *oyentes*, de *elegidos* y de *obispos*; se manifestarán doctrinas nuevas muy saludables a todos, y habrá conferencias, en ese día y el siguiente, una de las cuales te corresponde a ti, Agustín, por encargo muy honorífico de nuestro obispo cartaginés, el cual desea que, aunque no eres más que oyente, nos hables ese día. Es un privilegio inusitado en obsequio a tu conducta de convencido propagandista. ¿Aceptas?

No respondió el aludido.

Aplaudió con entusiasmo Alipio y dijo, dirigiéndose al hijo de Mónica:

—Ya tenéis esbozado el tema de la conferen-

cia: la castidad célibe y la conyugal. ¿Aceptáis?

Agustín extendió el brazo hacia ellos y cerró la mano en forma de puño, indicando que contraía la obligación.

Mientras tanto, Pelagia estaba en la habitación vecina, muy nerviosa y disgustada, porque había visto entrar al santón y ponía atención a lo que hablaban los tres maniqueos. Varias veces le había ocurrido la idea de interrumpirlos con cualquier pretexto, pero daba tregua; mas tan presto como oyó los aplausos sintió en su pecho una ola de indignación y se presentó ante los interlocutores, dirigiéndose en lengua púnica a Agustín, con los brazos abiertos y frunciendo las cejas carnosas y sin pelo:

—El niño Adeodato parece que está enfermo: algo raro le pasa. Ven.

Corrió el padre, y los otros se retiraron de la casa al instante.

Esto es lo que Pelagia pretendía.

XI

Tragedia de conciencia

Obedeciendo a los deseos de Romaniano respecto de que Agustín, una vez concluída la carrera, estrenase su profesorado abriendo en Tagaste una escuela o colegio para que se instruyera su hijo Licencio, juntamente con otros jóvenes del municipio y de los circunvecinos, emprendió camino hacia el hogar materno. La caravana constaba de varios viajeros, a saber: el jefe, Sila, Adeodato y Pelagia, además de algunos esclavos. No iban de sorpresa, sino que todo estaba calculado y arreglado previamente, por medio de las epístolas de Agustín a su madre, y de otras muy confidenciales de mamá Pelagia.

¿Dónde posarían en Tagaste? Por lo pronto, Agustín y su queridísima vieja, en casa de Mónica, y los demás, en la villa de Romaniano; que no podía la santa viuda avenirse a tener en su hogar a Sila por razones de decoro religioso,

fuese ésta cuanto se quiera de honrada y buena. En cuanto al nietecillo, ya se vería más adelante lo que procedía hacer.

Relativamente a la escuela, Romaniano cedía con mucho agrado algunos salones de su mansión, en los cuales no se echarían de menos la higiene y la comodidad, pues estaba situada la quinta, como se sabe, en las afueras, pero cerca de la población.

Llegaron los viajeros sin novedad a Tagaste antes del otoño, porque interesaba preparar la apertura de la escuela (39) y divulgar la noticia por toda la comarca. Mónica los recibió embargada por sentimientos diversos: alegría, ansiedad, esperanza, tristeza, sobre todo tristeza; su hijo favorito, su hijo, tan inteligente como desorientado, no venía solo, sino acompañado de una mujer, ¡ay!, que, si poseía cualidades excelentes, al decir de mamá Pelagia, no era esposa católica y no podía ser dama digna del linaje de los Patricios; sólo la consolaba algo el pensamiento de que Sila contribuyó a que Agustín hubiera dejado los desarreglos del amor y convirtiéndose ya en modelo de un *pater familias* hecho y derecho.

El cual abrió escuela de Gramática, a la que no faltaron discípulos de su pueblo nativo y de las cercanías, y, por lo tanto, ni motivos de ocupación y medios de subsistencia decorosa al catedrático. Ciertamente que la labor resultaba in-

terésante y hermosa; pero Agustín, entre aquellos alumnos, semejava un águila caudal criando polluelos en una jaula. Aparte de las clases profesionales, ocupábase en leer libros y más libros, y tomar apuntes, salir de caza, particularmente con sus dos predilectos Rómulo y Alipio, y hacer algunos viajes cortos de estudio en las vacaciones interanuales.

Cuanto a su comportamiento en la casa materna, nada dejaba que desear; lejos de perjudicar a sus hermanos y a los sirvientes con insinuaciones indebidas, aparentaba, en obsequio a la paz doméstica, y especialmente por respeto a su madre, religiosidad cristiana, ejecutando actos que andaban reñidos con sus convicciones. En especial, se cuidaba muy mucho de no sacar a colación el asunto del maniqueísmo. Empero un día, cuando menos lo pensaba, hablóle ella a solas y cerrando la puerta del cuarto:

—Hijo mío, hace tiempo que esperaba hablastes a tu madre dándole una explicación de ciertas cosas que la atormentan y le hacen llorar lágrimas amarguísimas. Y veo que, en lugar de espontanearte con ella, rehuyes la conversación acerca de esos puntos.

—¿Os referís, querida madre, a mi nueva vida de hogar entablada en Cartago?

—A tu nueva vida de hogar y a otras cosas...

Por el rostro del joven pasó una sombra de disgusto.

—Pero ya sabéis que mi vida, por la gracia del Paráclito, va conforme con el Evangelio de Cristo.

—Sí, me consta que adoptaste por mujer a una esclava y que le eres fiel en todo sentido; pero no en nombre de Cristo, sino de un enemigo suyo, Manés.

—Madre, las doctrinas de entrambos, a este respecto, son iguales; a mi unión con Sila únicamente le falta el nombre de matrimonio cristiano (40); el nombre solamente —recalcó con intención marcada.

—No, no son del todo iguales, ni mucho menos; he oído algo muy horroroso...

—Por lo que a mí hace, os juro por Cristo, madre mía, que procedo en el ejercicio de mis deberes y derechos matrimoniales, tanto en los públicos como en los más recónditos, con toda dignidad y decoro (41).

Y queriendo torcer el sesgo de la cuestión y sorprender a su aguda madre, le propuso con cierto tono:

—¿Es que deseáis que adopte por esposa cristiana a una esclava? ¿Me incitáis a que me despose con Sila, esclava y de origen desconocido? Pues si lo queréis así, lo pondré por obra.

—No: quiero que te cases como Dios manda;

pero, aunque para mí no hay distinción de razas ni de clases cuando se trata de la santificación del alma, no vería con buenos ojos tenerla en el hogar como matrona de mi hijo; porque toda nuestra parentela, sobre todo los hijos de la hermana de tu padre, que gloria haya, y también la familia de Rómulo, lo llevarían muy a mal y sería algo así como declararte legalmente descastado. Además, en el pueblo eso constituiría un escándalo social, y la escuela que regentas, con tanto agrado de todos y escogida concurrencia, acabaría por cerrarse por falta de alumnos. Ese matrimonio que propones me parece inoportuno, hijo mío.

—¿Y si algún día resulta que Sila es de noble estirpe?—preguntó, con cierto tonillo, el otro.

—¿Por qué dices eso?

—Oíd una confidencia importantísima: Romano me ha dicho que está en vías de descubrir la genealogía de Sila. Parece que una venganza horrible, tan característica de las leyendas orientales, se ejecutó en un viaje, y la *Vestal marina* quedó salva por una casualidad. Veremos.

No prestó Mónica gran atención al secreto, porque seguía dominada por la idea principal.

—Eso será lo que sea—observó ella—; dejemos a la acción de la santa Providencia el desarrollo de los acontecimientos. Por lo que hace a tu unión actual, repito que la repruebo, por muy

honesto y ejemplar que me la pintes, porque procede de un error fundamental herético, que desvirtúa en la raíz los procedimientos más sanos.

No supo qué replicar el joven; y además veía venir lo más temido por él, es decir, la cuestión, no de moral, sino de dogma. Quebró, por eso, la fastidiosa pausa así:

—Permitidme que os diga que el maniqueísmo profesa, a lo que recuerdo, las mismas creencias que el catolicismo: Dios, la Trinidad augusta, la Providencia, el castigo y premio eternos, el bautismo, la eucaristía, etc., etc.; en fin, no enumero más porque, como yo aprendí muy poco de niño la religión de Jesucristo, no puedo, al fin y al cabo, comparar debidamente ambas ramificaciones de la Verdad.

Mónica reprimió el disgusto que le causó la velada intención que contenían las últimas palabras.

El otro continuó diciendo con tono muy suave y hasta cariñoso:

—Vos me enseñasteis cuanto podíais; pero yo era catecúmeno y, sobre todo, muy niño; en este pueblo celebrábanse los oficios divinos y se daba la catequesis los domingos solamente, y no todos; nuestros paisanos, ya lo veis, eran y son católicos de nombre, como convertidos de la herejía donatista por miedo, y dondequiera se respiraba y respira indiferencia y otras cosas peores.

Después, en Madaura todo era gentilismo y sectarismo; los católicos constituían un grupo insignificante, una minoría ínfima, que hacía sus ritos casi a ocultas. Pasé a Cartago, y en aquella metrópoli, de muchos y abigarrados habitantes, vi la situación religiosa y moral de Madaura empeorada horriblemente.

Interrumpió ella con viveza, reprochándole:

—Tenías allí las Sagradas Escrituras, que no quisiste estudiar por dedicarte a otras lecturas.

—¡Las Sagradas Escrituras! ¿Sabéis, madre, lo que decís? Conseguí, tras de muchas búsquedas e inconvenientes, una copia, en pergamino, de uno de los libros de los Profetas, nada más. Y no sé si sería copia auténtica, o copia hecha por alguno de los corifeos de tantas y tantas sectas como allí pululan. De modo que no logré hacerme más que con una parte mínima de las Santas Escrituras, y acaso, acaso, interpoladas. Que en la metrópoli se encontraban varias auténticas y completas, en códices y rollos de pieles, ¿quién lo duda?; pero un joven como yo, estudiante pobre, o sea sin tiempo ni dinero ni amistades para poseerlas, siquiera fuese en préstamo, ¡ay madre!, no me fué posible realizar mis deseos.

Y, cambiando de tono, interrogó con suave ironía:

—Vamos: lo que vos no tenéis, ¿pensáis que

yo lo hubiese alcanzado con facilidad? En estos días he curioseado los manuscritos religiosos de familia y el *tablinum*, y he visto que en esta casa se encuentran únicamente las *Epístolas* de San Pablo y los libros que llaman Sapienciales y Morales. Y a fe que, de estar completos ambos Testamentos, el Nuevo y el Antiguo, no cabrían en esta habitación, por lo voluminosos.

No le gustó a Mónica el argumento y redarguyó con estas palabras:

—Debías, en todo caso, haber solicitado el consejo del obispo de Cartago y de los católicos.

—En primer lugar, yo no vi muchedumbre de cristianos, pues escasean en comparación con otros credos, y en segundo lugar, habéis de saber que, al poco tiempo de iniciarme en el maniqueísmo, y después en varias ocasiones, consulté mis dudas con muchos católicos (42), y resultaron imperitos y vencidos en la disputa. No me cabe culpa en esto.

Al llegar la conversación a esta sazón y punto empujaron la puerta y golpearon fuertemente, dejándose oír la voz de mamá Pelagia, que decía:

—Abre, Mónica, que traigo una visita muy simpática y dada por Dios.

—¿Quién?

—Pues, tu nietecillo.

La acuciosa Pelagia tenía la ocurrencia de llevar, por primera vez, ella misma al niño Adeodato, para conseguir poco a poco apretar los lazos de conciliación con Sila, no sin haber preparado las cosas convenientemente; pero el momento resultó tan inoportuno, que contribuyó, antes bien y en cierto modo, a precipitar el desenlace doloroso de aquella escena.

Es que Mónica estaba desconfiada ya de ablandar el corazón de Agustín, y al sentir la presencia del *hijo del pecado*, Adeodato, sintió ofendido más y más su celo de santidad, y así, en un movimiento de enérgica resolución, díjole, ya en pie, al joven que permanecía sentado, con la frente hundida entre los bucles de su cabellera y acodado con ambas manos:

—Basta: quiero oír de tu boca ahora mismo si renuncias al maniqueísmo ya, para hacerte cristiano.

—¡Madre! —exclamó el mancebo arrodillándose ante ella de súbito y sin poder articular otras palabras.

—Más todavía —agregó ella con tono entre reposado y enérgico—: he sabido que eres no sólo hereje, sino propagador de la secta, y que has pervertido a Romaniano, Alipio, Rómulo y a otros varios. Te digo que mi corazón no puede soportar tanta amargura. Se hace preciso que renuncies a ese desatino. Yo, como madre tuya,

no debo transigir con tamañas claudicaciones, porque tengo que dar cuenta a Jesucristo de los pasos de tu vida.

—Soy una víctima del análisis —dijo él—. Busco la Verdad ardientemente, y la Verdad huye de mí como un fantasma. Ahora me preocupan los maniqueos que gritan: “¡La Verdad, aquí está la Verdad!”. Repito que en las Sagradas Escrituras hallo misterios inexplicables. Acaso más tarde encontraré en ellas toda la Verdad.

—¡Ah, no! ¿Huyes del misterio? Pues ¿qué es la vida sino un secreto doloroso? No hay ciencia sin misterio, ni maestro sin ignorancias, ni día sin desazones. Cree y entenderás, cree y entenderás.

—No puedo, madre —gimió con los ojos húmedos por el llanto.

—Pues yo tampoco puedo consentir que en mi casa haya quien ponga en peligro la fe de Navigio y Perpetua y la de ninguno de los que están a mi servicio.

Mónica alargó el brazo hacia la puerta de salida a la calle, con gravedad y sin cólera, como despidiéndolo (43); le volvió presto las espaldas, salió de la habitación, se encerró en el oratorio doméstico y púsose a orar, llorosa, ante el Crucifijo.

Seguidamente, Agustín, sin acertar a expli-

carse la gravísima situación en que estaba sumido, se juntó con mamá Pelagia para desahogar su pecho. ¿Qué haría, en adelante? Su madre, en fuerza de su adhesión inquebrantable al dogma evangélico y del amor vivísimo y sin restricciones a Jesucristo, Nuestro Redentor, exigióle a rajatabla la renuncia del maniqueísmo, siendo así que él andaba entonces convencido hasta la saciedad de que aquella religión contenía la verdad y la moral, las cuales hacen felices a los individuos y a los pueblos, de tal suerte que, a descubrir él cualquier falsedad, la dejaría sin dilación, para volver, como punto de partida, al catolicismo, con quien guardaba aspectos de contacto, muchísimos y sustanciales.

Estas y otras cosas díjole a su buena sirvienta con lenguaje doloroso, y ella, sin poder soltar el conflicto de conciencia, trataba de esforzarlo y aconsejarle unas y otras cosas con suavidad entrañable, dejando en buen lugar a la santa viuda. Por su parte, mamá Pelagia le prometió mediar con tino y con la premura que el caso requería.

Al rato, para cuando Mónica salió del oratorio, Agustín, haciendo llevar al niño, había abandonado ya la casa paterna y trasladádose a la quinta.

XII

El hijo de tantas lágrimas

Varias semanas anduvo la santa madre quebrantada de pena y derramando copiosas lágrimas ante el altar del Señor, al considerar si habría sido prudente o no el paso que diera con Agustín, porque podía suceder que, lejos él de la casa materna, se empeorase la situación, quitada toda oportunidad de ilustrarlo y convertirlo. ¡Qué de incertidumbre y remordimiento! Pero, ¿tendrían remedio las cosas llevadas a tal extremo? ¿Cómo soldar bien la autoridad materna con la majestad de la fe y los dictados de la prudencia? En la plegaria trataba de sosegar Mónica sus turbaciones, y pedía al cielo inspiración y acierto; mas la congoja seguía.

Agustín, por su parte, llevaba como transido el pecho: no podía vivir sin el cariño de su madre. Y, en medio de aquella congojosa situación, Pelaya actuaba de lazo de caridad tranquilizando

los ánimos y ensayando medios muy discretos de acercamiento entre ambas partes.

Un domingo encontrábase Mónica en la iglesita del pueblo y, concluidos los oficios religiosos, permaneció, como de costumbre, orando largo rato, recatada en la penumbra de una capilla. Ya el templo hallábase en completa soledad; la escasa luz que por las ventanas penetraba en el recinto contribuía a reconcentrar el pensamiento y a expandir los vuelos del espíritu. Mónica miraba de hito en hito a la cruz que culminaba sobre el altar, con los ojos llenos de satisfacción, pero con brillo de noble melancolía, y los labios entreabiertos por una tenue sonrisa. Inundóla de improviso una oleada de perfume celestial que le hizo desvanecer poco a poco la vida de los sentidos. Abiertos los párpados, todo lo veía como envuelto en nubes de incienso, translúcidas y suaves. Y entretanto que los contornos de los objetos exteriores se le iban desvaneciendo, cobraba el sentido interior fuerza de visión extraordinaria para experimentar algo que no era de este mundo. El cuerpo iba languideciendo, y el alma robusteciendo una vida de gozo superior, bañada de lumbre imaginativa y de delicias espirituales.

Cayéronsele a Mónica más los párpados entreabiertos, abajó la frente también, como si se hubiera desvanecido en un sueño místico, y permaneció quieta de rodillas, gozando de los carismas

del arrobamiento que el Señor concede a ciertas almas privilegiadas. Una nube resplandeciente invadió los ámbitos de la capilla, convirtiéndolo todo en luz suavísima. Luego apareció entre aquella atmósfera luminosa una regla o tabla ancha y recta, al mismo tiempo que fué dibujándose la figura de un mancebo gallardo y bellissimo, con alas de ángel, quien, entre sonrisas de consuelo, le dirigió estas frases:

—Venid, oh señora, y coloaos sobre esta regla.

Y de repente el cuerpo de la extática se vió en el lugar que el ángel le indicaba.

—Decidme ahora: ¿cuál es la causa de vuestra tristeza y aflicción?

—La perdición de mi hijo Agustín.

—Reparad a quién tenéis ya a vuestro lado en la misma regla, y entended que donde vos estáis estará él.

—¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo! —voceó Mónica.

La santa mujer entendió en aquel sueño místico que la regla luminosa era la religión de Cristo, en la cual ella estaba colocada, y que en la misma regla cristiana había de colocarse Agustín, mediante una conversión completa y maravillosa.

Y desapareció la visión (44).

Recobró en aquel instante el cuerpo de Mónica el sentido del vivir ordinario, tornó a verse

sola y arrodillada entre las sombras de la capilla, y con grandes acciones de gracias alabó a Jesucristo, que tan copiosamente la había consolado.

Y se dirigió a su casa, inundado el corazón de gozo y ansiosa de contar a mamá Pelagia cuanto había sucedido, como, en efecto, lo hizo. Durante el diálogo, Mónica manifestó vehementes deseos de que supiese todo Agustín, pero vacilaba en llamarlo. Comprendió bien Pelagia estos deseos, por lo cual aprovechó la primera oportunidad para mandarle venir sin saberlo Mónica, y sin declararle tampoco a Agustín lo que acontecía, pero dándole seguridad de que la entrevista con su bendita madre produciría excelente resultado.

Por eso, él determinó acudir a la cita de Pelagia, con muchísimo gusto, sí, aunque empeñado en no ceder, y esperanzado de hallar alguna componenda entre su orgullo de sectario y el deber filial.

—¡Hijo de mi alma! —exclamó Mónica al verlo en casa—. ¿Vienes arrepentido?

Y se abrazaron.

Ella, sin pausa alguna, principió a relatarle la visión con que Dios le había favorecido, y a explicársela con palabras efusivas y cariñosas.

—¡Oh, mi buena madre! —observó el mancebo—, eso querrá significar que vos seréis algún

día lo que yo soy y viviremos sobre la misma regla de fe en que estoy situado.

Mónica replicó vivamente:

—No, por cierto: no es así; porque a mí no se me dijo: donde él está, allí también estás tú, sino, al contrario: donde tú estás, allí también está él.

Quedó Agustín pensativo, hondamente impresionado con el relato, que no dudó era aviso del cielo; mas sin tardanza reaccionó y dijo:

—No niego que con el tiempo seré cristiano; antes bien, deseo serlo, pero quiero entender para creer. Entretanto, os ruego que no me castigéis privándome de vuestras enseñanzas y consejos.

En sus ojos húmedos y magníficos brilló la dulzura. Y agregó:

—Madre, mucho nos importa, además, ocultar nuestra desgracia doméstica, quiero decir, la verdadera causa o motivo de la separación que tenemos.

—No —replicó con resolución—; eso no me importa a mí, y aun me interesa lo contrario, pues no quiero que se sospeche siquiera que yo transijo con tus herejías.

—Pero tened en cuenta que perderemos todo el apoyo de Romaniano si lo mortificáis con la persecución de mis ideas, que son también las suyas.

—Menos aún. Piérdase todo, menos el alma.

Prefiero mendigar que claudicar en la fe de mi Señor Jesucristo.

Entrambos guardaron silencio un instante. Él lo rompió de este modo inesperado:

—Os suplico que me volváis a admitir en vuestra compañía; yo me comprometo, con noble juramento, a no proferir una palabra que mortifique a nadie en asuntos de religión.

Ella vaciló un punto, y al fin contestó:

—Con ese compromiso, puedes venir a mi lado, hasta que se cumpla el sentido de la visión...

A los pocos días de la vuelta de Agustín a la casa materna tuvo noticia la madre de que estaba en Tagaste, de pasada, un obispo católico que antes había sido maniqueo, y se apresuró a pedirle una entrevista, que fué concedida al punto. En ella declaróle por menudo la virtuosa viuda el carácter, inclinaciones, dotes de inteligencia, género de estudios y situación actual de Agustín.

—Es hijo respetuoso, amante, morigerado, sumiso. Dios le ha dotado de una inteligencia no común, que supera a cuantos encomios se hagan, y de un corazón más grande todavía. Sé que tuvo breve tiempo deslices, al brotar las pasiones; mas, unido en concubinato legal, aunque no cristiano, a una mujer de baja estirpe, guarda ahora entretenidos los sentimientos del amor con aspiración nobilísima; pero, aun cuando no deja de estimar

a la mujer que le dió un niño, no es feliz porque necesita más elevado y amplio espacio para sus efusiones amorosas.

—Por lo que hace a su inteligencia—añadió Mónica con tono más lastimero—, desde niño todo lo inquiera, todo lo sabe precozmente; se adelanta a todos en perspicacia de ingenio; busca disputas; todo lo vuelve filosofía; a los libros les saca defectos, sin dejar de alabar los méritos que en ellos encuentra. De nuestra sagrada Religión conoce lo que puede conocer un niño catecúmeno, y las explicaciones que una mujer pobre es capaz de darle, confundido y como ahogado todo esto en un mar de enseñanzas perversas, que los maestros de escuela le prodigaron desde la niñez, y de los libros que devora, porque ha leído y lee cuantos caen en sus manos. Las Sagradas Escrituras le parecen confusas, incomprensibles y mal escritas. En cambio, desde hace un año anda encaprichado con los errores y blasfemias del maniqueísmo. Es un dialéctico terrible: seduce con facilidad.

Mónica no pudo continuar: anudaba el llanto su garganta. Entonces el obispo, con mesura paternal, pronunció:

—¡Pobre joven! Comprendo su situación, porque yo también me vi cautivado de esa secta, cuya sofistería e inmoralidad esconde para dejarla traslucir aprisa. Si es de buena ley el mance-

bo, como acabáis de decirme, y si busca y ama la verdad, no temáis por su suerte: volverá al seno de la Iglesia.

—No lo dudo, pero quiero verlo convertido cuanto antes. Si tuvierais a bien —indicó con timidez respetuosa al obispo— disuadirlo en una conferencia...

—Señora, yo lo haría con mucho agrado, pero él no está preparado en orden a recibir la gracia de Dios. La soberbia interior lo incapacita para recibir el juicio del adversario. A esa edad no se piensa sino en derrochar las energías intelectuales a fin de adquirir fama como defensor de teorías halagüeñas. Dejadlo que conozca el error y amaré después la verdad con amor intenso y confiado.

Mónica oía al experimentado obispo con emoción y religiosidad profunda, surcadas las mejillas por silenciosas lágrimas; mas hacía señales de no conformarse con la tregua que se le indicaba.

Prosiguió el obispo:

—En los caminos de la fe las orientaciones del entendimiento no obedecen a la ley de la evidencia humana, sino a la voluntad de Dios; no cree el que quiere creer con industrias de raciocinios, sino el que Dios quiere que crea por su libérrima voluntad. La fe es un don gratuito de Dios, no un producto del hombre. Por las disputas sobre la Religión como medio necesario no se convier-

te a nadie, aunque Dios a veces las fecundiza con su santa gracia como medios externos de entender los motivos de credibilidad. Esta frase *yo no creo sino lo que entiendo*, constituye un grito de la ignorancia contra la sabiduría de Dios, y es a la vez la negación de la realidad de la vida, que consiste en una serie inacabable de misterios de orden físico, intelectual y ético.

—Eso le digo yo muchas veces a mi hijo —interrumpió Mónica—: cree y entenderás; y también le digo que los misterios y las ignorancias rodean por todas partes aun a los más sabios.

—Muy bien dicho, señora. En conclusión, si ese joven se me presentara diciéndome: “Creo, ayudadme en mi ignorancia”, su conversión sería moralmente cierta y rápida; empero, por lo mismo que busca polémicas con Dios, Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.

—Ahora imploro de vuestra benignidad —añadió la santa mujer— que me déis un consejo relativo a si puedo o no, en conciencia, admitir en la casa a la compañera de mi hijo.

—Mirad: ese matrimonio, que ante las leyes imperiales es legítimo y ha causado la continencia en él, resulta, ante la ley divina, reprobable; pero, por cuanto descansa en una secta que él profesa, inculpablemente o de buena fe, no tiene reato alguno de conciencia, y constituye un mal menor que puede tolerarse. La moral mani-

queísta, para los neófitos, es aparentemente buena en lo concerniente a la unión conyugal, pero esconde horrendas prescripciones sobre la procreación, atentatorias hasta contra la ley natural...

El obispo no se atrevió a explicar toda la realidad de los misterios de la secta.

—Señor —observó la santa viuda, comprendiendo lo que sugería el obispo—, me tiene empañada la palabra, en nombre de Cristo, de que a sus relaciones conyugales, correctas y nobles, no les falta otra cosa que el nombre de matrimonio cristiano, y además me ha repetido que todos sus procedimientos están gobernados por el decoro y la dignidad más irrepreensibles.

—¡Oh!, el joven es bueno —exclamó el obispo—: está engañado solamente; cuando conozca a fondo la maldad de la secta y de los sectarios se convertirá por sí mismo. Por lo pronto, admitid, sí, admitid en vuestro hogar a la mujer de vuestro hijo, rodead a entrambos de una atmósfera cariñosa y hacedles orar.

Mónica hincóse de rodillas entonces, con las manos cruzadas ante el pecho, y gimiendo a lágrima viva, con aquellos ojos bondadosos y hechos como para llorar:

—Señor — le dijo—, venerable señor y padre de mi alma, pues si no decidís desengañarlo vos, sea; pero rogad también por él, pues lo recomien-

do de un modo especial a vuestras oraciones y sacrificios.

Y trató de besarle los pies.

—¡Oh, mujer! —pronunció levantándose presuntamente el prelado—, así Dios te dé vida, que es imposible que perezca *el hijo de tales lágrimas* (45).

Transcurrieron los días y los meses sin incidentes dignos de mención. Mónica, dedicada a la dirección de la casa y empeñada en sostenerla sin mengua en sus intereses y rentas, y en preparar el porvenir decoroso de Navigio y Perpetua; Sila, cada día más encariñada con aquel hogar, humilde, callada, laboriosa y muy prudente, y dedicando sus ratos de ocio a visitar con Mónica los *nosocomia*, género de hospitales, inaugurados en tiempo de Constantino, que consistían en casitas aisladas, *domúnculae*, sujetas a un plano; Pelagia, encargada de gobernar a toda la servidumbre y de que todas las cosas estuviesen a punto y con mucha compostura; y Agustín, con el empeño de que la marcha de su escuela resultase intachable, y sus discípulos, aprovechados en las diversas disciplinas y ciudadanos honrados.

Por lo demás, se atediaba en Tagaste grandemente; ni libros trascendentales, ni varones doctos, ni reuniones de amigos podían colmar la medida de sus deseos, y, por ende, sufría de nostalgia cartaginesa: nostalgia de sabio, y no de

disipador de talentos ni de energías sentimentales y frívolas. Ya se acababa el curso, ya se aproximaban las vacaciones, ya iba a cosechar el fruto abundante del primer año de su trabajo, aunque sintiendo un vacío inmenso en su corazón. A la mirada perspicaz de su madre no se le escapaban estos movimientos interiores de su hijo, y padecía también al ver aquella situación irremediable.

Un accidente inesperado, y al parecer trivial, vino a soltar las dificultades que lo retenían en su pueblo y a justificar su vuelta a la metrópoli sin nota de inconstante ni de ambicioso. Oigase cómo lo cuenta el propio Agustín:

“Al mismo tiempo que había comenzado a enseñar en la ciudad en que nací, había adquirido un amigo que, porque estudiamos juntos, por ser de mi edad y estar ambos en la flor y lozanía de la juventud, llegó a serme muy amado. Desde niños habíamos ido juntos a la escuela, y juntos habíamos jugado. Pero entonces aún no era tan estrecha nuestra amistad, aunque tampoco después, cuando digo que le amé tanto, era tan verdadera como debe ser, porque sólo es así la que Vos, ¡oh Dios!, formáis entre los que están unidos a Vos por la caridad que ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo, que nos fué enviado y dado.

No obstante, era para mí aquella amistad dulcísima y sazónada con el fervor de nuestros iguales cuidados y estudios. Porque también le había yo desviado, aunque no entera y radicalmente, de la verdadera fe, que siendo joven seguía, y le había inclinado a aquellas falsedades supersticiosas y perjudiciales, que hicieron a mi madre llorar tanto por mí. De modo que, aun en el error que seguíamos interiormente, éramos iguales y no podía mi alma hacer nada sin él. Pero he aquí que Vos, Dios mío, Dios de las justas venganzas, que sois también la fuerza de las misericordias, yendo a los alcances de vuestros siervos fugitivos, para convertirlos de nuevo a Vos por caminos y modos admirables, sacasteis de esta vida a aquel mancebo, cuando apenas se había cumplido un año de nuestra convivencia en Tagaste, que me era más deliciosa que todas las delicias que en aquel tiempo gozaba...

Porque, estando aquel amigo mío enfermo de calenturas, le dió una vez un síncope, que le duró mucho tiempo, juntamente con un sudor mortal, y, viéndole ya sin esperanzas de vida, se le dió el bautismo sin que él lo supiese, ni pudiese conocerlo, lo cual me dió poco cuidado, persuadiéndome que su alma conservaría mejor lo que yo le había enseñado que lo que se ejecutaba en su cuerpo sin saberlo él ni advertirlo. Pero muy al contrario sucedió, porque él volvió en sí y con

salud en el alma. Luego, al punto que pude hablarle y luego que él pudo oírme, pues apenas me apartaba de su lado, y mutuamente pendíamos el uno del otro, intenté burlarme del bautismo que le habían dado cuando se hallaba muy lejos de tener conocimiento ni sentido, creyendo yo que él también se burlaría conmigo de aquel hecho. Mas, luego que oyó mi burla, me mostró tanto horror como si fuera yo su mayor enemigo, y me amonestó, con una admirable y repentina libertad, que, si quería ser amigo suyo, no volviese a hablar de aquello por aquel estilo. Yo entonces, espantado todo y turbado, reprimí lo que se me ofrecía responderle, dejándolo para cuando hubiese convalecido, y entonces decirle todo cuanto quisiese. Pero pocos días después, estando yo ausente, le acometieron otra vez las calenturas, y se murió; mejor dicho, fué como arrebatado de entre las manos de mi locura, para estar bien guardado junto a Vos.

Sentí tanto su pérdida, que se me llenó mi corazón de tinieblas, y en todo cuanto miraba no veía otra cosa sino la muerte. Mi patria me servía de suplicio, y la casa de mis padres me parecía la morada más infeliz e insufrible; todo cuanto había comunicado con él, se me volvía en cruelísimo tormento viéndome sin mi amigo. Por todas partes le buscaban mis ojos, y en ninguna lo veía; aborrecía todas las cosas, porque en nin-

guna de ellas lo encontraba, ni podían ya decirme, como antes, cuando vivía y estaba fuera de casa o ausente: “Espera, que ya vendrá.”

Estaba yo trocado en un confuso enigma, sin entenderme a mí mismo... Sólo el llanto me era dulce y gustoso, y el sucesor de mi amigo en causar las delicias de mi alma...

Así me hallaba yo en aquel tiempo, y lloraba amarguísicamente y descansaba en mi amargura. Tan grande era mi miseria, y más que a aquel amigo mío amaba yo mi vida miserable, pues, aunque quisiera trocarla, con todo eso no quisiera perderla antes que perderlo a él, ni sé si quisiera perderla por él, como se refiere de Orestes y Pílates, si es que no sea fingido, que querían morir el uno por el otro, o entrambos al mismo tiempo, porque tenían por mayor daño vivir solos. Pero no sé qué afecto muy contrario a éste había nacido en mí, pues tenía grandísimo tedio de la vida y miedo a la muerte. Yo creo que, cuanto mayor era el amor que le tenía, tanto más aborrecía y temía a la muerte, como enemiga cruelísima que me lo había quitado, y juzgaba que había de acabar de repente con todos los hombres, una vez que había podido acabar con aquél...

Me admiraba de que los demás mortales viviesen, pues había muerto aquel a quien amaba como si no hubiese de morir, y más me maravi-

llaba de que, habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él. Bien dijo Horacio, hablando de un amigo suyo, que era la mitad de su alma, porque yo creí que la mía y la suya habían sido una sola alma en dos cuerpos. Y por eso me causaba horror la vida: porque no quería vivir a medias y como dividido, y por eso quizá temería el morirme, porque no muriese de todo punto aquel a quien había amado tanto...

¡Oh, qué locura no saber amar a los hombres humanamente! ¡Oh, qué necio era yo, pues las cosas humanas las padecía sin moderación! Y así me acongojaba, suspiraba, lloraba, andaba turbado, incapaz de descanso ni consejo. Traía mi alma como despedazada, ensangrentada, impaciente de estar conmigo, y no hallaba donde ponerla. No hallaba descanso alguno, ni en los bosques amenos, ni en los jardines olorosos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho, y, finalmente, ni lo hallaba en los versos ni en los libros. Todo me causaba horror, hasta la luz misma, y cuanto no fuera mi amigo me era insufrible y odioso, menos el gemir y llorar, que solamente en esto tenía algún corto descanso; pero luego que se le estorbaba a mi alma este alivio, me abrumaba la pesada carga de mi miseria...

Pero, ¿adónde podía huir mi corazón que se alejara de mí mismo? ¿Adónde huiría de mí?

¿Dónde dejaría de ir tras de mí? No obstante, me salí de mi patria, y desde Tagaste me fuí a Cartago, porque allí buscaban menos mis ojos a mi amigo, donde no tenía costumbre de verlo" (46).

Página es ésta henchida de personalismo y de bellezas literarias, en la cual vese pintado el amor de amistad, aparentemente exagerado, pero en realidad expresado tan personal y tan suyo, que vence en originalidad y fuerza psíquica a! de los personajes fabulosos de Grecia y de la edad clásica latina. Con razón decían sus amigos que Agustín era un enamorado del amor:

Amor de amigo,

Amor de hijo,

Amor de esposo,

Amor de padre,

Y, sin embargo, no era feliz en el amor. ¿Qué le faltaba?

El amor de Jesucristo, que es el amor de los amores.

XIII

Corona de triunfo

Plugo a Romaniano la traza de Agustín consistente en establecer, trasladándose a Cartago, una escuela de Oratoria tribunicia, para comenzar el curso al finar el verano. Al efecto, se ausentaron todos, sin exceptuar Licencio y un hermano menor, y Mónica hubo de permanecer en Tagaste con los dos hijos, mayormente que ya se trataba de casar a Navigio; pero no se descuidó en dar a mamá Pelagia estrechas y detalladas instrucciones sobre el hijo de tantas lágrimas.

Cuanto a las impresiones de alegría que la vista de la ciudad de Dido produjo en el ánimo del nuevo profesor, sobran los comentarios: el joven de los grandes destinos se crecía en presencia de lo grande.

Inmediatamente se procedió a prevenir el local de la nueva escuela en uno de los barrios más céntricos, la cual tuvo éxito, gracias a los influjos del

poderoso Mecenas, sin los que, de fijo, hubiese fracasado todo empeño, a causa de la rivalidad de los muchos y doctos establecimientos que desde antiguo en la metrópoli emuladora de Roma existían; y así, la nueva cátedra vióse concurrida por discípulos de singular aprovechamiento, entre quienes culminaron Eulogio, que llegó después a sentar cátedra pública en la misma ciudad; Marciano, Evodio, Honorato y el manso y riquísimo Nebridio. “Lo que más deseaba —apunta él— era tener buenos discípulos, en el sentido que comúnmente se llaman buenos, a los que sin engaño alguno les enseñaba el arte de practicar engaños, no para que jamás usasen de ellos contra la vida de alguna inocente, sino para defender alguna vez al culpado” (47).

Al mismo tiempo, ya por las influencias de su profesorado, ya por las de su trato personal, urbano y atrayente, ya, en suma, por la inclinación de su natural hacia la vida de asociación expansiva, amplió notablemente sus relaciones sociales y científicas y vino a ser el centro de un grupo de personas que dedicaban los ocios a tareas del espíritu y a esparcimientos amigables, “como el conversar y reírnos juntos, servirnos unos a otros con buena voluntad, juntarnos a leer libros divertidos, charcernos y entretenernos, discordar alguna vez en los juicios, pero sin oposición de la voluntad y como lo suele uno ejecutar consigo mismo y con

aquella diferencia de dictámenes, que rarísima vez sucedía, hacer más gustosa la conformidad que teníamos en todo lo demás; enseñarnos mutuamente alguna cosa o aprenderla unos de otros, tener sentimiento de la ausencia de los amigos y alegría de su llegada..., haciendo de muchas personas una sola" (48).

Dos cosas revelaba Agustín en fomentar estas reuniones: inclinación a retirarse de las compañías pecaminosas y turbulentas, en cuyos solaces no hallaba él sino hastío, y tendencia a imitar las sociedades ideadas y practicadas por Platón, Sócrates. Pitágoras y Cicerón.

—Maestro —prorrumpió Alipio cierta vez que se hallaban reunidos seis o siete camaradas de los que formaban esta especie de centro literario—, ha llegado a mis oídos la grata noticia de que en los próximos certámenes entraréis al concurso con un trabajo muy notable (49).

—Adelantado vives, amigo —contestó sonriendo—, porque en lo de muy notable acaso te equivocas.

Otros añadieron:

—¿Y tiene tal vez carácter dialogado ese trabajo? ¿Cómo se titula? ¿Es acaso dramático? ¿Será de la escuela de Luciano? ¿Quizás pertenece a la de los clásicos latinos de Diocleciano?

Estas y otras indagaciones hicieron los cama-

radas, alegrándose de ver a su querido amigo o maestro metido en el concurso.

—No os precipitéis, amigos, no vaya a suceder que se lleve la corona mi rival Flavio, como sucedió en el certamen anterior, en que logré, no la corona, sino un aplauso solamente. En cuanto a la índole del presente, os declaro que es un diálogo filosófico-social, y nada tiene de fábula milesia.

—¡Por los númenes griegos! —profirió un joven pagano—. Apuesto a que has bebido la inspiración en las ánforas de Luciano, en *Almoneda de sectas*, *El navío* o *Los deseos* y tal vez *Las transformaciones* y *Nerón*.

—No aciertas.

—Pues yo digo que ninguna relación tendrá con *El Sueño* o *El Gallo* ni con el *Elogio de una mosca*, porque tú no has sido muy acariciado nunca por la musa satírica, ni tienes nada de cínico.

—En verdad, no trata de esos asuntos, ni cosa parecida.

Y siguieron tirando de la lengua al concursante, sin lograr saber ni el tema ni el nombre del trabajo dramático, porque Agustín usaba de cierta timidez o quizá modestia orgullosa, en cuya virtud ocultaba, cuanto podía, sus producciones literarias, aun en las reuniones de los amigos íntimos.

Y rodó la conversación sobre otras materias literarias y filosóficas, sin faltar algo de polémica sobre las religiones, porque en aquel siglo de trans-

formaciones fundamentales de la ideología pagana, atacada por el cristianismo y las sectas que de éste se derivaron, no podía menos de salir a plaza el relato de la conversión de estos y aquellos personajes, del catecumenado de algún noble, de las muchedumbres de jóvenes de uno y otro sexo que se retiraban a los desiertos a practicar la vida solitaria y eremítica, y de los escritos cristiano-latinos de los obispos.

—Es indudable que las águilas imperiales huyen ante la vista del divino Cordero sacrificado en la cruz —exclamó Marciano.

—Pero ese Cordero —advirtió el maniqueo Honorato— está ya podrido: hiede.

—Sí, porque el *logos* de Platón —interrumpió un pirrónico— es algo así como un foco de luz suavísima donde habita la divinidad que se comunica con las almas que piensan en la eterna filosofía.

—Todo es nada —profirió alguno—: los dioses no existen, la verdad es un mito, el alma es el resultado de nuestra ignorancia, y si el otro dijo que sólo sé que no sé nada, yo añado que yo no soy el que soy.

—Maestro —dijo un contertulio, acercándose a un anaquel de infolios en diversos tamaños—. Precisamente el gran Luciano de Samosata abona mi opinión de la negación de los dioses.

Y cogió un libro:

—He aquí el *Diálogo de los Dioses*. Leamos el diálogo IX.

—No, ese no —corrigió Agustín—, porque el pudibundo Alipio no te perdonará que leas eso de que Júpiter parió por la rodilla, así como Minerva parió por la cabeza.

—Pues, leeré el siguiente, que comprueba mejor todavía el ocaso del paganismo.

Y se dispuso a leer:

Timocles.—¿Por qué, oh sacrílego Damis, dices que no hay dioses y que su providencia no vela por los hombres?

Damis.—No, no los hay; pero, dime antes, ¿qué razón te mueve a creer que no existen?

Timocles.—No, señor mío; a ti te toca responderme, ¡Oh malvado!

Damis.—No, que te corresponde a ti.

Júpiter.—Hasta aquí lleva la ventaja el nuestro; grita más fuerte: ¡Bravo! Timocles, cárgalo de injurias; en esto sólo lo vencerás; en lo demás te hará enmudecer como un pez.

Timocles.—No, por Minerva; no te responderé el primero.

Damis.—Siendo así, interrógame; venciste haciendo este juramento; pero te ruego que a lo menos me hables sin injurias.

Timocles.—Tienes razón. Dime, pues, ¡oh de-

testable! ¿Crees tú que los dioses ejercen una providencia?

Damis.—No.

Timocles.—¿Qué dices? ¿No está arreglado nada por su sabiduría?

Damis.—Nada.

Timocles.—Y ¿ningún dios tiene cuidado de arreglar el universo?

Damis.—Ninguno.

Timocles.—¿Acaso es arrastrado por una causa incierta?

Damis.—Sí.

Timocles.—Y qué, ¿lo oís, atenienses, y se lo toleráis y no apedreáis a este impío?

Damis.—¿Por qué excitar al pueblo contra mí, y por qué encolerizarte tanto en favor de tus númenes, que nunca se encolerizan? Nunca me han causado mal, aun cuando me hayan oído alguna vez, si es que oyen siquiera...

Timocles.—¿Qué he de responder a discursos tan impudentes, oh *Damis*?

Damis.—Lo que yo deseo hace tiempo oírte, qué cosa ha podido inducirte a creer en la providencia de los dioses.

Timocles.—Me han persuadido de ello el orden y el movimiento del universo; el sol, que siempre sigue un mismo curso; la luna, sometida a revoluciones regulares; el cambio constante de las estaciones; el desarrollo de las plantas; la repro-

ducción de los animales, tan perfectamente organizados, que se nutren, se mueven, piensan, marchan, hacen de carpinteros y zapateros; todas estas maravillas y otras cien semejantes parecen efectos de una providencia.

Damis.—Tomas como prueba lo que está en cuestión, oh Timocles. No es evidente que estas maravillas sean obras de la providencia; no negaré que estos hechos se verifican de la manera que dices; pero nada puede inducirme a creer que sea autor de ellos la providencia. Podría suceder que, producidas por el acaso, aun se conservasen estos seres en el mismo estado y siguiesen las mismas leyes. Tu llamas necesidad su disposición y te irritas contra quien no adopta tu opinión. No basta enumerar estos fenómenos y celebrarlos para probar que el universo está gobernado por la providencia; este mismo argumento es de mala ley, como dice el poeta cómico. Preséntame otro.

Timocles.—No creo que sea menester; sin embargo, te interrogaré y respóndeme. ¿No te parece Homero un poeta excelente?

Damis.—En verdad que sí.

Timocles.—Pues bien: él precisamente me persuade de la realidad de la providencia de los dioses, cuando habla de ella.

Damis.—¡Admirable argumentador! Todos concederán que Homero es poeta excelente; pero

ni él ni otros pasarán como testimonio verídico en este género de cosas, porque los poetas tienen menos afán por decir la verdad que por halagar a sus oyentes. Por eso cantan en verso, recitan fábulas y todas sus maneras se dirigen a deleitar.”

Algunos de los tertulios de Agustín, entonces, prorrumpieron en aplausos y no dejaron oír lo restante del diálogo, que el otro siguió leyendo con mayor empeño hasta el final, y es así:

“*Damis.*—Tienes razón, Timocles, y a propósito se ocurren a mi imaginación varios usos de pueblos, que pueden servir para conocer cuán incierto es lo que se piensa acerca de los dioses. A la verdad, nada tienen de uniforme estos usos, y, por el contrario, son tan diferentes como las naciones. Los escitas, por ejemplo, ofrecen sacrificios a la cimitarra; los tracios, a Zamolxis, esclavo fugitivo de Samos, refugiado entre ellos; los frigios adoran a Menes; los etíopes, al día; los cilenios, a Fales; los asirios, a una paloma; los persas, al fuego, y los egipcios, al agua. Y digo al agua, en general, pues en particular, Menfis venera un buey; Pelusia, la cebolla; otras ciudades, el ibis o el cocodrilo; otras, el cinocéfalo, el gato o la mona. En las aldeas, algunos miran como dios el hombro derecho, mientras que adoran el izquierdo los que están enfrente; éstos, una me-

dia cabeza, y aquéllos, un plato de barro. ¿Quién no se reiría de tales extravagancias, mi virtuoso Timocles?”

Uno de ellos se apresuró a interrumpir:

—Eso prueba la falsedad de los dioses y la verdad de un solo Dios: el Dios de los cristianos.

El lector interrumpió el diálogo porque los juicios de los oyentes se manifestaron enconadamente: unos, aplaudiendo; los otros, protestando. Agustín, que veía en lo leído muchos sofismas, y que creía, cierto, en la existencia de un solo Dios y en su providencia (58), si bien abrigaba errores en cuanto a la sustancia y gobierno de la misma, no quiso que se provocase un conflicto demasiado fuerte y torció la conversación hacia un aspecto crítico del autor y no del tema criticado; y por eso profirió:

—Amigos míos: Luciano, unas veces parece que cree en los dioses; otras veces, en el Dios de los cristianos; otras aparece escéptico; muchas, guasón y ladino, y siempre elegante y clásico. Aquí tengo todas sus obras. Por lo demás, no todas las que se le atribuyen están bien atribuidas, pues algunas pertenecen a sus imitadores. A mí me gusta por lo espontáneo y variado; pero, aunque no domino el griego tanto como para constituirme en censor, le he sorprendido páginas de imitación en la forma y en el fondo, y hasta en

sus obras de forma dialogada y donairoso, que más lo caracterizan, observo que es difuso en el chiste, y que malogra los efectos de la risa.

Estas observaciones hicieron torcer, efectivamente, el curso de la charla, porque continuaron criticando al de Samosata con variedad de criterio y no menor agudeza. El que apuntó la idea de si el trabajo dramático que Agustín presentaría al próximo certamen sería de inspiración helénica, clamó con aire de sofista:

—Luego acerté que Agustín imitaría a mi paisano de Samosata.

—Os digo que Luciano me gusta en sus obras *Elogio de Demóstenes* y en *Cómo debe escribirse la Historia* y en *El pseudo-sofista* o *El que incurre en solecismos*, y otras; pero no en sus libelos agresivos, y en tener dos caras, como Jano.

Aproximábase ya la fecha de la celebración del concurso abierto por el Procónsul de la ciudad de Dido. Cierta día llamó a las puertas de la casa de Agustín un hombre muy mal vestido, calzado con sandalias rotas y con las señales de un viejo plebeyo, el cual, saludándolo, parodió aquellas palabras de Aquiles a Nausica:

—¿Quién eres? ¿Por ventura deidad desconocida?

Agustín, que hallábase escribiendo, al oírlo, le

dirigió la vista, conoció al famoso mago Albice-ro, sintió repulsión y dijo con sequedad:

—¿Qué deseas?

—¡Oh!, hijo del oro y del sol, Aurelio, oh futuro augustal que mereces llegar a César por las dotes con que los dioses te han enriquecido: vengo a proponeros que consultéis los arcanos de las ciencias ocultas para saber con toda certeza que obtendréis el premio en el certamen. Soy arúspice.

—¿Y también la ciencia fulgural conoces?

—No, tan sólo la aruspicina, que aprendí en Etruria.

—¿No sabes que desde el emperador Teodosio están abolidos esos vaticinios?

—¡Oh, señor! Las leyes, cuando van contra la verdad, quedan incumplidas. La decadencia de Roma data desde que el Senado no consulta a nuestra clase sacerdotal. Y esos discípulos de Cristo tienen la culpa de todo.

—Acaso no será así, como tú dices, vaticinador callejero. Vosotros mismos habéis desprestigiado esa ciencia. ¿No es verdad que vosotros os reís de vosotros mismos? Me han dicho que cuando dos camaradas de oficio os encontráis en la calle, no podéis contener la risa.

—Por todos los arúspices de Caldea, os juro que no es así.

—Y bien, dime: ¿qué harás con las víctimas

que quieres sacrificar para mí? Instrúyeme en el arcano y en el portento.

—Para dar mi pronóstico, reparo antes en la manera de marchar al suplicio el animal que se inmola, en lo que tarda en morir, en la cantidad y calidad de la sangre, etc.; después lo descuartizo, examino sus entrañas...

—¡Qué asco! —interrumpió el otro.

—No será tan innoble tal procedimiento cuando Nabucodonosor lo hacía, y el gran emperador Juliano, a quien los cristianos llaman apóstata, se deleitaba en esos oficios.

—Pues, sábetelo, oh viejo, que abomino de esos feísimos sacrificios, tanto que si, en vez de una frágil corona de hojas de laurel que se me ha de dar, se me ofreciese una de oro, renunciaría a ella, por que no se matase una mosca (51). Pero, enténdelo bien, no rechazo la aruspicina por la ciencia que tenga, sino por lo cruel y sucia.

El vejete se encogió de hombros clavando la vista en el decente mancebo que seguía sentado a la mesa de estudio.

—Además —agregó el poeta dramático—, fío en mis fuerzas, estoy seguro del triunfo, y por eso no necesito de tus servicios.

El hombrecillo salió de la casa vaticinando:

—Este es un hombre que no será militar estruendoso, ni comerciante rico, ni orador de plazas bullangueras, ni cónsul, ni nada. Debe te-

ner, a lo que parece, un corazón más grande que el Coloso de Rodas y un cerebro con un quintal de sesos.

Le sobraba razón al viejo. Agustín, por sus ideas maniqueas y por temperamento, aborrecía la efusión de sangre; era demasiado sentimental para sacrificar víctimas de esa manera; también resultaba demasiado noble para recurrir a tales medios, que, si la alta sociedad de entonces admitía y patrocinaba, porque se amamantaba con la sangre animal de los circos y con la de los gladiadores y esclavos, nada tenía de plausible. Sí, le sobraba razón al vejete. Agustín, ante todo y sobre todo, era un poeta pensador de análisis metafísico, y un gran enamorado; como si se dijera: una personificación de la ciencia y del amor.

Llegó el día de la adjudicación del premio: era una fiesta como nacional, que los procónsules organizaban anualmente para conmemorar fechas clásicas. La ciudad, la gloriosa ciudad de Dido, émula de Roma por la opulencia y la cultura, se dió cita en el teatro para premiar al poeta-filósofo en quien fincaban días de mucha gloria.

El teatro de Cartago, de proporciones más modestas que el romano, va recibéndolos y se colocan en la gradería semicircular, cortada por un frontón en el sentido del diámetro que cierra el hemiciclo. La parte semicircular, en zonas concéntricas separadas por andenes, se llena de gentes de

todas las clases sociales; las gradas inferiores son ocupadas por los patricios y caballeros (*aequites*). Hay espacio en el centro plano, para la orquesta, para los coros y el baile, sobre pavimento de mármol, con asientos para las autoridades y personas distinguidas: magistrados, senadores, decuriones, capitanes. En el frontón del semicírculo se ve el proscenio con tres puertas al fondo, y toda la fachada monumental (*frons*) hállase decorada con columnatas de ricos mármoles, estatuas y ornamentación muy preciosa.

La muchedumbre invade el teatro por el pórtico y las puertas (*valvas*) correspondientes; llegan los senadores, los patricios, los decuriones, los magistrados y los opulentos, con las matronas y doncellas, que alardean de escandalosa desnudez y derrochan lujo en vestidos y joyas, ungüentos y perfumes. Suenan las músicas; a una señal del procónsul Vindiciano, ábrese el telón y aparecen los actores para representar el trabajo dramático premiado. El acto resulta corto, pero emocionante y muy halagüeño, como que va interpretando los sentimientos del alma nacional africana, y el público, por lo mismo, aplaude a cada escena.

Cae el telón entre aplausos delirantes, y pronto vuelve a levantarse, para dejar ver, en medio del escenario, la figura de Agustín, sonriente, emocionado, hermoso, de estatura mediana, rostro ova-

lado, cabellera hasta los hombros, ojos húmedos y magníficos, de pupila escrutadora y dulce.

Millares de personas prorrumpen en aplausos al verlo, y arrecian los saludos, y mucho más en el momento en que Vindiciano entra en el proscenio, acompañado de Romaniano, se acerca al triunfador y coloca en sus sienes una corona de laurel.

¡Aplausos, aplausos!..., como el batir de alas de paloma, como el remecer de un bosque de palmeras...

Todo ha concluído.

Agustín regresó a casa en la litera de su *padrino de coronación*, rodeado de numerosos amigos y admiradores.

Al entrar en ella, le salió al encuentro mamá Pelagia, abriendo dèsmesuradamente los brazos para estrecharlo en su pecho.

—¡Aurelio Augustísimo!

Él depositó en la frente de la anciana un ósculo y le entregó un gajito de la corona, diciendo, conmovido:

—Envíale este beso y este laurel a la madre del hijo de tantas lágrimas.

Ella entonces, llorando como una niña, lo llenó de besos y lo llamó repetidas veces feliz y acertado, en lengua púnica:

—¡*Namphanion, namphanion!*

XIV

Por entre libros y ciencias

Todas estas victorias en el campo de las letras enardecían el ánimo del joven filósofo, le hacían profundizar más en el misterio de sus propias energías mentales y lo esforzaban para continuar en la ascensión a la cúspide de la sabiduría, donde pregona la fama por todos los ámbitos del mundo el nombre del triunfador.

Por lo cual dió un paso adelante en el orden de sus ocupaciones, pasando, de escritor de poesías sueltas y de discursos más o menos dilatados, a autor de tratados de grande aliento; y era lógico que, dada su corta edad, acometiera el proyecto de escribir alguna obra de asunto meramente literario como preparación de otras más fundamentales y complejas. Porque importa tener en cuenta que, entretanto que dedicaba gran parte del tiempo a las tareas del profesorado, además leyó y entendió por sí mismo, y sin necesitar de

maestro que se los explicara, los libros de las artes que llaman liberales, cuantos pudo haber a las manos (52), en los que entraban las Matemáticas, Música, Física, Astronomía, además de la Historia, a la que se le vió muy aficionado desde niño. Así, pues, comenzó la tarea de escribir tres libros *De pulcro et apto* (53), de la belleza y de la conveniencia, cuya tesis era la siguiente: ¿De dónde nace el amor? Agustín, en las disquisiciones sostenidas con los amigos en las tertulias, había planteado estas cuestiones: ¿Amamos por ventura algún objeto si no es hermoso? Pero ¿en qué consiste la hermosura? ¿Qué es lo que nos atrae y aficiona a las cosas que amamos? Porque, si no hubiera gracia, de ninguna manera moverían a su amor.

Veía y advertía, en los mismos cuerpos, que alguno de ellos era como un todo perfecto, y por eso era hermoso, y que otros resultaban verdaderamente agradables porque se acomodaban a alguna cosa, a la cual eran aptos y convenientes, como una parte de cuerpo es conveniente a su todo. El amor proviene de la belleza; la belleza, de la integridad del objeto, de armonía de las partes y de cierta claridad agradable. Las cosas no son bellas porque nos agradan, sino que nos agradan porque son bellas. Realmente, lo bello y lo bueno se identifican. Consiste la belleza en la unidad y la variedad, en la armonía de las co-

sas que agradan, en la conformidad o congruencia de las partes, con una suavidad de color (54). Lo bueno hace relación a la voluntad, y lo bello, al entendimiento. La belleza difiere de la conveniencia en que aquélla es el todo y ésta es la parte; lo bello excluye a lo deforme, y lo deforme, a lo apto. Forma entidad completa en sí la belleza, mientras que lo no apto hace relación a otro ente. Hay belleza moral que consiste en el cumplimiento de todo lo mandado, y en ello estriba la virtud que debe practicarse por ser bella, a fuer de enamorados de la hermosura espiritual (55). Se compenetran en un mismo concepto la belleza y la bondad de la virtud. ¿En qué se diferencian la objetiva y la subjetiva, la relativa y la absoluta? La absoluta es Dios; la relativa, la creación. Ningún hombre tan hermoso que carezca de deformidad; ninguno tan sabio, que lo sepa todo; ninguno tan perfecto y justo, que no lleve el fómite del mal. Debe esforzarse el hombre por dignificarse ante el Ser supremo, el cual constituye su último fin. Dios lo hizo todo para sí, y al hombre, apto para la felicidad, y, por consecuencia, nadie puede alcanzarla plenamente hasta que se dignifique y descansa en Él (56).

Compuestos ya los libros sobre estas materias, le ocurrió la idea de ponerlos al amparo de algún personaje conspicuo y famoso, y al efecto pensó en Hierio, orador de la ciudad de Roma (57), a

quien no conocía de vista, sino que lo amaba por la fama de su doctrina, que era grande, y porque había oído algunos dichos suyos que le agradaban. Y le complacía mucho más porque agradaba a otros muchos que lo aplaudían sobremanera y se admiraban de que un hombre, sirio de nación, después de haberse hecho docto en la elocuencia griega, hubiese salido tan admirable orador en la latina, además de adquirir vastísima erudición en todas las materias concernientes al estudio de la sabiduría. Amaba y admiraba al orador público, pero no con el amor que se le tiene en el circo al hombre que se distingue en manejar bien caballos, o al que en el anfiteatro sobresale en luchar con las fieras, siendo uno y otro famoso y celebrado por las aclamaciones del pueblo, sino que de muy otro modo y muchísimo más gravemente era alabado por Agustín y amado aquel orador, y del mismo modo que quisiera él que lo alabaran a él mismo. Pues es muy cierto que no quisiera el de Cartago ser alabado y amado, como lo son los cómicos, aunque él mismo los alababa y amaba; antes por el contrario, más quisiera ser eternamente ignorado que ser famoso de aquella manera, y antes eligiera ser aborrecido de todos que ser amado como ellos (58). Para Agustín significaba gran cosa que un hombre como aquél llegase a tener noticia de los libros y de las ocupaciones y estudios suyos. Y si

Hierio los diera por buenos, se encendería mucho más en su amor; como, al contrario, si los reprobara, sería una herida mortal para su corazón. Entretanto se deleitaba en repasar dentro de su alma aquellos tratados de *Lo hermoso y conveniente* que le había dedicado y remitido, y teniéndolos muy presentes en su memoria, los admiraba a solas sin que ninguno le acompañase a alabarlos (59).

Fué un secreto de su juventud como autor. A nadie quiso mostrarlos, y los libros no llegaron a su destino. Se perdieron para siempre. ¡Ironías de la suerte!

En estos días aconteció un lance episódico que, aunque trivial, caracteriza las costumbres de la época y del tagastino. Alipio amaba mucho a Agustín porque lo tenía por hombre de bien y docto, e igualmente Agustín lo amaba por su bella índole y gran muestra de virtud que aun en sus pocos años se descubría (60). Pero la impetuosa corriente de las costumbres de los cartagine-ses, aficionadísimos a espectáculos vanos, le había llevado a la locura de los fuegos circenses. Por ese tiempo no era aún discípulo de Agustín, a causa de cierto disgusto que con su padre se había suscitado por haberse retirado tan aprisa de Tagaste y cerrado el aula. Pues bien; la noticia que Agustín tenía de su funesta pasión por aquellos juegos le afligía gravemente, por parecerle que

ya podían darse por perdidas las grandes esperanzas que de él formaba. Mas no tuvo proporción alguna para amonestarle con la satisfacción de amigo, ni para apartarlo de aquellos juegos con alguna reprensión, usando con él de la autoridad de maestro, porque juzgaba que estaría en la misma disposición que su padre, y a la verdad no era así. En efecto, posponiendo Alipio la voluntad de su padre, en cuanto al resentimiento que había entre los dos, le había comenzado a saludar y acudir a su aula, donde estaba un rato oyendo, medio oculto, lo que explicaba, y luego se iba.

Un día, estando el maestro en la escuela, sentado en el lugar que acostumbraba y delante de los discípulos, vino Alipio, lo saludó muy cortésmente, tomó asiento y se puso a atender a las cosas que se estaban tratando. Por casualidad tenía cierta lección entre manos, que, para declararla de modo que su explicación se hiciese más perceptible y gustosa, le pareció oportuno traer la similitud y ejemplo de lo que sucedía en el circo, haciendo burla y como satirizando a los que se dejaban cautivar de semejante locura.

Agustín, en verdad, no pensaba por entonces en sanarlo de aquella contagiosa enfermedad; mas él tomó para sí lo que oía y creyó que solamente se lo decía para él. Y lo que hubiera sido para otro causa de enojo con el maestro, aquel prudente mancebo lo tomó por motivo para eno-

jarse contra sí y para encenderse en amor vivo para el maestro. Al instante, pues, que acabó de oír aquellas palabras, resolvió no volver jamás al circo y ni se acercó en adelante. Además de esto, venció por medio de cartas la repugnancia que había en su padre para que Agustín fuese su maestro, y, por fin, el padre se lo concedió (61).

Transcurrido breve tiempo, y estando él a eso del mediodía en la plaza repasando la lección que había de dar, como se acostumbra para ejercitar a los estudiantes, permitió Dios que los guardas de dicha plaza le prendiesen como ladrón. Fué el caso que Alipio se paseaba solo delante de la casa del Consistorio con sus tablas y punzón de hierro, cuando hete aquí que un mozuelo del número también de los estudiantes, pero verdadero ladrón, llevando escondida un hacha, se entró, sin verlo Alipio, hasta los enrejados de plomo que vienen a dar a la platería y sobre las tiendas de los plateros, y comenzó a cortar plomo de aquellas rejas. Al ruido del hacha dieron voces los plateros que estaban debajo, y enviaron a algunos que fuesen allá arriba y prendiesen a cualquiera que por casualidad hallasen. El muchacho, habiendo oído las voces de aquéllos, se escapó dejándose allí el hacha, temiendo ser cogido con ella en las manos.

Alipio, que no le había visto entrar, lo sintió salir y lo vió escapar corriendo. Deseando saber

la causa por que huía, se entró hasta aquel paraje y, hallado el hacha, se puso a mirarla parado, admirándose del hecho. Los que habían sido enviados a prender al ladrón encontraron sólo a Alipio, que tenía en la mano el hacha a cuyos golpes habían acudido ellos. Echan mano de él, lo llevan por fuerza y, juntándose todos los inquilinos de dicha casa, se gloriaban de haberlo cogido como a manifiesto ladrón, y desde allí lo llevaban a presentar al juez.

Supo Agustín lo que pasaba, dejó la clase y salió a estorbar el escándalo, diciendo que era imposible que Alipio tratase de cometer tal desafuero, porque lo conocía como joven honrado, muy decente y rico. Pero sucedió que cuando lo llevaban a la cárcel les salió al encuentro también un arquitecto, cuyo empleo principal era el cuidado de los edificios públicos. Los que lo llevaban se alegraron mucho de topar con él. Este arquitecto, pues, había visto muchas veces a Alipio en casa de un senador, a quién él solía visitar muy a menudo; y así que lo conoció, cogiéndolo de la mano lo apartó de aquel tropel, y preguntándole la causa de tan grave mal, le informó Alipio la verdad del hecho. Entonces, vuelto el artífice a toda aquella gente alborotada que se hallaba presente y se manifestaba con furiosas amenazas, mandó a todos que lo siguiesen, y todos juntos

fueron a la casa del mancebo autor del delito, a quien Alipio había visto salir corriendo.

Delante de la puerta de la casa de éste había un muchachuelo de la misma casa, que fácilmente pudo declarar todo el suceso sin recelar que a su amo se le siguiese daño alguno, pues era paje de aquel mismo mancebo a quien había seguido y acompañado cuando iba a cometer su atentado. Habiéndolo reconocido también Alipio, se lo dijo al arquitecto, el cual le enseñó el hacha al muchacho, preguntándole de quién era. Sin detenerse respondió el chico que era suya, y consecutivamente fué descubriendo todo lo demás, según se le iba preguntando.

Así, recayendo el delito sobre los de aquella casa, quedó libre y honrado Alipio, el predilecto discípulo de Agustín (62).

A la vez andaba preocupado el sabio tagastino con el estudio de la Astrología, que tanto dominio ejercía en las inteligencias de entonces, y que tanto proselitismo obtuvo en la patria de Tanit, a pesar de las prohibiciones imperiales. En su afán de encontrar la verdad y de saberlo todo, también se dedicó a leer los libros que de estas materias trataban, y terciaba en cuantas conversaciones se discutía el punto con aquella agudeza y gravedad que le eran peculiares, y que sentaban mal en un joven de veinticuatro años. Entre las muchas y honorables personas

cuya amistad cultivaba, debe contarse, para mayor explicación de este aspecto de su vida, Vindiciano, el Procónsul de Cartago, quien, con motivo de la coronación en el teatro, estrechó mucho más con él las relaciones sostenidas con frecuentes visitas de estudio, llegando a ser muy familiar suyo y oyendo siempre muy atentamente sus razonamientos, que sin adorno alguno de palabras eran gustosos y graves por lo agudo de sus sentencias (63). Vindiciano era viejo, muy notable también en los conocimientos de la Medicina, y como hubiese conocido que el poeta filósofo andaba embebecido con tales lecturas astrológicas, intentó varias veces disuadirlo, pero en vano; lo mismo que su discípulo Nebridio, joven de excelente carácter, de gran bondad y juicio (64), que estaba desengañado de tales artes adivinatorias, no pocas veces había argüido con su carísimo Agustín a este respecto.

De tales disciplinas tan en boga hallábanse una vez hablando Agustín y Nebridio, en el palacio proconsular, con el mentado Vindiciano:

—Oye—le dijo celoso y paternalmente el Procónsul—, arroja de ti esos libros astrológicos, y no gastes cuidados y estudio en esa vanidad, pudiendo emplearte en cosas útiles. Yo aprendí de tal suerte aquellas doctrinas, que en los primeros años de edad quise seguir esa profesión para ganar de comer, esperando que, pues había entendi-

do a Hipócrates, también podría entenderlas; pero no por otro motivo las dejé, y seguí la Medicina, sino porque conocí que eran falsísimas, y no quise ganar la comida engañando a los hombres. Pero tú —añadió— tienes cátedra de Retórica con qué sustentarte y vivir en el mundo, y sigues esa falsedad muy engañosa, no por necesidad, sino por tu gusto, por lo que tanto más debes creerme lo que te digo de aquel arte, pues trabajé por saberlo tan perfectamente, que pensaba mantenerme de su profesión solamente (65).

—Pero, ¿cuál es la causa de que por medio de esta doctrina se pronostiquen y se hayan pronosticado muchas cosas que salen ciertas?

—Sí, muchas veces —satisfizo el Procónsul—, queriendo alguno saber por suerte, y valiéndose para esto de los versos de algún poeta, en los que su autor dijo e intentó otra cosa muy distinta, suele suceder que el verso se acomoda y ajusta maravillosamente al asunto que se buscaba, no será mucho que del alma humana, movida al reprimir un instinto, y sin advertir esa moción que se hace en ella, salga alguna respuesta por casualidad, no por arte y regla (66).

—Pero las tradiciones astrológicas —arguyó Agustín— se fundan en algo más serio que la casualidad, y tienen fundamento en varones sabios y famosos, como el emperador Augusto, que favoreció a los matemáticos; el gran astrólogo Pto-

lomeo, Marco Manilio, Alejandro Severo y otros muchos. Anunció Teageno a Octavio su grandioso porvenir; Scribonio levantó el horóscopo de Tiberio; el caso de Julia, casada con Septimio Severo, nadie lo podrá negar, y Alejandro Severo fundó cátedras de Astrología.

—Joven, veo que tienes gran memoria; pero, en cambio, has olvidado que Cornelio Hispalo expulsó a todos los astrólogos griegos; Cicerón fué astrólogo de joven y un gran desengañado de viejo; Juvenal riése con crueles sátiras de esa seudociencia. Un acierto entre mil desaciertos constituye excepción que confirma la regla en contrario, oh querido joven. La idea fundamental de esos matemáticos arranca de suponer el universo como un inmenso y múltiple ser viviente, envuelto en una atmósfera de éter, cuyos actos están en relación estrecha entre sí, siendo el hombre un universo compendiado, bajo las influencias especialmente astrales; lo cual es falso de toda falsedad. Ni confundas los elementos astronómicos y meteorológicos con la astrología. Aquéllos responden a la realidad; éstos no pasan de la categoría de quiméricos, sobre todo en su aspecto médico, porque ni hay dioses, ni residen en las estrellas, ni esos fenómenos dependen de nuestra voluntad ni de nuestros entendimientos, de donde no pueden resultar pronósticos certeros, elevados a sistema.

Agustín exclamó, movido por tal razonamiento:

—¡Qué hermosos son los misterios como base de estudio! ¡Qué fruiciones saborea el alma en la investigación de la verdad!

—Maestro —habléle Nebridio—, vos habéis llegado ya a despreciar la magia y la aruspicina, y llegaréis pronto a desechar la astrología.

—En cuanto a lo primero —contestó Agustín—, tienes razón, porque, entre otros varios casos, habiendo encargado yo a Licencio que preguntara al famoso Albicenio sobre el paradero de una cuchara preciosa que se me había perdido, sólo se descubrió la farsa del agorero. En cuanto a lo segundo, veremos —concluyó levantándose del asiento para despedirse del benévolo Vindiciano (67).

Agustín y Nebridio salieron de la casa del Procónsul, y a los pocos pasos se presentó en la calle otro amigo, muy entendido en artes liberales y orador, aficionado también a las teorías astrales, o más bien a consultarlo todo con los astrólogos; el cual les expuso su horóscopo y constelaciones que correspondían a su nacimiento, para que le dijera el maestro su porvenir.

—Amigo Fermín (que así se llamaba) —manifestó Agustín con claridad—, ya estoy perdiendo la seguridad de mis juicios en esta materia,

porque veo ser vanas las conjeturas que hacemos (68).

—Mi padre —agregó Fermín, andando calle adelante—, que fué curiosísimo en esta facultad, y que juntó y manejó muchos libros de esta materia, tuvo un amigo igualmente aficionado, con el cual comunicaba sus reflexiones por el deseo de adelantar en esa ciencia; ambos a dos examinaban y comprobaban los cálculos adivinatorios, aun en el nacimiento de los brutos que en su casa había, para sacar experiencias. Pues bien; cuando yo iba a nacer, sucedió que una esclava del amigo de mi padre iba a dar a luz, por lo que uno y otro apuntaron exactísimamente los pormenores del caso, y tan a tiempo se verificaron ambos nacimientos, que mi padre y su amigo no advirtieron la más mínima diferencia de astros con que distinguir el horóscopo de los recién nacidos, y resulta que yo sigo las carreras más lustrosas, aumento en riquezas y me sublimo en honras, y el otro, sin poder sacudir el yugo de su servidumbre, sirve como esclavo a los mismos señores todavía (69).

—Es de presuponer —advirtió Nebridio— que ni los padres se engañaron en apuntar los datos, ni que tú entendiste mal lo que tu padre te contó.

—Naturalmente. Porque los dos eran astrólogos muy estudiosos, y yo me conozco y conozco al esclavo coetáneo.

—Amigos míos —exclamó Agustín, entrando

ya en la calle de su casa—, pongamos la consideración en el nacimiento de los que nacen juntos y se llaman mellizos, muchos de los cuales nacen tan inmediatamente uno detrás de otro, que aquel brevísimo espacio, por más fuerza que haya en la naturaleza para diferenciarlos, no hay diligencia ni observación humana que baste a conocer las causas de distintos pronósticos; y, esto sin embargo, los mellizos llevan vida muy distinta y tienen temperamentos diferentes y suerte desigual, como sucedió a Jacob y Esaú (70).

Situado el filósofo en este terreno, siguió estudiando y no tardó en llegar a consecuencias clarísimas respecto de la Astrología: era lisonjera, pero falsa. Pasados algunos días, en una tertulia habida con muchos amigos de su posición y viso ante el Procónsul, en que se disputó también sobre este tema, Agustín pronunció esta sentencia, que se hizo famosa:

—*Pulchrior est veritas Helena grecorum* (71).

La Elena de los griegos es hermosa,
pero es más hermosa la verdad.

Agustín obraba como hijo de la época, de aquella época de análisis crítico y de inconsistencia de ideas, época de transición en que el mundo viejo con civilización corruptora, alumbrado por la antorcha del Evangelio, se dirigía hacia otro orden de filosofía, de moral y de derecho, para reha-

bilitarse renovando la conciencia humana. Al través de las generaciones, se ve el siglo IV como un gigante ciego buscando luz, o como un enfermo desahuciado implorando medicinas consoladoras, o como una oruga enorme que se arrastraba por todas las inmundicias del error para encontrar el secreto de su transformación en mariposa. Agustín representa a su siglo, siglo de torturas de conciencia, en que el dolor de gestación espiritual y científica aviva el alma y la depura, la ennoblece y la glorifica, lenta, pero invenciblemente. La sangre de los mártires aparece transformada en resplandores de amor y floraciones de felicidad, y los pueblos se sienten agitados de renovación misteriosa, y los desiertos se pueblan con almas hambrientas de sacrificio. Tras de la turbación viene el análisis; después del misterio, la luz; siguiendo a la tranquilidad, el heroísmo de la virtud cristiana.

Nunca el hijo de Mónica amó el error por el error, sino que en el mismo error buscaba la verdad y toda la verdad.

XV

Dilema terrible

En el hogar formado por Agustín, Sila portábase como modelo de esposas y de madres, suavizando las amarguras de la vida con exquisito tacto, proporcionando solaces no pequeños y alumbrada siempre por la discreción de mamá Pelagia, a quien trataba como a verdadera madre o ángel tutelar de la familia. Por la natural mansedumbre que mostraba en sus acciones, por la acuciosidad en las faenas domésticas, por la solicitud con que educaba e instruía al niño Adeodato y por la intensidad con que amaba a Agustín, Sila merecía reciprocidad cariñosa, que por cierto no le escatimaban nunca los otros. Congeniaba a las mil maravillas con Agustín, se dejaba guiar por la nómida, no gustaba de salir a la calle sino lo preciso, economizaba con prudencia, huía del lujo excesivo y de las modas escandalosas, atendía a los amigos del sabio profesor

con donosura y buena crianza, y en todo parecía una matrona de legítima casta.

A más de esto, y por lo que toca a sentimientos religiosos, abominó del paganismo a los pocos trances de casarse, y se aficionó a la religión de Cristo, en cuya escuela tuvo por maestra a mamá Pelagia, quien supo llevarla por los senderos de la doctrina católica más estricta, con grande aprovechamiento. Por eso, a los pocos meses de convivir entrambas, y con el asentimiento de Agustín, Sila entró en el catecumenado de Cristo, en compañía del gracioso y despejado Adeodato, cuya docilidad y buen genio eran manifiestos a cuantos lo trataban de cerca. Y es muy de considerar que ella cada día sentíase más movida a la práctica de las virtudes morales, de suerte que edificaba con su conducta y perfeccionaba los hábitos del bien obrar hasta el punto de resultar una cristiana piadosa y celosa de sus deberes, con lo cual se armonizaban a más y mejor las voluntades de Pelagia y de la antigua *Vestal marina*, cuya hermosura física había recibido ya cierto resplandor de belleza moral que la sublimaba soberanamente.

Gozábase en todo ello el hijo de Mónica, y, si bien ponía en el seno del hogar una especie de sombra con sus vaivenes científicos y heterodoxos, jamás sobrevinieron la tormenta de la riña doméstica, ni los relámpagos de la ira, ni los truenos de la imprecación, aunque no faltaron, por

parte de él, las nubes oscuras de los celos y de la intranquilidad, a causa del mucho y honestísimo amor que a la madre de Adeodato profesaba.

A hermosear este cuadro de bienandanzas contribuía el niño, con los hechizos y agudezas de sus seis años no cumplidos, y era tanto el deleite que a sus padres ocasionaba, que cualesquiera molestias se convertían en fuente de sonrisas y sosiegos donde y cuando intervenía aquella criatura, inocente como un ángel y lista como un querubincito.

Por otro lado, debido al fruto del trabajo docente del afamado catedrático, en cuya escuela se educaban hijos de familias linajudas, no menos que a la prodigalidad de Romaniano, que le proveía de libros y dinero, Agustín tenía buen pasar y base suficiente para no caer de la categoría en que lo tenía encumbrado la fama.

Pero no todo andaba cumplido en lo interior de aquella familia. En las reconditeces del pecho de Sila brotaba y crecía un manantial de dolor, tanto más afflictivo cuanto más oculto. Era muy venturosa Sila, y, por serlo, comprendía que su felicidad estaba minada por la base: un torcedor continuo del remordimiento le atormentaba la conciencia. Es que vivía sin vínculos de matrimonio verdadero, al decir de mamá Pelagia, por más que en todo lo restante fuera irrepreensible; y si

ante la sociedad de aquellos tiempos su estado no constituía un crimen, antes bien, estaba legalizado por las leyes del imperio y por la costumbre, esto no obstante, ante la moral de los cristianos instruídos no dejaba de resultar delictuoso, con grave reato; y veía ella todo esto con tanto mayor claridad y espanto cuanto más conocimiento de la justicia evangélica iba adquiriendo y de la austera santidad de las personas que abrazaban día por día la nueva religión de Jesucristo. Ape-sadumbrábase muy mucho por ello, y en su fuero interno reñían, trabados con tenacidad, los dictámenes religiosos con los de la conveniencia mundana y con el qué dirán, que nunca faltan; de manera que un conflicto religioso llevaba planteado en su corazón con tenaz ardimiento, y no tan a solas que quedase tapado con menos frecuencia y claridad de lo que se imaginaba la víctima. Que padecía alguna cuita secreta, lo comprendían todos; pero respetaban el dolor y ninguno se atrevía a interrogar la causa, siquiera fuese para mitigarlo.

Velando el sueño de Adeodato, algo enfermo a la sazón, y leyendo a un mismo tiempo, hallábase cuando se acercó a ella Agustín, de puntillas y muy silencioso. Sila se estremeció sorprendida y alzó el rostro, en el cual había huellas de llanto. Sus ojos estaban enrojecidos y húmedos por las lágrimas.

—¿Lloras?

—Adeodato no está bien —pronunció ella solapando el motivo de sus pesadumbres.

—Me alarmas. ¿Qué has observado, pues, en el niño?

—Nada de particular —corrigió, viendo que Agustín se preocupaba demasiado.

Se inclinó él sobre la cabeza del dormido, observó el aliento, le compuso unos rizos que caían sobre la frente, y concluyó:

—Está tranquilo.

Reparó en el libro que leía, abriólo por el registro y observó que tocaba el capítulo del Génesis en que Abraham, por indicaciones de Sara, la mujer legítima, echó de la casa a la esclava y concubina Agar, con su hijo Ismael, el cual luego iba pereciendo de sed en un desierto, mientras la madre se moría también de pena.

—Vengo observando que te gusta mucho este pasaje de la Biblia, pues lo repasas con frecuencia. ¿Qué ves en él de especial? —díjole amorosamente Agustín sentándose a su lado.

Sila no chistó ni una palabra. Continuó el otro:

—Sara me parece cruel con Agar al obligar a Abraham a echarla de la casa, siendo, como era, el concubinato autorizado por Dios en aquellos tiempos patriarcales y gozando las esclavas de ciertas prerrogativas inalienables.

Los ojos de Sila se empañaron, abatió la cabeza y comenzó a gemir sin poder contenerse.

—¡Sila mía! ¿Qué tienes? ¿Por qué ese estado de ánimo, desde hace tiempo, que tanto me hace cavilar y sufrir? ¿Qué te acongoja? —profirió, acariciándola.

—¡Esclava! . . . ¡Concubina! . . . —musitó la otra.

Entonces mismo apareció en el aposento mamá Pelagia, con la rueca en la mano, dispuesta a pasar un rato al lado de Sila. No pudo ser más inoportuna su presencia para Agustín, ni más oportuna para Sila, que deseaba evadir el sesgo de las confidencias. Ésta pretextó cualquier causa y salióse para que la anciana no reparara en las huellas de su llanto y turbación. Agustín, a los breves instantes, dejó también el aposento, quedando sola la nómada, quien no advirtió en ellos cosa extraña, y siguió aquél los pasos de Sila, que se había retirado a la parte más recatada de la casa.

—¡Sila! ¡Sila! Entre los dos existe un misterio que conviene descifrar cuanto antes. ¿Verdad que padeces mucho? ¿Verdad que yo no tengo en ello culpa alguna? ¿Desconfías de mi amor?

—No, mil veces no, Agustín. Eres bueno conmigo...

—Te juré fidelidad el día que me uní conti-

go, amada Sila; ya sabes que para mí ya no existen las mujeres, ni me seducen sus encantos, ni siquiera me han hecho vacilar en mi resolución. Eres hermosa y buena; eres la madre de Adeodato, a quien amo con delirio. No dudes de mi amor, porque serías injusta y desagradecida.

Respiró con fuerza mientras le asía la mano y se la besaba blandamente.

—En cuanto a tu conducta —prosiguió Agustín—, ¿qué más puedo desear sino que se prolongue tu vida para siempre? Sé que me correspondes en el cariño y que eres espejo de modestia y de recato, dulce, risueña, prudente y santa.

—¡Pero soy esclava!— gimió con el rostro abatido.

—No, que te di legalmente la libertad plena hace tiempo. Eres liberta.

—Me llamo hija de la desgracia: no conozco a mis padres. Dicen que pertenezco al vulgo; no me reputo ni puedo reputarme nunca digna de ti. Soy Agar, y Adeodato, un Ismael ante la Sara que un día aparecerá por los umbrales de esta casa para despedirme y perder el amor de tu corazón, que vale más que el imperio de los césares.

Estas reflexiones perturbaron el raciocinio y la lengua del padre de Adeodato. Ella prosiguió:

—Tú amarás, al fin, a alguna noble patricia, y te casarás con ella, y te olvidarás de la pobre

Sila, de la antigua *Vestal marina*, de la esclava de Adrumeto, de la madre de Adeodato, y holgarás con hijas de cónsules, de magistrados y de guerreros clarísimos, mientras yo viviré en los rincones de algún suburbio, acordándome de ti y consagrándote toda la delicadeza y vehemencia de mi corazón, que no podrá amar a ningún nacido después de haberte amado a ti. La vestal marina se convertirá en la musa del dolor, o, dicho más cristianamente, en una arrepentida de la Tebaida. Respóndeme, Agustín: ¿qué harás de mí cuando te cases con alguna de elevado linaje?

—Vivirás a mi lado siempre —musitó.

—Eso, no, porque me lo prohíbe la ley de Jesucristo. Esposa, o nada. Muchas cosas tengo que agradecerte: la manumisión, tus enseñanzas, tu cariño, el ser madre de un niño tan puro y hermoso y, por sobre todo, el haber aprendido la religión cristiana en tu casa; y esa religión tan sublime cada día me ilustra más para comprender el camino que llevo en orden a la perdición eterna de mi alma. El mundo alaba esta unión doméstica que llevamos; tu religión maniquea, también; ello, sin embargo, constituye un concubinato reprobable nuestra vida. Esto me lo ha enseñado mamá Pelagia.

—No somos cristianos, sino catecúmenos, y no nos obliga el Evangelio —arguyó Agustín.

—Pero nos obliga y urge la ley natural.

—Sin el bautismo previo no podemos recibir el sacramento del matrimonio.

—Pero debemos vivir vida que proceda de un vínculo perpetuo y no dependiente del capricho. Es cierto que nadie nos urge para que nos bauticemos, mas has de saber que el obispo católico a quien he expuesto mi situación y todo el estado de mi conciencia, me tiene repetido que el matrimonio natural cabe en los gentiles que no siguen las doctrinas evangélicas. ¿Por qué esta misma vida que llevamos no la convertimos en matrimonial, mediante un acto de tu voluntad por el que te entregues a mí para siempre y sin reservas? Además, que te conste que yo quiero bautizarme, pues me disgusta la moda de esos cristianos que se bautizan de viejos o a la hora de la muerte, bajo el pretexto de que los pecados sean menores en especie. Yo confío en la gracia de Dios, que me mantendré fiel a los compromisos religiosos durante el curso de mi vida. Sí, deseo bautizarme para ser mejor, y me lo impide nuestro estado.

—¡Me asombras, mujer!

—No te asombres; yo necesito, para ser feliz, dos cosas: tu amor perpetuo y el bautismo.

Sila se envolvió en el silencio, mientras que Agustín, agobiado por la majestad serena de aquel lenguaje, paseaba por el cuarto sin encontrar solución al problema planteado: esposa cris-

tiana, o nada. En cuanto a lo de esposa, grandes obstáculos le presentaban el orgullo mundano y las críticas, si se resolvía a desposarse con una mujer de ínfima categoría, acaso fruto bastardo del crimen, o hija de parias. Además, no consentiría su madre, la esposa de Patricio, el Caballero, ni llevaría a bien su parentela este rebajamiento de la genealogía. Y en cuanto a lo cristiana, ¿cómo iba él a abrazar una religión imperfecta e incomprensible? Él, que profesaba el maniqueísmo, aunque ya sin ardimiento de proselitismo, ¿permitiría a su consorte la práctica de las virtudes de una escuela opuesta a la suya? ¿Qué nudo gordiano era aquel que se le presentaba tan a destiempo?

Y, por otra parte, Sila estaba convencida de que le asistía razón para exigirle la plenitud del amor. La diferencia de clases sociales, ante la noción del amor, no debe existir, porque la aceptación de personas rompe la armonía de las leyes naturales, limita las actividades de la vida, expone a quiebras escandalosas la felicidad y esclaviza la conciencia. El Evangelio bendice y santifica todos los amores legítimos.

De más a más, Agustín amaba a Sila con todo el corazón, y, si alguna vez llegaba a pensar en su porvenir, no pasaba de ideal abstracto y como esfumado en el aire el enlace con otra mujer, por noble que la concibiera. Más aún: rechazaba

este pensamiento y, como el ave legendaria, cubriáse los ojos para no ver el porvenir.

—Oye, Sila mía —díjole el cuitado—, aplacemos este asunto para cuando venga mi madre, que me ha escrito piensa venir a vivir con nosotros apenas se case Navigio. En la última carta me avisa que se casará mi hermano a fines del año, que dejará con él a Perpetua, que arreglará sus negocios y se vendrá a Cartago para siempre.

Esto se lo dijo después de rechazar la idea de comunicarle que Romaniano tenía esperanza de averiguar su genealogía, que posiblemente era noble; pero la rechazó por evitarle sobresalto y acaso decepción.

En aquella sazón y punto volvióse a presentar mamá Pelagia con la rueca en la mano, buscando algo que no se le había perdido, y pretendiendo, en realidad, enterarse de cosas que sospechaba sucedían entre Agustín y Sila, los cuales cortaron el diálogo a cercén.

XVI

F a u s t o

Imagen de su época, el filósofo Agustín pasaba los años en el estudio de los sistemas acerca de Dios, del alma, de la belleza y de la verdad, que agitaban la conciencia humana, llena de arcanos venturosos y también horrendos. Habían pasado ya por el crisol de su talento incomparable muchas doctrinas que encontró vanas y perniciosas, como la idolatría, el evangelio, la aruspicina, la magia y la astrología, y a todas les había sacado algún jugo de verdad, pero no la verdad total, amplia, bella, segura, deleitosa y activa, con que soñaba, y a cuya investigación estaba consagrada la actividad de su cerebro, iluminado por las efusiones de un corazón comunicativo que, no sólo se amaba a sí mismo por razón de gloria y fama, sino que también tendía a proporcionar a todo el género humano, de serle posible, rutas luminosas de felicidad. Quedábale

por desentrañar la escuela, secta o religión de Manés, que invadía, como cosa de moda, las regiones del mundo científico-religioso, cuyo oráculo comenzaba a ser Agustín en Cartago, metrópoli de las luchas filosóficas y centro del hervor de la civilización, que rebosaba de Roma. Y los libros del maniqueísmo a la sazón absorbían por entero la atención de su cerebro analizador y a la vez sintético, repartiéndose por el campo de la filosofía, historia, ética y astronomía; por cuanto abarcaba aquella escuela todas estas disciplinas conjuntamente, en alguna de las cuales tenía anotadas, había tiempo, inconsecuencias y oscuridades que lo inquietaban sobremanera. La primera visión del sistema estaba analizada y, penetrando el sabio las interioridades, ofrecíasele el aspecto de una especie de pórtico grandioso para un edificio de barro, o la esperanza de mucho que resultaba casi nada. En vano confería Agustín sus puntos de vista con los corifeos del maniqueísmo, que no podían ofrecerle más ciencia a él, que sabía más que todos ellos; no obstante lo cual prometíanle que en breve llegaría el gran sabio de la secta, Fausto, quien le ilustraría de sobra en cualesquiera dudas que sometiese a su discernimiento.

Grande por demás era la ansiedad de luz que experimentaba, y que aumentaba a medida que transcurrían los meses sin colmarla. Es más: andando el tiempo observó con sus mismos ojos y

oyó referencias muy creíbles acerca de la inmoralidad de los corifeos que dirigían los destinos religiosos en Cartago y en Roma, de suerte que sucedía que una ley severa y elevada se les enseñaba a los catecúmenos u oyentes, y obraban los *Elegidos* lo contrario. Escenas horrendas y ultradiabólicas se desarrollaban en los misteriosos cultos de las clases dirigentes: la abyección humana, la negación de toda dignidad como ente racional. Aquello resultaba una farsa.

De ser cierto todo aquello, ¿a qué quedaba reducida la santidad del maniqueísmo? ¡Qué desilusión! Él, que lo había abrazado precisamente por motivos de castidad, y que practicaba en su hogar la moralidad más estricta, ¿qué haría, al comprobarse como cosa cierta tanta abominación impúdica? Más de una vez, llevado del celo por la pureza de las costumbres de sus correligionarios, avisó secretamente a los jefes los comprobantes de sus noticias; pero jamás le dieron oídos, y siempre disculpaban a los presuntos reos con excusas vanas: ignorancia de los acusadores, mala inteligencia de los hechos, y otras razones parecidas, que descorazonaban demasiado al hijo de Mónica (72).

Fausto, el gran Fausto, le explicaría suficientemente los puntos de doctrina, y justificaría con datos de purísimas costumbres a los mancillados por las calumnias populacheras.

Arribó, al fin, Fausto a la capital africana, y los secuaces celebraron como extraordinario suceso su venida; propagaron la noticia con suma diligencia, encomendaron a la veneración de todos la sabiduría y piedad del varón insigne, ordenaron copiosos actos de agasajo y hospitalidad, y armaron alrededor de su residencia aparatosos saludos y visiteos, a modo de culto hacia el ídolo de todas sus simpatías. Fausto hablaría en público, porque traía la representación personal del mismo Espíritu Santo.

Fausto, en verdad, era una persona educada, de modales finos, de rostro simpático y de palabra fácil y atrayente. Captábase a primera vista las simpatías de las gentes.

Al efecto de oírle la primera instrucción previniéronse todas las cosas, y se dieron cita los correligionarios para verlo en asamblea general, que se realizaría en un local muy extenso. Llegó el día deseado, y el orador explanó el tema alrededor de los siguientes puntos:

1.º Lo primero que enseña Manés era que había dos principios entre sí contrarios y coeternos, y que eran dos sustancias: una del bien y otra del mal.

2.º Que cuando ambas sustancias pelearon entre sí, se mezcló el mal con el bien.

3.º Que de esta mezcla fué de donde Dios,

o la naturaleza del bien, fabricó y formó el mundo.

4.º Que esta luz corporal, que se extiende infinitamente, mezclándose en todas las cosas luminosas o lúcidas, entre las cuales también cuentan a nuestras almas, es la misma sustancia y naturaleza de Dios. De donde se sigue que ya nuestras almas, ya las demás cosas lúcidas y luminosas, eran trozos de la sustancia divina.

De los elementos enseñaban también varias extravagancias fabulosas:

1.ª Que los elementos eran dobles: cinco buenos y cinco malos.

2.ª Que los cinco primeros fueron producidos por la naturaleza del bien, y los cinco segundos por la del mal.

3.ª Que de aquellos buenos habían dimanado las virtudes santas, y que de estos malos los principios de las tinieblas.

4.ª Que los elementos malos eran éstos: el humo, las tinieblas, el fuego, el agua y el viento, a los cuales se oponían los cinco buenos, de este modo: al humo, el aire; a las tinieblas, la luz; al fuego malo, el fuego bueno; al agua mala, el agua buena, y al viento malo, el viento bueno.

5.ª Que para pelear con los elementos malos fueron enviados, desde el reino y sustancia de Dios, los elementos buenos, y en aquella pelea se mezclaron los unos con los otros.

6.^a Que en el elemento del humo nacieron los animales de dos pies, y entre ellos también los hombres; en las tinieblas, los que andan arrastrados; en el fuego, los cuadrúpedos; en las aguas, los animales que nadan, y en el viento, los que vuelan (73).

Acabado el discurso, acercáronse muchos a besarle la mano y expresarle rendidas acciones de felicitación; pero los principales de la secta tenían los ojos puestos en el temible Agustín, y fueron observando que durante la instrucción de Fausto permaneció encerrada la expresión de su rostro en una especie de careta inexpresiva y silenciosa.

Agustín aplaudió por ceremonia, Agustín se congratuló ante el gran hombre sin entusiasmo: Agustín estaba desencantado.

—¿Qué os ha parecido Fausto? —indagó, fuera ya del local, Licencio, que le acompañó hasta la casa.

—He experimentado que es un hombre agradable en su peroración, y que las mismas cosas que dicen los maniqueos de Cartago las parla él con mucha más gracia. Pero ¿de qué sirve para mi sed hallarme con un copero que me ofrece un vaso precioso, pero sin agua? Ya están mis oídos hartos de esas cosas que él dice, y no me parecen mejores porque están mejor dichas, ni sólidas y verdaderas por estar más compuestas, ni el talen-

to del que las dice me parece más sabio porque sea gracioso el semblante y hermoso el estilo. De modo que aquella grande ansia con que yo he aguardado tantos años a este hombre se satisface, en parte, por el gusto que causa el oírle disputar, ya por el modo y afectos que tiene, ya por las palabras tan propias de que usa, y la facilidad con que se le ocurren las expresiones más oportunas para ordenar sus pensamientos y sentencias. Confieso que me ha deleitado y lo alabo y ensalzo con otros muchos; pero me es muy sensible que, entre tanta gente como le estaba oyendo, no se me permitiese el proponerle mis dudas (74).

Tuvo conocimiento en breve Fausto de la valía intelectual de Agustín, así como de las impresiones, no muy buenas, que el primer discurso le causara, y, a fuer de amable y bien criado, gustó mucho de entrar en relaciones con él para conferir sobre puntos de la secta. Cierta vez, cuando llegó a tener alguna confianza con Fausto, se dirigió a su casa el filósofo de Tagaste, con muchos de los amigos, dispuesto a que le aclarara algunas dificultades sobre la Astronomía, relacionadas con la metempsicosis como medio de purificación de las almas, que la escuela profesaba. Fausto se manifestó sorprendido ante tanta sutileza, y no supo responder atinadamente. En otra entrevista de Fausto y Agustín, éste fué

más al fondo de las cuestiones y habló del dualismo del Bien y del Mal en relación con el origen de los seres, dentro de una variedad asombrosa de fenómenos en el mundo físico y espiritual, que la Teodicea maniqueísta no explicaba satisfactoriamente. Dos causas primitivas, supremas, absolutas y a la vez contradictorias, produciendo lo malo y lo bueno, refundiéndose entre sí, repeliéndose de continuo, no pueden producir la Cosmogonía, la Psicología y la Ética. La contradicción preside los actos y las concepciones del maniqueísmo, porque la perfección total y la negación total de lo perfecto se excluyen. El Cosmos de la filosofía griega descansa en la unidad, si bien la materia es negativa, caduca y limitada; pero el dualismo maniqueo tiene por base filosófica la eternidad del Mal y de la materia infinita, que es su obra, lo cual es un absurdo de generalización equívoca.

—Además —objetaba Agustín—, nuestra moral maniquea es egoísta porque fomenta las castas y las categorías sociales entre Oyentes y Elegidos, y a los que no profesan nuestras ideas les negamos hasta el derecho de existir, siendo así que, tanto el bien como el mal, son entes necesarios en la vida. Por último, si el mal y el bien son principios activos y necesarios de las acciones humanas, no somos libres ni hay reato de conciencia en las obras: la libertad es un mito.

Qué resultara de todos estas andanzas científico-filosóficas, lo demuestra el siguiente fragmento de un pliego que Agustín envió a Romano, ausente de Cartago y muy interesado en saber las impresiones ocurridas con el arribo de Fausto:

“Luego que pude lograr conferir con Fausto familiarmente, acompañado de mis amigos, comencé a hablarle, en ocasión que hacía decente nuestra disputa, alternando él y yo nuestras razones y réplicas, y le pude proponer algunas de mis dificultades. Conocí inmediatamente que no tenía siquiera una tintura de las artes liberales, a excepción de la gramática, que la sabía medianamente y de un modo muy común; mas, como había leído algunas oraciones de Cicerón y unos pocos libros de Séneca, algunos pocos pasajes de poetas, algunos libros que tendría de la secta, escritos en latín rimado y culto, y como, por otra parte, estaba ejercitando todos los días el hablar, había adquirido facilidad para explicarse en buen estilo, que él hacía ser más agradable y engañoso, gobernándolo con la destreza de su ingenio y cierta gracia que tenía natural.

“Después que conocí claramente que Fausto ignoraba de todo punto aquellas ciencias en que yo juzgaba que sería muy docto y excelente, comencé a perder las esperanzas de que él pudiese saber

las verdades tocantes a la piedad y religión, si no fuera maniqueo.

"Los libros de ésta, como sabéis, están llenos de prolijas fábulas acerca del cielo, de las estrellas, del sol y de la luna, cuyas doctrinas conocía yo que no podía él explicármelas con la delicadeza que era necesaria y como yo quería, esto es, cotejándolas con el cálculo de los astrónomos que yo había leído en otros libros, para ver, mediante este cotejo, si eran fundadas las razones de dicho cálculo y número que las que se contienen en los libros de los maniqueos, o si igualmente se hallaba la razón en unos y otros. Pero, luego que le propuse estas cosas para que las considerase y resolviese, él, verdaderamente, procedió con tal modestia, que ni se atrevió a tomar sobre sí esa carga, porque conocía que no sabía nada de esto, ni tampoco se avergonzó de confesarlo. No era como otros muchos habladores, que yo había experimentado y sufrido, que intentaban enseñarme acerca de mis dudas, y todo lo que decían era nada. Éste era de corazón franco, y, aunque no lo tenía recto en orden a Dios, tampoco era extremadamente arrojado respecto de sí. Y en todas las dudas y cuestiones más dificultosas que le propuse, siempre le hallé modesto de igual modo.

"Frustrada, pues, la esperanza que yo había tenido en la sabiduría de aquel maniqueo, y deses-

perando mucho más de los otros doctores de su secta, comencé a tratar con él, por desearlo él mismo, de las ciencias que yo enseñaba a los jóvenes en Cartago, donde yo estaba siendo maestro de Retórica, y leía y explicaba en su presencia, ya las materias que él deseaba oír, ya las que a mí me parecían acomodadas a su ingenio. Pero el ahinco y empeño con que yo había determinado hacer progresos en aquella secta se acabó de todo punto, luego que acabé de conocer la poca instrucción de Fausto.

”Debo confesaros también, noble protector, que a los pocos días llegó un obispo católico, llamado Helpidio, quien en pública disputa venció a los maniqueos que le expusieron objeciones, apoyadas en lugares de la Sagrada Escritura, los cuales no pudieron ser rebatidos en modo alguno. Fausto arguyó que los libros bíblicos estaban interpolados y eran apócrifos, y Helpidio reclamó pruebas de ello y no le fueron dadas. Entonces vi que el maniqueísmo ladraba contra la Biblia, así como los perros contra la luna. No os incomodéis porque os hablo así. El decaimiento del entusiasmo en nuestra secta fué visible desde entonces; la voz general declaró triunfador a Helpidio, más que por la elegancia del discurso por la lógica de los argumentos y claridad de las exposiciones doctrinales. En resumen: yo vencí a Fausto, y

Helpidio me derrotó a mí, que estaba callado" (75).

—¿A quién escribe tanto el sabiondo Aurelio Augustísimo? —se expresó burlonamente mamá Pelagia, entrando en la habitación.

—Estoy escribiendo a Romaniano.

—Bien me parece. No se te olvide decirle que Mónica vendrá en estos días a quedarse con nosotros.

—Tienes razón. Se lo voy a poner como *post-scriptum*.

—¡Ah, pícaro! Apuesto a que le hablas de Fausto. ¡Valiente fracaso el de esos sabios! Mira, tú vales más que todos. ¿Por qué no me cuentas a mí algo de lo que pasó con Fausto?

Y luego, con mucho retintín, agregó poniéndose en jarras:

—Oye un cuento:

Platicaba un maniqueo con otro que no lo era, cuando a éste comenzó a picarle una mosca con pesadez de tal. Fastidióse el picado y oyó que le decía el otro:

—¿Juzgas tú que Dios crió ese bichito tan asqueroso y tenaz?

—No, por cierto.

—¿Y habrá criado Dios el moscardón?

—Tampoco.

—¿Y el murciélago?

—Por lo consiguiente.

—¿Y las ratas?

—Menos.

—¿Y los leones feroces?

—Tampoco son obra del bien, sino del mal.

—¿Y los hombres asesinos y ladrones y traidores?

—A fe que tampoco.

—Luego si todas esas obras no son de Dios porque son malas, por lo mismo hay necesidad de admitir el principio creador, independiente, necesario dentro del maniqueísmo.

—Bueno me parece el razonamiento —exclamó Agustín.

—Pues si yo hubiera oído ese palique de Fausto, te aseguro, Aurelio Augustísimo de mi alma, que les hubiera dicho que ni la mosca es mala, ni hay cosa alguna mala en el universo, porque todo tiene su fin y sirve para algo bueno, que desconocemos nosotros. El hombre, sí, el hombre es el tonto que no conoce las obras de la Providencia. Solamente el pecado es malo, porque es cosa del hombre, sugerida por el diablo.

—Estás admirable, mamá Pelagia, con esas filosofías cristianas. Vamos a ver: ¿cuánto me cobras por cada lección que me des?

—¿Yo? ¡Ah, sí! Me darás una vianda exquisita como la que enviaste a Fausto.

—¿Cómo lo sabes?

—Si es superstición vuestra eso de la santidad

de los *Elegidos*. A propósito de los *Elegidos*, ¿ya los vas conociendo a fondo? Porque no te olvidarás de lo que me contaste hace días.

—¿Qué?

—Pues que te escandalizaste cuando viste a tres *Elegidos* que relinchaban al pasar no sé qué mujeres, haciendo ellos ademanes tan obscenos, que excedían en impureza a lo más indecente (76).

Mamá Pelagia añadió con ironía:

—Y bien; volviendo a lo del regalito, ¿qué te dijo ese santón de Fausto cuando le llevaste el primer día aquel manjar tan gustoso para que en la oficina de su estómago te fabricase dioses que te librasen de los pecados? (77).

—¿A qué te refieres? ¿Será a los pasteles de dátil traídos de Constantina?

—Calla —gritó la anciana, muy disgustada—; no digas Constantina, que es nombre inventado por los romanos, sino Cirta, que es el que a esa ciudad daban nuestros abuelos.

Agustín no hizo gran caso a la observación patriótica de la nómada y concluyó así:

—¡Picarilla es mi mamá Pelagia! Pero sabe que a la fuerza lo hice, porque ya no creo en esas cosas. Hace tiempo —concluyó suspirando— que dudaba de la verdad de sus dogmas y de la bondad de su moral, y Fausto, ¡ay!, no me ha satisfecho ni en lo uno ni en lo otro.

XVII

Prófugo

Con la llegada de la santa viuda Mónica a Cartago recibió la familia del hijo de tantas lágrimas un aspecto de gravedad agradable, porque ella sabía armonizar los goces legítimos con los sacrificios que el deber impone a los que desean pasar como honrados en las relaciones sociales de la vida. Su discreción amable al lado de mamá Pelagia, cuyas franquezas caían en gracia a todos, y el carácter sentimental, pero tranquilo, de Sila, y los hechizos y ocurrencias de Adeodato, formaban algo así como un marco muy a propósito para encuadrar la figura modesta y grave de Agustín. A fe que el hogar aquel era todo un primor.

Algo, sin embargo de esto, le mermaba hermosura: la tristeza de Mónica en presencia de las necesidades morales del hijo, y, por parte de éste, el dolor también que le producían los desengaños

de la ciencia. Sí, a aumentar las cuitas contribuían de un modo indirecto, pero intenso, las mismas virtudes excelentísimas de la madre, que cada día se contristaba y lloraba más al verlo sumido en un abismo de tinieblas dolorosas, tanto más dolorosas cuanto más disimuladas; y cada día, por eso, se ingeniaba con mil maneras de ejemplos, consejos y reprensiones, para sacarlo, como de la mano, a la región de la luz. Sin género de duda, su presencia era para Agustín más inquietante que dulce, más afflictiva que consoladora, y ¿por qué no decirlo con todas sus palabras?, Mónica estorbaba a su hijo. Y tanto más, cuanto servían sus influjos para acrecentar terriblemente la fuerza del dilema que planteara Sila en aquel arranque inolvidable: esposa, o nada. La verdad es que ésta, inclinándose día por día hacia la religión de Jesucristo y fomentando los escrúpulos de conciencia, retirábase muy mucho de las teorías falsas de Agustín.

La prudente Mónica no poseía todavía virtud suficiente para autorizar el matrimonio de su hijo con una manumitida y de origen desconocido; comprendía, sin embargo de esto, su deber, y también preveía muy graves y complicadas consecuencias que del caso podían dimanar en contra del porvenir religioso de Agustín. Por manera que prefería callar y dejar que los sucesos corrieran a merced de los ocultos designios de la Providen-

cia, que a veces ensombrece los senderos de la vida para ejercitar la paciencia y la fe de sus criaturas. Él, a su vez, en este caso, solamente se fijaba en el lado que le favorecía, y por eso nunca miró con buenos ojos la presencia de su madre al lado de Sila.

¡No precipitar, no precipitar los acontecimientos! Tal era el propósito de Agustín. Amén de este complejo estado doméstico, amargábale desde hace tiempo las delicias del profesorado aquella índole grosera de la juventud, que acudía a las aulas con aires de rebeldía, rebajando el nivel moral del oficio y haciendo que la cátedra resultase más bien potro de martirio que estrado de honor, aunque es cierto que él podía ufanarse de poseer los discípulos más educados y nobles de Cartago, que sabían comprender la decencia personal del profesor, que es fuente de autoridad, y la copia de su doctrina. Por otro lado, solían decirle sus amigos que los estudiantes de Roma profesaban disciplina rigurosa, y que convenía levantar el vuelo de Cartago hacia la capital del mundo, centro de la elocuencia, de las artes y de todo lo grande, digno teatro para su ingenio y fama. Y confirmaba todo esto con sus cartas Alipio, quien ya se había trasladado allá hacía dos años para completar los estudios de jurisprudencia, y le invitaba a abrir escuela en Roma, donde se haría campo fácilmente con el apoyo de Hie-

rio, a quien dedicara sus primeros libros, y con el procónsul Vindiciano, que también acababa de ser promovido, y del antiguo procónsul Símmaco, que estaba indicado para el cargo de Prefecto romano, con el apoyo de todos los cuales se obtendría un puesto oficial y fijo en las escuelas del Estado.

Otra razón movía su ánimo para dejar a Carthago por Roma, al decir de ciertos émulos suyos, murmuradores; conviene a saber, que el Emperador Teodosio había dictado decreto de persecución a los maniqueos, bajo severas penas, inclusive de muerte, y Agustín, aunque interiormente desilusionado del maniqueísmo, figuraba aún como uno de los prosélitos más conspicuos en el grado de oyente o catecúmeno; y hasta llegó a decirse por lo bajo que el actual procónsul, Mesiano, iba a dictar sentencia contra él. Esto no era verdad; empero no cabe dudar que la situación suya resultaba angustiada de todo punto y en todo sentido. Según declaración suya hecha y repetida a sus amigos, no pensaba irse a Roma por tener allá mayores intereses y alcanzar mayor honra y dignidad, como se lo prometían seguramente los amigos que le aconsejaban el viaje, aunque también todo esto movía su ánimo, sino que la causa principal y casi única fué haber oído que los jóvenes eran más quietos y se sujetaban de tal suerte al más ordenado método de disciplina, que no se entrometían frecuente y desvergonzadamen-

te en la clase de otro maestro que no fuese el suyo, ni absolutamente se les permitía entrar sin su licencia; malas costumbres, en verdad, que él no quiso tener cuando aprendía y se veía obligado a sufrirlas en otros cuando enseñaba (78).

Con todo eso, una dificultad sobremanera grande entorpecía la realización de este negocio: la presencia de Mónica. ¿Querría salir de su querida tierra, para vivir en la abominable Roma, abominable por resentimientos de conquista y por razones de perjuicio espiritual para su hijo? Y, aunque consintiese, ¿no seguiría siendo un estorbo su presencia? Y ¿cómo despacharla? Una de las grandes torturas del corazón de Agustín consistió en resolver este episodio de trascendencia doméstica, en que intervenía su madre, a la cual amaba y veneraba con ternura profunda.

Al fin se resolvió a hacer los preparativos de viaje en secreto y marcharse con Sila y Adeodato, dejando en Cartago a las dos ancianas. Las vacaciones del curso se aproximaban y había que ensayar en Roma la apertura del nuevo. Sila convino en ello, oprimida por la pesadumbre, porque amaba y veneraba a aquellas dos santas mujeres y veía en la separación el aplazamiento de su gran dilema; de ahí que la tristeza cubrió su rostro como sudario cuando oyó la noticia. Y por cuanto, para mantener la reserva, precisaba no mover de la casa objetos que delatarían el viaje, decidió

Agustín perder muchas cosas, a trueque de lograr sus intentos; más tarde las recobraría. Por lo demás, con los ahorros de nueve años y el apoyo que le prestarían con diligencia los amigos, ya literarios, ya sectarios, se prometía continuar su carrera de sabio independiente.

La turbación y el silencio de Sila, no obstante, así como la inquietud de Agustín y ciertas mudanzas domésticas, delataron el proyecto, y ante la perspicacia de Mónica y Pelagia se dibujó la duda, luego la pesquisa y, finalmente, la probabilidad de la fuga. Agustín había contratado ya el buque para cruzar el Mediterráneo; se despidió en secreto de algunos amigos muy íntimos, instituyó como sucesor a Eulogio en la cátedra, hizo embarcar a hurtadillas lo que llamaríamos equipaje o impedimenta pocas horas antes de zarpar, condujo a Sila y al hijo hasta el barco, los escondió en alojamiento conveniente, y a eso del atardecer corrió él al puerto para esperar los primeros soplos del viento de la noche y levantar anclas. ¡Vano empeño! Cuando menos se esperaba, Mónica presentóse allí:

—Hijo mío, ¿te vas? ¿Me dejas abandonada en mi viudez y devorada por la incertidumbre de tu suerte? ¡Hijo de mi alma! ¿Tendrás corazón para consentir que tu madre perezca de dolor por esa partida tan injusta?

Agustín, que la había vislumbrado de lejos y

había ido a su encuentro, trató, abrazado a ella, de mitigar su pena y la condujo a un lugar retirado del bullicio y tráfico de la muchedumbre.

—Madre mía, no me voy; vengo a despedir a un amigo que partirá en breve.

—Tú tratas de engañarme.

—Contad con la lealtad de mi palabra. No, imposible que os abandone.

—¿Dónde están, pues, Sila y Adeodato?

—No lo sé. Estarán visitando a alguna familia pobre de los suburbios, o los *nosocomia*, como lo hacen con alguna frecuencia por motivo de caridad.

—¡Me engañas, me engañas! Y lo siento, no por mi soledad, sino por los destinos de tu salvación eterna. Quiero tu porvenir mundano, quiero verte coronado de laureles, rico, lleno de salud; pero, ante todo, mis anhelos supremos son que te hagas cristiano y dejes el maniqueísmo y todos los errores.

—Lo conseguiréis, madre querida. Vuestras lágrimas serán omnipotentes. Por lo pronto —continuó—, os ruego que dejéis estos lugares tan impropios de vuestra persona. ¿Queréis volver a casa, o preferís por ventura, descansar junto a la iglesia de San Cipriano, que queda mucho menos distante?

Mónica no contestó. En el mismo momento el cariñoso y atribulado hijo se retiró de ella por ir

en busca de una silla de manos, para hacerla conducir a donde ella quisiera. Recorrió los puntos donde solía haberlas en otras ocasiones: los alrededores de los depósitos y almacenes, los principales embarcaderos, los puestos más concurridos; pasó cerca del grotesco mosaico de los *Esciopodos*, revisó el *Septiromium* de la plaza marítima; pero no aparecía litera alguna, debido tal vez a lo tardío de la hora. Iba a anoecer. Sólo veía montones de mercaderías en todas formas y tamaños; grupos de gentes de carga y descarga de los buques, comerciantes y algunos viajeros de distintos barcos. ¡Qué riqueza de puerto! ¡Qué movimiento comercial! Allí afluían los productos de todo el mundo. Todos los países concurrían con sus industrias y manufacturas: Grecia, con vajillas finas; Togorna, con caballos y mulas; Siria, con recamados, púrpuras y sedas; Malta, con túnicas de algodón; Palestina, con resinas y cereales; Damasco, con vinos y lanas; Córcega, con cera y miel; las Islas Baleares, con frutas y animales de carga; Dan, con mirra destilada; y España, además de vinos, con oro, plata y cobre.

Mientras iba tropezando Agustín con éstas y otras mercaderías, cuya vista le fastidiaba, no parecían por lado alguno literas. Le obstruyó el paso un rebaño de ganado lanar de Arabia; un mercader le ofreció cajas de perfumes y gemas de Saba; otro le insistió en que comprara bordados

finos y maderas olorosas de Harán. No es de extrañar tanto movimiento, porque Cartago contaba con colonias comerciales en todos los países mediterráneos y más allá; pues, situada la ciudad equidistante de España y de Egipto, y frente a Sicilia, Cerdeña e Italia, centro del comercio africano, formaba el vínculo entre Europa, Africa y Asia.

Se presentó al rato Agustín sin lo que buscaba, y propuso a Mónica retirarse los dos a pie, hasta la memoria de San Cipriano. La noche venía.

Hubo un momento de silencio. La grita y el tropel de los cargadores de mercancías, los ruidos de los vehículos, el rumor de las olas se dejó oír en medio de las últimas actividades de la tarde.

Titubeó la madre; mas, comprendiendo que no cambiaría de opinión el otro, creyó prudente apurar hasta la última gota del sacrificio en silencio, sin formar inútil algarabía y escándalo, y se retiró del puerto llevada del brazo de su hijo, hasta que quedó lejos del tropel de las gentes. Llegaron a la iglesia. Resonó un ósculo en las sombras...

—¡Adiós!...

—¡Adiós!...

Mónica estaba ya en la puerta del templo del gran Patrón de Cartago; entróse en él a la luz de las lámparas (79), y bañado su rostro en lá-

grimas y pegada su frente en el pavimento, oró al Señor de esta manera:

—¡Oh Dios, que oís las súplicas del corazón de las madres, acudid a las necesidades de mi hijo, que fluctúa en el mar de la duda como un botecito en la inmensidad del mar. ¿Hasta cuándo resistiréis a mi llanto? ¿Por qué retardáis la efusión de vuestra gracia sobre su corazón, que es bueno, pero oscurecido por las lecturas y compañías malas? Señor mío y Dios mío, yo no quiero salvarme sin él; si yo he de ir al cielo y él al infierno, ¿para qué me diste el amor que le profesó? ¿Por qué le diste a él un entendimiento tan grande y un corazón tan hermoso? Ya es tiempo de que lo emplee en vuestro santo servicio; ya es hora de que lo constituyáis en la Iglesia doctor de doctores y santo de santos, con el fin de que alabe vuestro augusto nombre y cante vuestras misericordias!...

La luz de las lámparas parpadeaban, callada la noche, las estrellas titilaban silenciosas, y a lo lejos se percibía el bullicio del tráfico del puerto y el rumor del oleaje...

Permaneció Mónica largo rato derramando el perfume de la plegaria al pie del sepulcro del gran mártir, intentó después recostarse en un lecho que en los aposentos del pórtico había; pero no logró conciliar el sueño ni un punto, pensando en su Agustín, que no aparecía.

Al alborear —apenas la mañana pudo desplegar un manto de luz con que defender el pudor de la matrona piadosa— se dirigió ésta al puerto, clavó la mirada en el embarcadero, y vió que el navío había zarpado... (80).

Un golpe de angustia mortal sintió en su pecho, nublósele la vista, se estremecieron sus miembros, vaciló un instante y se desplomó cayendo envuelta en su manto de viuda...

En el ínterin, el navío de Agustín, hinchadas las velas por los soplos mañaneros, surcaba las olas coronadas de espumas levemente rumorosas. Esfumábanse las costas africanas en el horizonte azul. Agustín, recostado en la borda, al desgair los negros rizados de su cabellera, fijaba en ellas su corazón pungido por un enjambre de remordimientos y agonías. Su madre, ¿qué habría sido de su madre queridísima? ¡Huir de ella como un canalla!...

Mientras tanto el navío palpitaba como un corazón gigantesco sobre la majestad del abismo que irradiaba fosforescencias misteriosas y bajo la soledad solemne del firmamento que brindaba irradiaciones suavísimas. En el pecho del prófugo había en aquellos momentos iras y calmas de océano, anhelos agudos, conmoción de pensamientos y afectos, como preludio de tempestades lejanas.

Abajo, palacios arcanos de cristal y ondas coronadas; arriba, astros de luz en el éter infinito; por

alfombra, trémulos y engañosos espejos; por dosel, la armonía radiante del firmamento.

Agustín pensaba dolorosamente:

—¡Abandoné a mi madre cuando me tenía fuertemente asido, precisándome a dejar mi viaje ó a llevarla en mi compañía; le hice creer con engaño que mi intento era solamente acompañar a un amigo hasta que tuviese tiempo favorable con que hacerse a la vela! Así engañé a mi padre y a tal madre, ¡y me escapé!... (81).

En esto oyó a un marinero que tarareaba aquello del libro III de la *Eneida*:

“Buscáis a Italia con errante quilla,
Y cierto que con vientos aplacados,
Iréis a Italia y cobraréis la orilla
Que os disputan benévolos los hados.”

Y a la memoria de Agustín acudió este otro pasaje:

“¿Hados a Italia lo impelieron? Cierto:
¡Casandra en su furor le abrió la vía!
Mas, si hoy deja su campo, el desacierto
Que en dejarlo comete, ¿es culpa mía?”

—¡Padre, padre! —preguntó Adeodato acercándosele y tirándole del manto—, ¿donde está mi abuelita? ¿Por qué no viene con nosotros?

Agustín escondió el rostro entre las manos porque le asaltaron los sollozos. El niño se volvió a donde se encontraba la madre y le dijo:

—Mi padre está llorando porque le he preguntado por Mónica. ¿Qué será de mi abuelita?

XVIII

Las dos Romas

Eran las vacaciones del año 383. Arribó el navío a Ostia, puerto de Roma en la margen izquierda del Tíber, muy cerca de la desembocadura del mar. La campiña romana desplegaba ante su vista una superficie llana, luminosa, de clima suave, pero muy propensa a las fiebres palúdicas, a causa de los pantanos que se adentran mucho en algunas partes. A corto trecho del puerto se levantaba la población de Ostia, con sus palacios, edificios públicos, templos, pórticos, termas, teatro y cementerios, decorado todo con riqueza y con obras de arte escultórico.

Alipio, el buen Alipio, esperaba ya a los navegantes, avisado por carta de su amigo y maestro. Empero éste, en desembarcando, sintió los primeros síntomas de la fiebre, que le obligó a retardar algunos días su marcha a Roma, de donde los separaba la distancia de unas cuatro leguas,

que debían recorrer en carruaje o en caballerías. Y como su restablecimiento completo parecía estar lejano, resolvió Alipio aprovechar la primera mejoría que notó en él, y hacerlo conducir con la mayor comodidad posible a la ex-ciudad de los Césares y a la ciudad eterna de los Papas. Y, al efecto, un vehículo trasladó a todos hasta la casa de un maniqueo pudiente y también celosísimo guardador de las ideas y de las costumbres buenas de la secta (82). Agustín no había renunciado aún públicamente al maniqueísmo. Llegó a la posada empeorado y continuó sin esperanzas próximas de mejoría.

Víctima de violentas calenturas, en cuyo desarrollo influyó la pena moral hondamente sentida por los remordimientos que le causara la acción incalificable de mentir y abandonar en el puerto cartaginés a su madre, Agustín se sentía morir. En verdad, grave fué el accidente corporal y moral que lo puso a las puertas de la muerte, de modo que por más que los cuidados no escasearon, duró enfermo gran parte del mes de agosto. Por fortuna estaba hospedado en la casa de dicho maniqueo rico y caritativo, para el cual llevó expresivas recomendaciones de los corifeos de Cartago.

Quiso Dios que saliese con bien, y cuando gozaba ya de notable convalecencia, apareció por las puertas de la casa una mujer de formas ás-

peras y tamaño descollado, muy morena, enjuta, entrada en años y canosa, la cual se presentó ante Agustín, que paseaba por la habitación, y la abrazó con efusivas manifestaciones de sorpresa y cariño:

—¡Mamá Pelagia!...

—¡Hijo mío!

—¿Cómo vienes por aquí? ¿En dónde está mi madre? ¿Me ha perdonado el crimen con que la ofendí tan alevosamente?

—Tu madre vive llorando cada día más por el hijo ingrato y me ha enviado a buscarte, mientras ella regresaba a Tagaste para vivir con Navigio y Perpetua, porque no quieres tú vivir con ella. Yo te sigo como la sombra, soy la sombra bendita de tu madre: soy la sombra de Dios.

—Sí; confieso que soy un hijo perverso, que no correspondo al amor tiernísimo que me tiene ella, la viuda casta y abstinente, que hace tantas limosnas, que sirve con toda sumisión a los sacerdotes, que no deja pasar día ninguno sin contribuir con su ofrenda al sacrificio del altar, y que dos veces al día, por lo menos, va a la iglesia, sin faltar jamás, no para ocuparse en vanas habladurías, sino para oír las homilias sagradas y para llorar por mí hasta humedecer el suelo con sus lágrimas (83).

Sentóse el convaleciente muy junto a mamá Pelagia y prosiguió hablando:

—Respecto de ti, muy bien venida seas a esta casa, que te pertenece por fuero de amor y agradecimiento.

—Lo primero que hizo Mónica al regresar del puerto —habló la viajera— fué proponerme esta venida; contrató pasaje en el primer navío que hacía rumbo a Ostia, vendió tus muebles, entregó la casa a Romaniano, quien te remitirá los libros tuyos y otras cosas, y a la fecha estará pensando en nosotros tu santa madre. Mi travesía marítima fué buena.

—¿Y cómo diste con esta casa?

—Sencillamente, me dirigí a tu amigo Símmaco, a quien suponía habías visitado, pregunté por ti, y me orientó hacia este barrio del Velabrio, vía Greca.

—¡Qué inteligente eres! Yo no lo visité porque no hubo tiempo; pero le hice saber por medio de Alipio que me hallaba con fiebres, y ha venido a verme algunas veces, dispensándome honor y provecho.

No bien hubo mejorado totalmente de sus dolencias, enderezó sus diligencias, primeramente, en orden a la apertura de una escuela de Oratoria, como la tenía en Cartago, y así, valiéndose de los amigos y conocidos que había en Roma, obtuvo discípulos con que instituir la a principios del curso, por el mes de octubre, lo cual era un favor de la fortuna, allá donde las escuelas y los

sabios de todo el mundo competían con pujanza porfiada.

Es de suponer cuán ávidamente recorrería en los primeros días la ciudad aquel joven, para cuyo entendimiento faltaban ciencias y artes en Grecia, Alejandría y Cartago. Y puesto a comparar esta última ciudad con Roma, halló que aquélla poseía casi tanta extensión superficial como Roma; las calles de ésta le parecían estrechas y oscuras, por efecto de los muchos edificios públicos, palacios y templos que las ensombrecían, mientras las de aquella metrópoli estaban bañadas con profusión de sol y de aromas de las campiñas. Cartago alentaba aires de perpetuo verano; Roma se acurrucaba ante las acometidas del invierno. Cartago era agrícola e industrial; Roma, ofinesca y cortesana, la ciudad de los mil ochocientos palacios. Cartago, con ser monumental y rica, iba a la zaga su progreso con las opulencias milenarias del Capitolio, Palatino, Termas, Foro, Coliseo, teatros, templos y palacios, pórticos y bibliotecas, estatuas, obeliscos, columnas de mármol y jaspero, inscripciones e incrustaciones de oro y otras manifestaciones de opulencia no superada, todo ello fabricado a costa de tributos de las provincias vencidas. Más de una vez detúvose ante el Septimio de Septimio Severo para persuadirse de la superioridad de Roma sobre Cartago al copiar, superándolo en dimensiones y riqueza,

aquel monumento oriundo de su patria, en el que las combinaciones atrevidas de estilos arquitectónicos daban la impresión del dominio invencible de los romanos sobre todas las provincias del mundo.

En lo que toca a costumbres públicas, el pueblo pagano alardeaba de glotón, perezoso, sensual, vano y ateo; la crápula, el libertinaje, la frivolidad y el despotismo constituían el patrimonio de la aristocracia, además de poseer con preeminencia todas las pasiones del vulgo. Invadían los ebrios las calles; los motines de holgazanes esclavos no escaseaban; la xenofobia formaba estado permanente y público; imperaba la obscenidad en las plazas; el suicidio era de lujo; tres mil bailarinas públicas fomentaban el sensualismo; el circo y el anfiteatro se colmaban de espectadores, mientras en los templos paganos reinaban la soledad y el silencio, y mientras los aristócratas corrían la posta en coches y caballos por las calles atropellando a los transeúntes impunemente, o se paseaban en literas de oro macizo, y degollaban esclavos, y banquetearon con músicas y lascivias cada día más refinadas, y entre cortesanas que eran mujerzuelas cargadas de gemas, esmaltes, sargas de sortijas, ungüentos preciosos y perfumes que adquirían en las provincias del imperio a tarifa de exacciones y peculados, y a fuer de nobilísimos y excelentísimos canallas, que se

llamaban augustales y senadores, los cuales también, en vez de favorecer a los oradores y filósofos, premiaban a los histriones y gladiadores; aplaudían al esclavo que mataba a otro esclavo por cualquier cosa, y mandaban dar trescientos azotes si les faltaban en el más leve servicio doméstico; no glorificaban, como los partos, a Semíramis, ni, como los egipcios, a Cleopatra, sino a cualquier bailarina de moda o a la que con serenidad asesinaba a su rival con puñalito de nácar y oro; o recordaban a Lolia Paulina, que asistió a un convite llevando joyas por valor de doce millones y medio de pesos, o se envanecían al verlas paseando, seguidas de eunucos, que llevaban a las espaldas de ellas sombrillas de plumas fantásticas para defenderlas del sol, y acariciadas también por el perrito favorito, amarrado con cadenillas de oro y diamantes. Y en el centro de esta ciudad bullía un enjambre de 300.000 *ciudadanos libres* que se abstendrían del trabajo por no deshonrarse, y se solazaban con las tres mil bailarinas públicas a cuyo servicio sobraban coros y orquestas.

Muchedumbre excesiva de estatuas en las plazas, que eran retiradas para dar cabida a las de héroes nuevos; 470 templos, donde se adoraban 30.000 ídolos; 35 arcos de triunfo; el Circo, para 150.000 espectadores; 900 termas; 5 naumaquias; más de 100 caballos de bronce y marfil; 24 vías o carreteras, bordeadas de mauso-

leos; 45 palacios destinados a prostíbulos, los prados donde dábanse festines para 138.000 convidados, a quienes cubría inmenso *velarium* de seda de mil colores, donde se comían sesos de faisán, lenguas de ruisseñores, arroz mezclado con perlas, y habichuelas con granos de oro, todo esto confundía por su grandiosidad a Agustín y le hacía pensar conclusiones filosóficas de diversas clases, no favorables, por cierto, a la constitución interna del imperio, que amenazaba ruina, manifestándose por la traslación de la sede a Milán, como medida preventiva de la catástrofe. Se presentía el galope de los caballos invasores de Alarico.

Fuera de esto, iba observando, en el trato y comunicación con sus correligionarios, que abundaban en Roma, siquiera fuese ocultamente, notorios alardes de observancia y justicia, pero que sólo tenían de tales la habilidad del disimulo; en sus ritos y cultos internos, la depravación había descendido al más profundo cinismo: la crápula presidía sus actos. Y llegó a penetrar estos misterios, propios de los Elegidos o Santos, él, que figuraba aún como oyente o catecúmeno, a causa de la confianza que deseaban inspirarle, porque suponían que, brindándole la copa del placer oculto y sádico, se aficionaría a ellos con más entusiasmo. Pero estaban equivocados: el hijo de Mónica no había nacido para canalla ni farsante,

por lo cual se horrorizó, no ya del sistema, sino también, y mayormente, de sus secuaces, corrompidos y corruptores, y propuso en su interior abandonar el maniqueísmo a las claras, tan luego como tuviese algún modo de emanciparse de su ignominiosa tutela.

Entonces, en cambio, fué cuando su espíritu investigador tuvo ocasiones de tratar de cerca a muchos cristianos de la otra Roma, y de parangonar sus actos y sus dogmas con los de los maniqueos y gentiles. El paganismo se identificaba con el culto al César, y mejor dicho aún, con la negación de todo culto; mientras que el maniqueísmo profesaba el culto de la hipocresía, en los cristianos resplandecía la sencillez, el decoro, el patriotismo y el sacrificio. ¡Qué reuniones tan hermosas! ¡Qué alegría tan sana! ¡Qué caridad! Sobre todo, ¡qué caridad!

Una mañana, fatigado del estudio, Agustín salió de casa dejándose llevar de las impresiones callejeras que se le ofrecieren y sin rumbo fijo. Pasó no lejos del *Circo máximo*, donde en aquel punto y hora se corrían las cuadrigas con el mayor entusiasmo del público que aclamaba, y sin prestar atención alguna avanzó por una callejuela hasta llegar a un edificio de aspecto severo y sencillo, por cuyo pórtico salían voces de cantos corales, de una melodía inusitada, que sugerían gravedad de misterio y sencillez de emoción. Era

la Memoria de Santa Prisca, donde en otros tiempos había bautizado el apóstol San Pedro junto a la fuente del Fauno. ¿Qué sería aquello? Él lo ignoraba. Penetró en el interior, lleno de penumbras y de perfumes de mirra e incienso; al frente parpadeaban unas lámparas, entre cuyos resplandores se dibujaban esfumados los contornos de cierto anciano que oficiaba en un altar presidido por la cruz de los cristianos; luego fué echando de ver con claridad progresiva la presencia de la muchedumbre que cantaba himnos piadosos, entre la cual se divisaban nobles y plebeyos, militares y esclavos, mujeres y niños, con abigarrada pero ordenada mezcla. A poco, el anciano oficiante ocupó una cátedra y comenzó la instrucción. Agustín se hacía todo ojos y oídos ante aquel espectáculo. La palabra del orador caía en los pechos de los oyentes como una lluvia de luz tibia y perfumada. Sus conceptos trascendían a filosofía nunca oída y sentida con tanto sosiego. Estaba intensamente conmovido el joven africano ante aquellos conceptos sencillos, al par que profundos. Sacó, por eso, de entre los pliegues de la túnica unos papiros en limpio, y, aproximándose a una antorcha resinosa que pendía del muro, púsose a transcribir lo que decía el sacerdote, no con palabras textuales, sino la sustancia de las mismas, acomodada a la forma de apuntes rápidos, y a su talento.

Concluída la catequesis se disolvió la congregación de los fieles, los cuales principiaron a salir revelando en sus semblantes placidez, satisfacción y buena conciencia. Agustín, embebecido en reflexiones de vario orden, se guardó lo escrito y salió a la vía, dejándose llevar del movimiento de los grupos, que se dispersaban en distintas direcciones. Casi sin darse cuenta se asomó al Tíber, no lejos del templo circular de Vesta; divagó por la orilla izquierda, fijando la vista en las pequeñas embarcaciones que se deslizaban; paseó la mirada también por los contornos de la Isla, bañados por las aguas encauzadas y perezosas, y llegó al Foro por el *Vicus tuscus*, donde luego se vió metido entre los corrillos de gentes alborotadoras, alegres, a filosofadas, negociantes, mujeres públicas, matronas a pie y en literas, jinetes elegantes y vehículos de mucho primor y variedad. Sintió el tagastino hastío inmenso, quería evitar los parajes de mayor concurrencia, y no lo acertaba; atravesó la *Via Sacra*, tomó rumbo por el *Divus sacer*, trató de recatarse dondequiera, siguió hacia el Arco de Tito, y aquí se creyó retirado y sin tanto barullo, y, por lo mismo, sacó el escrito y leyó:

“Sobre la unidad de Dios, descansa la eterna filiación de Cristo y la efusión del Espíritu Santo, para remedio de la humanidad por medio de

la caridad y del sacrificio; sostenida en la unidad reside la trinidad, así como la unidad de las naciones, la unidad de los pueblos, la unidad de la familia y la unidad o personalidad del individuo vive en la variedad de caracteres y atributos, iluminados por el sol de una doctrina y de un fin sobrenatural eternamente venturoso, formando una sola Iglesia, cuyo principio activo es Jesucristo. El cristianismo es la unión universal. La caridad sustituye a las tiranías; la humildad rechaza los orgullos de casta; la mansedumbre suaviza las flaquezas humanas; la sobriedad fecundiza las actividades del cuerpo y del espíritu; la esclavitud queda reemplazada por la igualdad y la libertad; la jerarquía de gobierno nace de Dios, que es amor; la ley liga y aprieta como una cinta de luz; la dignidad consiste en el cumplimiento del deber; el árbol genealógico de la nobleza cristiana se forma con ramificaciones de penitencia de la cual florecen sonrisas; el cristiano es noble porque ama y perdona, porque sufre y espera, porque es humilde, porque es eterno, porque es divino.”

Interrumpió la lectura debido a que un grupo de estudiantes pasaban cantando una tonada coral de tragedia griega muy en moda. Pronto reanudó la lectura de sus apuntes así:

“Apenas abre uno las páginas del Evangelio se percibe un aroma singular que trasciende a pa-

raíso, pues proviene de una flor que se llama castidad, y esa flor germina en el corazón de Cristo. La castidad hace de las doncellas azucenas del mundo, a los niños los convierte en lirios sonrientes, a los célibes los transforma en ramilletes de impalpables irisaciones, a los casados los entrelaza con coronas de fecundos azahares, y a los viudos los embalsama con esencias de miosotis.

"Pero existe una virtud más rica aún: la virginidad de los anacoretas de Oriente y de Egipto y la de los cenobitas del Occidente. En la Palestina y la Tebaida pimpollecen dos jardines de la Iglesia Romana; allí se congregan los descendientes de los Gracos, Camilos, Escipiones, y las herederas de las Fabiolas, Ineses y Aguedas, junto a las Paulas, Marcelas y Eustaquias.

"Y en aquellos desiertos florecen también el girasol de la fe, la fucsia del arrepentimiento y el crisantemo de la penitencia, derramando auras de luz y rocío de fecundidad perenne con su amor al trabajo y la práctica de la plegaria, que constituyen el secreto de la omnipotencia."

Ya iba a terminar, cuando el mismo grupo de cantores retrocedió alborotadamente y riendo como histriones, a causa de venir en dirección contraria, desde el templo de *Jovis statoris*, una cuadruga consular dirigida por un elegante joven que manejaba látigo con mango de oro:

—¡Paso a Flaminio Decio!

Atropellaron los nerviosos caballos a los jovenzuelos, y éstos empujaron a Agustín, el cual hubo de soltar de las manos los papiros, que fueron a caer al medio de la vía y quedaron deshechos por los cascos de los corceles, que se ausentaron piafando y sacando chispas al enlosado...

Advirtió el filósofo africano muchos aspectos de virtud en la Roma cristiana con mayor claridad que en otras partes, y más cuando principió a trabar alguna relación con ciertos personajes doctos y nobles que pertenecían a la tan combatida religión del Nazareno; y hasta quiso tener trato con Jerónimo, quien, habiendo ido a Roma, con los obispos Epifanio de Chipre y con Paulino de Antioquía, a ventilar asuntos disciplinarios con el Papa Dámaso, permanecía en Roma al lado del Pontífice como uno de sus secretarios. Intentó visitar al supremo pontífice de los cristianos, famoso latinista y poeta, autor de numerosas inscripciones sepulcrales entalladas en mármol con caracteres muy claros, titulados damasianos, y autor, además, de epigramas e himnos en versos hexámetros en loor de los mártires, así como de un libro en prosa y en verso sobre la virginidad; pero no realizó este propósito, bien sea por timidez o bien por falta de ocasión.

Todas las observaciones y noticias que iba reuniendo Agustín mezclábalas en el laboratorio de

su cerebro, y le agradaban y, en parte, le desagradaban; empero, cuando se dedicaba a analizar la esencia de Dios, el origen del mal, la naturaleza del alma, no podía aquel alquimista de la materia y del espíritu fabricar un específico de evidencia suficiente y convencerlo, y desistía de buscar otro rumbo de doctrina, habiendo perdido la esperanza de poder hallar la verdad en el cristianismo, del que lo habían apartado engañosamente los maniqueos diciéndole que los católicos enseñaban que la divinidad tenía figura de carne humana, la cual constaba de miembros corporales y de una extensión y cantidad determinada. Por eso la causa principal y casi única que le hacía no profesar la doctrina evangélica era que siempre que pretendía pensar en Dios, no acertaba a representarse otra cosa que formas corpóreas (84).

De aquí nacía también el mal; se lo imaginaba como cierta sustancia corporal que tenía su correspondiente magnitud oscura y fea, sustancia que, o era gruesa y pesada, y la llamaban tierra, o era leve y sutil, como el aire, y la llamaban espíritu maligno, el cual creían los maniqueos que se introducía y calaba en aquella otra sustancia llamada tierra. Y como la piedad de Agustín le obligaba a creer que un Dios bueno no había de haber creado una naturaleza mala, establecía él dos sustancias corpóreas, contrarias en-

tre sí, y no quería ser católico porque no podía admitir que Dios fuera autor de nada malo. Además, los cristianos, según le habían informado, afirmaban que Dios era corpóreo, y por eso finito, y a él le parecía más conforme a la piadosa idea de la divinidad y la razón creer que por todas partes era infinito, excepto por la parte que tocaba con el principio eterno del mal. También a Jesucristo se lo figuraba como parte de aquella masa lucidísima que él atribuía a Dios, y así, pensaba que una tal naturaleza no podía haber nacido de la Virgen María sin mezclarse e incorporarse con la carne y que no se manchase. De suerte que rehusaba creer que Jesucristo había nacido en verdadera carne humana, por no verse obligado a creer que se había manchado con la carne misma (85). Todas estas ideas del maniqueísmo las profesaba inculpablemente, por no hallar quien se las explicase (86).

Además de lo dicho, juzgaba ya que podían defenderse bien aquellos lugares de la Sagrada Escritura que los maniqueos impugnaban, y deseaba tener alguna ocasión de conferenciarlos todos en particular con algún hombre docto y muy versado, y ver cómo él los entendía. La explicación que daban los maniqueos parecía endeble y flaca, y aun ésta la manifestaban, en secreto, a los sectarios diciendo que aquellos libros habían sido falseados, pero no mostraban los ejemplares in-

corruptos y auténticos. “No consulté, sin embargo, estas dudas —escribe él—, porque mi costumbre de no imaginar sino cosas corpóreas me tenía tan preso y poseído que, como si las tuviera sobre mí, me agobiaban, bajo cuya pesadez andaba fatigado, sin poder respirar el aire puro de la verdad” (87).

La húmeda Pelagia solía decir que Agustín no fué impío jamás, sino, al contrario, piadoso y muy moral, aunque extraviado de buena fe en los caminos del dogma y de la filosofía cristiana.

Entretanto que cavilaba él sobre estos misterios, una tarde de primavera, Sila y mamá Pelagia, asomadas a la ventana, desde donde se divisaban las ondulaciones del Pincio teñidas con alegres pinceladas de oro y azul, platicaban de este modo:

—Mi Aurelio Agustín padece angustias mortales con sus filosofías y maniqueísmos.

—¿Y crees, mamá Pelagia, que tendrán remedio pronto sus inquietudes?

—Remedio, sí; pronto, no. Porque él no dejará de estudiar y estudiar, y llegará al punto de reposo, como la piedra que se precipita saltando desde las cumbres de la soberbia al valle de los desengaños; y esto no sucederá aprisa, porque está engañado y muy engañado.

—¿Y ese maniqueísmo? —indagó con desprecio Sila.

—Ha durado en él más de la cuenta. Un ingenio como el suyo no puede admitir cosas tan absurdas. Por lo pronto, él mismo me decía, al tirarle yo de la lengua el otro día sobre la pureza y virtud de los alimentos que contienen o partículas de Dios o partículas del no Dios: “¿No es vergonzoso, me decía, eso de ir a buscar a Dios en el paladar o con la nariz? Y si su presencia se nos revela por una luminosidad particular, por lo grato del sabor o el olor, ¿por qué admitir tales manjares y rechazar otros no menos luminosos, sabrosos y olorosos? ¿Por qué considerar el dorado melón como proveniente de Dios, y excluyen la dorada grasa del jamón o la yema de huevo? ¿Por qué se manifiesta la divinidad en la blancura de una lechuga y no en la de la leche? ¿Por qué tienen tanto horror a las carnes? Pues, al cabo, un cochinillo asado tiene lustre de oro, olor apetitoso y gusto agradable, indicio de la presencia divina. Ellos, los Elegidos, llaman en público al vino *hiel del diablo*, y desprecian la carne como cosa del no Dios; las trufas y setas son pecaminosas, y los vegetales son místicos; y en pasando las tres de la tarde se hartan de todo género de viandas y aplacan la sed con vino cocido y endulzado con miel, que así es como cosa bendita, y duermen en colchones de pluma...; ellos, que llaman al matrimonio invento de Satanás, son lascivos, crapulosos, nefandos, y el obis-

po que los preside aquí, un bruto sin pizca de talento, ni siquiera urbanidad (88).

—¿Todo esto te confesó Agustín?

—Y aún más. Por eso te repito que ya, en el fondo de su conciencia, no es maniqueo ni puede serlo.

Sila, en este momento, satisfecha de cuanto oía, volvió el rostro al interior del aposento, y dirigió una mirada de cariño, sin dejar la ventana, a un busto de alabastro que representaba a Agustín y estaba colocado en una reprimera. Era un regalo de su discípulo Licencio, hijo de Romano. La cabeza de Agustín, con su cabellera negra y sedosa y con su frente erguida y limpia, ojos amplios, boca leve, sonrisa amable, se asentaba sobre un cuello desnudo de musculatura armoniosa y sobre un busto envuelto en los amplios pliegues del manto. Un rayo de sol penetraba oblicuamente sobre la estatua alabastrina y la clarificaba. En el muro de la habitación, y detrás del mismo busto, destacábase una cruz de ébano, sencilla, sirviendo de fondo a la figura escultórica...

Acabóse el diálogo.

El rayo de sol seguía iluminando la frente de Aurelio Agustín...

XIX

Hacia adelante

Habiendo perdido enteramente el tagastino la esperanza de hacer algún progreso en la falsa doctrina de Manés, aun en aquellos puntos en que había determinado perseverar, ínterin no daba con otra cosa mejor, los profesaba, pero con disgusto (89). Fué por entonces cuando se le ofreció el pensamiento que aquellos filósofos que llaman *académicos* habían sido más sabios y prudentes que los demás, porque defendían que debíamos dudar de todas las cosas y que no podía llegar a comprender ni una sola verdad ningún hombre. En esto le parecía que se fundaba aquella escuela, y así se opinaba vulgarmente; él, por su parte, no penetraba ni entendía bien su sistema (90). Por lo cual, dudando de todas las cosas, como se dice que acostumbra los académicos, y fluctuando entre todas las sentencias, fué su determinación dejar a los de Manés, no entre-

garse más a buscar la verdad en escuelas y sectas donde no figurase Jesucristo, y seguir en el catecumenado de la Iglesia católica, que sus padres le habían alabado, hasta que descubriese alguna cosa cierta (91).

—No he hallado la verdad religiosa y filosófica —discurría Agustín—, ni en el cristianismo de mi madre, ni en el donatismo de mi pueblo, ni en las ciencias astrológicas, ni en el maniqueísmo de Cartago y Roma. ¿Es que no existe en parte alguna? ¿No tiene capacidad mi entendimiento para descubrirla? ¿Mi investigación ha sido recta y suficiente? Que existe no lo dudo, porque, de lo contrario, Dios sería cruel o estúpido creando una aspiración, un órgano y una facultad sin finalidad objetiva, ni impresión subjetiva siquiera. Y dudar de estos fenómenos individuales me parece ridículo porque se negaría el ejercicio de los sentidos y de la razón humana; y puesto que los órganos exteriores cumplen sus funciones, la razón, como ente más ilustre, debe tener realidades sobre que actuar en el campo de las ciencias abstractas y metafísicas. Las nociones, pues, de Dios, del alma humana, de la libertad, de la verdad matemática, del mal y del bien pertenecen al dominio de mi inteligencia, y no al de la disciplina experimental, y existen como entes reales. Estoy seguro de la materia inmaterial, y experimento con certeza series de fenómenos subjetivos y se-

ries de actos propios del espíritu exento de materia. Además, todo el que duda y sabe que duda, conoce una verdad, y de esta verdad que conoce tiene certeza; luego está cierto de la verdad. Así, pues, todo el que duda de si existe la verdad lleva en sus entrañas una verdad para que no dude de ella, porque no hay cosa verdadera si no hay verdad. No puede, por lo mismo, dudar de la verdad cualquiera que pudo dudar de algún modo (92).

Y cuando los discípulos y amigos le pedían declarase en qué consistía su escepticismo, respondía con claridad y con dolor:

—Ignoro muchas cosas, y las que conozco es muy imperfectamente. Yo quiero saber toda la verdad de la religión, las últimas causas del misterio verdadero, la verdad de la verdad; y, cansado de estériles disputas, me entrego a una especie de duda que no es sistema de filosofía, ni procedimiento directivo de la mente, sino laxitud, impotencia y acaso orgullo de mis derrotas. Estoy cansado...; me rindo a la impotencia, amigos míos.

De estas cosas iba platicando por las calles de la Suburra con Nebridio y otros amigos, cuando vió pasar una litera sencilla, con cortinas moradas, seguida de dos presbíteros que iban a pie.

—¿Quién va ahí? —indagó Agustín a un grupo de hombres que saludaron al pasar los de la litera.

—El pontífice Dámaso, que anda haciendo su visita y distribuyendo limosnas a los enfermos.

Quedó como suspenso el hijo de Mónica mientras veía al grupo alejarse. De pronto notó que se detuvieron al frente de una casa pobre, abrieron la portezuela de la litera y salió dificultosamente un viejecito, encorvado por el peso de más de setenta y cinco años, que dejaba asomar por debajo de los abrigos de la cabeza unos mechones del pelo blanco como la plata, vestido de túnica hasta los pies y apoyándose en un cayado.

Agustín exclamó:

—¡Ah! ¡Es el pontífice tan afamado en todo el mundo por su sabiduría!

—Y por sus virtudes —añadió un amigo, que era muy católico—. Todas las semanas sale de San Pedro y recorre las casas de los enfermos que no pueden ir a las iglesias, y con la limosna les reparte palabras santísimas de consuelo. Y él es —añadió otro— el que ha hecho reconstruir la iglesia de San Lorenzo, edificada en terrenos de su familia, y la embelleció con pinturas y la enriqueció con rentas; él es quien urbanizó y secó las cercanías del Vaticano y quien ha erigido la basílica en la vía ardeatina y el sepulcro en otro tiempo de San Pedro, y quien nos ha ordenado 62 obispos y numerosos presbíteros para todo el mundo. En Roma existen ya más de un cente-

nar de éstos, que atienden al servicio de las iglesias.

—¿De qué provincia es el Papa?

—De las Españas.

—¿Puedo, tal vez, incorporarme a la comitiva y curiosear, siquiera a escondidas, lo que hace y lo que dice en la casa en que acaba de entrar?

—Por supuesto que sí.

Y el observador Agustín dejó a todos sus amigos y se dirigió a donde deseaba.

Era la familia en cuyo hogar se encontraba el anciano pontífice una de las más pobres y necesitadas del barrio, y cuyo jefe yacía en cama paralítico hacía muchos años, atendido por su esposa, cinco o seis hijos menores y algunos amigos agregados a la sazón.

Despedían todos los miembros de la familia olor de una conciencia iluminada por los destellos de la pobreza y de la paciencia en un ambiente de paz suavísima. Todos salieron al término de la escalera, arrodilláronse, pidieron la bendición al Papa, y lo condujeron al lecho donde estaba el padre; brindáronle asiento, y la familia se sentó en el suelo a su alrededor. Agustín subió detrás y colocóse con disimulo cerca del grupo, de modo que podía oír y ver todo sin ser visto. El santo anciano preguntó entonces por la salud del enfermo, llamó por su nombre a algunos de los hijos, se informó de ciertas cosas re-

lativas a su instrucción religiosa, repartió entre caricias algunos consejos y enseñanzas, y dijo, por fin, con tono entre grave y risueño:

“Justificados, pues, por la fe, os diré, como escribía San Pablo a los romanos, mantengamos la paz con Dios, mediante nuestro Señor Jesucristo.”

Por el cual asimismo, en virtud de la fe, tenemos cabida en esta gracia, en la cual permanecemos firmes, y nos gloriamos esperando la gloria de los hijos de Dios.

Ni nos gloriamos solamente en esto, sino también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia.

La paciencia sirve a la prueba de nuestra fe, y la prueba produce la esperanza.

Esperanza que no burla, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado.

Porque, ¿de dónde nace que Cristo, estando nosotros todavía enfermos del pecado, al tiempo señalado murió por los impíos?

A la verdad, apenas hay quien quisiese morir por su gusto; tal vez se hallaría quien tuviese valor de dar su vida por su bienhechor.

Pero lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que entonces mismo, cuando éramos pecadores o enemigos suyos, fué cuando al tiempo señalado,

Murió Cristo por nosotros; luego es claro que ahora, mucho más estando justificados por su sangre, nos salvaremos por él de la ira de Dios.”

Levantóse el augusto anciano, elevó su mano blanca y flácida, relampagueó su anillo pastoral en el aire y trazó una bendición sobre las frentes que se inclinaban.

Uno de los presbíteros sacó de la bolsa algunas monedas y las entregó al paralítico. Entonces resonó un canto familiar que tenía este estribillo:

—*¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!*

Y el santo pontífice salió escaleras abajo, apoyándose en su cayado y musitando su jaculatoria favorita, que solía repetir a cada momento:

—¡Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo!

Aquella misma tarde, al pasar Agustín cerca de la casa de Alipio, entróse a ver al *hermano de su corazón* (93):

—Vengo de presenciar una de las escenas más bellas: he conocido al Papa; a ese gran personaje, cuya fama ya llena el mundo, lo he visto en una casa miserable repartir limosna y hablar cosas sencillas con una unción celestial. Te digo que cada día veo mejor que nada hay comparable al cristianismo.

—Yo también lo creo así, amado maestro.

Nuestro maniqueísmo es postizo. Ya hace tiempo que pienso: Cristo o nada.

Quedó Agustín pensativo, abatió la frente y murmuró entre sí mismo:

—¡Nada, nada todavía!

Viendo el buen Alipio que aquella conversación impresionaba demasiado al maestro, la cambió de esta suerte:

—Tengo que comunicaros dos noticias: un triunfo y una derrota o, por mejor decir, dos victorias morales que me honran. Y además, un secreto que puede interesaros.

—Habla.

—Como sabéis, estoy desempeñando un puesto en la Administración imperial: el de asesor del tesorero general, que llamamos Junta de las liberalidades imperiales. Como empleado, pues, tuve una terrible tentación de venalidad y corrupción administrativa que puso en peligro mi empleo y mi honra. Conocéis de sobra cómo andan en nuestra oficina estos contagios, infiltraciones de caudales, aprovechamientos, etc. ¿No es verdad? Pues bien; un día me asaltaron con la oferta de beneficios y dineros para que hiciese una obra mala; yo titubeé en aceptar, porque con ese dinero podría hacer copiar unos códigos que me hacían falta; pero luego, pensando a lo caballero, rechacé la idea lejos de mí. ¿Verdad que aprobáis este rasgo de honradez?

—No extraño en ti tales bellezas morales, así como hace tiempo te amo por lo casto, por lo recto y por lo amante de la sabiduría.

Alipio se refería a lo siguiente: Ya por tres veces había ejercido el oficio de asesor, mostrando tan gran desinterés que admiraba a los demás abogados, cuando él se admiraba mucho más de los que anteponían el oro a la inocencia. Había al mismo tiempo un senador muy poderoso, que tenía obligados a muchos con sus beneficios y a otros muchos los tenía sujetos por el temor. Quiso este magistrado, según la costumbre de usar de su poder absoluto, que le fuese permitido hacer no sé qué cosa prohibida por las leyes; pero Alipio se le opuso. Le prometieron premios, y se burló de la oferta; le hicieron amenazas, y él no hizo caso de ellas. Todos se admiraron de un ánimo tan nunca visto y extraordinario, que a un hombre de tanta autoridad, y tan celebrado por la fama de que tenía innumerables modos de hacerle bien o mal, no desease tenerlo por amigo, o no temiese tenerlo por contrario. Aun el mismo juez cuyo asesor era Alipio, si bien no quería que se ejecutase lo que pretendía el senador, no se atrevía a negarlo abiertamente, sino que, echando toda la culpa a Alipio, decía que no se lo permitía su asesor; porque, a la verdad, si el juez lo hubiera hecho, Alipio hubiera dejado el empleo y retirádose de aquella oficina (94).

—Oíd ahora —añadió Alipio—, para que no me alabéis con exceso, una derrota que me acredita como discípulo vuestro mal aprovechado. ¿Recordáis mis aficiones al circo en Cartago y con qué suavidad me apartasteis de este vicio? Sabed, pues, que ayer eran aquí los últimos juegos de circo, en que los ánimos se encendieron por toda la ciudad, unos a favor de los tracios y otros a favor de los mirmilones, de modo que no sólo el populacho, sino la gente distinguida y la nobleza, apostarían en la lucha de los gladiadores, que eran hombres muy especialmente adiestrados para atacarse y matarse. Y habiéndome encontrado con unos amigos y condiscípulos que venían de comer, me llevaron al anfiteatro, con una amigable y familiar violencia, no obstante que lo rehusé fuertemente y que les iba diciendo por el camino que, aunque me llevasen por fuerza, no podrían obligar a los ojos de mi alma a que mirase tan bárbaros espectáculos, por lo cual yo estaría allí como si no estuviera. Mas ellos no desistieron de su empresa y me llevaron consigo. Luego que llegamos y tomamos los asientos empezaron las luchas, y no se veía otra cosa que deleites cruelísimos. Yo tenía los ojos cerrados, pero oía la algazara. ¡Ojalá que también hubiese cerrado enteramente los oídos; porque en un lance fué tan grande el clamor de todo el pueblo, que, movido yo con fuerza de aquellas voces por la curiosidad, y pareciéndome

que estaba prevenido para despreciar el espectáculo, abrí los ojos y vi a un hombre caído, envuelto en sangre. Y luego que vi la sangre derramada, bebí yo también por los ojos aquella crueldad, y, fija la vista, y embebecido en el furor de la pelea, me embriagué en deleite tan sangriento. Vi, clamé, me enardecí, y seguí acudiendo a los espectáculos con más afición que la de aquellos que me indujeron. Pero ya estoy curado de aquella locura otra vez: hace meses que no asisto, ni me mueve a ello la fama de las luchas que en estos días están tan en boga (95).

Hizo breve pausa el noble Alipio, y sin aguardar una palabra, ni de crítica ni de alabanza, de su paisano, continuó hablando:

—El secreto se refiere a vos, y lo acabo de entender de un alto empleado de la corte.

Agustín recogió con nerviosidad las puntas del manto que del asiento caían y se arrastraban por el suelo.

—Está vacante la cátedra imperial de Milán, y se trata de adjudicarla mediante concurso público (96). Claro es que debéis entrar en él para dejar ese género de escuelas privadas de Retórica, en las cuales el crédito y fama del profesor resultaba baladí, el provecho pecuniario, muy menguado, y la labor, ímproba y temible.

—En verdad te digo, Alipio mío, que estoy cansado de estos discípulos romanos, que resul-

tan tan díscolos y libertinos como los cartagineses, con el ítem más de que llevan la disciplina hasta el punto de rebelarse por grupos y marcharse a otras aulas sin pagar un sestercio (97).

—No cabe duda que el triunfo ha de ser nuestro, y así, viviendo con honorarios muy crecidos de la renta imperial, mejoraréis de suerte, de lugar y de salud en Milán, que dicen tener aires muy benéficos para los que sufren de la garganta. Guardadme, pues, el secreto por unos días y preparaos para el certamen, que será reñido por demás. En todo caso, Símmaco, Prefecto de Roma, que es el que abre el concurso, ha de favoreceros.

Con efecto, no pasó mucho tiempo sin que anunciaran los pregones y los carteles en los lugares públicos la acefalía de la cátedra de Retórica en la corte de Valentiniano, así como las condiciones del certamen, una de las cuales, y como principal, consistía en presentar un discurso sobre tema libre y declamarlo ante el Jurado correspondiente.

Agustín trabajó su pieza con entusiasmo, aunque preocupado por los muchos y meritorios concursantes que iban a asistir al torneo, como, en efecto, asistieron de Roma y de algunas provincias extranjeras, y la presentó al Jurado, presidido por Símmaco. Los corifeos del maniqueísmo influyeron sin duda alguna a su favor cuanto pudieron.

Del examen crítico que se hizo de su discurso se colige que, en cuanto al fondo, era un depósito riquísimo de conceptos laudatorios que encajaban bien en el marco de las concepciones panegíricas de la escuela de Décimo Magno Ausonio y de Claudio Mamertino, las cuales llamaban la atención en el mundo literario de aquel tiempo. El autor revelaba entendimiento poderoso, sentimiento cálido y fantasía de fulguraciones novísimas y fuertes, con los cuales elementos conseguía combinar las intuiciones de la idea con las galas exteriores del lenguaje figurado, y analizar los fenómenos de la inteligencia, como psicólogo agudo y acaso demasiado sutil. Manejaba la hipérbole encomiástica con discreción concisa en cuanto a las personas, pero lanzaba las frases con ímpetu sublime en cuanto a los conceptos metafísicos y de historia razonada, y en todo el conjunto echábase de ver que faltaba algo así como una fuerza moderadora, que armonizase las energías del raciocinio con las de la imaginación y las de la emoción interna, que campeaban en todos los períodos, porque a veces desbordábase uno de los elementos con detrimento de los otros, resultando una elocuencia desigual, afectada y sin armonía.

Respecto de la estructura externa y de la forma, no pertenecía el autor a los clásicos de la edad de oro, ni siquiera a los de plata, sino a los

de la decadencia imperante, y a la moda que tanto explotaban Hierio, Gennanio, Minervio, Delfidio y Arborio, oradores del siglo IV. Símaco, presidente del Jurado, se diferenciaba de todos estos contemporáneos en ser ampuloso, pero sin número, y en ser verboso, pero no pintoresco. Eran los oradores de este período no poco amanerados, sutiles y demasiado retóricos, que abusaban de las similicadencias, concatenaciones, antítesis, paranomasias, digresiones y juegos mecánicos de vocablos, en medio de un hipérbaton chabacano, de solecismos y decadencias pobres y sin la amplitud ciceroniana ni influjos de la elocuencia griega. Cierta es que los genios tendían al empleo de la antítesis, como Platón, Demóstenes y Tertuliano; mas escapábanse de sus labios como chispas fulgurantes y no como expresiones de artificio. Agustín, hijo del siglo de la decadencia latina, llevada al extremo, con ser un talento superiorísimo a todos, servía sus pensamientos de oro en copas de barro. Pagaba tributo a la influencia de su tiempo.

El fallo del Tribunal calificador declaró su discurso muy más meritorio que todos los presentados, y, por lo tanto, con derecho a ser declamado primero, en presencia de los examinadores y de inmenso público, curiosos que tanto gustaban de estos ejercicios.

Al efecto, señalado el día de la práctica oral,

Agustín estaba obligado a observar las formas exteriores de declamación reinantes, y tuvo que cumplirlas, so pena de contradecir lo que hacía años estaba enseñando; porque, saber escribir oraciones elocuentes y no saber pronunciarlas, era lo mismo que renunciar al triunfo. Así, pues, cumplió el código, algo convencional, de educación declamatoria en esta forma: presentóse en la tribuna sin arrogancia, pero sin timidez; con túnica hasta la rodilla; toga cumplida y leve; dos o tres anillos en los dedos; se restregó la frente con suavidad, al principio; se miró las manos como distraído, y suspiró manifestando, no miedo, sino ansiedad respetuosa. Con el pie izquierdo un poco adelantado al comenzar el exordio, extendió la diestra con suavidad, y fué avivando su discurso progresivamente, desde el tono sumiso y quedo hasta el impetuoso y vibrante, con intermitencias e inflexiones de voz acomodadas a los períodos. A veces recitaba con artificiosa indolencia frases muy sugestivas; otras aparentaba vacilar en cuestiones de memoria; apasionado en el discurso, se encendía el rostro, fingía llanto, adelantaba un paso, sin balancearse y con gracia; no elevaba las manos más arriba de la frente; cambiaba de expresión su rostro, y siempre erguido, nunca inclinándose hacia el auditorio, iba desenvolviendo el tema con general agrado.

Los sabios se fijaban en todo; los otros estu-

diaban tan sólo los detalles de la mímica, el gesto y los demás factores externos. Al final de algunos párrafos bien trabajados y cálidos, o cuando deslizaba algún pensamiento feliz, hacía pausa para recoger aplausos. Otras veces dejaba caer la toga en desorden para demostrar pasión; ya replegaba ambas manos y entrelazaba los dedos en señal de súplica, ya se componía el cabello o limpiaba el sudor, porque seguía la opinión, en contra de otros profesores famosos de su tiempo, de que ello era de mucha gracia y naturalidad en un orador apasionado y elegante.

Terminó su oración Agustín entre los aplausos y las aclamaciones más entusiastas. Dos defectos, con todo eso, advirtieron algunos, a saber: su voz era de escaso volumen, aunque bien timbrada y dulce, más propia para discursos de salón y explicaciones en las aulas que para oraciones en el Senado y en el Foro, y, además, que tenía un dejo africano muy marcado (98).

Pero el Jurado, en vista de que se trataba de adjudicar, no una Senaduría, sino una cátedra, resolvió otorgarle el triunfo.

XX

E n M i l á n

Arreglados que estuvieron los pocos asuntos que en Roma le habían preocupado durante un año escaso, emprendió marcha con rumbo a Milán, llevándose únicamente la familia y los códices y manuscritos para tomar posesión de su empleo, y haciendo el itinerario con derecho a tomar carruajes-postas, costeados por el municipio milanense, en los cuales hubo sitio también para el *hermano de su corazón*, Alipio, quien, por haber quedado cesante de la asesoría, debido a las intrigas del senador vengativo, y, más todavía, por vivir siempre al lado de su antiguo maestro, se asoció a los viajeros.

Antes de partir, buen cuidado tuvo de escribir a Mónica dándole cuenta de lo que acontecía, y de cómo ya su carrera de sabio estaba asegurada y los horizontes del porvenir muy abiertos y holgados para poder entregarse de lleno al estudio,

no de la forma exterior de la belleza y elocuencia de las cosas, sino de la verdadera filosofía y de los misterios que tenía delante de sí torturándolo con la duda y el cansancio.

Ya en Milán, fué a ver al obispo Ambrosio, varón celebrado y distinguido entre los mejores del mundo, quien en sus sermones ministraba entonces cuidadosamente toda la doctrina católica. Aquel hombre de Dios lo recibió con un agrado paternal, y todo el tiempo que estuvo allá, aunque extranjero, lo trató con la caridad que debía esperarse de un obispo. Agustín comenzó a amarlo, aunque al principio lo amaba, no como a maestro de la verdad, la cual no esperaba él que se pudiese hallar en la Iglesia, sino como a un hombre que le mostraba benignísima afición. Y le oía cuidadosamente cuando predicaba al pueblo, aunque su intención no era la que debía ser, pues iba a la iglesia a explorar su facundia y a ver si era mayor o menor de lo que se decía. Agustín estaba atento y como colgado de sus palabras, pero sin cuidar de las cosas que explicaba; antes, las menospreciaba; se deleitaba con la dulzura de sus sermones, que eran más llenos de erudición que los de Fausto, bien que no tan halagüeños por lo que toca al modo de decir; en cuanto a lo sustancial de las doctrinas que decía, no había comparación entre los dos, porque Fausto, caminando por rodeos y engaños, se apartaba de la ver-

dad, y Ambrosio, con la doctrina más sana, enseñaba la salud eterna (99).

Y así, juntamente con las palabras, se entraba al mismo tiempo la verdad de sus sentencias; pero esto era poco a poco y por sus grados. Porque primeramente comenzó a sentir que también aquellas doctrinas podían defenderse; después ya juzgaba que positivamente se podía afirmar con fundamento la fe católica. Viendo, pues, declarados en sentido espiritual muchos pasajes de la Sagrada Escritura, Agustín se reprendía a sí mismo aquella preocupación en que había estado, creyendo que los libros de la Ley y de los Profetas no se podían explicar de modo satisfactorio y con respuesta incontestable a los que se burlaban de ellos (100).

Entonces se aplicó a buscar razones sólidas y documentos seguros con que poder, de algún modo, conocer la falsedad de la doctrina maniquea en todos sus puntos. Su principal motivo de duda consistía en no poder concebir una sustancia espiritual, con la cual se desbaratarían todas las dificultades y objeciones, dado caso que ya estaba persuadido del absurdo de la dualidad del bien y del mal como agentes iguales y eternos, por este silogismo que le presentara Nebridio:

—Si Dios es inviolable, es decir, si Dios es Dios, el principio del mal nada puede contra él; y si es impotente para dañar a Dios, el principio

del mal es un absurdo. Luego no existe otro principio absoluto y eterno sino Dios (101).

Con relación a Ambrosio, lo consideraba como un hombre dichoso, según el mundo, viéndolo tan honrado de los poderosos de la tierra, si bien el celibato que él observaba le parecía cosa trabajosa. Agustín no había experimentado en sí, ni por conjeturas podía conocer, la grande y firme esperanza que Ambrosio tenía en Dios; los combates de éste contra las tentaciones de la vanidad, que ocasionaba su excelencia misma; los consuelos que Dios le comunicaba en sus adversidades y los sabrosos gustos que percibía el interior paladar de su alma, rumiando el pan de la celestial doctrina, ni tampoco Ambrosio sabía las congojas del corazón de Agustín. Porque éste no podía preguntarle todo lo que quería y del modo que quería por la multitud de gentes que lo ocupaban con diversos negocios, y cuyas urgencias y necesidades se llevaban los cuidados de quien deseaba servir a todos; eso impedía a Agustín hablarle y aun verlo. Cuando no estaba con aquellas ocupaciones, que era por muy poco tiempo, lo gastaba en dar a su cuerpo el sustento necesario, o en la lectura, que es el alimento del alma. Pero cuando leía llevaba los ojos por los renglones y planas, percibiendo su alma el sentido e inteligencia de las cosas que leía para sí, de modo que ni

movía los labios ni su lengua pronunciaba una palabra (102).

Muchas veces se hallaba presente a este estudio, pues a ninguno se le prohibía entrar, ni había costumbre en su casa de entrarle recado para avisarle quién venía, y siempre lo vió leer silenciosamente y para sí: nunca de otro modo. En tales casos, después de haber permanecido sentado y en silencio gran rato, porque, ¿quién se había de atrever a interrumpir con molestia a un hombre que estaba tan embebecido en lo que leía?, se retiraba de allí, conjeturando que él no quería que lo ocupasen en otra cosa aquel corto tiempo que tomaba para recrear su espíritu, ya que por entonces estaba libre del ruido de los negocios ajenos. También juzgaba Agustín que el leer de aquel modo sería acaso para no verse en la precisión de detenerse a explicar a los que estaban presentes, y le oirían, atentos y suspensos de sus palabras, los pasajes que hubiese más oscuros, o por no distraerse en disputar de otras cuestiones más intrincadas, y, gastando tiempo en eso repetidas veces, privarse de leer todos los libros que él quería. Sin embargo, el conservar la voz, que con mucha facilidad se le enronquecía, podía también ser causa muy suficiente para que leyese para sí.

Lo cierto es que Agustín no podía lograr la ocasión de preguntarle todo lo que deseaba, ni oír las respuestas de aquel tan sagrado oráculo,

sino alguna cosa que brevemente, y como de paso, se hubiese de resolver. Oíale, sí, predicar al pueblo todos los domingos, y explicar rectamente el Evangelio, con lo cual más y más se confirmaba en el juicio, que ya tenía hecho, de que muy bien podían desatarse los nudos de maliciosas calumnias que los impostores maniqueos hacían contra los libros sagrados.

Luego llegó a entender también aquello de la Escritura de que Dios hizo al hombre a imagen y semejanza suya, reengendrándolo en el seno de la Iglesia por medio de la gracia, y se persuadió de que los católicos no creían que Dios tuviese forma corporal, aunque él todavía no podía imaginar qué era un espíritu puro siquiera en confuso; con todo eso tuvo una alegría mezclada de vergüenza de ver que tantos años hubiese ladrado, no contra la fe católica, sino contra las quimeras que los hombres habían fabricado.

También se alegraba de que las antiguas escrituras de la Ley y los Profetas no se le proponían ya de modo que las leyese con los ojos con que antes las miraba, cuando le parecían absurdas, y cuando acusaba a los católicos imputándoles que creían aquellas quimeras que a él le parecía haber en la Biblia, siendo así que ellos no sentían de aquel modo, ni creían lo que él se había figurado. Por eso, muy alegre oía predicar a San Ambrosio, el cual, como si a propósito y con

todo cuidado propusiera la regla para entender la Escritura, repetía muchas veces aquello de San Pablo: “La letra mata, pero el espíritu vivifica”; y así, en sentido espiritual entendía los pasajes tan perfectamente, que nada decía Ambrosio que le disonase, aunque enseñaba cosas que todavía ignoraba si eran verdaderas. Agustín hubiera podido sanar de sus dudas si se hubiera determinado a creer, *crede ut intelligas*; pero como suele acontecer que el enfermo que cayó en manos de un médico malo teme después entregarse a otro, aunque sea bueno, así era la disposición de su alma, que no podía sanar sino creyendo, y rehusaba esta curación temiendo creer alguna falsedad (103).

En cuanto a los libros santos, ya empezaba a ver que merecían crédito aun en las cosas incomprendidas, supuesto que los hombres daban crédito a innumerable multitud de noticias sin haberlas visto o comprobado, ora de historia, ora de medicina y de otras ciencias. Así, pues, lo que antes despreciaba Agustín por quimérico, ahora lo respetaba por misterioso.

Esta situación moral lo intranquilizaba y le acibaraba los gustos científicos que iba saboreando en las cátedras y en el círculo de amistades, cada día más dilatadas y más importantes. Trabada la contienda, el cerebro y el corazón dialogaban y se replicaban con ardor y sin tregua.

He aquí uno de estos soliloquios terribles:

—Mira, oh Agustín, cómo no tienes ya por desatinos los que antes te parecían en los libros eclesiásticos, sino que conoces que se pueden bien entender en otro sentido muy fundado. Pues me estaré firme en aquel grado de catecúmeno en que me pusieron mis padres cuando era niño, hasta que se descubra claramente la verdad. Pero ¿dónde ha de buscarse? Ambrosio no tiene tiempo desocupado; yo tampoco tengo oportunidad de leer tanto libro que trate de eso. ¿Dónde iré a buscar los libros necesarios? ¿Con qué dinero y cuándo los compraré? ¿Quiénes son los que me los darán? (104).

No obstante, es preciso repartir bien el tiempo y señalar algunas horas para tratar de la salud del alma. Grande esperanza he concebido viendo que la religión católica no enseña lo que yo pensaba y vanamente reprendía. Los católicos instruídos tienen por grande error el creer que Dios tenga figura de cuerpo humano; pues, ¿por qué dudo llamar a la misma puerta por donde se me descubrió esto, para que se me manifieste lo demás? Las horas de la mañana me las ocupan los discípulos; y ¿qué es lo que hago en las restantes?, ¿por qué no las empleo en esto? (105).

Pero ¿cuándo visitaré a los amigos poderosos, de cuyos favores y protección necesito? ¿Cuándo trabajaré los cartapacios que compran los estudiantes? Y, finalmente, ¿cuándo repararé las

fuerzas del cuerpo con el alimento y el sueño, y las del alma con algún descanso de tan continuas tareas y cuidados?

Piérdase todo y abandonemos estas cosas inútiles, y dediquémonos solamente a la investigación de la verdad. Esta vida llena está de miserias, y no tenemos certeza de la hora de la muerte. Si me acomete repentinamente, ¿en qué estado saldré de este mundo, y a dónde aprenderé lo que no he cuidado de aprender aquí? O, por mejor decir, ¿no tendré que padecer allá por este mi descuido y negligencia?

¿Y se sabe si la muerte misma, que nos corta el hilo de la vida, acabará con todos nuestros cuidados? Conque también esto es menester averiguarlo. Pero ¿qué? No es posible que eso sea. No es en balde que una autoridad tan eminente como la de la religión cristiana esté tan extendida por el universo. Ni Dios hubiera hecho tantas y tan admirables cosas por nosotros si con la muerte del cuerpo hubiera de acabar también la vida del alma. Pues, ¿qué es lo que me detiene para que, abandonando todas las esperanzas de este mundo, me entregue totalmente a buscar a Dios y la vida bienaventurada? (106).

Pero, vamos despacio: también estas cosas terrenas son bien apetecibles y gustosas, por lo cual no se ha de romper por todo tan ligeramente, porque sería cosa fea y vergonzosa volver a estas de-

licias del mundo, después de haberlas dejado. Considera también que no es dificultoso que consigas algún empleo honorífico. Y entonces, ¿qué habría más que desear en este mundo? Yo tengo abundancia de amigos autorizados, y así, cuando no haya otra cosa y te corra mucha prisa, se te puede dar el cargo de una judicatura con que puedas casarte con una mujer que tenga bastante dote para que no se desfalquen tus rentas y caudales, y éste sería el término de todos tus deseos. Muchos grandes hombres y muy dignos de imitarse, siendo casados, fueron muy dedicados al estudio de la sabiduría (107).

En idéntico estado de alma vivía su amado Alipio, con quien platicaba de continuo sobre esto, a los cuales había poco que se agregó Nebridio, dejando su patria, la hacienda pingüe y a la misma madre, por vivir en compañía del maestro en Milán, y ocuparse en el estudio de la verdad y sabiduría. Los tres vacilaban y se dedicaban a inquirir las cuestiones más dificultosas, hambrientos de enseñanza, y gimiendo y exclamando: ¿Cuánto durará nuestro estado? (108).

El afamado profesor de Retórica había alquilado para vivienda una casa adecuada a su categoría, y en ella moraban los tres amigos entregados al estudio. En el huerto o jardín que en la parte posterior de la casa había reuníanse con fre-

cuencia y disputaban sobre varios temas de filosofía antigua y sobre los problemas modernos de política e historia. Los servicios domésticos corrían por cuenta y cuidado de mamá Pelagia y Sila.

En esto tuvo conocimiento Agustín de que su madre Mónica estaba para llegar, resuelta a acompañarlos, porque no podía resignarse a vivir separada de seres tan necesitados y queridos. Demás a más, llegó con ella Navigio, el hermano de Agustín, que había enviudado y dejado los hijos al cuidado de su hermana Perpetua. En esta ocasión, la presencia de la madre ya no le parecía molesta, y hasta la deseaba.

—Madre mía —le dijo apenas la estrechó en sus brazos—, ya no soy maniqueo.

—¡Loado sea Dios, que ya me ha concedido algo de lo mucho que le pido para ti!

—Pero tampoco soy católico del todo.

—Hijo —respondió con el corazón lleno de esperanza—, la fe que tengo en Jesucristo me persuade que antes que salga yo de este mundo te he de ver siervo de Dios (109). En mis oídos resuenan sin cesar aquellas palabras del obispo con quien hablé en Tagaste: *Es imposible que perezca un hijo de tantas lágrimas.*

XXI

El obispo de Milán

Algunos amigos instaban a Agustín que se separase de la madre de Adeodato, y que se casara con alguna noble y rica de Milán, porque peligraría la asistencia de los discípulos a la clase, por parte de algunos padres de familia, y porque no podía presentarse en público con ella, como esposa. La africana, en verdad, era un impedimento para este matrimonio; tenía que ser retirada. Mónica convenía en ello, además, por motivos de religión, y al efecto, le había buscado ya una jovencita.

En estas y otras, recibió Agustín una carta de Romaniano en que le decía cómo, viajando por Siria, oyó contar a una caravana, en una posada no lejos de la capital, cierto relato que parecía cuento oriental:

"El caso era que a no larga distancia de aquella posada había un palacio lujosísimo, entre arboledas y jardines, en el cual moraba cierto viejo

que padecía de la muy singular manía de vivir aislado de todo trato de amigos, rodeado de esclavos, eunucos y mujeres de harén, y sin presentarse ni una sola vez en Antioquía, de la que dista una jornada en camello. Está el viejo dolorido y lisiado; tiene un brazo contrahecho y los dedos de una mano torcidos, como garfios que se posan con crispadura contráctil sobre el pecho, y no hace sino llorar, blasfemar y azotar a los esclavos, sin un miembro de familia al lado para que lo cuide. Se precia de origen noble y posee riquezas fabulosas en varios países del mundo, y, como comprenderás, oh mi querido compatriota, es tan rico como desventurado.

"Provínole esta especie de locura de haber perdido, de un modo trágico y misterioso, la esposa y la única hija que tenía cuando se trasladaban de Alejandría a la capital de Siria, ha largos años; porque, yéndole muy mal en sus negocios en la tierra donde vivía, a causa de sus defectos morales, como mal genio, falta de honradez, soberbia y avaricia desmedida, retiráronse los amigos, y corría riesgo de ser asesinado a mano airada o con veneno. Por eso trasladó su casa a donde hoy vive.

"Así las cosas, sucedió que, habiendo ordenado que se embarcase a la esposa con su hija, de edad de unos dos años, con parte de la servidumbre, en un navío, cuando se internaron en alta

mar, o quién sabe cuándo, se cree que sobrevino furiosa tormenta, que acabó con navío y navegantes, o acaso fué asaltado por piratas que asesinaron a todos y se quedaron con la embarcación y los despojos; de forma que hasta el día de hoy nada se ha sabido del paradero de la familia de este anciano.

"El barco desaparecido salió del puerto de Alejandría hace cosa de veinticinco años.

"Desde entonces, recluso en su quinta, no piensa en otra cosa que en indagar la suerte de los naufragos.

"Los de la caravana aseguraban que el viejo ha jurado entregar la mitad de su fortuna al primero que le dé noticia de su mujer o de su hija. En el pórtico de mármol que da vista al camino público tiene grabado con letras grandes de oro el nombre de la quinta, *Sila*, que corresponde al nombre de su esposa.

"Ahora bien, mi querido Agustín: ¿no te parece que todo esto coincide con *Sila*, la antigua *Vestal marina*, y con la historia del naufragio y de la adquisición de la esclavita en Stambul por los amigos de Adrumeto? Sospechando que sí, traté de informarme aquella noche en la posada minuciosamente de la veracidad de la historia, así como también me convencí de ello al siguiente día que estuve en Antioquía, donde se relata el mismo caso con muy puntuales noticias.

”Conque resulta que Sila es noble y rica sobre toda ponderación, y que ahora sí podrás realizar los ensueños de tu vida casándote con ella. Ya no te afligirá el pensamiento de tener que abandonarla por su origen ruín, ni Mónica se opondrá a ello, ni su parentela execrará tu nombre.

”Te aconsejo, pues, que te resuelvas a escribir una carta a Nerges, o sea al *Viejo de Sila*, que de los dos modos es conocido aquí, dándole cuenta de todo esto con todos los pormenores del caso.”

Por remate, Romaniano le indicaba que entregase la contestación a cierto empleado del imperio encargado de las postas, quien se la admitiría y la despacharía en seguida, como pliego oficial, y que se sirviera del propio conducto para las correspondencias que necesitara, a este respecto, en adelante. Por lo demás, Romaniano estaba de regreso a Roma, donde se uniría a su hijo Licencio para llevarlo a Milán.

No se dejó arrebatarse Agustín por los sentimientos del gozo con la lectura de esta carta, sino que detúvose a reflexionar sobre lo que convenía hacer para llegar al éxito más lisonjero, y ni siquiera dijo palabra alguna a Sila; más bien pareció prudente consultar el caso con su madre, la cual fué de opinión que escribiese él al anciano de Antioquía en la persuasión de que no se impediría

el matrimonio necesario para vivir según las normas divinas, ni por parte del padre, ni de la misma Sila, la cual amaba con delirio creciente a Agustín, de quien estaba correspondida a la medida de los deseos más delicados. Por consiguiente, redactó éste una epístola manifestando quién era, en lo físico y en lo moral, la llamada Sila, así como la historia sucinta de la unión doméstica habida entre ambos, y cómo había estorbado la realización legal del matrimonio únicamente el pensamiento de que ella pudiera pertenecer a alguna familia de ralea plebeya...

Interin que van y vienen cartas, reparemos en lo que pasa en Milán. Piadosa y educada como era Mónica, no tardó mucho tiempo en relacionarse con el obispo Ambrosio, quien la acogió y empezó a cobrarle cariño, apenas conoció su alma toda de Dios y avidísima de la salvación de su hijo extraviado. Ella, no una vez, sino varias, rogó al virtuoso prelado que conferenciase con él y le aclarase las dudas religiosas que abrigaba, segura de que se convencería de lleno y se haría católico; mas Ambrosio la disuadía de semejante proyecto, por inoportuno y quizá perjudicial, porque los hombres como Agustín, en la época de la actividad de la mente y de las rebeldías del corazón, inteligentes y poseídos de su propio valer, no suelen estar preparados para recibir la verdad, la verdad sencilla, sin retóricas ni suti-

lezas, y, sobre todo, la verdad de Dios, moderadora de las pasiones y de las demasías orgullosas del talento. De la disputa con estos individuos no brota la luz, sino la pertinacia. Por eso Ambrosio, que lo veía acercarse al despacho con alguna frecuencia como con ganas de confiarse a él, dejábalo irse sin dirigirle ni siquiera la palabra, y confiaba en Dios que, de seguir el profesor frecuentando los sermones en el templo, se abriría poco a poco la luz amplios horizontes e inundaría de convicciones su cerebro, lleno hasta ahora de sombras. Coincidió con el obispo aquel de Tagaste en la táctica y procedimiento. La fe no se adquiere disputando sutilmente, sino creyendo humildemente. Más aún: aunque Agustín se hubiera resuelto a proponerle las dudas en sazón y en lugar conveniente, Ambrosio no le hubiera atendido.

Le dijo en cierta ocasión Ambrosio a Mónica, muy sentenciosamente:

—No me exijas, hija mía, que yo dispute con él. Hay hombres que, o se convierten por sí mismos, o no los convierte nadie. Quieren convertirse, mas no quieren ser convertidos.

Torturaba muy mucho a ella todo esto, y le hacía multiplicar las plegarias y las lágrimas, armas a las cuales no resiste el Cielo nunca jamás. Y la santa matrona, cuya conciencia era gobernada por el obispo, no dejó de manifestarle en re-

serva la nueva faz que presentaba la conversión de su hijo con el probable matrimonio que celebraría con Sila, y creyó el obispo que ello sería parte a la conversión, porque el mejor medio para sanar el entendimiento es purificar el alma, si bien es cierto que Agustín seguía creyendo sinceramente que su unión conyugal era correcta y loable.

Por estas y otras razones, Ambrosio, cuando se encontraba con el profesor de Oratoria, lo distinguía con cortesía afectuosa, y alababa a la madre tan santa que tenía (110).

Correspondíale Agustín venerando cada día más a tan augusto Prelado y cobrándole cariño de padre.

Precisamente, a la sazón, el obispo Ambrosio iba adquiriendo ante sus ojos una importancia extraordinaria como modelo de varones fuertes de espíritu, justos y serenos, con motivo de cierta colisión de pareceres con Justina, madre del Emperador, la cual pretendía violar los fueros de la autoridad eclesiástica para favorecer a los herejes arrianos. Antes de conocerlo tal, lo admiraba como sabio defensor de sus derechos en aquel episodio con Símmaco, Prefecto de Roma, que abogaba por el restablecimiento de la estatua de la diosa de la Victoria en el salón milanés del Senado, hacía dos años; litigio que llamó la atención del mundo entero, y en el que salió triunfan-

te el obispo, logrando que no se erigiera tal estatua en una corte cuya mayoría profesaba ya la religión católica. Ahora, el conflicto sobrevenía quizás más difícil y comprometido, porque era el caso que la Emperatriz, habiendo cometido la imprudencia, por no decir el crimen, de admitir en el seno de la Corte, hacía años, a un grupo de cortesanos que pertenecían al arrianismo, dejábase dominar por ellos, y llegaron hasta inducirla a que pidiese, como pidió, al prelado, en nombre de su hijo Valentiniano II, todavía niño, una de las dos iglesias católicas que existían en la capital a fin de entregarla a los arrianos. Respondió Ambrosio cortés, pero resueltamente, que no podía, y Justina se declaró desde aquel instante su enemiga irreconciliable. Los soldados imperiales apoderáronse súbitamente de la basílica llamada *Porcia*, que estaba fuera de muros, y la iglesia catedral fué cercada por las tropas, aunque no ocupada interiormente, porque Ambrosio, seguido de innumerables católicos, se hallaba adentro, y no osaron atropellarlos, en atención a que estaban armados. Es más: los católicos se dirigieron a la iglesia *Porcia* y obligaron a los militares a evacuarla. Casi toda la ciudad se manifestaba a favor del obispo, el cual vivía constantemente dentro de la iglesia acompañando a los fieles que no querían ausentarse. Sabido es que las iglesias de entonces poseían, adosados a ellas o muy cerca,

edificios, pórticos, salones y jardines donde se refugiaban los peregrinos, vivían algunos empleados eclesiásticos y se acomodaban muchos cristianos que pasaban vigiliias nocturnas en oración y penitencia. Estos locales se llenaron de católicos dispuestos a defender a su obispo y a no dejárselos arrebatat para usos impíos, invirtiendo el tiempo en rezar en comunidad y privadamente, en oír explicaciones sagradas y en cantar himnos que Ambrosio componía para alabar a Dios y contentar a los fieles. Calmaba el obispo al pueblo y lo invitaba a la paciencia y al respeto y caridad de los pecadores, pero también excitábalos a mantener incólumes los derechos de Dios y la libertad de las almas.

La madre de Agustín, a la cual tocaba gran parte de la consternación que los fieles padecían, era la primera en acudir también a aquellas vigiliias que celebraban, de modo que no vivía sino de sus oraciones (111).

Amaba a Ambrosio porque era ministro de Dios, porque era justo y porque veía en él un instrumento de la conversión de su hijo, el cual no dejaba de conmovetse también, en vista de la turbación que padecía toda la ciudad.

En cierta ocasión envió la Emperatriz a decir al obispo, por medio de un personaje de la Corte, que entregara la iglesia inmediatamente, porque

era del emperador y no del obispo, y éste contestó sin vacilar:

—Si el Emperador me pidiese lo que es mío, aunque lo mío es patrimonio de los pobres, no se lo negaría; pero las cosas divinas no me pertenecen. Si se quieren mis bienes propios, tómense en buena hora; si se busca mi cuerpo, yo me presentaré. ¿Queréis encadenarme y conducirme a la muerte? Me felicitaré por ello; no me rodearé de pueblo que me defienda, ni me abrazaré a los altares pidiendo mi vida. Tengo en mucha estima ser inmolado por defender los derechos de Dios y de su Iglesia.

El eunuco Calígono, Prefecto de la cámara del Emperador, díjole con ira:

—Tú desprecias a Valentiniano, pero yo te cortaré la cabeza.

—Dios permita que cumplas tu amenaza; en tal caso, yo sufriré como obispo y tu obrarás como eunuco.

Los días transcurrían y Justina no cejaba en su sacrílego propósito, ni tampoco la muchedumbre de los católicos en defender a su anciano pastor recluso en el templo con ellos; así es que la capital ofrecía aspecto de amotinada.

—Haz que las turbas enardecidas se apacigüen y no se rebelen —avisáronle los oficiales del Emperador.

—De mí depende el no excitarlas —respon-

dió—; pero, si se alborotan, sólo Dios podrá calmarlas.

—¡Conspirador contra el trono! —gritaban los arrianos.

Y el manso obispo protestaba:

—¡Oh!, bien sabe Valentiniano que yo detuve a su rival Máximo cuando quería pasar a Italia para apoderarse de sus dominios, y debe saber ahora que lo reconozco y acato como Emperador; pero como jefe de la Iglesia, no. Por lo demás, si yo soy conspirador y tirano, ¿qué os detiene para que me castigáis? No tengo otra arma que el valor de afrontar el peligro, y estoy dispuesto a morir; pero Dios me libre de entregar la herencia de Jesucristo, la herencia de mis predecesores, la herencia de Dionisio, que por la fe murió en el destierro; la herencia del santo confesor Eustorgio, la herencia de Mirocles y la de todos los santos obispos mis predecesores y padres. Doy al César lo que es del César; pero a Dios lo que es de Dios.

Comprendiendo la Emperatriz que por las amenazas y halagos nada conseguiría, fingió calma, dejó de mortificarlo, y las cosas volvieron a su curso ordinario; mas, pasados algunos meses, urdió la intriga de poner en tela de juicio la legitimidad de su nombramiento e incitó a un arriano a que reclamase derecho a la Sede de Milán. Justina lo citó a juicio, Ambrosio no quiso comparecer y se

refugió de nuevo con los fieles en su basílica, hasta que se persuadieron los intrigantes de que por el nuevo procedimiento nada conseguirían de varón tan magnánimo y tan venerado por los cristianos, so pena de crear un motín popular que trascendería a gran parte del Imperio.

Las impresiones producidas por este espectáculo en el ánimo de Agustín vinieron a acrecentar el afecto y veneración que al anciano varón profesaba. A la verdad, estaba maravillado de su fuerza moral y de la mansedumbre enérgica de sus contestaciones, que eran comentadas por todo género de personas. Agustín, por asociación de ideas, recordaba la actividad, la cultura y la misericordia del obispo de Roma, Dámaso, y a la sazón aplaudía la integridad y magnanimidad de Ambrosio. ¡Qué varones tan augustos producía el catolicismo!

Así de revueltos corrían los sucesos, cuando aconteció otro que vino a calmar los ánimos de los perseguidores, a enfervorizar a los cristianos y a distraer la atención general con fuerza insólita.

Disponiéndose Ambrosio para dedicar la nueva iglesia que hizo construir en Milán, mostró el pueblo grandes deseos de que celebrase esta función con la misma solemnidad con que había dedicado la de los Santos Apóstoles, cuando colocó en ella sus reliquias. Respondió que condescen-

dería gustoso, con tal que hallase reliquias de algunos mártires que colocar; y al decir esto, en aquel mismo punto sintió no sé qué movimiento interior que le pareció como presagio de lo que iba a suceder. Porque, habiendo ayunado la cuaresma, pasándola en oración con los fieles, un día se sintió cargado de sueño, y comenzaba ya a dormirse cuando, despabilándose de repente, vió delante de sí a dos mancebos vestidos con una ropa talar y cubiertos con un manto o capa de extraordinaria blancura, pareciéndole que los dos estaban haciendo oración. Se despertó perfectamente, y desapareció la visión. Inquieto por saber lo que aquello significaba, dobló el ayuno y las oraciones; sucedióle segunda vez lo mismo; y, en fin, la tercera noche, estando perfectamente despierto, se pusieron delante de él los dos mancebos, acompañados de otro tercero que representaba más edad, y le pareció sería San Pablo; por lo menos era muy parecido a la idea que tenían de este apóstol. Los dos mancebos no le hablaron palabra; pero este tercero le dijo que aquellos dos jóvenes eran dos ilustres mártires de Jesucristo, cuya vida y muerte había edificado mucho a la Iglesia, y que hallaría sus reliquias en el mismo sitio donde estaba haciendo oración, las cuales debía exponer a la veneración de los fieles. Como se atreviese a preguntarle por sus nombres, le fué respondido que los hallaría escritos en una breve

noticia de su vida y martirio en la misma sepultura. Habiendo dado parte de todo esto a los obispos vecinos, y a la clerecía, se juntaron todos en la iglesia de San Nabor y de San Félix, cavaron la tierra alrededor de las barandillas que cercan el sepulcro de los santos mártires Félix y Nabor, y encontraron, al fin, el sepulcro que contenía aquellas preciosas reliquias, abriéronlo y hallaron los cuerpos de estos santos mártires, cuyos despojos mortales estaban enteros y en su situación natural. Veíase cubierto de sangre el fondo del sepulcro, y el maravilloso olor que salía de él se extendió por toda la iglesia; debajo de la cabeza de los santos se halló un escrito que contenía el compendio de su vida y de su martirio (112).

Agustín, que estaba enterado de todo por la narración y comentarios de su bendita madre, asistió con ella a este acto de trascendental importancia, en que andaba interesada la fama de virtud del obispo, a quien los arrianos llamaban iluso, y los católicos, gran siervo de Dios. Ambrosio, ante Agustín, cobró desde entonces proporciones de oráculo divino. El sepulcro sellado estaba abierto ya, demostrando la verdad, y el escrito con caracteres de la época andaba de mano en mano confirmándolo todo. Agustín, al tocarlo, sintió algo así como un enardecimiento ascético y luminoso. ¿Por qué no se hacía ya católico del todo?

Leído el escrito, resultó que eran San Gervasio y Protasio, hermanos gemelos, naturales de Milán, hijos de San Vidal, mártir, y de Santa Valeria, mártir también. Ambos hermanos, siendo mozos, hermosos de cuerpo y ricos, diéronse a practicar virtudes heroicas de humildad, oración y penitencias, después de distribuir sus riquezas a los pobres de Milán. A los diez años de vida retirada en su propia casa, como pasase por allí el Conde Astasio para luchar contra los marconianos, le dijeron los sacerdotes paganos que, si quería triunfar, obligara a Gervasio y Protasio a sacrificar a los dioses, y, comparecidos ante él, habló Gervasio:

—Señor, ¿queréis conseguir la victoria? Enderezad, pues, los cultos al Dios de los cristianos, que es el único verdadero. No podemos adorar a vuestros dioses, porque son falsos.

Irritado el militar, mandó azotar a Gervasio con azotes de plomo hasta que muriera. Entonces preguntó a Protasio si él adoraría a los ídolos, a lo que contestó:

—Más quiero morir que pecar.

—Pues perecerás.

—No pereceré si tengo la dicha de morir por mi divino maestro, porque el martirio es el camino más seguro para la vida eterna. Moriré con el solo sentimiento de ver que te quedas idólatra.

Y mandó el Conde cortarle la cabeza en el mismo instante.

Los cuerpos de estos mártires fueron arrojados a un muladar, de donde los sacó un buen católico llamado Filipo, el cual, acompañado de su hijo, los retiró secretamente por la noche, los colocó en un sepulcro de mármol, escribió lo antedicho, para depositarlo a la cabecera, y enterró el sepulcro, que estuvo oculto unos trescientos años, hasta aquel momento de la aparición a San Ambrosio.

El regocijo de la ciudad de Milán por este hallazgo no puede describirse de todo punto, mayormente cuando todos vieron los milagros que las venerables reliquias obraban por poder de Dios.

Fué prodigioso el concurso de gente que acudió de todas partes, y el día siguiente se llevaron las santas reliquias a la basílica mayor con religiosa pompa, a la que siguieron regocijos públicos en toda la ciudad. Durante la procesión sucedió la milagrosa curación de un ciego, conocido en todo Milán, que se llamaba Severo, el cual apenas tocó los ojos con el paño o tafetán que cubría las reliquias, recobró la vista. Al instante se divulgó por la ciudad este milagro, obrado en un ciudadano muy conocido, y resonaron dondequiera alabanzas públicas y fervorosas (113).

Al acabarse la procesión, y colmada la iglesia de fieles, subió al púlpito de mármol Ambro-

sio, mandó colocar las dos cajas a un lado y otro, y predicó un sermón lleno de elocuencia ungida con la gracia del Espíritu Santo (114).

Todo esto contribuyó a que los perseguidores imperiales desistieron de molestar al obispo.

Agustín se quedó pensando en sus adentros:

—He aquí el Imperio rendido ante un anciano siervo de Dios.

XXII

¡Hasta el cielo!

De improviso, se vió la casa de Agustín visitada por un personaje venido de lejanas tierras. Era un comisionado de Nerges, el anciano de Antioquía, que iba encargado de reconocer a Sila y llevársela a su país con todas las consideraciones y comodidades debidas a una matrona, después de presentar los documentos de su comisión.

Sila había sido prevenida por Agustín, desde hacía tiempo, con cierta cautela para que no le impresionasen excesivamente los acontecimientos que podían suceder el día menos pensado. El comisionado, que era un hombre sensato y entrado en años, traía los pliegos de su encargo muy bien despachados, un número lucido de eunucos y esclavas para el servicio de Sila y abundante dinero y provisiones. Cuando ella se hizo visible, el otro exclamó:

—No cabe duda, es el retrato de su madre:

ojos azules, cabello como hebras de oro, fina y elegante, como una palmera.

Y pidiéndole permiso con grande reverencia, se acercó a ella, asióle el pabellón de la oreja, miróle en la parte posterior y notó una cicatriz delgada y lisa, como el filo de una hoja de puñal, en la unión de la oreja con la cabeza.

—¡Por Venus! —exclamó—. Es Sila, que de recién nacida sufrió una cortada. Los dioses se han compadecido de nosotros.

Luego se arrodilló, le besó la mano y la proclamó por su dueña y señora; le colocó una sortija de parte de su padre y le entregó una bolsa de áureos y una carta que decía:

“Hija mía Sila: Ven a mi lado volando como el viento, para que veas cómo te ama tu padre, el más desventurado de los mortales y ahora el más dichoso. Dile a Agustín, si así es tu deseo, que venga contigo, y venga con toda su familia, porque todo les ha de sobrar. Si quieres tenerlo por marido, se cumplirá tu gusto, y si quiere él continuar su carrera de sabio, en Antioquía hay libros y no faltará dinero para comprarle los más raros y preciados. Por ningún caso dejes a Adeodato. Ven, ven.”

Mónica reunió consejo de familia y se pusieron a deliberar. Manifestábase tímida y desconfiada, y en todo pendiente de los labios de Agustín; és-

te opinaba que parecía no haber engaño ni peligro en nada; pero no podía abandonar la cátedra oficial hasta terminar el curso; Pelagia observó que Sila no debía partir sola, sino en compañía de alguna persona de casa, y, al efecto, ofrecióse ella a realizar viaje tan largo por mar y tierra; titubearon en acceder los otros; mas, al fin, la buena anciana vió satisfechos los deseos de no abandonar un punto a Sila y a su queridísimo Adeodato. Asintió Mónica a todo y quedaron resueltos el viaje y los requisitos generales del itinerario.

Entonces mismo presentóse Romaniano con su hijo Licencio, y manifestó que le urgía regresar a Antioquía sin tardanza y que tenía muy buena voluntad de unirse a la caravana. El viaje, pues, se realizaría a pedir de boca. Previniéronse coches comodísimos, caballos de montar y toda la impedimenta necesaria, de modo que Sila más parecía hija de cónsul que mujer de un profesor de Retórica; tanto es así, que aún los esperaba buque especial en Ostia para hacerse a la mar inmediatamente. Viento en popa les sopló durante la travesía marítima, y al tocar en el puerto final, fácil fué al mayordomo de Nerges conseguir vehículos para recorrer las millas que los separaba de la quinta, a la cual llegaron sin contrariedad alguna.

Cuando el viejo inválido vió entrar a su hija,

cierta mañana, en la habitación en que estaba recluso, alzóse del sillón y la abrazó gritando como un loco; lo mismo hizo con Adeodato, simpático nieto de unos trece abriles. Pelagia lo observaba todo, hasta el menor detalle.

Lo restante del día transcurrió entre emociones de diversa especie: el viejo, entregado a indagaciones minuciosas sobre las circunstancias de la vida de su hija desde el naufragio y sobre la calidad e historia de la familia de Mónica; Sila, curioseando el palacio con sus dependencias, jardines, servidumbre y otros detalles. ¡Qué halagüeño porvenir para ella y Agustín! Lo llamaría inmediatamente, vendría con la muy amada Mónica, se unirían en lazo conyugal para siempre; no más aulas, que quebrantaban a Agustín la salud del pecho delicado por extremo; serían venturosos, en medio de riquezas, comodidades, sirvientes y atenciones de todo género, y hasta lograrían, con el tiempo, purificar aquella mansión del ambiente pagano que se respiraba, trayendo al buen camino del catolicismo a su padre, que era idólatra por tradición de familia y por afecto. A medida que pasaban las horas, Sila se embriagaba de felicidad pensando en lo futuro; pero, cualquiera que hubiera fijado la atención en su padre, hubiese comprendido que se exasperaba por grados, como si algún veneno feroz le devorase las entrañas. A la hora de acostarse, un

serviente lo sorprendió llorando de rabia, y la noche lo envolvió en los pliegues del insomnio más amargo y sombrío.

Por la mañana llamó a su hija y se expresó así:

—Sila, las arpías y furias del averno se han concitado para labrar nuestra desventura. Ha desaparecido de mi corazón la alegría para dar cabida al odio. Tengo que comunicarte una noticia tremenda.

El viejo calló un instante para reanudar el diálogo, proponiendo a estilo oriental la siguiente parábola:

—Había en un pueblo cierto hombre sumamente perverso y ladrón, que por medio de intrigas logró sobornar a los jueces, y consiguió, en el pleito que ventilaba con un hombre honrado, pacífico y noble, hacerse a los bienes de éste con grande escarnio del vencido. Mas aún: como pretendiera el malvado quedarse con los restantes bienes del hombre honrado, quiso matarlo, y al efecto, lo desafió en una plaza pública, y con procedimientos indignos le descargó un golpe que le hirió el brazo, en medio de la rechifla de los circunstantes, que eran amigos del canalla. Dime: ¿qué te parece ese hombre? ¿Qué castigo merece?

Sila no contestó porque el viejo, encolerizado, se apresuró a gritar:

—Pues ese hombre se llamaba Patricio de Tagaste y era padre de Agustín y marido de Móni-

ca. ¡Me quiso asesinar en el foro de Madaura! Es imposible que pienses en vivir con esa raza de tigres; renuncia desde ahora a todo.

Sila estuvo a punto de desmayarse: mas, algo repuesta, musitó algunas palabras de disculpa:

—Agustín es bueno; su comportamiento conmigo supera toda ponderación; con los demás es simpático, recto, caballeroso, amigo de socorrer miserias ajenas, sencillo con todos, a pesar de ser un sabio y personaje público. Lo amo con todo mi corazón, porque me ama con amor único e insuperable.

—Pues renunciarás a ese amor, porque yo jamás consentiré que tú ames a mi mayor enemigo y al hijo del causante de todas mis desgracias y enfermedades. Por causa de él hube de abandonar a Alejandría, porque mis negocios estaban relacionados con los del litigio de Madaura; por su causa hubo de naufragar mi esposa Sila contigo, y por él este brazo está paralizado, y yo, deforme y enfermo para siempre.

—Padre, no atribuyáis a Agustín lo que pertenece a Patricio. Sea de ello lo que fuere, el hijo no puede responder de las acciones ajenas. Además, vos sabéis que de padres malos salen hijos buenos, y yo os respondo de que Agustín posee cualidades excelentísimas de amigo, de esposo y de padre de Adeodato.

—Es imposible —gritó más rabioso el viejo—;

no sólo por el odio que me ennoblece, sino por decoro público y por huir el castigo que los dioses me darían, si transigiera, no podré nunca convenir en que tú hagas causa común con el hijo del más criminal de los mortales; tanto es así, que, si él insistiera en oponerse a mis designios, tendría el gusto de hacerlo asesinar donde quiera que se encuentre. Por lo demás —añadió, cambiando de tono—, veo que tú no estás en disposición de comprenderme; con el tiempo, a buen seguro que cambiarás de parecer.

Sila se retiró tambaleándose, como fuera de sí misma, y entró en sus habitaciones. Luego mamá Pelagia la encontró tirada en un diván:

—¡Infeliz de mí! —suspiró—. Dios me está probando con pesadumbres, a las cuales sucumbiré. ¡Ayer un gozo inmenso, y hoy una desdicha mayor! Acaban de derrumbarse de un golpe todas las ilusiones de mi vida.

Y le refirió la escena con su padre. La númerada trató de consolarla, le reveló a su vez que todo lo estaba presumiendo, a luego de emprender el viaje, por el giro de ciertas conversaciones habidas con el comisionado de Nerges, y que acabó de confirmarse en las conjeturas, a causa de ciertas preguntas que éste le hiciera ayer en la tarde. Era el trance difícil y tremendo, en verdad. ¿Qué solución había? ¿Se resignaría ella a vivir al lado de su padre, tan enemigo como era de Jesucristo,

aborrecedor de Agustín y su parentela, viejo repugnante y vicioso, en medio de una especie de serrallo? Y si se quedaba, ¿qué suerte correrían la fiel Pelagia y también el candoroso Adeodato? No, de ningún modo. Precisaba huir de aquel infierno cuanto antes. Empero, ¿cómo, cuándo y con quién? Y habiendo cavilado algunos momentos, la vieja le dijo a la afligidísima Sila que el asunto corría desde aquel punto por su cuenta, pues pensaba valerse de Romaniano, que residía aún en la ciudad de Antioquía, y con el cual se ordenarían todos los pasos conducentes a una fuga rápida y segura. Le encareció, eso sí, el disimulo más completo ante su padre, y entre tanto, que procurase proveerse de dinero en abundancia para atender a los gastos de un viaje acaso largo y costosísimo. En cuanto a dinero, nada podía temerse, pues el viejo hacía ostentación de pródigo colmando a la hija de riqueza y de joyas por demás preciosas y copiosas. Solamente los cofres de las habitaciones de Sila, con sus aderezos y objetos de tocador, valían una fortuna incalculable.

Al salir mamá Pelagia, recopiló toda la conversación en dos palabras:

—¡Disimulo y dinero!...

Sila lanzó un suspiro, y la vieja, que ya entornaba la puerta, redondeó:

—Y ¡Dios, sobre todo!

Pasados unos días, cuando reinaba silencio profundo en la quinta, y los criados todos se habían entregado al sueño, y las luces estaban apagadas, y las puertas también cerradas, tres bultos envueltos en mantos negros salieron de las habitaciones de Sila por una puerta excusada, descendieron al piso bajo, de puntillas, conteniendo el ruido de los pasos, atravesaron los pasillos, internáronse en los jardines, como agazapados, y llegaron a una puerta falsa de salida a la vía pública, donde los esperaba un carruaje. Salióles al encuentro un caballero, echó sobre sus rostros la luz de una linterna sorda y dijo:

—¡Sila, Pelagia, Adeodato!

—¡Dios sea contigo, oh noble Romaniano!
—contestaron.

Colocaron en el vehículo unos líos de ropa y provisiones que traían debajo del brazo y preguntó mamá Pelagia:

—¿No has cogido tus joyas, Sila?

—No quiero joyas efímeras y caducas; desde hoy sólo busco las joyas de la virtud.

El carruaje salió a escape envuelto en las sombras.

Únicamente se oían los cascos de las caballerías y el rodar del coche. Los dos aurigas y Romaniano iban armados; las mujeres rezaban. Antes de llegar a la ciudad, remudaron los caballos, que estaban prevenidos en un paraje solitario, y

la atravesaron por calles extraviadas y solitarias a eso de la alta madrugada; tomaron la calzada del mar y, como volando, antes que la luz del día los descubriera, llegaron cerca del puerto y torcieron por la ruta que sigue las costas hasta llegar a un bosque, en el cual esperaban unos hombres apostados con dos literas. Romaniano y Adeodato entraron en una, las señoras ocuparon la otra, y sin pérdida de tiempo internáronse hacia el mar por senderos extraviados, llenos de arbustos y maleza.

El sol aparecía ya en el horizonte; salvaron algunas partes inundadas por los derrames del mar, continuaron el avance y llegaron a un recoveco rocalloso donde se veía atracado un buque con destino para los prófugos. Todo había sido previsto: las horas de la marea alta, el punto del embarcadero, la hora de las brisas de tierra, y aun la hora de partir, y todo había salido sin tropiezo. Romaniano ayudó a embarcar a los viajeros y dió las últimas órdenes al capitán y a los tripulantes. El navío levantó anclas y se internó aguas adentro. Romaniano tomó la litera y regresó...

Sila no hacía sino llorar; un secreto torturador le prensaba el corazón. Mamá Pelagia intentaba consolarla de todas maneras, pero en vano.

Realizóse la navegación de varios días con toda felicidad y rapidez posible; dieron vista otra vez a las costas italianas, arribaron a Ostia, y quedó

el buque esperando en el puerto las órdenes que Sila enviaría desde Milán. El trayecto que les quedaba por recorrer era largo; con todo eso no ofrecía dificultades que les impidiera la marcha; así es que la emprendieron y la coronaron al amparo de la divina Providencia.

Tocaron en la casa, y ordenó Sila a los del vehículo que esperasen en la puerta, y no bien cumplió los primeros deberes de cortesía con Mónica y los sirvientes, encerróse con Agustín en un aposento y le refirió, llorando, cuanto sucediera con su padre.

—¡Ah!, todavía resuena en mi corazón —concluyó su relato— esta amenaza aterradora: “Si Agustín insistiera en casarse contigo, tendría el gusto de hacerlo asesinar donde quiera que se encuentre.”

—¿Qué oigo, Sila? Tu padre está equivocado; yo presencié las escenas del pleito y del desafío en Madaura, y te juro por Cristo que Patricio no se portó mal, sino muy caballerosamente.

—Ya lo sé —replicó ella—: me lo ha contado todo mamá Pelagia; pero ya es imposible que cambie de ideas mi padre. Por eso digo que todo ha terminado.

—¡Imposible! ¡Imposible!

Sila escondió la cara y lloró.

—¿Es que guardas alguna queja contra mí, Sila mía?

—Ninguna; antes al contrario, te estoy muy agradecida; a tu lado recobré la libertad, aprendí a ser cristiana, me has permitido que eduque a nuestro hijo católicamente. Por otra parte, me consta que tu fidelidad conyugal ha sido firme y sin quiebra, pública y ejemplarísima por espacio de catorce años. Te he querido con toda la efusión de mi alma; pero no puedo labrar tu desgracia.

—Nos casaremos y me defenderé de las asechanzas de tu padre; y si es preciso, viviremos en lugar recóndito y llenos de pobreza.

—No puede ser —profirió ella meneando la cabeza.

—Pues ¿qué piensas hacer ahora?

—Retirarme de aquí en el instante; el carruaje me espera abajo, y el navío, en el puerto de Ostia. Estoy resuelta a esconderme en una soledad para llorar mis pecados. Me voy al Africa, donde oraré por ti.

Agustín, exacerbado, perdida la serenidad de la mente, no sabía qué hablar. Al fin dijo:

—Pues nos iremos juntos.

—Oye —pronunció ella con majestad y resolución—, has de saber que he jurado no conocer a ningún varón (115), porque quiero ser esposa de Jesucristo.

—¿Qué dices?

—Me voy a hacer penitencia por el pecado de haber sido tu concubina.

—No digas eso, porque tú has logrado, con tus nobles caricias y con tu virtud austera, que mi corazón no se pervirtiese. Ambos cumplimos las prescripciones buenas de una secta, por lo cual ni tú ni yo somos responsables de concubinato ante Dios.

—Convengo en ello, sí; pero no era tu esposa —respondióle con suavidad.

—Creía que eras plebeya —musitó el otro.

—Para Dios no hay acepción de clases ni de personas, ¡oh Agustín!, y ahora que deseas subsanar el yerro, ya es tarde. Yo te propuse hace tiempo este dilema: esposa cristiana, o nada; y resulta que el dilema era vicioso, porque se podía cambiar de esta suerte: o esposa de Agustín, o esposa de Jesucristo; y, después de vacilar y meditarlo mucho en este viaje, opto por lo último.

—¡Me asombras!

—Más todavía —dijo Sila cayendo de rodillas—: te suplico que me imites. No ames a mujer alguna; deja las vanidades de este mundo y hazte cenobita, con lo cual alcanzarás la sabiduría por la que suspiras y la paz del corazón. Mientras vivas en el siglo no serás feliz.

Y alzándose del suelo, cogió una gran bolsa de monedas de oro y se la entregó diciendo:

—Toma, lo que ha sobrado del viaje: es la

herencia que dejo a Adeodato. Cuida de ese hijo de mis entrañas, vela por su salvación eterna, que no pierda la inocencia que le hemos enseñado, y nos reuniremos con Pelagia y Mónica en el cielo.

Agustín parecía que no se daba cuenta de nada; calló como un mudo, se cogió la cabeza con ambas manos y exhaló un alarido que alarmó a todos los de la casa.

Sila, ya en la puerta, volvió el rostro hacia Agustín y pronunció, con la voz empañada por los sollozos:

—¡Hasta el cielo, hasta el cielo!

XXIII

¡ L u z !

Todos recibieron una impresión de drama trágico con aquella ruptura imprevista, principalmente Mónica, que por algunos días vivió desconcertada y rodeada de incertidumbres respecto del porvenir de su hijo, el cual dejó de asistir a la clase unos días por enfermo de cuerpo y de espíritu, turbado como estaba y como sumergido en un piélago de amarguras y de sombras. Un día de los de la convalecencia, como tuviera en su cabeceira a Adeodato dándole algunas lecciones, cual solía siempre en los ratos desocupados, oyó esta inocente interrogación:

—¿A dónde se partió mi madre?

—Ya lo sabes: se fué al Africa, de donde tardará en volver, porque está dedicada a buscar a Dios.

—Y ¿no me habéis dicho muchas veces, padre mío, que Dios está siempre en nosotros?

—Sí, pero ella busca la mayor perfección de Dios —indicó Agustín, tratando de ocultar lo más posible la causa del rompimiento conyugal. Y con el mismo objeto le hizo de repente esta pregunta:

—Dime, hijo, ¿sabes quién lleva mejor que todos a Dios en sí mismo?

—El que vive castamente.

Asombróse el padre de la respuesta, y deseando saber si por estas palabras entendía la huída de las faltas graves contra la virtud de la pureza, volvió a preguntar:

—¿Es casto el que lo parece y aquel que sólo evita los pecados mortales?

—¡Oh, no! Para que el alma sea verdaderamente casta, es necesario que piense siempre en Dios, sin dejar de mirarlo y sin aficionarse más que a él solo —replicó el niño (116).

—Y ¿quién te ha enseñado esas sutilezas tan hermosas?

—Mi abuelita.

Agustín cambió de conversación, por una parte, satisfecho de la inocencia de su hijo, y por otra, temeroso de ser indiscreto hablando de la ausencia de Sila.

A la turbación motivada por la separación de ésta sucedió otro trance que acibaró el alma nobilísima del profesor con violencia terrible. Era que la anciana Pelagia, habiéndose sentido algo

indispuesta en el viaje de Antioquía, agravóse notablemente en llegando a la casa, de suerte que hubo de guardar cama. Fué para su avanzada edad aquel viaje demasiado heroico para ser prudente. Todos habían procurado impedirselo; mas venció su amor a Sila y a Adeodato, y no hubo poder que la contuviera. Añádase a las incomodidades del itinerario, agitación excesiva, malas posadas en el tránsito por tierra, mareo y otros accidentes, aparte de las impresiones por demás dolorosas que experimentara en el palacio de Sila, al lado de aquel viejo desalmado. De este modo explicáronse todos, al principio, la novedad de la enferma.

Así, pues, desde el punto y hora en que regresó, sintióse morir, y así lo manifestó a todos con mucha tranquilidad y aun alegría. Su destino en el mundo estaba cumplido. En adelante serviría de estorbo a causa de sus años, y porque Mónica estaría al lado de Aurelio Agustín hasta el postrer momento, y más que todo porque él estaba ya casi, casi convertido.

Cierta vez que se encontraba sentado Agustín a la cabecera del lecho, díjole la enferma algo que el otro no entendió.

—¿Qué me dices, mamá Pelagia?

—Oye, al oído, un legado que te dejo.

Arrimó el joven la cara a la de la moribunda, la cual musitó fatigosamente:

—Ya está tejida y terminada del todo la túnica blanca, para cuando te bautices.

Juntó él más el rostro e imprimió en la frente lívida un beso resonante.

Innecesario es detallar por menudo los sentimientos tristísimos de todos los miembros de aquella familia. Mónica, Agustín y el niño colmaron de cariños y atenciones a mamá Pelagia, tan buena, tan fiel, tan fervorosa cristiana y solícita como madre de todos.

Pero, ¡horror!, lo más doloroso era que, al decir de los médicos, la anciana fallecía intoxicada con uno de tantos venenos de eficacia lenta, cuyo secreto poseen los orientales para ejercer sus venganzas a distancia y plazo fijo. ¡Oh Nerges, Nerges!

El alma blanquísima de la nómida voló al cielo.

Adeodato, principalmente, sintió la muerte de mamá Pelagia, a quien quería casi más que a sus padres legítimos, y duró varios días lloroso y pensativo.

En cuanto a Agustín, no se sabe cuánto influyó esta muerte para la solución del enigma de su conversión...

Los proyectos de su porvenir yacían derribados como escombros de palacio oriental, y los senderos floridos de la sabiduría que vislumbraban iban a dar al borde del abismo engañoso. ¡Pobre

Agustín, tan idealista y tan desventurado! Acudió en su ayuda la madre con muy solícitos cuidados, y también los amigos rodeáronlo cariñosamente, respetando sus cuitas y guiándolo discretamente por derroteros de muy suaves impresiones producidas por lecturas, visitas y paseos. Su alma tenía una herida que chorreaba sangre, causada por la quimera del amor, y en su conciencia comenzaba a abrírsele otra más difícil todavía motivada por el ejemplo de Sila, la continencia del claustro, y por su ruego de despedida: la vida eremítica, o sea el amor casto, la penitencia floridísima del alma, el corazón erigido en altar de sacrificios incruentos bajo la iluminación del espíritu desprendido de la materia. He aquí el nuevo problema; ya no se trataba de disciplinas filosófico-teológicas, sino de prácticas sublimes: el problema del amor terreno transformado en amor divino.

Porque ya en los postreros meses de su vida en Milán había resuelto las incógnitas que lo mantenían apartado del catolicismo, a saber: la naturaleza de Dios y del alma y el origen del mal, residuos del error maniqueo. En verdad, no podía ni imaginar sustancia alguna que no fuese corpórea y semejante a lo que suele percibir la vista; ciertamente que nunca se representaba a Dios con figura de cuerpo humano, mas no sabía cómo figurárselo en calidad de espíritu puro; reconocía

en él la incorruptibilidad y la inviolabilidad, y, por lo mismo, la carencia de materia; pero nada más. Y respecto del alma humana, llegó a comprender que era sustancia inmaterial y simple, espíritu, cuya esencia consiste en ser principio intelectual y a la vez forma sustancial del cuerpo (117).

Tocante al origen del mal, Agustín no sabía conciliar la bondad de Dios con el mal físico, y el mal moral especialmente. Que Dios fuese autor de lo malo se resistía a creerlo. Y se esforzaba cuanto le era dable para entender lo que había oído decir, esto es: que el libre albedrío de nuestra voluntad era la causa del mal que obrábamos, y la rectitud del juicio divino, la causa del mal que padecíamos; pero no llegaba a entender esto clara y distintamente. Y así, procurando sacar la atención de estas profundas tinieblas, volvía a sumergirse otra vez en ellas, y esforzándose repetidas veces para lo mismo, se hundía del mismo modo otras tantas veces (118).

Y raciocinaba de este modo:

—¿Quién es el que me ha hecho? ¿Por ventura no es Dios, que no solamente es bueno, sino la misma bondad? Pues, ¿de dónde me ha venido a mí el querer desordenadamente unas cosas y ordenadamente no querer otras, por manera que esta repugnancia fuese justa pena de aquella voluntad injusta? ¿Quién puso en mí este veneno?

¿Quién ingirió en mi alma esta raíz de amargura, habiendo sido yo todo y totalmente hecho por Dios? Si el diablo es autor de este mal, ¿quién fué el que lo hizo a él? ¿Por qué, si él mismo, por su mala y perversa voluntad, de buen ángel que era se mudó en demonio, supuesto que todo él fué creado por el Hacedor de todas las cosas, qué es infinitamente bueno? (119).

Con estos pensamientos volvía a sumergirse en las tinieblas y se ahogaba entre sus dudas, hasta que, oyendo predicar todos los domingos a San Ambrosio y leyendo unos libros neoplatónicos y las epístolas de San Pablo, concilió el mal físico de naturaleza, que tiende a la corrupción de algunas cosas para conservar el orden del universo, y el mal de pena, que tiende al castigo de la culpa, y, por último, el mal moral, o la transgresión de la regla del bien, que radica en la voluntad del hombre libre y no en Dios, como en causa, aunque lo tolera, porque es infinitamente bueno y sabio, en el gobierno del hombre que abusa de la libertad, y en obsequio de la altísima economía de la creación y redención del mundo.

También llegó a desengañarse del error que abrigaba de buena fe acerca de la persona de Jesucristo en sus relaciones con el Verbo eterno, así como se desengañó su amigo Alipio de otros errores distintos de éste y propios de lo que llaman apolinarismo (120).

Se reconcentró en sí mismo el hijo de Mónica, y al instante brilló sobre su entendimiento y sobre todas sus facultades una luz incomparable; no era la vulgar que todo el mundo ve, ni tampoco otra que, siendo de la misma especie, se distinguiera por la mayor claridad, sino una luz enteramente distinta. El que conoce la verdad, conoce esta luz soberana; y el que la conoce, conoce la eternidad. Sólo la caridad puede ver esta luz (121).

Tan singular fué esta lumbre y tan venturosa, que Agustín escribió después a Romaniano estas palabras:

“¡Oh, si supieses qué especie de luz se me apareció de repente! Hubiera querido la conocieras, no solamente tú, que hace mucho tiempo vienes deseando despejar esta incógnita, sino tu mismo enemigo; ese enemigo encarnizado que te lleva a los tribunales para quitarte los bienes. Ciertamente que, si él la viese como yo la veo, todo lo abandonaría: jardines, casas, banquetes, todo, y, piadosa y dulcemente enamorado, correría en pos de tanta hermosura.”

Cuanto a las impresiones causadas por la Biblia, se expresaba de este modo:

“Tomé en mis manos con vivísimas ansias las santas y venerables Escrituras, dictadas por el Divino Espíritu, y principalmente las cartas de

San Pablo; y luego al punto se desvanecieron mis dudas sobre la doctrina del Apóstol, la que antes me había parecido contradecirse en algunos pasajes, y que no concordaba con los textos de la Ley y los Profetas. Entonces conocí que en todo el conjunto de los libros santos era uno mismo el espíritu, y esto me enseñó a leerlos con alegría mezclada de temor y de respeto. Al punto conocí que todas las verdades que yo había leído en otros libros se contenían en éstos” (122).

He aquí la síntesis de treinta y dos años de estudio: todos los libros de las ciencias, reducidos a un libro: la Biblia; la Biblia, reducida a un capítulo: el Evangelio; y el Evangelio, reducido a una palabra: el Verbo; y el Verbo es Dios.

Sin embargo, si las agitaciones de la duda habían desaparecido y si su entendimiento estaba vencido, su corazón no, en lo cual había una consecuencia manifiesta; mas ¿cuándo el pecador es lógico? El cambio de costumbres iba anejo a la recepción del sacramento del bautismo. El que se bautizaba renunciaba para siempre a Satanás y sus obras, y veíase obligado a la santidad de vida. ¡Y él estaba tan lejos aún de ser santo!...

—¡Madre mía —díjole Agustín amorosamente a Mónica un día que venía de oír predicar al santo Ambrosio—, ya estoy convertido: creo en Jesucristo!

—Pues hazte públicamente siervo suyo por el bautismo.

Agustín retrocedió ante la consecuencia de su bendita madre. Pero el bautismo era poco, porque una voz interior, cada vez más clara y perentoria, llamábalo a un orden de vida tan nuevo como heroico: Dios no lo quería en el estado conyugal, compartiendo su corazón en los negocios del mundo y en el estudio de la sabiduría, sino en la plenitud del amor casto, elevado e indeficiente para recibir a torrentes la luz de la verdad cristiana y comunicarla como un sol a toda la Iglesia. Él aspiraba solamente a ser sabio, y su destino era la humildad y la santidad. Estaba seguro de todas las verdades de la fe; mas sentíase débil aún para gozarse en Dios; el orgullo, la vanidad y las pretensiones de ser sabio lo devoraban. Lleno todavía de miserias, en lugar de llorar sus pecados, hacía alarde de ciencia vana (123). Ni tenía la humildad necesaria para reconocer al humilde Maestro, Jesucristo, y nada entendía de los profundos misterios de su pasión y muerte. Porque el Verbo, cerniéndose muy por encima de toda la creación, eleva a su misma altura cuanto quiere que se le someta.

Y por esto se edificó él de nuestro barro una morada humilde en las regiones bajas de la tierra, a fin de que aquellos a quienes quería atraer no tuvieran confianza en sí mismos, sino, viendo a la

Divinidad humillada y vistiendo el traje de nuestra naturaleza, reconocieran su propia pequeñez, y en sus trabajos se postrarán a los pies de esta Divinidad humanada, que, al exaltarse gloriosa, los levanta del polvo de la tierra, transportándolos a las alturas celestiales. Porque, si de una parte el atractivo de la belleza divina lo elevaba hacia Dios, de otra parte un peso fatal lo separaba y lo hacía descender nuevamente a la tierra; no siendo esto otra cosa que los miserables hábitos de las pasiones.

No obstante, pensaba de continuo en ello y no dudaba que fuese Dios a quien debía unirse, aunque comprendía perfectamente que no era todavía cual debiera ser para que esta unión se realizase; pues la corrupción de la carne agrava el alma, y la casa de barro se inclina hacia el suelo, aunque el espíritu tienda a mirar el mundo desde cierta altura. Miraba a Dios y, deslumbrado y vuelto a su natural flaqueza, quedábale a Agustín un recuerdo amoroso de lo que había visto y un como disgusto de no poder disfrutar, según sus deseos, de los manjares puros cuyo olor había percibido (124).

No pudiendo Agustín padecer tantas ansiedades a solas, púsose a conversar con su confidente Alipio sobre los proyectos que Mónica tenía de casarlo (125):

—Me insta fuertemente mi madre a que me case.

—Pues, si os casáis, renunciad a la adquisición de las ciencias.

—No comprendo lo que dices.

—Los dos, querido maestro, estamos empeñados ha tiempo en buscar la verdad y hacernos sabios; lo primero ya está conseguido; falta, empero, acreditarlos de sabios en todo el mundo y gozar de las fruiciones del estudio. Fuera de esto, bien comprendéis que casándoos habremos de separarnos y romper la compañía que nos une.

—Opongo a tu parecer, amigo mío, el ejemplo de tantos y tantos hombres que lograron copiosos títulos de doctos en medio de las delicias del hogar y que cultivaron las amistades sociales y sirvieron a Dios noblemente. Por lo que hace a tu compañía, el matrimonio no empecerá que estés a mi lado y sigamos juntos.

—Pero, bien —repuso Alipio—; no me negaréis que el celibato favorece más que el estado conyugal el cultivo de las disciplinas mentales, porque los cuidados disminuyen, la fuerza de atención y reflexión aumenta, y el entendimiento, así sosegado y como en una atmósfera luminosa, graba en su seno con mayor facilidad las verdades que va adquiriendo.

—¡Ah, mi buen Alipio! —suspiró el otro sonriendo—. Ya sé, ya sé que tienes un espíritu lim-

pio como la luz del alba, y a la vez fuerte como una hoja de acero. Eres hermosamente casto; pero no exijas a todos esas dotes que Dios te ha dado, y menos a mí, que estoy habituado a esos placeres desde mozo.

—Eso es cuestión de voluntad; yo quiero que ninguna pasión me esclavice, porque amo la libertad y el dominio sobre mí mismo más que todas las cosas. ¡Si supierais qué satisfacciones íntimas proporciona el triunfo sobre la carne! Vos sabéis, Agustín, que de joven llevé rosas de placer a los altares de Venus, pero un día me enseñaron los maniqueos a ser casto, y después los cristianos me han enseñado a ser más casto todavía, y me siento feliz.

—Sí; tú has podido guardar, como maniqueo, la pureza de los *Elegidos*, y como cristiano, la de los sacerdotes; pero yo, que profesé sólo la castidad de los *Oyentes*, ¿podré ahora cumplir la de los solteros?

Alipio no contestó, y se quedó pensando en cómo un hombre tan decente y magnánimo como aquél, estaba preso en lazos de concupiscencia. Al fin musitó, como silabeando:

—Querer es poder. Huyo de las ocasiones malignas, no leo libros nocivos, aborrezco el ocio, pienso en la caducidad de la vida, pido a Jesucristo la continencia... He aquí los medios.

No agradó esta salida a Agustín y la eludió así:

—Pues como te iba diciendo al principio, mi madre está empeñada en casarme, y ya tiene arreglados no sé qué compromisos con una damita que es la personificación de la hermosura, y a quien la naturaleza prodigara brillantes dones de ingenio y bondad (126). Pero es el caso que le faltan dos años para ser núbil. Yo —continuó— estoy en ese estado de indiferencia que me hace insensible a todo, porque, como te he dicho otras veces, no puedo amar con amor verdadero a ninguna mujer, desde que me dejé arrebatar de mi lado a Sila, que era mejor que yo en todo sentido. La llaga que me produjo su separación chorrea todavía sangre, y cuanto más tiempo pasa se me gangrena y atormenta más (127).

—No os acordéis de Sila, sino para hacer votos de felicidad por ella.

—Así lo hago, porque veo que su amor es un imposible físico y moral; de manera que para mí se acabaron las ilusiones del amor. Veo las cortesanas, y me parecen sirenas terriblemente egoístas y engañadoras. Soy una víctima de la infelicidad, Alipio mío.

Escondió Agustín el rostro entre los pliegues del manto y quedóse meditando. Después irguió la frente coronada por los cabellos revueltos, y dijo con acento airado:

—¡Oh!, pasaron las tinieblas dolorosas del en-

tendimiento y me devoran ahora las tormentas del corazón. ¿Por qué?

—Oid, maestro, encomendad los cuidados al tiempo. En esos dos años de espera debéis experimentar las delicias de la castidad, madre fecunda de las grandes intuiciones de la ciencia.

—Empeño mi palabra de que no seré nunca corrompido ni corruptor, y que respetaré los hogares, no por respeto a nuestra sociedad, la cual es la prevaricación hecha muchedumbre, sino por respetarme a mí mismo. Pero...

—¡Oh! ¡Esclavo de vos mismo con la más nefanda de las esclavitudes!... ¡Imitadme! —exclamó Alipio.

Agustín, cogido en sus lucubraciones, mudó el giro de la conversación otra vez:

—Pues, como te iba diciendo, mi madre quiere que me case; pero ella, que con frecuencia goza de visiones sobrenaturales y habla con Dios, has de saber que cuando le suplica que le manifieste si debo o no casarme, me dice que Dios no se lo da a entender claramente, sino que ve ciertas luces, de cuya autenticidad duda; es decir, ve en sueños algunas especies fantásticas, causadas en su imaginación por la solicitud que embarga su espíritu sobre este punto, y me las refiere, no con aquella seguridad que acostumbra cuando es Dios quien le manifiesta alguna cosa, sino haciendo poco mérito de esos sueños (128).

—Y ¿por qué tan solícita y santa matrona como Mónica no os ha buscado una con quien celebrar matrimonio verdadero y sin tregua?

—No lo sé, ni lo quiero saber. Soy el joven de los tristes destinos.

—No, vos sois el joven del talento y del amor.

Agustín tornó a esconder su frente entre los pliegues del manto y a meditar...

De súbito púsose en pie y, elevando las manos y la mirada a lo alto, exclamó con tristeza:

—Ayer era escéptico de la verdad; hoy, escéptico del amor. ¡Ay de mí! ¿Dónde está el ente casto, luminoso, infinito, que calme las ansias de mi corazón, creado para amar? El amor de los amores, ¿dónde está? ¿Cómo encontrarlo?

A la sazón presentóse en la habitación Romano, que venía a participar a Agustín su dictamen respecto de un asunto en cuya solución afirmativa tenía mucho empeño, pero que desgraciadamente había fracasado. Romano, entonces, hallábase en Milán, procedente de Africa y de Roma, con su hijo Licencio, para entregárselo a Agustín en calidad de discípulo, y aun él mismo había resuelto dedicarse al estudio y adquisición de las ciencias religiosas, por una temporada, por descansar de los arduos negocios en que vivía engolfado, y de los sinsabores que cierto rival muy poderoso le estaba ocasionando por motivos de hacienda. El caso era que varios amigos de Agus-

tín, en sus conversaciones, abominaban de las inquietudes de la vida cortesana, y habían premeditado y casi resuelto ya el vivir apartados del bullicio de las gentes, a instancias y según proyecto de Agustín, en un ocio tranquilo, lo cual habían trazado de tal suerte que todo lo que tuvieran o pudiesen tener lo habían de juntar y hacer de todos los haberes una hacienda y masa común a todos ellos, de modo que, en fuerza de una sincera amistad, no fuese una cosa de éste y otra de aquél, sino que de todos los bienes se hiciese un cúmulo (129).

Parecíales que se podrían juntar como hasta unos diez compañeros, habiendo entre ellos algunos muy ricos, especialmente Romaniano. Éste era el que más instaba para que se pusiese en ejecución el plan de la vida común, y tenía su voto mucha autoridad para persuadirlo, por ser su riqueza mucho mayor que la de los otros.

Habían convenido en que todos los años se nombrarían dos de ellos que, como anuales síndicos o administradores, cuidasen de todas las cosas temporales que fuesen necesarias, y los demás gozasen de una vida quieta y sosegada. Pero luego que comenzaron a pensar si el proyecto podía subsistir, debiendo de haber mujeres en su compañía, pues algunos de ellos las tenían y otros pensaban tenerlas, todo aquel proyecto que dia-

riamente iban perfeccionando se desbarató y se dejó enteramente (130).

Nebridio, que también era partidario de la vida común, entró con un pergamino en la mano, satisfecho, como quien iba a resolver un problema con argumento decisivo, y leyó el capítulo XIII del Fedón, diálogo de Platón, el Divino, que acababa de llegar, traducido del griego, a las librerías de la Corte.

Y leyó:

“Observa, mi amado Simias, que no es la vía recta hacia la virtud cambiar placeres por placeres, temores por temores, y lo grande por lo pequeño, como quien cambia una moneda; la moneda legal es la sabiduría, con la cual todo se cambia, todo se compra y todo se vende: la fortaleza, la templanza, la justicia. En una palabra, la verdadera virtud es inseparable de la sabiduría, sin hacer caso de goces y temores y las demás pasiones semejantes. Desnudas de sabiduría y sujetas a un cambio continuo, las demás virtudes no son sino sombras de tales y, en realidad, esclavas de los vicios, sin tener en sí nada sano y nada puro. La verdad es, en realidad, purificación de toda pasión; la templanza, la justicia, el valor y la sabiduría son también cierta purificación, y los que han establecido las iniciaciones no son hombres despreciables, sino genios que desde hace

tiempo nos han hecho comprender que quien sin purificación, sin iniciación en los misterios llegar a la morada de Ades, yacerá en el lodo; mas quien vaya purificado e iniciado morará con los dioses. Porque dicen los que presiden las iniciaciones: “Son muchos los que llevan el tirso, mas pocos los inspirados”. Los inspirados son, a mi parecer, los que se han dedicado con dignidad a la filosofía.”

—Amigos —arengó el guapo mozo—, lo que no pudieron formalizar ni Platón, ni Sócrates, ni Cicerón, ni Pitágoras lo realizaremos nosotros: una Sociedad de ricos-pobres, ricos en ciencia, pobres en hacienda; por lo tanto, nuestro lema será: *A la sabiduría, por la pobreza y el estudio.*

Alipio desbarató el tinglado de Nebridio con esta sola pregunta:

—¿Con castidad o sin ella?

Nadie contestó. Entonces propuso Alipio:

—He aquí el lema: *Al amor, por la sabiduría y la castidad.*

XXIV

¡ M á s l u z !

Deslizábase rápidamente la vida de Agustín entre las tareas escolares y los deberes de sociedad y amistad, siendo la casa del simpático profesor el centro de un círculo de varones ilustres, entre los que figuraban Manlio Teodoro, elogiado por el poeta Claudiano; Verecundo, que tenía a su cargo una cátedra de Retórica muy afamada, y Ponticiano, sujeto principal y distinguido en la milicia palatina.

Éste, que era fiel cristiano, frecuentaba con asiduidad el domicilio y departía con los tres que lo habitaban, Agustín, Alipio y Nebridio, a los cuales se agregaba Mónica alguna vez, con discreción, cuando trataban asuntos religiosos. Y considerábase Verecundo especialmente obligado a estos amigos porque, necesitando en aquellos días, por ciertos asuntos perentorios, vacar al magisterio, después de pedir encarecidamente por la

ley de amistad que alguno de los tres le ayudase en aquel ministerio, aceptó Nebridio, no movido de interés, sino por deseo de mayores conveniencias, porque, si él hubiera querido aprovecharse para eso de su literatura, las hubiera logrado mucho más ventajosas, sino por ser él un amigo dulcísimo y suavísimo, y no quiso desatender la súplica de Agustín por acto de benevolencia. Es cosa de advertirse que Nebridio se portaba en aquel cargo con gran cautela, precaviéndose de ser conocido de los grandes del mundo y evitando todo lo que por causa de ellos pudiera inquietar a su espíritu, al cual deseaba tener desembarazado de otros asuntos, para emplearlo cuantas más horas pudiese en inquirir, en leer o en oír alguna cosa perteneciente a la sabiduría (131).

Estos y otros contertulios reuníanse con frecuencia en la casa de Agustín. Un día hubo en ella variedad de impresiones, buenas y malas, con motivo de la conversión del joven Evodio, que había resuelto bautizarse cuanto antes, llevado de sus deseos de perfección de vida. Natural de Tagaste, y admirador de Agustín, había cursado en sus aulas algunas disciplinas hasta llegar a ocupar un puesto público en Milán, como agente de los negocios del César (132), y ahora quería servir a Cristo en humildad, sencillez y pureza de costumbres. Unos reputaron esta resolución como insensatez; otros se encogieron de hombros,

como indiferentes, y no faltaron quienes se alegraron de la nueva conquista del cristianismo.

Agustín oyó una voz interior en su conciencia, que lo tachó de cobarde, porque andaba él tan remiso en negocio de tanta trascendencia. No es cosa de omitir que en atención a varias circunstancias dispuso el obispo Ambrosio de algunos requisitos al catecúmeno y le administró el santo sacramento del bautismo antes de la Pascua, no sin dejar de meter mucho ruido en la Corte la confesión de fe que Evodio emprendía (133).

“¡Cobarde, cobarde!” Ésta era la voz secreta que por muchos días sintió Agustín, y con mayor vehemencia cuando con él hablaba.

Amortiguósele el remordimiento con la preocupación de un panegírico que la autoridad le encargara para encomiar al Emperador, que conmemoraría el aniversario en que se verificaron los arreglos político-militares con Máximo, el audaz usurpador de las Galias. El panegírico sería declamado por la noche en el palacio imperial, antes de comenzarse el banquete que daría Valentiniano a la Corte, y después de haberse efectuado, claro está, los juegos de circo y una gran parada cívico-militar por la tarde.

Valentiniano, cuyos hechos tenía que encomiar en su discurso el profesor oficial de Retórica, era una ficción de Emperador, pues su madre Justina empuñaba las riendas del Gobierno, valiéndolo-

se de Arbogasto o Abrogaste, ministro de gobierno y *magister militum*. Dulce de carácter el César, contagiado de arrianismo, aunque luego entró en el catecumenado católico, y no inclinado a las armas, apenas púber, en medio de un ambiente de descomposición política, dividido en dos el Imperio romano, nada ofrecía el tema al ingenio de Agustín, quien, por lo mismo, andaba cuitado ante el éxito problemático de su oración en hora tan solemne como comprometedora. Era la adulación en aquel tiempo, más que ahora, el recurso de los oradores palaciegos, y a Agustín la lisonja causaba horror, porque era demasiado excelsa su alma para apacentarse con ficciones; pero, por otro lado, se jugaba el destino y el porvenir de su carrera.

Llegó el día en que, habiéndose preparado para decir en alabanza del Emperador el panegírico, en el cual había de mezclar mentiras y lisonjas con que merecer el aplauso de los mismos que sabían la falsedad de sus elogios; en aquel día, pues, en que su corazón no respiraba sino estos cuidados, abrasado en los ardores de varios pensamientos que le angustiaban, pasando por una calle de Milán, echó de ver a un mendigo que, después de bien harto de vino, estaba retozando y alegrándose con otros muy felizmente. Agustín hizo observar a Nebridio y Alipio, que lo acompañaban:

—¿Veis a ese pobre? Es feliz en su pobreza. ¡Cómo goza! ¡Qué horas venturosas y entretenidas! El fruto de las limosnas lo ha convertido en crápula, y ha conseguido la felicidad. Yo, en cambio, gasto la vida en buscar la dicha, y cada día soy más infortunado. Ese hombre se embriaga con vino, y yo, con el aplauso y vanagloria; él, esta misma noche digerirá el vino; pero yo hace días me emborracho con ilusiones y no las digiero con el sueño. ¿Qué es la vida sino una embriaguez de vanidades? (134).

Agustín, con sus amigos, apuró el paso, porque la tarde avanzaba y se oía a lo lejos el clarín de los heraldos militares que anunciaban el desfile del ejército y de las autoridades y venía despejando las vías públicas. Detúvose Agustín ante una casa de frontis sobriamente ornamentado que daba a una plaza, y era la vivienda del obispo, y los dos amigos siguieron su camino para escoger un puesto desde donde pudieran presenciar el espectáculo.

Se internó Agustín en la mansión ambrosiana y subió las escaleras. Iba a platicar con Ambrosio, a quien le había pedido una cita con el objeto de consultarle algunos detalles literarios e históricos del discurso; pero no había caído en la cuenta de lo impropio de la hora, puesto que por delante de aquella casa pasarían el ejército, los funcionarios del Imperio, la Corte y Valen-

tiniano con su madre, o más bien, Justina con su hijo, emperadorcito de menos de quince abriles, y privaría al obispo de presenciar tan grandiosa y significativa escena.

—Ven, hijo mío —díjole Ambrosio al verlo entrar y al echarle la bendición—; lo que me maravilla es que no asistas al desfile tú, que tienes un empleo oficial de tanta importancia.

—Señor —replicó el que llegaba—, el tiempo urge, pronto declinará la tarde, y porque conozco la hora de vuestras ocupaciones y el orden que observáis en ellas, he preferido estas horas para leeros mi discurso, sometiéndolo a vuestro dictamen, según os avisé en mi recado.

—¡Ah!, siempre que Agustín necesite de su obispo, no hay hora fija para servirle, porque todas son buenas.

Sacó el otro un rollo de pergamino muy blanco y principió la lectura, y luego las observaciones, y también muy comedidos elogios, por parte de Ambrosio. Ya iban a rematar, cuando sonaron las primeras trompetas que cruzaban delante de la casa. Ambrosio con franqueza, invitó al joven a que pasara a sus aposentos privados, para ver, desde una galería recatada con celosías, el paso de la procesión imperial.

La guardia pretoriana a lo largo, en dos filas, abría la calle y la resguardaba de los curiosos, que se agolpaban. Por ella estaban desfilando

los escuadrones de la guardia pretoriana, jinetes en caballos blancos, nerviosos y dóciles; eran soldados núbidas que sobresalían por su belleza varonil, de tez morena y reluciente, con grandes pendientes de oro en las orejas. El corazón de Agustín dió un vuelco de satisfacción patriótica. Seguían los caballos alazanes guiados por soldados del Norte, vestidos con túnicas rojas, de ojos azules, rubios y membrudos; después, otras razas diferentes, ostentando las lanzas con banderolas que resplandecían al rayo del sol como una interminable constelación de relámpagos.

—¡Qué hermoso es el poderío de los Césares!
—exclamó Agustín.

—Es hermoso —añadió el obispo—, porque representa el orden y la autoridad de Dios. Cuando la fuerza sirve para decoro de la justicia, la milicia forma una especie de sacerdocio; pero cuando, al amparo de las armas, se cobija la iniquidad, comienza la agonía de los ejércitos.

Ya venían cerca las columnas innumerables de los infantes; allí, los galos con sus arcos al hombro, haciendo alarde de arrogantes; los hispanos, garbosos y serenos, con resolución de triunfo; los germanos, disciplinados, escasos de sonrisas y largos de puños; los griegos, de cabelleras largas, como bañados en rayos de aurora; los sicambros, de barbas hirsutas, y mil y mil razas vestidas de

pieles finas y de corazas de hierro, tras de los estandartes de las águilas romanas.

—Mira, joven africano, mira toda esta muchedumbre de servidores del emperador. Ayer servían a uno sólo; hoy sirven al de Constantinopla y al de Milán, y mañana, ¡ah!, mañana, si el Dios de los ejércitos no contiene con sus manos a ese millón de bárbaros godos que merodean alrededor del Imperio, y cuyos límites ya han invadido y usurpado en no pocos puntos, esta fábrica de poderío cesáreo caerá por los suelos como tinglado de cañas; porque has de saber que los pecados del hombre Dios los perdona en público; mas los pecados de los reinos no los perdona: se expían justicieramente. Roma lleva el pecado de haberse hecho cristiana sólo de nombre; su legislación, pudiendo ser ya digna de Cristo, ha transigido con las herejías, con los ídolos y con las costumbres perversas. Oigo el fragor de las tribus del Norte que descienden sobre el Imperio como una invasión incontenible de lobos. Es la venganza de Dios. Recuerda, oh sabio profesor, lo que de pública voz y fama se ha divulgado por la Corte, a saber: el dicho de aquel Capitán godo después de una victoria: “Estoy cansado de matanza, y me maravilla mucho que un pueblo que huye delante de nosotros como un rebaño de ovejas, se atreva aún a disputarnos el poder y las provincias.”

Empezaron a desfilar carrozas amplias con incrustaciones áureas y con piedras preciosas; trofeos de guerra, botín histórico de los vencedores, corazas, escudos, cascos, diademas, etc.; literas caprichosas, forradas de brocados y púrpura; tiendas de campaña de cien formas, con leyendas de oro; una exhibición de orfebrería, ánforas, vasos etruscos, estatuillas, objetos frágiles, mil opulencias decorativas, en fin, descarados alardes de ambición y fuerza, todo inundado de sol que chispeaba en los metales y en las superficies bruñidas.

Seguían armonizando el desfile todo género de instrumentos músicos, desde la trompeta tebana hasta el pífano indio, arpas, liras, cítaras, címbalos, enjoyados con arte y riqueza insuperable, tañendo airs marciales y apolíneos, a cuyo sonido bailaban efebos y ninfas en grupos de peregrina gracia, con coronas de flores sobre las cabelleras ondulantes y sueltas, que semejaban un velo de rayos de sol en desorden, y custodiados los grupos por eunucos y esclavos de vestimenta caprichosa y de musculatura gigantesca. Siguió el cortejo de nuevas divisiones de soldados a pie y a caballo, largas y monótonas, mientras se oía el golpeteo acompasado de los cascos de los corceles y de las sandalias de los infantes.

Ambrosio callaba y parecía meditar mientras veía, recatado por entre las persianas, desfilar las tropas. Agustín, por su parte, aprovechó la ocasión

para derramar, en cambio, miradas curiosas por el aposento del obispo: códices, papiros, tablillas escritas y rollos de pergamino por dondequiera; una mesa sencilla de cedro con el recado de escribir, sobre la cual se destacaba una cruz; algunos taburetes; una cama de ropas muy usadas y de escaso valor, sin alfombras, sin objetos de calefacción, todo muy aseado y sin polvo, y con abundante luz que penetraba por las ventanas.

Agustín meditaba:

—¿Esta es la cámara del gran Ambrosio? ¿Así vive el que manda sobre el Emperador? ¿Dónde están los provechos de su valimiento y del respeto que todos le profesan?

—Oye, joven —habló de repente el prelado—; yo me eduqué en Roma con Emilio Probo y Simmaco, ejercí la abogacía, me nombraron Prefecto consular de las provincias de Etruria y Emilia, con residencia en Milán; administré justicia, conocí los secretos de la Corte, y en la muerte de mi antecesor en el obispado, como surgieran discordias sobre el sucesor, entré en la basílica para apaciguar los ánimos de los dos partidos; pero cuando estaba hablándoles de paz, resonó en el templo la voz de un niño que gritaba: ¡Ambrosio, obispo! Todos los circunstantes repitieron ¡Ambrosio, obispo!, y, comprendiendo que aquella era la voz del Señor, me hice catecúmeno; en seguida fuí bautizado; a los pocos días recibí las

órdenes sagradas, y quedé constituído obispo. Y heme aquí cumpliendo los designios de Dios. ¡Soy feliz! Me asusto de mi propia dicha, y temo que Jesucristo no me dé otra recompensa.

Y cambiando el tono tranquilo y amable por otro apesadumbrado, añadió:

—Pero cumplo la voluntad divina muy mal, porque no consigo que se conviertan al Rey de cielos y tierra, a Jesucristo Redentor, estos hijos encomendados a mi cuidado. ¡Dios mío! ¡Haced que os conozca todo el mundo y os amemos con sacrificio y alegría de corazón!

Hizo una pausa. Por la calle aumentaban los rumores de la gran parada. Ambrosio añadió:

—Ya se aproxima la Emperatriz. Mírala en su carroza rodeada de multitud de damas y de doncellas. En esos carruajes, tan variados y soberbios, de caballos idumeos, empenachados y con cascos de plata, se exhiben en sillas de marfil las diosas de la concupiscencia, casi desnudas, oliendo a cosméticos y perfumes orientales; son carros de carne femenina con espíritu de monas. Grupos de pajecillos y de enanos las cortejan. ¿Ves, Agustín?

El obispo se retiró de las celosías por no ver... tanto cadáver de mujer sin mortaja...

A poco resonaron los timbales y trompetas del séquito cesáreo. Avanzaba el joven Emperador

en una carroza tirada por seis caballos blancos con herraduras de oro. Sentado sobre cojines de púrpura, pasaba sereno y gracioso; lo precedía un grupo de niños que esparcían flores por el suelo. El pueblo lo aclamaba con delirio.

Valentiniano pasaba precedido y seguido de cónsules, senadores, augustales, prefectos, magistrados, curiales; en fin, los principales representantes de la clase togada y los altos funcionarios palatinos.

Conmoviéronse a Ambrosio las entrañas al verlo pasar y se le saltaron dos lágrimas de compasión. Alzó la mano derecha y trazó una cruz en el aire musitando:

—¡Dios bendiga al César!

Las aclamaciones de la multitud que seguía en pos de la carroza imperial fueron desvaneciéndose lentamente.

Poco después, y abiertas que fueron las puertas del anfiteatro, se inundó en poco rato de espectadores. La lucha de los gladiadores privaba, sobre todas las diversiones, en Milán. En este tiempo gustaba más aún la lucha de hombres con fieras: tanto, que las penas de muerte dictadas por el Emperador eran ejecutadas sumariamente por dos osas, llamadas, una, *Porcela de Oro*, y otra, *Inocencia*. Cuéntase que ésta, en recompensa de los muchos cadáveres que había desgarrado, fué

enviada a las selvas y puesta en libertad; *Inocencia* estuvo guardada en una jaula lujosa y tratada como imperial herencia, y después de las fiestas de circo la exhibían por el redondel entre el vocerío alegre del público.

Agustín se despidió del santo obispo, y al salir del despacho oyó que era preguntado:

—Se me olvidaba comunicarte una noticia consoladora. ¿Conociste en Roma al presbítero Jerónimo?

—Sí, secretario del Papa Dámaso; no hablé con él, lo conocí, y era voz corriente su ciencia y virtud.

—Pues sábetete que dejó la ciudad de Roma y se retiró a una gruta solitaria de Belén, donde se consagra al estudio y a la penitencia, con asombro de todos.

—¡Oh! —pensó en sus adentros Agustín—. Por dondequiera la agonía del paganismo y la vitalidad del Evangelio. ¿Qué pasa en el mundo? ¿Puede haber dicha en el dolor? La mortificación y la negación de sí mismo, ¿pueden conducir a la felicidad?

Y salió en dirección de su casa para darle el postrer ensayo al panegírico del Emperador. Sentíase como sin apego a la vida, hastiado, melancólico, cual si estuviese enfermo de fiebre, a causa de las emociones violentas que recibiera aquella tarde, con la presencia del mendigo, primera-

mente, y después, con la presencia de la parada y con la conversación del obispo.

Vino la noche, los salones del palacio imperial rebosaban de personajes de la Corte; hubo presentaciones, tocó el turno a la oración panegírica, la declamó Agustín magistralmente, resonaron los aplausos a cada párrafo emocionante, siguió el convite y concluyó la fiesta.

El orador abandonó el palacio, víctima de impresiones inconexas y desacostumbradas: no estaba satisfecho de sí mismo; rodeáronlo varios amigos y discípulos en la puerta de salida y se dirigieron en grupo hacia el domicilio del profesor. Otros invitados también habían salido e iban saliendo hacia sus casas por grupos, caminando entre las sombras de las calles: unos, ebrios; los otros, contrariados y descontentos; los más, indiferentes. Al revolver de una esquina, Agustín y sus acompañantes se pararon cerca de un grupo de críticos que discutían, envueltos en la obscuridad nocturna, el valor del panegírico.

—La oración ha sido magnífica, con expresiones conceptuosas y lapidarias, estilo que burla, acuña y plasma, y tendencias al arabismo; pero el orador no tiene voz suficiente.

Otro agregó:

—Se le nota un acento extranjero insufrible.

Trataron los transeúntes de apurar el paso para que no se oyese la crítica que podía mortificar

grandemente al tagastino, quien, como buen literato, prefería una bofetada a una censura.

Entró en su casa el orador lleno de congoja. Su amor propio estaba herido por la crítica.

Al verse solo meditó:

—¿Qué es la gloria humana? ¡Vanidad de vanidades!

A la Felicidad, por la Ciencia y el Amor

Alumbrado el entendimiento del hijo de Mónica por los esplendores del Evangelio, admitía ya como verdadero y seguro el catolicismo con su magnífico cortejo de verdades y misterios, que constituían un sistema filosófico-social aceptable, aunque incomprensible, porque si la razón humana no penetra muchos de ellos, no es por lo oscuros, sino por lo excesivamente luminosos y, consecuentemente, por carencia de órgano para comprenderlos, a la manera que no osa analizar los senos del sol meridiano la insuficiencia de nuestra pupila.

También había llegado a persuadirse por completo de que Dios lo llamaba a otro género de vida muy más alto que el conyugal, de donde se le originaban tantas zozobras y remordimientos cruelísimos; pero, en cuanto al procedimiento y oportunidad, ofrecíansele mil dificultades, si

bien conocía que era necesario limpiar primero su corazón de la antigua levadura que lo tenía acedado y flaco. Agradábale el camino que debía seguir, que era el mismo Salvador; pero estaba perezoso para entrar y pasar lo que tiene de estrecho ese camino (135). ¡Miedo a la perfección evangélica, horror a la vida de combate contra las rebeldías de la carne y del espíritu!

¿Qué hacer? El Señor le inspiró entonces el pensamiento, que le pareció bueno y oportuno, de ir a verse con Simpliciano, a quien reputaba fiel siervo de Dios, como quiera que resplandecía en él la gracia sobrenatural. Había oído decir que desde su juventud estaba consagrado a Dios, y siendo entonces ya anciano, estaría muy práctico en los ejercicios de la ley santa, y verdaderamente así era. Por eso quería dirigirse a él para que, después de comunicarle sus deseos, le manifestase qué modo de vida sería a propósito a sus intentos (136).

Simpliciano era sacerdote, y a la sazón vivía en las afueras de la ciudad, repartiendo sus ocupaciones en servir al obispo en los ministerios del altar y en dirigir un eremitorio de monjes. Había sido destinado a Milán con este objeto por el Pontífice de Roma. Sobresalía en doctrina, había hecho muchos viajes para instruirse en varias materias, y no cesaba de estudiar las cuestiones de su estado. A él, pues, dirigió sus pasos, y no

a Ambrosio, porque ya no se trataba de asuntos científicos, sino ascéticos; no de dogma, sino de moral; no de raciocinio, sino de conciencia; fuera de que Ambrosio representaba la autoridad suprema eclesiástica, y Simpliciano la virtud paternal e íntima, inspiradora de gran confianza en tales estados de ánimo.

Porque es el caso que Agustín veía la Iglesia compuesta de fieles de toda condición y grado, que unos iban por un camino de virtud y otros iban por otro, pero todos sirviendo a Dios; y a él le desagradaba el camino que seguía en el siglo, y que le era carga insoportable, después que cesaron de inflamarle el corazón, como solían, los deseos y la esperanza de adquirir honra y riqueza. Ya no le deleitaba cosa alguna de esas en comparación de la dulzura de Dios y de la hermosura de su Iglesia; pero aún se sentía atado fuertemente con el amor de mujer; ni el Apóstol le prohibía el casarse, aunque le exhortaba a lo más perfecto. Pero él, como más flaco, tendía a escoger lo más suave, y lo que hacía que se portase en todo lo demás con languidez y se consumiese con molestos cuidados, era solamente el considerar que la vida conyugal, a la que estaba tan rendido, tenía anejas muchas cosas que no quería sufrirlas (137).

Una tarde Agustín salióse al campo, tomó el camino del eremitorio, llamó a la puerta del pre-

pósito o abad, y vió aparecer a Simpliciano, el cual se sorprendió no poco al tener frente a frente al famoso profesor de Retórica:

—Dígnate entrar en la pobre morada de tu servidor.

—Busco al padre de mi alma.

—Entra y reposa de tu camino —díjole el visitado, brindándole un asiento rústico.

Simpliciano usaba barba larga, limpia y sin artificio; era calvo, flaco, de estatura aventajada y andaba descalzo. Vestía sayal negro ceñido con una correa sin curtir, y en los hombros, una capucha.

—Padre —profirió pasándose la mano por la frente—, padezco insufribles cuitas desde hace tiempo, porque Dios me llama al bautismo y a la continencia de ermitaño.

—¡Gran vocación!

—Pero es el caso que resisto a la gracia divina por cobardía.

—Todo lo podemos en aquel que nos conforta —profirió el abad apuntando con el dedo al cielo.

—Llevo colgada de mis pies una cadena de pecados que no me dejan salir del abismo profundísimo a la claridad del amor de Dios. Permitidme que os abra los senos más recónditos de mi conciencia.

Agustín respiró con fuerza.

—Yo he sido pecador y gran pecador desde

niño —continuó el de Tagaste—. En el principio de mi adolescencia manché mi fantasía y mi corazón con visiones y anhelos de concupiscencia; luego sentí la crisis de la pubertad y me arranqué las alas de ángel para convertirme con mis obras en reptil. Esto duró año y medio o dos años.

—¿Públicamente? —indagó el anciano.

—No; siempre guardé cierto decoro. Me repugnaban y me repugnan los canallas.

—Prosigue, hijo mío.

—A la edad como de diez y siete años sentí pasión ardiente por una esclava y llevé vida conyugal con ella, sin mezclarme con otra ninguna por espacio de catorce años.

Frunció las cejas Simpliciano en son de extrañeza, cosa que advirtió el otro:

—Padre, debo decirle que me junté con ella precisamente para vivir ordenadamente y evitar reatos de conciencia.

—¿Y le fuiste fiel todo ese tiempo?

—Fidelísimo, por lo que he dicho y por cumplir la palabra que le di. Era ella pagana; tuve un hijo, que he procurado educar en la ley de Dios y conservarlo inocente, educándolo en casa por apartarlo de las malas compañías y procurando que sea cándido como un pétalo de lirio. No tiene aún quince años y da gusto ver su inocencia. Su madre hízose catecúmena de Jesucristo, como

yo lo soy desde la infancia. A la fecha ya estará bautizada.

—¿Es decir, que no os casasteis, pero vivisteis como cristianos?

—Yo profesé el maniqueísmo, y una de las razones fué porque recomendaba la castidad y aun el celibato. No tuve valor para guardar continencia absoluta como soltero; pero sabed, Padre mío, que cumplí en mi unión conyugal los más ajustados preceptos, siempre de buena fe y persuadido de que obraba como Dios y la sociedad exigen, tanto que, al saber después los muchos y grandes desórdenes de mis correligionarios, delaté ante los superiores sus hipocresías.

A continuación añadió el arrepentido Agustín:

—Padre, nuestra unión no fué matrimonial, porque ella era esclava y yo noble por sangre. El santo obispo Ambrosio dijo a mi madre que sólo nos faltó para que resultase verdadero matrimonio natural la voluntad de crear un vínculo indisoluble.

—Es cierto —confirmó Simpliciano—. Ante las leyes del Imperio, esa unión resultó legítima; ante la sociedad, tan corrompida, pudiste pasar como espejo de caballeros de vida ejemplarísima, y tu conciencia no contrajo reato tampoco.

—Pero sucedió que...

Agustín sintió como anudada la garganta y no

pudo continuar sino con inflexiones de emoción profunda:

— ... Sila, la esclava, que era mejor que yo, abrió los ojos a la luz de la gracia divina y tornóse al Africa para hacer vida penitente.

— ¡Heroica resolución, en verdad! — exclamó el viejo ermitaño.

Agustín cerró los labios unos momentos con la vista fija en el suelo, dominó la excitación y volvió a abrirlos:

— Respecto de mis ideas religiosas, en mi infancia me hizo catecúmeno mi santa madre...

— ¡Tu madre!, ¡oh!, ¡la santísima viuda! — interrumpió el abad.

— Me enseñó los rudimentos de la religión de Cristo; pero en seguida hube de hacer mis estudios fuera del hogar materno en escuelas paganas, y los rudimentos de mi fe desaparecieron para dar cabida a todos los errores: fuí astrólogo; luego me hice catecúmeno u oyente del maniqueísmo, como os he contado; caí en el escepticismo práctico; pero ahora, por persuasión, por estética y por santo egoísmo, soy cristiano.

— Y bien — preguntó Simpliciano —: esos errores, ¿los profesaste a sabiendas? ¿Fuiste contumaz?

— Nunca, ¡oh siervo de Dios!, pues buscaba la verdad con ardimiento, sin descanso, pero donde no se encontraba. Equivoqué el camino. Yo

no aborrecí el catolicismo como tal, sino en cuanto la persuasión me decía que no contenía la verdadera sabiduría ni los principios de la felicidad. Mas aún, los sistemas filosóficos que excluían el Evangelio me resultaban falsos *a priori*. Si me es lícito decir, yo buscaba y amaba a Jesucristo fuera de Jesucristo.

—No lo extraño, hijo mío. En estos tiempos en que las escuelas públicas son paganas o tocadas de herejía, y en que no hay libros abundantes para divulgar la verdad, sino escasas copias, manuscritas, de los Sagrados Libros y de las obras y homilías de los Santos Padres, se dificulta la conservación y propagación de la fe. Erraste, pero no fuiste hereje; o, mejor dicho, fuiste hereje inculpable.

—Hoy —continuó el tagastino con humildad—, debido a la predicación del obispo Ambrosio y a la lectura de ciertos libros platónicos, creo en Jesucristo y admiro su moral y sus mandamientos: empero, ¡ay!, me siento sin fuerzas para practicarlos en cuanto al celibato. ¿Qué debo hacer, Padre mío?

—¡Ah!, ¿conque conoces los libros de Platón traducidos por C. Mario Victorino? —indagó con viveza y señales de alegría.

—Algunos, en los que habla del alma, del Verbo y de sus atributos.

—Pues has de saber, hijo, que a Victorino,

mientras estuve en Roma, lo traté muy familiarmente, y conocí por sus conversaciones la copiosa doctrina y experiencia en todas las ciencias y artes liberales, pues había leído muchas obras de filósofos y las había criticado e ilustrado, y había sido maestro de tantos nobles senadores, y que por la excelencia de su saber mereció que se le erigiera una estatua en la plaza pública de Trajano, en Roma.

—Varias veces posé los ojos en ella, porque era compatriota mío y profesor de Retórica en tiempo de Constancio y Juliano —afirmó el joven.

—Pues bien; ese sabio anciano, que había venerado los ídolos y concurrido a las fiestas y sacrificios sacrílegos, y defendido hasta los últimos plazos de su vida estas idolatrías con su famosa elocuencia, no se avergonzó de humillarse como un párvulo, para ser marcado por siervo de Jesucristo, sujetándose a llevar en su frente la señal de la cruz tenida antes por oprobio. Su conversión se verificó del siguiente modo. El abad se interrumpió a sí mismo diciendo:

—¿Quieres oírme?

—Hablad, hablad, varón de Dios.

—Digo, pues, que Victorino comenzó a leer la Sagrada Escritura y buscaba con grandísimo cuidado todas las obras que trataban de la Religión cristiana, hasta que un día, platicando con él, me dijo en confianza: “Sábete que ya soy

cristiano". A lo que yo respondí: "No lo creeré, ni te contaré entre los cristianos, hasta que te vea en el templo de Cristo". Pero él, burlándose, decía: "Pues qué, ¿son las paredes las que hacen cristianos a los hombres?" —Y esto lo repetíamos muchas veces. Temía Victorino disgustar a sus amigos, soberbios idólatras que adoraban al demonio, por ser muy poderosos y hallarse constituídos en la cumbre de las mayores dignidades que hay en la Babilonia de este mundo. Pero después, con el estudio y la lección continua, adquirió más fortaleza, temió que Cristo no lo había de reconocer por suyo en presencia de los santos ángeles, si él temía confesarlo ahora delante de los hombres, y, conociendo que se haría reo de un delito muy grave en avergonzarse de recibir los Sacramentos que el Verbo humillado había instituído, perdió la vergüenza que le hacía perseverar en la vanidad mundana, y repentinamente se resolvió, y sin más pensar, me dijo: "Ea, vamos a la iglesia, que quiero hacerme cristiano". Entonces, no cabiendo yo en mí de alegría, marché con él a la iglesia, se le catequizó y recibió toda la instrucción necesaria, y de allí a poco dió su nombre para que se le inscribiese en el catálogo de los que pedían ser reenganchados por el santo bautismo, maravillándose Roma y alegrándose la Iglesia. Finalmente, cuando llegó la hora de hacer la profesión de la fe, que en Roma es

costumbre hacerla en presencia de todos los fieles que concurren, con ciertas y determinadas palabras aprendidas de memoria, y pronunciadas desde un lugar eminente por los mismos que han de recibir el bautismo, le propusieron a Victorino los sacerdotes que hiciese aquella profesión de fe secretamente, como se solía conceder a algunos de quienes se juzgaba que por vergüenza se retraerían de hacerlo en público; pero él prefirió hacer la profesión de la fe y de la doctrina de la salud públicamente y a presencia de aquella multitud de fieles. Así, luego que subió al sitio determinado para hacer dicha profesión, todos los que allí estaban, mutuamente unos a otros lo iban nombrando con ruidosa aclamación de enhorabuenas. Así, entre todos, formaban una voz y murmullo: “¡Victorino, Victorino!”; y cuando la aclamación hubo terminado, pronunció él con noble y excelente confianza su protestación de la fe verdadera (138).

Agustín, en este punto, encendido en deseos de imitar aquel ejemplo, experimentó un impulso divino de manifestarlos; mas, rendido a la fuerza de la pasión, no pronunció una palabra y quedó reflexionando con los ojos clavados en el horizonte crepuscular del campo que por la ventana se descubría.

—Más aún, ¡oh querido Agustín! —prosiguió Simpliciano—: en tiempo del emperador Juliano

se promulgó aquella ley rigurosa contra los cristianos, en la cual se les prohibía que enseñasen letras humanas y Retórica, y Victorino, conformándose con dicha ley, quiso más abandonar la cátedra en que enseñaba Elocuencia que dejar la divina palabra.

El abad se quedó callado un instante, observando en el rostro del interlocutor una mudez de estatua de ojos cerrados.

Eso mismo que oía Agustín era lo que deseaba poner por obra y por lo que suspiraba; pero estaba aprisionado, no con grillos y cadenas de hierro, sino con la obstinación de su propia voluntad. Porque, de haberse la voluntad pervertido, pasó a ser apetito desordenado; y de ser éste servido y obedecido, vino a ser costumbre, y no siendo ésta refrenada, se hizo necesidad como naturaleza (139).

Púsose en pie y dijo:

—Padre, dejadme pensarlo a solas. Estoy profundamente conmovido con este relato.

—Vete en paz, y cúmplase la voluntad divina.

Estaba ya para partirse el profesor, cuando el abad, muy discretamente, le invitó a mostrarle el eremitorio. Accedió el visitante y pasaron a ver algunos aposentos espaciosos que servían de enfermería, de refectorio, salones para conferencias espirituales y para otros menesteres de los ermitaños, y, por último, entraron en el templo, espa-

cioso y desprovisto de ornamentación y riqueza. En seguida subieron a un montecillo desde donde columbrábase multitud de chozas y casitas silenciosas, diseminadas por valles y colinas. En lontananza se divisaban selvas cuajadas y en parte cultivadas por los siervos de Dios.

—Mira, cada individuo ocupa una ermita; hay doscientos eremitas de toda edad y condición: pobres, ricos, letrados, nobles y plebeyos. Pasan el día, bien distribuído, en oración y penitencia, en el estudio y el trabajo manual, sin visitarse ni hablarse siquiera; andan descalzos. Algunos se dedican a la agricultura; otros, a la cría de aves y animales de corral; otros fabrican manufacturas, como esteras, cestos, urdimbres varias, que enviamos al mercado; todos los domingos y festividades nos reunimos en la iglesia, nos confesamos y recibimos la sagrada eucaristía y celebramos colación o conferencia espiritual; ese día comemos en comunidad, sin hablar, oyendo la lectura de la Biblia; al atardecer, los enfermos se quedan aquí; los demás se retiran a sus ermitas, donde duran toda la semana comiendo pan y agua y algunas legumbres y verduras. Hace pocos años todo este panorama veíase selvático y pantanoso, y ahora, ¡mira qué labranzas!, ¡qué hortalizas!, ¡qué huertos!

Y recalcó el abad:

—He dicho que muchos estudian, y añado que

muchos se dedican a enseñar por los pueblos de esta comarca, y otros a predicar el reino de Dios.

Agustín clavaba los ojos en el horizonte, bañado por las luces del ocaso, y gozaba y sufría, a la vez, las más encontradas impresiones.

—No me preguntes, hijo mío, si son felices los ermitaños. Vinieron espontáneamente, y todos los caminos los tienen libres para volverse al mundo. Son pobres, son castos y renuncian a su propia voluntad. Algunos claudican; pero la mayoría hacen de esta soledad un paraíso de delicias, trabajando por su propia santificación, por la salvación del mundo y aspirando a la posesión del cielo.

Los arreboles últimos de la tarde esfumábanse echando ya sobre los montes de Brianza las primeras sombras.

—¿Quieres ver una escena encantadora?

Embocó una trompetilla que traía colgada a la correa de la cintura, tocó tres veces y dijo:

—Es el toque de oración del crepúsculo. Pronto oirás cómo repiten el toque, de ermita en ermita.

Con efecto, de cada tugurio salía la voz de otra trompetilla sucesivamente, propagando cada vez más lejos la señal hasta perderse en los últimos confines, solemnemente, quedamente, místicamente.

—Ahora comenzarán su oración todos y durará como una hora.

Emocionóse el tagastino otra vez muy mucho, y estuvo a punto de llorar. Ya no quiso repetir la

pregunta hecha al principio: ¿Qué debo hacer para ser bueno?, porque doscientas voces le respondían:

—Orar, orar, orar.

Agustín regresó a Milán bañado el cuerpo en las sombras de la noche; pero ¿entreveía ya con los ojos del alma los rosicleres de una aurora divina? Y ¿no llevaba esbozada la concepción de una Orden, en cuyo escudo heráldico brillase este lema: A la felicidad, por la ciencia y el amor: *Scientia et Caritas?*

XXVI

La conversión

La nueva voluntad que el hijo de tantas lágrimas tenía de servir a Dios con perfección no era bastante fuerte todavía para vencer la otra voluntad primera, que con el tiempo se había hecho poderosa. Así, estas dos voluntades, una antigua y otra nueva, aquella carnal y esta otra espiritual, batallaban entre sí, y con esta discordia destrozan su corazón. Ni ya le podía valer aquella excusa con que antes solía persuadirse a sí mismo: que el no acabar de despreciar el mundo y dedicarse a servir a Dios consistía en que aún no estaba cierto de haber hallado la verdad, porque entonces ya lo estaba. Mas, atado todavía a las cosas de la tierra, rehusaba alistarse en la sagrada milicia; y tanto temía el librarse de todos los impedimentos, cuanto debiera temer el no estar libre de ellos. Así, con la pesada carga de las cosas del mundo se hallaba gustosamente oprimido, como

sucede con un pesado sueño, que, no pudiendo uno vencer la gana vehemente de dormir, vuelve a sumergirse en lo profundo del sueño. No tenía que responder, cuando recordaba haber leído en el Apóstol: “Levántate de ese profundo sueño en que te hallas, acaba de salir de entre los muertos y recibirás la luz de Jesucristo”; no tenía que responder sino estas palabras soñolientas: “Luego al punto, sí, luego al instante; déjame estar otro ratito”. Pero este luego no tenía término, y el déjame otro ratito, iba muy largo (140).

Un día, pues, estando ausente Nebridio, fué a casa de Agustín, donde se hallaba su inseparable Alipio, llegó, digo, el devoto Ponticiano, que frecuentaba el templo y hacía oración dilatada y ferviente. Sentáronse los tres para hablar, y sobre una mesa de juego, que había delante de ellos, estaba por casualidad un libro. Ponticiano lo tomó, lo abrió y halló que eran las cartas de San Pablo; lo que le sorprendió mucho, porque juzgó que sería algún libro de Retórica. Entonces Ponticiano se sonrió, mirando a Agustín, como quien se complacía y le daba la enhorabuena.

—¿Qué es esto, Agustín? ¿Vos leyendo a San Pablo? Nunca os he visto empleado en estas ocupaciones, por muchas que han sido las veces que he pisado esta casa.

—No os admiréis más, porque habéis de en-

tender que esta lectura me ocupa con preferencia a todo otro cuidado desde hace días.

Ponticiano aprovechó la oportunidad para hablar de asuntos religiosos, y de buenas a primeras les descubrió cómo estaba leyendo cierto libro que relataba sorprendentes cosas de virtud, que un monje llamado Antonio en los desiertos de Egipto ejecutaba.

Agustín y Alipio espantábanse oyendo la relación de tantas y tan estupendas maravillas, las cuales, además de ser muy probadas, estaban tan recientes, que habían sucedido casi en aquellos mismos días.

De aquí vino a parar su conversación en tratar de los muchos siervos de Dios congregados en los monasterios, de las costumbres y métodos de vida que observaban, y, finalmente, de los muchos virtuosos varones que poblaron las soledades del yermo; de todo lo cual nada sabía Alipio hasta entonces, y Agustín, hasta el día anterior en que había visitado el de las cercanías de Milán, muy en secreto.

Prosiguió Ponticiano hablando del mismo asunto, y ellos oyendo con atención, y les contó, entre otras cosas, que hallándose una vez en la ciudad de Tréveris sucedió que mientras el Emperador asistía a los juegos circenses, que se tenían después del mediodía, se había salido él con tres amigos suyos a pasear por unas huertas que estaban

contiguas a los muros de la ciudad, y que, estando en ellas, se pusieron a pasear de dos en dos, según los combinó entre sí la casualidad. Ponticiano, con uno de ellos, echó por una parte, y los otros dos por otra, y se fueron alejando los unos de los otros; los primeros siguieron su paseo sin rumbo, vinieron a parar en una pobre casilla en que habitaban algunos siervos de Dios que profesaban la pobreza de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos, y allí encontraron un libro en que estaba escrita la vida del santo abad Antonio. Comenzó a leerlo uno de ellos y a admirarse y a encenderse en devoción; al mismo tiempo que leía, iba pensando en abrazar aquel género de vida, dejando todos los empleos y ocupaciones del siglo, donde aquéllos eran agentes de negocios del Emperador, es decir, portadores y ejecutores de sus órdenes. Y repentinamente, enojándose contra sí mismo, habló al otro amigo de este modo:

—Ruégote que me digas: ¿A dónde pretendemos llegar nosotros con todas nuestras fatigas? ¿Qué es lo que buscamos? ¿Cuál es el fin con que seguimos la Corte? ¿Podrá nuestra esperanza prometerse mayor fortuna en palacio que llegar a ser amigos del Emperador? Y ¿qué hay en este punto que no sea de corta duración y lleno de peligros? Y ¿por cuántos peligros hay que pasar precisamente para llegar a ese peligro más

grande? Y ¿cuánto tiempo será necesario para conseguir esto, siendo así que, si quiero ser amigo de Dios, en este mismo instante lo puedo ser?

Dichas estas palabras, y como atribulado con el proyecto que había concebido de mudar de vida, volvió los ojos al libro, y, conforme iba leyendo, se iba mudando en su interior y su alma se iba desnudando de los afectos del mundo. Porque, mientras leyó y se agitó su corazón con las olas de varios afectos y pensamientos, dió algunos grandes suspiros y dijole al amigo:

—Estoy ya enteramente separado de todo lo que hasta ahora fué objeto de nuestras esperanzas: estoy resuelto a servir a Dios, y quiero comenzar desde este punto y en este mismo sitio. Si tú no te hallas en estado de seguir mi ejemplo, no quieras oponerte a mi designio.

El otro le respondió que quería serle compañero en tan digna servidumbre y en recibir el gran premio que le correspondía. Así, quedándose entrambos a ser siervos de Dios, dejaron todas las cosas del mundo.

Mientras tanto, Ponticiano y su compañero, que se paseaban por otras partes, después de haberlos buscado algún tiempo, llegaron a aquella misma casilla; y habiéndolos hallado, les dijeron que ya era hora de volverse, porque se iba acabando la tarde; pero ellos, después de explicarles lo sucedido, les suplicaron que, si no querían quedarse a

acompañarlos, no los molestasen tirando a disuadirlos. Ponticiano y el compañero no sintieron vocación de ermitaños, y después de darles piadosas enhorabuenas por su determinación y encomendarse a sus oraciones, se volvieron a palacio, quedando los otros dos en la casilla.

Y es de notar, según refirió Ponticiano, que estos dos estaban ya desposados con esponsales; y luego que sus prometidas supieron lo que habían de ser sus maridos, imitaron su ejemplo y consagraron a Dios su virginidad.

Todo esto que contaba Ponticiano le obligaba a Agustín a volver en sí, y se veía y se horrorizaba y no tenía a donde huir de sí mismo. De este modo se consumía interiormente y se cubría su alma de una vehemente y horrible confusión y vergüenza.

Acabada la plática, y concluído el negocio a que Ponticiano vino, se marchó. Y Agustín, entonces, ¿qué cosas no dijo contra sí? ¿Con qué aspereza de sentenciosas palabras no estimuló a su alma para que le ayudase a ir tras de Dios? Agustín rehusaba la conversión, pero no se excusaba. Todos los argumentos y pretextos que hasta entonces había alegado estaban ya deshechos.

Entonces, en medio de la gran contienda que en lo más íntimo del corazón se había excitado, Agustín, lleno de turbación, así en el ánimo co-

mo en el rostro, se volvió hacia Alipio atropelladamente y exclamó diciendo:

—¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿Qué es lo que nos sucede? ¿Qué has oído? Levántanse de la tierra los indoctos y se apoderan del cielo; y nosotros, sin juicio ni cordura, ¿nos estamos revolcando en el cieno de la carne y de la sangre? ¿Por ventura nos da vergüenza el seguirlos porque ellos van delante? Y ¿no tendremos vergüenza siquiera en no seguirlos?

Dijo no sé qué otras cosas a este modo y, cogiendo el libro de las Epístolas de San Pablo que había en la mesa, arrebatado del ímpetu de su interior congoja, se apartó de Alipio, que sin hablar palabra, atónito y espantado, lo miraba, ya porque no hablaba las cosas que solía, ya porque echaba Alipio de ver que con las mejillas, con los ojos, con el color, con el tono de la voz explicaba Agustín el estado de su alma más que con las palabras.

Había un huerto pequeño, según está dicho, en la casa, al cual fué conducido Agustín por su propio desasosiego para que nadie impidiese la encendida guerra que contra sí mismo había empezado. Retiróse, pues, allí, siguiéndolo Alipio sin apartarse un paso. Y ¿cómo había de dejarlo viéndolo en aquel estado? Sentáronse lo más lejos de la casa que pudieron, y allí bramaba enfurecido contra sí mismo, reprendiéndose con un

enojo inquietísimo la falta de resolución para convertirse a Dios. Y, entre las ansias que padecía, se arrancaba los cabellos, se golpeaba la frente y con las manos cruzadas se apretaba las rodillas. De este modo se atormentaba, y dando vueltas y más vueltas en los mismos lazos que lo oprimían hasta que se acabase de romper todo aquello por donde estaba aprisionado, que era poco. Así la gracia de Dios, allá, en lo interior de su alma, estimulábalo para que se diese prisa en romper aquello poco y tenue que restaba de sus prisiones, no sea que volviera a fortificarse y se atase entonces más apretadamente.

—¡Ea —decía en su interior—, hágase al instante; ahora mismo se han de romper estos lazos!

Ya casi lo hacía, y realmente lo dejaba de hacer. Las cosas más frívolas, que solamente son vanidad de vanidades, esto es, sus amistades antiguas, éstas eran las que lo detenían y, como tirándole de la ropa, parece que le decían en voz baja:

—Pues qué, ¿nos dejas y nos abandonas? ¿Desde este mismo momento no hemos de estar contigo jamás? ¿Desde este punto nunca te será permitido ésto ni aquéllo?

Pero ya los oía tan tenuemente, que era mucho menos de la mitad respecto de antes; ni le contradecían, como antes, cara a cara, sino murmurando a espaldas suyas, y como llamándolo y tirán-

dole por detrás para que volviese a mirarlas. No obstante, retardaba su conversión por no tener valor para separarse de ellas con aspereza, y sacudirse de sus importunaciones para seguir su vocación, porque la costumbre no cesaba de decirle:

—¿Imaginas que has de poder vivir sin estas cosas?

A la vez sentía también a su lado la personificación de la virtud de la pureza célibe con rostro majestuoso y alegre, con cuya gravedad y compostura le halagaba honestamente, para que llegase a donde ella estaba y desechase enteramente las vacilaciones que lo detenían; además, extendía ella sus piadosos brazos para recibirlo en su seno, rodeada de gran multitud de almas continentales, con cuyo ejemplo lo animaban. Allí había innumerables personas de diferentes edades; allí, una multitud de mozos y doncellas; allí, otros muchísimos de mayor edad, venerables viudas y vírgenes, ya ancianas; pero en todas estas innumerables personas la continencia no era estéril, antes bien, era fecunda de gozos espirituales, nacidos de tener a Dios por esposo. Y la pureza, como burlándose de él con sonrisa graciosa que convidaba a seguirla, parece que le decía:

—Pues qué, ¿no has de poder tú lo que han podido y pueden todos éstos y éstas? ¿Por ventura lo que pueden lo pueden por sus propias fuerzas, o por las que la gracia de Dios y Señor les ha comu-

nicado? Su Dios y Señor les dió la continencia; pues yo soy dádiva suya. ¿Para qué te estribas en tus propias fuerzas, si éstas no te pueden sostener ni darte firmeza alguna? Arrójate con confianza en los brazos del Señor y no temas, que no se apartará para dejarte caer. Arrójate seguro y confiado, que Él te recibirá en sus brazos y te sanará de todos tus males.

Por su parte, las fruslerías de la pasión murmuraban a su oído, para tenerlo suspenso y sin acabar de resolverse. Entonces de nuevo la continencia parece que le decía:

—Hazte sordo a las voces inmundas de tu concupiscencia, que así ella quedará enteramente amortiguada. Ella te promete deleites, pero no pueden compararse con los que hallarás en la ley de tu Dios y Señor.

Toda esta contienda pasó dentro de su corazón, batallando contra sí mismo. En tanto Alipio, que no se apartaba de su lado, aguardaba silenciosamente a ver en qué venían a parar los desusados movimientos y extremos que Agustín hacía.

Luego que por medio de estas reflexiones se conmovió hasta lo más oculto que había en el fondo de su corazón, y, condensada su miseria, se elevó cual densa nube, formóse en su interior una tempestad muy grande, cargada de copiosa lluvia de lágrimas. Para poder libremente derramarla toda y desahogarse en sollozos y gemidos,

se levantó de donde estaba Alipio, y se apartó de él cuanto era necesario para que ni aun su presencia le estorbase. ¡Tan grande era el deseo que tenía de llorar entonces! Bien lo comprendió Alipio, pues no sé qué dijo Agustín al levantarse de su lado, que en el sonido de la voz se descubría que estaba cargado de lágrimas y como reventando por llorar; lo que a él le causó admiración extraordinaria y espanto, y le obligó a quedarse solo en el mismo sitio en que estaban sentados.

Fuése Agustín y se echó debajo de una higuera, y, soltando las riendas al llanto, brotaron de sus ojos dos ríos de lágrimas que Dios recibía como sacrificio de mucho agrado, y exclamó:

—Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo habréis de mostraros enojado? No os acordéis ya de mis maldades antiguas.

Y aludiendo a las pasiones que lo tenían preso, decía a gritos con lastimeras voces:

—¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga *mañana, mañana*? Pues ¿por qué no ha de ser en este día y desde luego? ¿Por qué en esta misma hora el poner fin a todas mis maldades?

Estaba diciendo esto con amarguísima contrición, cuando he aquí que de la casa inmediata oyó una voz, como de un niño, que cantaba y repetía muchas veces:

—Toma y lee, toma y lee.

Agustín, mudando de semblante, se puso luego al punto a considerar con particular cuidado si por ventura los muchachos solían cantar aquello o cosa semejante en alguno de sus juegos, y de ningún modo se le ofreció que lo hubiese oído jamás. Así, reprimiendo el ímpetu de sus lágrimas, se levantó de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz sino como una orden del cielo, en que se le mandaba que abriese el libro de las Epístolas de San Pablo y leyese el primer capítulo que casualmente se le presentara. Volvió, pues, a toda prisa al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el libro del Apóstol cuando se apartó. Agarró el libro, lo abrió y leyó el capítulo que primero se presentó a sus ojos y leyó: “No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo.”

No quiso leer más adelante, ni tampoco era menester, porque, como si se le hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas. Entonces cerró el libro, dejando metido un dedo entre las hojas para notar el pasaje, y con el semblante ya quieto y sereno le significó a Alipio lo que le pasaba. Y él, para darle a entender lo que también le pasaba en su interior, pidió que le mostrara el

pasaje, se lo leyó y él prosiguió el texto, que decía: “—Recibid con caridad al que todavía está flaco en la fe.”

Lo cual se lo aplicó a sí, según le manifestó Alipio, quien quedó tan fortalecido con esta especie de aviso del cielo, que, sin turbación ni detención alguna, se unió al buen propósito del otro, que era tan conforme a la pureza de sus costumbres (141).

Desde allí se dirigieron al aposento de Mónica, y contándole todas las circunstancias del suceso, ésta no cabía en sí de gozo ni sabía qué hacerse de alegría, ni cesaba de bendecir a Dios y darle gracias, viendo que le había concedido mucho más de lo que ella solía suplicar, pues Agustín ya no pensaba en matrimonio ni en cosa alguna de este siglo, sino en ser siervo de Dios.

Mónica y el hijo, sentados en un banco rústico de tabla situado dentro de la casa, junto a una ventana que daba al huerto, presentaban un grupo admirable de todo punto. Ambos, después de los extremos de alegría, quedaron sosegados y quietos: ella, vestida con tocas blancas como la pureza, que enmarcaban una frente levantada, fijos en el cielo aquellos ojos negros y melancólicos, como hechos para llorar, y ahora muy iluminados como por el éxtasis; él, a su lado, en leve penumbra, envuelto en amplio manto, una mano puesta sobre el regazo materno y oprimida

por las de ella, miraba también al cielo, pero con menos vivacidad, y apoyado el codo del otro brazo sobre la rodilla y con el puño sosteniendo la barba, como quien no tiene aún fortaleza suficiente para penetrar los misterios de Dios; ella, sonriente e inundada de ventura; él, meditabundo; ella, dulce y clarificada; él, varonil y grave; ella, cisne en el ocaso de la vida; él, águila oteando los ámbitos celestes para ensayar sus vuelos.

Al verlos así, Alipio pensó:

—Se ha cumplido el sueño misterioso: el hijo de tantas lágrimas está ya en la misma regla o tabla de salvación que su madre.

XXVII

24 de abril del año 387 .

La conversión de Agustín sucedió a principios de agosto del 386, pues él nos refiere que faltaban para las vacaciones finales del curso unos veinte días, y las vacaciones comenzaban el 22 del propio mes, según las últimas disposiciones de los emperadores Teodosio y Valentiniano II (142).

“¡Oh, cuán dulce y gustoso —prorrumpe el convertido— se me hizo repentinamente el caer de los deleites, delicias y vanidades que me tenían preso! Pues, si antes me daba susto perderlas, después me daba gusto el dejarlas. Porque Vos, Señor, que sois la suma y verdadera delicia, las echabais fuera de mi alma; y no solamente las echabais fuera, sino que en su lugar entrabais Vos, que sois soberana dulzura y superior a todos los deleites, aunque imperceptible por la carne y sangre; entrabais Vos, que sois más cla-

ro, hermoso y transparente que toda luz, aunque más escondido y secreto que todo lo secreto y escondido; entrabais Vos, que sois más excelso, sublime y elevado que todos los honores, aunque no para aquellos que se tienen por grandes a sí mismos. Ya mi alma se veía libre de los congojosos cuidados que causa la ambición de las dignidades, la codicia de los intereses, el deseo de saciar sus apetitos y de hallar medios con que avivar y excitar los delitos sensuales, y sólo me gustaba hablar de Vos, Dios mío y Señor mío, que sois mi gloria, mis riquezas, mi salud" (143).

Resuelto, pues, a practicar vida célibe y eremítica, y a entregarse al estudio de la Religión verdadera y a la práctica de las virtudes, pensó primeramente en renunciar la cátedra oficial que desempeñaba; pero, por no llamar la atención general de la Corte hacia sí, por no perjudicar a los discípulos en sazón tan inoportuna y por sentimientos de gratitud hacia los padres de los alumnos, que se sentían muy satisfechos de sus explicaciones y conducta para con sus hijos, resolvió perseverar hasta el fin del curso, sin que el público se enterase de su resolución de entrar de lleno en la vida del cristianismo.

Otra razón le movía a retirarse de aquel magisterio, y era que hacía algún tiempo venía sufriendo del pecho en tal forma, que no podía es-

forzar la voz ni hablar siquiera quedamente por mucho rato, y así su decisión de abandonar el oficio era firmísima, si bien guardó secreto y recomendó a sus amigos y familiares que no divulgasen la noticia.

Mientras tanto, buscaba con cautela una casa de campo a donde retirarse con todos éstos, la cual no tardó en ser encontrada mediante la generosidad de un amigo suyo, llamado Verecundo, comprofesor de Milán, quien se la ofreció muy de grado, no sólo por el aprecio grandísimo que le profesaba, sino por haber influído Agustín con Nebridio para que éste se encargara provisionalmente de la cátedra que regentaba Verecundo, mientras el titular se desembarazaba de algunos negocios que lo embargaban con instancia.

Arreglado así el proyecto de la renuncia y de su retiro al campo, prosiguió Agustín unos días sus explicaciones, y redobló sus actos de adhesión a la doctrina evangélica y al ejercicio de la santidad, aleccionado por su buena madre, en íntima y dulcísima compenetración de ideas y de afectos.

“—En verdad, Dios mío —exclama Agustín (144)—, las saetas de vuestro amor y caridad habían traspasado ya mi corazón, y tenía impresas vuestras palabras en lo íntimo de mi alma; ya los ejemplos de vuestros fervorosos siervos, que

vuestra gracia había hecho pasar de las tinieblas a la luz, y de la muerte a la vida, reunidos todos en el seno de mi memoria, eran como brasas encendidas que consumían toda la escoria de los pasados afectos terrenos e impedían caer en la tibieza y negligencia a que insensiblemente van arrastrando las cosas de este mundo.”

Llegada la fecha de las vacaciones, tardó aún como un mes en realizar su traslado a Casicia-co, que así se denominaba la quinta, sin que se conozca la causa de la demora en salir de la Corte.

¿Quiénes lo acompañaron? Su bendita madre, el niño Adeodato, Navigio, hermano de Agustín; Lastidiano y Rústico, sus primos; Alipio, el inseparable, y dos hijos de Romaniano, que estaban educándose especialmente con Agustín, llamados Licencio y Trigecio; también se asoció Evodio, joven recién convertido. ¡Rara coincidencia: todos de Tagaste, excepto el nieto! Falta Verecundo, que, por razón de estar casado y otros motivos de hombre principal, no pudo retirarse a su finca, aunque lo deseó muchísimo. Más tarde recibió las aguas del sagrado bautismo y murió en la paz de Dios. Nebridio, el simpático Nebridio, tampoco pudo acompañar a su maestro, y, retenido en el siglo, entró luego en el seno del catolicismo, más tarde regresó a Carta-

go, convirtió a todos los del hogar paterno y acabó sus días en breve para recibir el premio de su fe y de su bondad.

¡Casiciaco! ¿Qué era Casiciaco? Una finca agrícola con casa de recreo, no muy distante de Milán. A ella se dirigió la colonia tagastina, a caballo, dejándose guiar de sus aficiones a la equitación, como buenos nómadas. Condujeron, esto no obstante, una litera, en obsequio de la buena viuda, por si acaecía algún suceso desagradable, dada la fragosidad de los caminos de herradura. Hallábase la casa sobre una colina, y resguardada, por detrás, al norte, por un grupo de montículos más altos. La vista se explayaba por todas partes, divisando ciudades y pueblos pintorescos, valles y montículos, lagos azulados y resplandecientes y las cordilleras verdosas que en la lejanía formaban los límites de un panorama variadísimo, lleno de sol y deliciosa calma. Muy cerca de la casa veíase un arroyo casi seco que las lluvias transformaban en torrente; próximo también extendíase un prado hermoso con árboles, para pasear, y además un valle algo inclinado, salpicados los alrededores de alamedas y huertas, muy a propósito todo el conjunto para el descanso y los ejercicios del estudio y de la penitencia.

Agustín, más de una vez, había visitado en Ro-

ma la colina de Túsculo, donde el autor del *Hortensio* derrochaba la fama de su magnificencia intelectual, y no le pasó por las mientes, ahora, que Casiciaco había de constituir un sitio en que él dejaría recuerdos imborrables de su talento filosófico y de su corazón arrepenido. Atenas posee los jardines de Academo; la isla de Rodas cuenta con la colina de Zimboli, en la cual Eschines, desterrado, fundó escuela de Oratoria; Atica ofrece al historiador el famoso cabo marítimo de Sumnio; pero Casiciaco se registra en los anales de la historia eclesiástica como el punto donde se ensayó una academia de filosofía y el proyecto de la fundación de una Orden religiosa.

Aquí ocupaba sus actividades Agustín en estudiar de preferencia las cuestiones religiosas como preparación para recibir el bautismo, dejándose llevar de la fuerza de su inclinación al bien y a la verdad, esforzada por la eficacia de los socorros divinos: oraba en privado, fomentaba la plegaria colectiva, brotaban de sus labios consejos y documentos admirables de perfección, hacía que su madre tomara parte en las conferencias, leía con respeto y veneración los Libros sagrados, practicaba la frugalidad en la mesa y la pobreza en el vestido, domaba las rebeldías de la carne con abstinencias y mortificaciones, y, en suma, daba muestras de que su vocación era ver-

dadera y de que su correspondencia a la gracia estaba garantizada por el éxito.

Véase lo que él manifiesta en los siguientes párrafos (145):

“¡Qué voces os daba yo, Dios mío, cuando hallándome desocupado en aquella quinta, no obstante ser todavía catecúmeno y bisoño en amaros con verdadero amor, acompañado también de Alipio, que era también catecúmeno, me ocupaba en leer los salmos de David, cánticos llenos de las verdades de nuestra fe, cantares que inspiran piedad y devoción y excluyen todo espíritu de soberbia! Nos acompañaba mi madre, que, aunque mujer por el traje, era varón en cuanto a la firmeza de su fe, y a todos atendía con esa serenidad que da la edad madura, con ternura de madre amante y con piedad de cristiana fervorosa.

¡Qué voces os daba yo, Señor, leyendo aquellos salmos, y cómo ellos me inflamaban en vuestro amor y encendían en vivísimos deseos de irlos publicando por todo el mundo, si me fuera posible, para confundir la hinchazón y soberbia del género humano!

¡Ah, Señor, cuán viva y vehemente me indignaba contra los maniqueos, porque tan locamente procedían contra aquel antídoto que podía curar las dolencias de su alma! Aunque, por otra parte, me daba lástima que ignorasen aquellos

misterios, que eran las medicinas más conducentes a su salud. Quisiera que hubieran estado allí en un sitio inmediato y que, sin saberlo yo, hubieran visto entonces mi semblante y hubieran oído las voces que daba para explicar los sentimientos y afectos que en mi alma había producido la lectura...

Al mismo tiempo que con los ojos del cuerpo iba leyendo estas cosas y con los del espíritu las iba conociendo, prorrumpía en varias exclamaciones, ordenadas a no querer dividir mi corazón amando la diversidad y multiplicidad de bienes terrenos...

¿Cómo podré recordar ni referir todos los beneficios y dulzuras que experimentó mi alma en aquellos días que estuvimos allí desocupados? Pero no tengo olvidado, ni quiero pasar en silencio, el riguroso azote con que me castigó vuestra justicia y la admirable prontitud con que me remedió vuestra misericordia. Dispusisteis, Señor, que me acometiese un gran dolor de dientes, que me mortificaba sobremanera; y habiéndome agravado tanto que ya no podía hablar, se me ofreció al pensamiento suplicar a todos mis amigos que me acompañaban que rogasen por mí a Vos, que sois Dios y Señor de toda salud. Escribí esto en una tabla encerada y se la dí a ellos para que lo leyesen. Y lo mismo fué ponernos de rodillas para haceros la súplica, que desaparecer aquel dolor.

Pero ¿de dónde procedía aquel dolor?, y ¿cómo desapareció tan repentinamente? Confieso, Dios y Señor mío, que me quedé espantado, porque en toda mi vida no había experimentado cosa semejante.

Este admirable suceso grabó en mi corazón la idea que yo debía formar de la eficacia de vuestro poder, y, alegrándome mucho de la fe que ya tenía en Vos, alabé vuestro santo nombre. Pero esta misma fe no me dejaba tener seguridad y quietud a vista de mis pecados anteriores, que todavía no se me habían perdonado por medio de vuestro santo bautismo” (146).

Este admirable suceso grabó en mi corazón gana motivada por la enfermedad del pecho en dirigir los trabajos agrícolas de la finca, en proseguir el ejercicio del magisterio privado con Licencio y Trigeo, leer a Virgilio, su poeta favorito, y el *Hortensio*, unas veces yendo de paseo, otras sentado al pie de un árbol, y, cuando el tiempo impedía las salidas al aire libre, reclusándose en el salón de baños, sin dejar por eso de comunicarse con algunos amigos, Romaniano y Nebridio, por ejemplo, por medio de epístolas edificantes.

Para sus enseñanzas tomaba materia, unas veces, del curso rumoroso del torrente; otras, de la

riña de los gallos domésticos; otras, del canto de los salmos que oía entonar a los jóvenes; otras, de los obsequios que le hizo su madre el día de su cumpleaños, 13 de noviembre, y aun hubo noche que, estando desvelados a causa del rumor del torrente que cerca pasaba, distrajo la vigilia cuestionando desde las camas sobre el orden y el desorden de las cosas, elevando la conversación a un plano profundamente metafísico.

Además, Agustín, una vez acostados todos, solía continuar entregado al estudio y ordenando los apuntes que de la lectura tomaba. Cuatro obras filosóficas compuso en este tiempo en forma de diálogos, a saber: *Contra académicos*, *El orden*, *La vida feliz* y los *Soliloquios*, las cuales venían a ser el resultado de las cuestiones que proponía el jefe de aquella academia.

En estas ocupaciones transcurrió el tiempo hasta la cuaresma del año 387, fecha en la cual tenía que dejar el retiro de Casiciaco y regresar a Milán para asentarse en el registro de los competentes y ser bautizado. El registro abría desde la Epifanía del Señor.

“Alipio quiso —escribe Agustín— acompañarme también en renacer a Vos, para lo cual se había preparado diligentemente, estando adornado ya con tan gran humildad cual conviene para poder participar de vuestros Sacramentos, y con

tan grande y rigurosa mortificación de su cuerpo, que se atrevió a andar descalzo por aquella tierra de Italia, que se hallaba cubierta de hielo, no estando él acostumbrado a eso.

Juntamos también con nosotros al joven Adeodato... Vos, Señor, le dotasteis de unas cualidades muy buenas y excelentes. Aún no tenía quince años, y ya se aventajaba en el ingenio a otros muchos que por la edad y literatura pasaban por hombres graves y doctos... El que yo lo criase enseñándole vuestro temor y doctrina, Vos, Señor, me lo inspirasteis y no otro alguno... Bien presto lo sacasteis de este mundo; por eso me acuerdo de él ahora con mayor seguridad, pues ni en la niñez ni en la adolescencia, ni en toda su vida encuentro cosa alguna que de ningún modo pueda darme cuidado" (147).

Estaba Agustín muy bien instruído en la catequesis religiosa, y solamente por ritualismo hubo de sufrir exámenes y pruebas. También cumplió con tanta humildad como alegría de espíritu los ayunos y abstinencias del caso, no menos que las ceremonias de los exorcismos.

En aquel tiempo, sólo una o dos veces al año, salvo excepciones, se administraba solemnemente el bautismo a los neófitos; era la principal en la noche del Sábado Santo, que aquel año cayó el 24 de abril, para amanecer resucitados a la gracia el día de Pascua. Había un solo bap-
tismo

terio en cada ciudad. En Milán refiérese que estaba situado en la iglesia llamada de San Juan Bautista y hogaño de San Agustín. Consistía el baptisterio en una piscina, en cuyas aguas se sumergían parcialmente los bautizados.

Llegada la hora y concluído el rezo nocturno, se destacan en el cuerpo de la iglesia los que van a ser bautizados. Un grupo llama la atención muy en particular: Agustín, sabio famoso; Alipio, jurisconsulto, y el jovencito Adeodato, guiados por la santa viuda Mónica. Al verlos pasar, una ola de silencio augusto contiene hasta la respiración de los curiosos; los cristianos oran y alaban a Dios por tan hermosa conquista.

Sale el obispo Ambrosio revestido de los ornamentos sagrados, se arrodilla ante el altar, ora un instante y desciende hasta el lugar del baptisterio. Agustín, quitada su ropa ordinaria, está vestido con una túnica larga y parda, cerca de la piscina, de rodillas, vuelta la cara al Occidente; a una señal del obispo, levántase y se vuelve hacia el Oriente, símbolo de la gracia sobrenatural que va a recibir; luego se aproxima al borde de la piscina que presenta sus aguas cristalinas y sosegadas, en las que se refleja un *Agnus Dei* incrustado en el muro; desciende por unas gradas de piedra hasta el fondo, y se sumerge, exclamando con voz devota y conmovida: *Creo en Dios Padre*; sale de la piscina, vuelve a descen-

der y a sumergirse, y exclama: *Creo en Jesucristo*; torna a repetir las ceremonias, y, en conclusión, pronuncia: *Creo en el Espíritu Santo*. Entonces el obispo acércase a la piscina, coge agua con una concha grande, la derrama sobre la cabeza y el cuerpo de Agustín, pronunciando solemnemente: *Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Sálese de la piscina, suben al pavimento de la iglesia, el obispo se ciñe una toalla, se hinca de rodillas ante el bautizado, le lava los pies, le ayuda a vestir una túnica blanca, tejida por su madre y por mamá Pelagia, y a la sazón humedecida por lágrimas de emoción triunfante; recibe Agustín también un cirio encendido, que representa el casto fuego del cristianismo, y se dirige, después de bautizados todos, al altar para recibir la sagrada comunión, que regocija y renueva la juventud del alma.

La tradición enseña que entonces Ambrosio, al presentir en Agustín uno de los más gloriosos triunfos de la Iglesia, orlado de la aureola de la sabiduría y la castidad heroica, acompañado de una mujer modelo de esposas y de madres cristianas, Mónica, profirió por vez primera estas palabras:

—A ti, oh Dios, te alabamos; a ti por Señor te confesamos.

Y Agustín, no pudiendo contener los ímpetus

de devoción y agradecimiento, se hiergue y agregue con entonación de serafín:

—A ti, Padre Eterno, te reconoce y venera toda la tierra.

Y así, alternando el anciano obispo y el joven inspirado, improvisan el *Te Deum*, que es el canto de un cisne moribundo y el grito de un águila caudal, himno de acción de gracias que los siglos cantando con creciente gozo están, cual lo cantan también los serafines, y que Dios ha de oír siempre jamás.

FIN

PASAJES CITADOS

- (1) Epist. 16.
- (2) Vit. S. Aug. a S. Pos., 1.
- (3) Conf. IX, 8.
- (4) Idem, 10.
- (5) Idem, 9.
- (6) Idem, 20.
- (7) Idem, 11.
- (8) Idem, 13.
- (9) II, 4.
- (10) Idem, 3.
- (11) Serm. 355, n. 4.
- (12) Conf. II, 2.
- (13) IX, 10.
- (14) II, 4.
- (15) IV, 2.
- (16) III, 4.
- (17) Idem, *id.*
- (18) Conf. III, 5.
- (19) Idem, 6.
- (20) De haeres., XLVI.—Cont. Faust., XV, 7.
- (21) Conf. III, 6.
- (22) IV, 1.
- (23) I, 11.
- (24) Serm. XIX, n. 4.—Serm. de Urb. excid.
- (25) Conf. I, 14.

- (26) Epist. 93, n. 17.
- (27) Gest. prim. Cognit. Cf. 181.
- (28) Conf. IV, 2.
- (29) IX, 6.
- (30) Act. Apost., IX.
- (31) Conf. III, 7.
- (32) Idem, íd.
- (33) Idem, 10.
- (34) IV, 16.
- (35) Idem, íd.
- (36) VI, 12.
- (37) Idem, íd.
- (38) Cont. Fort., XLVI.
- (39) Vit. S. Aug. a Pos., 1.
- (40) Conf. VI, 12.
- (41) Sol. I, 2.
- (42) Conf. V, 7.—De duab. anim., IX, 2.
- (43) IV, 4.
- (44) III, 11.
- (45) Idem, 12.
- (46) Idem, 4-7.
- (47) Idem, 2.
- (48) Idem, 8.
- (49) Idem, 2.
- (50) VI, 5 y 16.
- (51) IV, 2.
- (52) Idem, 16.
- (53) Idem, 13.
- (54) De Civ. Dei., libro XXII, 19.
- (55) Reg. XII.
- (56) Conf. I, 1.
- (57) IV, 14.
- (58) Idem, íd.
- (59) Idem, íd.
- (60) VI, 7.
- (61) Idem, íd.

- (62) VI, 7.
- (63) IV, 3.
- (64) Idem, íd.
- (65) Idem, íd.
- (66) Idem, íd.
- (67) VII, 6.
- (68) Idem, íd.
- (69) Idem, íd.
- (70) Idem, íd.
- (71) Epist. ad Hier., 10.
- (72) De mor. manich., XIX y XX.
- (73) Conf III, 6 (nota).
- (74) IV, 6.
- (75) Idem, 7.
- (76) De mor. manich., XIX.
- (77) Conf. III, 10.
- (78) V, 8.
- (79) Idem, íd.
- (80) Idem, íd.
- (81) Idem, íd.
- (82) Idem, 9.
- (83) Idem, íd.
- (84) V, 10.
- (85) Idem, íd.
- (86) Idem, 11.
- (87) Idem, íd.
- (88) De mor. manich., II, 20.
- (89) Conf. V, 10.
- (90) Idem, íd.
- (91) Idem., 14.
- (92) De vera rel., c. 39.
- (93) Conf. IX, 4.
- (94) VI, 10.
- (95) Idem, 8.
- (96) V, 13.
- (97) Idem, 12.

- (98) De ord., II, 17.
- (99) Conf. V, 13.
- (100) Idem, 14.
- (101) VII, 2.
- (102) VI, 3.
- (103) Idem, íd.
- (104) Idem, 11.
- (105) Idem, íd.
- (106) Idem, íd.
- (107) Idem, íd.
- (108) Idem, 10.
- (109) Idem, 1.
- (110) Idem, 2.
- (111) IX, 7.
- (112) Idem, íd.
- (113) Idem, íd.
- (114) Epis. S. Amb. ad. Marc., .
- (115) Conf. VI, 15.
- (116) IX, 6: De beat. vit., n. 12.
- (117) VII, 1.
- (118) Idem, 3.
- (119) Idem, íd.
- (120) Idem, 19.
- (121) Idem, 11.
- (122) Cont acad., II, 6.
- (123) Conf. VII, 20.
- (124) Idem, 17.
- (125) VI, 12.
- (126) Sol. I, 10.
- (127) Conf. VII, 15.
- (128) Idem, 13.
- (129) Idem, 14.
- (130) Idem, íd.
- (131) VIII, 6.
- (132) IX, 8.
- (133) Idem, íd.

- (134) VI, 6.
- (135) VIII, 1.
- (136) Idem, id.
- (137) Idem, id.
- (138) Idem, 2.
- (139) Idem, 5.
- (140) Idem, id.
- (141) Idem, 12.
- (142) IX, 2.
- (143) Idem id. (nota).
- (144) IX, 1.
- (145) Idem, 2.
- (146) Idem, 4.
- (147) Idem, 6.

NOTAS

En cuanto a Agustín, es novelístico lo que se refiere a las escenas de Madaura, pues sólo consta que estuvo, de niño, en dicha ciudad, estudiando unos cuatro años; las ceremonias de la declaración de la pubertad, que figuran en el IV; el viaje a Adrumeto, y algunos diálogos y detalles de poca importancia esparcidos en la obra.

Mamá Pelagia y el padre de Sila son personajes ficticios.

El nombre de Sila, sus orígenes, así como el viaje a Antioquía, carecen de realidad; sólo se sabe que estaba en Africa cuando se juntó con Agustín, que vivió con él muy afectuosamente catorce años, que fué madre de Adeodato, y que regresó al Africa con resolución de no vivir con hombre alguno.

Por lo demás, la falta de citas en muchas páginas no significa que todos los hechos y dichos que figuran en ellas están privados de fundamento histórico, según queda declarado en las advertencias preliminares del libro.

Sirva esta otra *nota* para aclarar más y más algún aspecto de la juventud de San Agustín, y para que se vea cómo se tratan las cuestiones en el libro *La juventud de San Agustín ante la crítica moderna*, de donde se han tomado los datos.

El hogar.—El padre de Agustín era pagano y dió al hijo ejemplos desedificantes. Por influencia de su

santa madre fué adscrito al catecumenado, al poco tiempo de nacer, a diferencia de lo que sucedía con la mayoría de los otros, que no se bautizaban sino de viejos o al morir. En aquellos tiempos era oscurísima la cuestión disciplinar de si convenía o no bautizar a los recién nacidos. (*De quantit anim.*, XXXVI, n. 80.)

Doctrina cristiana.—Relativamente a los órganos de instrucción religiosa que en esta primera edad tuvo Agustín, resultan tres: los maestros de escuela, su madre y el elemento católico del pueblo. Respecto de los primeros, las *Confesiones* andan parcas en detalles, pues dejan lugar a tomarlos o bien como católicos, o bien como catecúmenos, o como donatistas. (*Conf.* I, 9.) Los libros de texto estaban impregnados de mitología, cultos idolátricos y de prácticas obscenísimas, propias de la Roma y Grecia paganas. (*De civit. Dei.*, I, 3.—*Conf.* I, 16.) Por lo que toca a Santa Mónica, es de creer que le enseñó en la niñez cuanto pudo y de la mejor manera que pudo; pero no se olvide que durante los años del catecumenado no se les permitía a los niños ni aprender ni practicar muchas cosas de la Religión. Tocante al elemento católico del pueblo, abundaban entre los habitantes de Tagaste los paganos, lo cual se deduce de las inscripciones halladas, además de saberse que aquel pueblo fué enteramente donatista hacia el año 349, es decir, seis años antes de nacer Agustín, y que el pueblo se convirtió al cristianismo por miedo a las leyes imperiales recién dadas. (*Epíst.* 93, n. 17.) El P. Boyer advierte que la instrucción religiosa de Agustín era poco precisa, como de niño, hasta el punto de que, después, en Milán, ignoraba el misterio de la Encarnación. (*Christian. et Neopl.*, pág. 25.) No hay que imaginarse, pues, a Agustín, de niño, tan instruído en la doctrina cristiana, ni aun como los de nuestras escuelas primarias. Ade-

más, fuese cuanta fuese esta instrucción, téngase en consideración que se realizó hasta la edad de once años o poco más, conforme afirman varios agustinólogos, como el P. Boyer, Guilloaux, Bougaud, Alfarié, etc., edad en que fué trasladado a la escuela superior de Madaura.

Madaura.—Esta población era casi totalmente pagana y herética. (*Serm.* 203, n. 19.—*Epíst.* 16.) Y por consiguiente, eran hostiles a dicha instrucción el ambiente general, los maestros, los libros y las prácticas escolares. (*Conf.* I, 16 y 17.) Pues bien; viviendo en este teatro escolar y social de paganismo e indiferencia religiosa desde los once o doce años hasta los diez y seis, ¿qué quedaría en su alma de los muy pocos conocimientos que aprendiera en Tagaste?

En dicha edad tornó al hogar paterno, y, por falta de dinero para continuar los estudios, permaneció allí un año, mientras se conseguía, para enviar al joven a la metrópoli. Así, pues, con escasos conocimientos de católico y con sobrados de gentil, se partió a Cartago, que era peor aún que Madaura en creencias y prácticas, públicas y privadas.

Ideas y costumbres inmorales.—Ahora examinemos la ética que predominaba en los paganos, y aun en la generalidad de los cristianos, en los lugares donde vivió Agustín. Considérese el temperamento especial de los afro-romanos acerca de los placeres venéreos. Conocidísimo es el libro de Salviano, escritor de los tiempos agustinos, que, entre muchas y muy significativas revelaciones, dijo: “Es tan raro e inusitado que el africano no sea impuro, como nuevo e inaudito que el africano no sea africano. Pues es tan general el vicio de la impureza entre ellos, que no parece africano cualquiera de ellos que abandonare ese vicio.” (*De gubern. Dei.*, libro V, II, n. 16.) Se ha dicho que este autor recargó

la pintura negra del cuadro; pero lo cierto es que los escritores antiguos, como Justino (*Ep. d. T. P. XXXII, 4.*), que hablando de la castidad de Aníbal, asegura que éste no parecía fuese africano; y coinciden en el tono general extendido a los siglos III y IV a todo el mundo civilizado, como fruto del paganismo y de las groseras herejías.

Dejemos a un lado, con todo eso, los testimonios ajenos, y basémonos en los del Santo, quien en sus *Confesiones* I, 16 y 18, se lamenta de las enseñanzas que les obligaban a él y a los demás estudiantes a recibir, mediante los libros de curso, hasta el extremo que llegó a creer que aquellas enseñanzas no eran malas: "En esto juzgaba yo entonces que consistía la rectitud y honestidad de mi vida, porque no veía el abismo de maldad, etc.". (*Conf. I, 17.*)

Otro nuevo pasaje: "Entonces fué cuando tomó dominio sobre mí la concupiscencia, y yo me rendí a ella enteramente; lo cual, aunque no se tiene por deshonor entre los hombres, es prohibido por vuestras leyes." (*Conf. II, 2.*) Entiéndase por los paganos y por muchos de los cristianos. Cierta vez, en el año que se preparaba Agustín para ir a Cartago, su buena madre le advirtió encarecidamente que huyese de tales vicios; mas él dice: "Sus recomendaciones me parecían consejos femeniles y apasionados, a los cuales yo tenía vergüenza obedecer." (*Conf. II, 3.*) Este pensamiento entrañaba mucho menos alcance de responsabilidad moral que el que entraña ahora en nuestros jóvenes tan instruídos y educados en hogares y escuelas saturadas de catolicismo.

En varias de sus obras delata él, nominalmente, las escenas amorosas de Júpiter y de muchos personajes mitológicos, especialmente en Cartago, los espectáculos de la Diosa Celeste (*Enarr. 147, n. 7.—De civ. Dei, II, 4.*

Idem íd., 26.) Y aludiendo a los cristianos, cuando escribía y predicaba, siendo obispo de Hipona, exclama: "Apenas se encuentra uno o dos, o poquísimos buenos." (*Enarr.* in ps., 47.) En otra ocasión predicaba que el hombre casto de entonces tenía que avergonzarse ante los impúdicos, o se retiraba por miedo a las burlas; y que al que holgaba con las esclavas, se le amaba. (*Sermón IX.*) Según el mismo sermón, era corriente la idea de que fornicar con mujeres públicas no constituía pecado, porque no pertenecían a ninguno. También añade que en el adulterio caía casi todo el género humano, y que era el vicio más generalizado. A esto agréguese la embriaguez, incitadora de la concupiscencia, que resultaba generalísima y frecuentísima. Véanse la epístola 22, n. IV, y los sermones 17, 225, 151 y 252. Pero ¿qué mucho si entre el mismo Clero, regular y secular, había ejemplares copiosos de estas abominaciones? Consúltense las epístolas 209, 250, 22, 236, 106, 208, 66 y 78, así como otros documentos citados por Degert en *Quid ad mores*, páginas 48 y 49.

Causas.—Tanta inmoralidad se explica: primero, porque se convertían muchos en la ancianidad, avezados al vicio, y otras veces se convertían por tropeles y aun pueblos enteros, ya hipócritamente, ya ineficazmente, por razón de la perseverancia, y se hacían luego relapsos (*Serm.* 19.); segundo, por la relajación general de costumbres de los paganos y de los herejes; tercero, por la influencia del Derecho de los césares ya cristianos, no saneado del todo aún por el Derecho Canónico; cuarto, por la cohabitación y mezcla de vida entre los cristianos y los no cristianos; y quinto, por la escasez de ministros evangélicos y también por la falta de organización externa.

Ignorancia disciplinar.—La Iglesia africana de aque-

llos siglos equivalía a la de los territorios de misiones de hoy. (*Cost. prim. Cognit. Cf. 181.*) Y no había ni codificación metódica de Derecho eclesiástico, ni se conocía, tan bien como ahora, el dogma y la tradición, así como reinaba en las diferentes regiones el Derecho consuetudinario más que hoy en día.

No es de extrañar, por lo mismo, la ignorancia, en el pueblo y en el Clero, sobre el sacramento del matrimonio. El mismo San Agustín, siendo obispo, plantea estos casos: "Se suele cuestionar si cuando un hombre y una mujer, no siendo aquél marido de ésta, ni ésta esposa de aquél, se unen entre sí, no con el fin de procrear hijos, sino por la sola razón de evitar la incontinencia, mediante la condición de que se guardarán fidelidad mutuamente, ha de llamarse la tal unión nupcias. Y en verdad, *quizás* puede llamarse sin error matrimonio, con dos condiciones: que el pacto no sea temporal, y que nada hagan que se oponga a la generación de la prole, aunque no se unieron con este fin de que nazcan hijos. Que si faltare, por lo demás, una de estas dos condiciones o entrambas, no hallo cómo podemos llamar casamiento a esta unión." (*De bono conjug., V.*) De estas palabras se deduce que dos personas solteras que se unían con el solo fin de evitar la incontinencia (aunque la unión fuera temporal), mediante la condición de guardarse fidelidad mutuamente, era dudoso si estaban casados o no legítimamente.

San Agustín restringe y se inclina a creer que sí estarán casadas esas personas, si se cumplieran además dos condiciones: que el pacto de unión no fuese temporal, sino vínculo indisoluble, y que nada hiciesen los cónyuges contra la procreación, o sea contra los fines esenciales del matrimonio; pero reconoce que en aquel tiempo, aun así presentado el caso, era dudoso. Desde luego, él

razona muy bien su opinión, que ahora los teólogos tienen como cierta, porque la procreación es el fin primario, pero él la sigue con temor de equivocare, *fortasse*.

Es de notarse que en este caso, como en otros varios, la doctrina de Agustín está influida por los recuerdos del maniqueísmo, cuyos prosélitos, al tenor de lo que diremos, impedían la prole, porque la reputaban obra inmoral y antisocial, y sólo buscaban el deleite venéreo. Aquí reconoce probabilidad a la opinión de los que sostenían que la unión conyugal, pactada para no procrear, era válida; pero en *De moribus manichaeorum*, obra escrita hacia el año 390, es decir, más de veinte años antes, tratando de lo mismo, enseña rotundamente: "No hay matrimonio donde se impide la función de la maternidad" (II, c. 18, n. 1). Para juzgar rectamente de este pensamiento del Santo, no hay que olvidar el concepto de impotencia y el de esterilidad antecedentes al matrimonio, así como también el pacto absoluto y general, o, por lo menos, el consejo de la no generación habido antes de la unión matrimonial, como lo hacían los maniqueos.

Otro caso de moral, planteado por el mismo Doctor, consiste en asignar culpa leve a los casados que hacen uso del débito cuando no es necesario para la procreación de la prole, sino para fines secundarios del matrimonio. (*De bono conjug.*, VI y VII.) Acaso sea este rigorismo efecto de su aversión a las doctrinas y prácticas de los maniqueos. En el sermón 41 aparece la misma palabra y el mismo concepto de pecado venial.

Hay un pasaje que es de este tenor, donde, después de hablar de los adulterios entre los cristianos, trata de las malas uniones con los no bautizados, y dice que son perversas costumbres, "lo cual en nuestros tiempos ya no se considera pecado, porque ciertamente en el Nuevo Tes-

tamento nada hay preceptuado sobre este asunto, y, por lo tanto, o se juzga unas veces como lícito, o no se tiene en cuenta otras, como dudoso. De la misma manera se duda sobre si Herodes tomó por esposa la mujer de su hermano, antes o después de que éste muriese; así que no aparece con claridad el juicio de San Juan sobre la licitud de este acto.

“Tratándose también de una concubina —continúa— que prometa que no ha de reconocer a otro varón, aun en el caso de ser desechada por aquel a quien se halla sometida, con razón puede dudarse si no debe ser admitida para recibir el bautismo. El que abandona a su esposa por haberla sorprendido en adulterio, y toma después a otra, no parece equipararse a aquellos que las toman y dejan a capricho, sin la predicha causa de adulterio; pero en las mismas divinas sentencias, de tal manera aparece oscuro y dudoso que aun éste, a quien sin duda alguna le es lícito el abandonar a su esposa adúltera, se le deba, sin embargo, considerar como adúltero por tomar a otra, que, en cuanto me es posible juzgar, creo que en estos casos cada uno se engañará y pecará más o menos venialmente. Por cuya razón todos aquellos pecados que sean manifiestamente de impureza, absolutamente deben ser prohibidos en el bautismo.” (*De fide et oper.*, c. 19.)

Por lo que atañe, v. gr., a la ruptura del vínculo matrimonial entre infieles, o sea el matrimonio natural, los primeros Santos Padres (citados por los tratadistas), que representan la Tradición escrita, son San Ambrosio, entre los latinos, y San Juan Crisóstomo, entre los griegos, posteriores, en sus libros, al año 371, en que aconteció la unión de Agustín con la madre de Adeodato, los cuales exponen el llamado privilegio paulino. Y cuarenta y ocho años más tarde, en un Concilio afri-

cano, se estatuyó algo contra los que rompían dicho matrimonio. San Agustín entendió con algún rigor, año 419, esta doctrina enseñada por San Pablo, porque más de una vez escribió que en ningún caso se podía disolver la unión entre infieles; de modo que, explanando a dicho apóstol, al llegar al verso en que consta aquel privilegio, acaba el tratado *De conjugii adulterinis*, y cierra el libro, sin decir ni una palabra. No es de admirar, pues, que el tema del matrimonio, que contiene aspectos muy intrincados, diera, por lo mismo, motivos de evolución disciplinar en el seno de la Iglesia. Por eso, el mismo santo Doctor da fin al libro I *De conjugii adulterinis* (cap. 25), advirtiendo que hay cuestiones obscurísimas, de cuya aclaración no responde, no sólo en ésta, sino en otras de sus obras, y que se confiesa impotente para resolverlas. Pero, ¿qué mucho será si en las *Retractaciones*, uno de sus libros postreros, al referirse a aquella obra, sigue temiendo que no haya acertado con la verdad?

Todo lo cual no es extraño, porque actuó San Agustín, como Doctor, en tiempos difíciles por todo extremo, puesto que abundaban las doctrinas heterodoxas sobre el matrimonio, sustentadas por los marcionistas, Catarrines, Taciano, los maniqueos y otros. También algunos escritores de la Iglesia griega apenas toleraban, y con no poca repugnancia, las segundas nupcias, a diferencia de la Iglesia latina, que interpretó mejor las enseñanzas del Apóstol. Recuérdese también que los montañistas africanos, y Tertuliano con ellos, habían prohibido estas segundas nupcias.

En los casos trascritos se ve con claridad cuán confusa andaba la disciplina en aquellos países, y cómo la poderosa inteligencia de San Agustín no podía aclarar algunas dudas. Y no se pierda de vista que esto sucedía

treinta o cuarenta años después de transcurrida su adolescencia, es decir, cuando la ignorancia sería aún más general y más arraigada. Tal era el escenario en que se movió la figura de Agustín hasta la edad de diez y siete años, en que principió a vivir en Cartago, ciudad reconocida como la Babel de todos los vicios y sectas.

Conducta inmoral.—Aquí permaneció los primeros seis meses dedicado al estudio, pero entregado a la deshonestidad, en compañía de algunos camaradas, cuyos pasos siguió, no tanto por inclinación propia, sino principalmente por la fuerza del ejemplo y del qué dirán. (*Conf.* II, 3.)

Si llegó a fornicar con mujer, o si todo quedó reducido a pensamientos y deseos, no lo especifican las *Confesiones*, cuyas frases resultan muy genéricas y, además, revestidas de lenguaje metafórico; mas sí consta que fueron pecados graves y muchos. (*Conf.* V, 9.) Yo opino que hubo fornicación con mujer, por dos razones: por la índole de los jóvenes de entonces, y por lo que se deduce del texto en donde dice él que se juntó con la madre de Adeodato, “queriendo saber por experiencia propia la diferencia que hay entre el amor conyugal pactado mutuamente con el fin de la procreación, y el pacto del amor lascivo”. (*Conf.* IV, 20.) Luego conocía ya este último modo de pecar. No es que yo afirme que la unión con aquélla fué matrimonio legítimo cristiano, sino unión objetivamente ilícita, doméstica, no pasajera, y a modo de conyugal, a la que no le faltó sino el nombre honesto de matrimonio, *honestum nomem matrimonii*. (*Conf.* VI, 12.) Esta interpretación de la palabra conyugal está muy de acuerdo con la confesión que hace él, próximo ya a convertirse, cuando dice que la doctrina de San Pablo le permitía casarse, aunque le invitaba, como cosa mejor, a guardar la vida célibe;

pero que no podía él acceder a esta invitación porque estaba muy acostumbrado ya a la vida conyugal: *vita conyugali, cui deditus obstringebar* (*Conf.* VIII, 1), "vida conyugal a la cual estaba yo constreñido o rendido." En consecuencia, ha de entenderse aquí también no vida conyugal propiamente dicha, sino a modo de conyugal. Sigamos.

Concubinato.—Al medio año de vivir en Cartago, juntóse con la madre de Adeodato (*Conf.* III, 1.) Ante las leyes de los emperadores cristianos, esto resultó concubinato legal, pero ante la ley evangélica fué unión ilícita e ilegal, porque carecía del carácter de indisoluble. Pero, bien: ¿sabía entonces Agustín esto? ¿La teología moral de entonces lo consignaba en sus resoluciones? ¿La disciplina de Cartago establecía que para la unión conyugal de dos gentiles, como lo eran Agustín y aquella mujer, se requería la indisolubilidad mandada en el Evangelio? Entiendo, en vista de los datos citados atrás sobre la ignorancia jurídica, que no faltarán teólogos que defiendan como probable la inculpabilidad subjetiva de este caso histórico-moral; pero, mientras no se aclare más el punto, yo no tengo empeño en negar que dicha unión fué, en el acto de ser celebrada, no sólo ilícita objetivamente, sino también subjetivamente, o sea: admito que entre los cristianos cartagineses no reinaba a la sazón ignorancia acerca de la indisolubilidad de la unión matrimonial, y que ya se había desterrado de entre ellos aquella poligamia que fué permitida en el Antiguo Testamento.

Ahora bien; año y medio llevaba ya de unido con la madre de Adeodato, y a la vez dedicado al estudio escolar, cuando cayó en sus manos el *Hortensio*, de Cicerón, el cual le descubrió rumbos ético-fisológicos, tras de los cuales se lanzó el joven buscando la verdad religio-

sa, la verdad verdadera, Dios. (*Conf. III, 4.*) ¿Existía tal vez en la religión de su madre? Y se puso a estudiar la Biblia por sí solo, de donde le resultó su contenido ininteligible en el fondo e imperfecto en la forma. (*Conf. III, 5.*) Agustín se equivocó mucho. ¿Fué reo de pecado grave por este error primero? Creo que no. ¿Cómo iba a entender la Biblia si todavía no le habían enseñado, o no sabía (y tardó mucho en saberlo), “que existiese verdaderamente cosa alguna, fuera de las corpóreas y sensibles?... Ni había llegado a comprender que Dios es un espíritu puro... ni en qué consiste la justicia interior y verdadera”. (*Conf. III, 7.*) “Ignoraba yo —dice— que mi alma tenía necesidad de ser ilustrada con otra luz superior.” (*Conf. IV, 15.*) “Juzgaba yo que Dios era un cuerpo luminoso e infinito y que yo era un pedazo de aquel cuerpo.” (*Conf. IV, 16.*)

“Estaba yo en la creencia de que era un fantasma y cuerpo aparente el que fué crucificado.” (*Conf. V, 9.*) “Rehusaba creer que Jesucristo hubiese nacido en verdadera carne, por no verme obligado a creer que se había manchado con la carne misma.” (*Conf. V, 10.*) “Ni siquiera llegaba a sospechar que hubiera algún misterio en aquellas palabras *El Verbo se hizo carne.*” (*Conf. VII, 19.*)

Conclusión: Los rudimentos del catolicismo aprendido en su pueblo no pasaban de ser, según él, “una especie de superstición pueril”. (*De beata vita, I, 4.*)

Agustín, maniqueo.—Entonces vino a dar en el maniqueísmo, secta muy difundida en Cartago, mezcla de herejías y de absurdos de moral, de principios erróneos y de prácticas nefandas, todo revuelto con muchas cosas laudables. Admitían los maniqueos casi todo el Nuevo Testamento, pero rechazaban el Antiguo; tenían organización propia, jerarquía, oración, rito y algunos sa-

cramentos desfigurados. En cuanto a la moral, ejecutaban muchas obras buenas realmente, y otras malas, ocultamente. ¿Qué causas le determinaron a buscar a Dios en esta secta? El que empleasen un lenguaje de apariencias buenas (*Conf.* III, 6.), valiéndose del prestigio del catolicismo para seducir a los incautos. (*Cont. epist. Manich.* V, 6.) No menor seducción ejerció en su ánimo aquel halago racionalista de hallar la verdad, y toda la verdad (*Conf.* III, 6), sosteniéndose no a la autoridad docente, sino a la capacidad discen- te. (*De util. Cred.*, IX.)

Además, le repetían con porfía, ya de palabra, ya por sus libros, muchos y grandes, que entre ellos se hallaba la verdad, y toda la verdad (*Conf.* III, 6), y que se la enseñarían progresivamente. (*Conf.* V, 6.) En la cual se sobreentiende a Dios, pues dice el Santo que por este tiempo de lo íntimo de su alma suspiraba por Dios, y que estaba muy hambriento de Dios. (*Conf.* III, 6.) Apunta otras dos causas: que en el maniqueísmo creía ver la idea de la bondad, y el hecho de estar acostumbrado a vencer a los cristianos imperitos en las disputas, cuando trataban de religión. (*De duab. anim.*, IX.) Última causa: se adhirió al maniqueísmo porque se persuadió de que en él se hallaba la virtud de la castidad.

¿Profesó el maniqueísmo inculpablemente o de buena fe? *Ideas.*—Dos aspectos abarca la pregunta, a saber: las ideas maniqueístas y su moral. Cuanto a las primeras, conviene prevenir que hay en las *Confesiones* conceptos que parecen a primera vista no estar de acuerdo con los de otros libros, mas se concuerdan perfectamente y sin contradicción alguna distinguiendo tiempos, materias, grados y varias circunstancias de lugar y modo. Desde luego, hay testimonios suyos muy expresivos. Allá van: “Yo había perdido la esperanza de poder hallar la verdad

en vuestra Iglesia (*católica*), de donde ellos (*los maniqueos*) me habían apartado." (*Conf. V, 10.*) "Toda mi alma estaba cuidadosa y ocupada en inquirir la verdad, e inquieta y desasosegada en discursos y disputas para hallarla." (*Conf. VI, 3.*) "Aquellas doctrinas (*maniqueístas*) confieso que llegué a creerlas." (*Conf. III, 6.*) San Agustín aconsejaba a los mismos maniqueos así: "Oid a los varones de la Iglesia con aquella tranquilidad de ánimo y aquel buen deseo con que yo os oí, durante los nueve años en que me engañasteis." (*De mor. Eccles., I, 3.*) Disputando con el maniqueo Fortunato en Hipona, dice: "Esa religión, que yo creí en otro tiempo la verdadera, téngola ahora por falsa, y a ti, que estás presente, toca decirme si tengo o no razón." (*Act. contr. Fort., I.*) Estas afirmaciones autobiográficas quedan reforzadas hasta la saciedad con las que figuran en las *Confesiones* III, 7 y 11; IV, 1 y 3; V, 6, 7 y 14. En la obra *De utilitate credendi*, VIII, se dirige a un su antiguo amigo y le recuerda "con cuánta ansia suspiraba, desde la adolescencia, por encontrar y retener la verdad". (Léase *Contra epíst. Manich*, caps. 2 y 3.)

Empero, ¿hizo cuanto pudo, prácticamente, por hallarla? Sin duda alguna. Consultó las cuestiones con muchos (*Conf. V, 7*); venció en la disputa a varios cristianos imperitos (*De duab. anim., IX, 2*); disputó con Fausto (*Conf. V, 6*). Y quien desee soltar varias objeciones que se pueden ocurrir, lea el capítulo 11 del libro VI de las *Confesiones*, donde el Santo contesta. Colígrese de todo esto que Agustín cayó en esos errores seducido, que procedía de buena fe, y que no perteneció a la secta con contumacia, sino que iba, en calidad de Oyente, buscando la verdad con ansias muy infelices.

Moral maniqueísta.—Pasando por alto los preceptos y consejos buenos que contenía esta ética, fijemos la aten-

ción en lo concerniente al matrimonio. Los maniqueos negaban la institución del matrimonio, autorizaban el concubinato y recomendaban, en cuanto fuera posible, la no procreación de los hijos. A los llamados *Elegidos*, o maniqueos propiamente dichos, les obligaba el celibato más riguroso; a los neófitos u *Oyentes* se les permitía una concubina, una sola, y se les recomendaba cierta continencia. Y todo esto, por razones de religión y de sociología. (Véanse *Contra duas epístolas Pelagii*, lib. III, 9; *Contra Faustum*, lib. XV, 7; *De haeresibus*, XLVI, y *De moribus Manichaeorum*, 18 y 19.)

Como consecuencia, que no se habían de tener por justos y virtuosos los que tenían muchas mujeres a un tiempo, le enseñaban los maniqueos, y esto se lo decían para vituperar a los justos del Antiguo Testamento, Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, David, a quienes Dios había permitido la poligamia. (*Conf.* III, 7.) Y Agustín llegó a creer que, o Dios autorizó una poligamia muy nefanda, o que el Antiguo Testamento era apócrifo. Y añade unos razonamientos con que demuestra que en aquel tiempo estaba él equivocado, pues el Señor permitió con justicia aquéllo; razonamientos que, de joven, no sabía. “Todas estas cosas las ignoraba yo entonces..., y yo, que estaba tan ciego que no las veía, me atrevía a reprender justicia aquéllo; razonamientos que, de joven, no sabía. “Todas estas cosas las ignoraba yo entonces..., y yo, que estaba tan ciego que no las veía, me atrevía a reprender a aquellos antiguos y santos Patriarcas.” (*Conf.* III, 7.)

Concubinato de Agustín.—Persuadido de que aquellas teorías y aquella moral eran verdaderas y buenas, vió que la castidad que él pidió a Dios en los comienzos de la adolescencia (*Conf.* VIII, 7) se le iba a conceder en el maniqueísmo (si acaso no estaba creyendo ya que su

concubinato era lícito); y por eso se ha dicho atrás que precisamente Agustín se hizo maniqueo, entre otros motivos, con el objeto de ser casto. Asegúranlo el P. Portalíé (*Dictionn. de Theol. Cat.*, tom. I, part. II); Prosper Alfarié: *L'Evolution intellectuelle de Saint Augustin*, pág. 151 (nota), y H. Gros lo acepta en *Le valeur documentaire*, etc., I, pág. 22, tomándolo de Becker. ¡Extraña afirmación, y, sin embargo, resulta verdadera! Apóyase en los siguientes pasajes: los maniqueos predicaban y practicaban (aunque hipócritamente) vida casta y ejemplar continencia, y este fué un lazo, "máximo" con que quedó seducido. (*De mor. Eccles. Cat.*, n. 2.)

Nueva prueba de que Agustín se adhirió al maniqueísmo porque buscaba en él la virtud de la castidad: Hablando de Alipio, confiesa: "Volviendo a ser mi discípulo segunda vez, se hizo también compañero y participante de mi superstición, amando él en los maniqueos aquella continencia que aparentaban y que creía legítima y verdadera." (*Conf. VI*, 7.) No vaya ninguno a interpretar que quiere decir que Alipio sí amaba la castidad y él no; sino que la amaban los dos, no por lo engañosa, sino por lo razonable y beneficosa que les parecía. Lo que hay es que el Santo quiere llamar la atención sobre la castidad de su amigo, que la practicó, no al modo de Oyente, como la practicó Agustín, sino de muy perfecto modo, a estilo de los *Escogidos*, que decían se abstenían de todo placer venéreo. Así se explica aquella alabanza que hace de su amigo cuando ambos estaban en Milán a punto de convertirse del todo: "Él, aun en aquella edad, era castísimo, y tanto, que causaba la admiración; pues, aunque a la entrada de la juventud comenzó a experimentar el vicio opuesto, en lugar de atollarse en aquel lodo, quedó muy arrepentido." (*Conf. VI*, 12.) Consecuencia de todo esto fué la resolución de hacerse ma-

niqueo y de haber vivido Agustín hecho un muy fervoroso propagandista.

¿Cumplió con la moral? Responde él: "Tenía yo una mujer, no que fuese mía por legítimo matrimonio, sino buscada por el vago juvenil ardor, escaso de prudencia; pero era una sola, y le guardaba también fidelidad, queriendo saber por experiencia propia la diferencia que hay entre el amor conyugal, pactado mutuamente con el fin de la procreación, y el pacto del amor lascivo." (*Conf.* IV. 2.) He aquí los efectos de la moral maniquea: la fidelidad, que fué observada religiosamente durante muchos años con admiración de todos. Por ejemplo, Vicente, obispo rogatista, en carta escrita a Agustín, ya obispo de Hipona, dícele estas palabras: "Habiéndote conocido muy bien, hace tiempo, cuando, separado de la fe cristiana, estabas dedicado a los estudios, habiéndote conocido como guardador de la quietud y honestidad..." (*Epist.* 93, n. 51.) Esto se refiere a la época de Cartago, y no a la de Tagaste o Madaura, según se deduce de la contestación humilde que el Santo dió, a saber: "Ahora estoy ávido de quietud más que antes, cuando, viviendo Rogato, a quien has sucedido en el obispado, me conociste en Cartago." (*Epist.* 48.)

Nadie desconoce que Alipio era su compañero inseparable. Pues bien: Agustín declara que su amigo lo amaba mucho porque lo tenía por docto y bueno (*Conf.* VI, 2.) Secundino, gran maniqueo, que había conocido a Agustín en la secta, escribió a éste una carta llena de elogios incitándole a que reconsiderase su conversión al catolicismo, y en esta epístola, después de especificar varios pecados, entre otros, algunos relativos a la impureza, declárale: "Te conocí que aborreciste siempre estas cosas; yo conocí que amaste siempre los ideales grandes que se apartan de lo terreno y que tienden a lo ce-

lestial, que mortifican los cuerpos y vivifican las almas.”

Más aún: no practicó las abominaciones de la secta, sino se contuvo dentro de los dictados de la ley natural, en el uso de la procreación: “En cuanto a mujer —declara—, nunca deseé otra cosa que la satisfacción habida con toda dignidad y buena fama. (*Solil.* I, 2.) Y recuérdese lo que afirma respecto de las prácticas de su unión, a saber: que no le faltó sino “el nombre honesto de matrimonio”. (*Conf.* VI, 12.) Prueba convincente también de su buena conducta moral, dentro del maniqueísmo, es el haber delatado a los superiores las deshonestidades ocultas que vió en muchos de los copartidarios, de las cuales se escandalizó mucho y sintió pesadumbre, llevado de su celo por el bien de la secta. (*De mor. manich.*, XIX y XX.) Y añade que los primates de la secta le dieron excusas de impunidad, *excusatio impunitatis*, en favor de los culpados, cuando fueron delatados por él: *Nobis responsum est, cum ad ipsos primates detulissemus...*

Tanto es así que una de las causas por las que abandonó el maniqueísmo fué ésta, y el comprender que la verdadera castidad se encontraba en el catolicismo, y el aprender que San Pablo condenaba proféticamente a los maniqueos porque prohibían el matrimonio. Manifiéstalo siendo obispo, en un escrito dirigido a Secundino, en el cual confiesa que dejó a los maniqueos por temor de las sentencias de San Pablo, en las cuales alude a los herejes que prohibían casarse, y describe muy particularmente a los maniqueos. “Así, pues, habiendo vivido —dice— algún tiempo con ellos, por causa de este temor me aparté de su secta.” (*Cont. Secund. manich.*, II.)

A tanto llegó su buena fe e inculpabilidad relativamente a la unión con la madre de Adeodato.

Objeción.—Contra esta conclusión parece que van los

textos del Santo en que llama a la unión con la madre de Adeodato matrimonio ilegítimo (*Conf.* IV, 2), y que su hijo Adeodato fué fruto del pecado. (*Conf.* IX, 6.) Mas, al expresarse así, ni miente ni se equivoca, porque aquella unión no fué matrimonio cristiano, ya que ellos no estaban bautizados; ni fué matrimonio natural, porque careció del vínculo de indisolubilidad. Por otro lado, no podía llamare matrimonio en razón del maniqueísmo, porque esta secta no lo reconocía ni como sacramento ni como institución social, sino que toleraba el concubinato apenas. Relativamente a llamar al hijo fruto del pecado, en cierto modo lo era, ya se considere como de matrimonio ilegítimo, ya de una unión sancionada por una secta. Empero ha de entenderse que todo esto fué pecado inconsciente, porque el maniqueísmo, lejos de advertirle que pecaba, le recomendaba aquéllo como virtud, inculcándole que los cristianos profesaban principios falsos y perniciosos a este respecto. Fué pecado jurídico, pero no teológico. Cuando era maniqueo, creía que dicha unión era laudable; mas, cuando se convirtió, principió a ver que era vituperable, y mucho más lo vió al escribir las *Confesiones*. Hay que admitir, por lo tanto, cierto sentido retrospectivo en algunos dichos suyos, como éste, por ejemplo, y el episodio de su juventud relacionado con la lectura de los libros de Plotino, y contado con criterio de obispo, que recarga de erudición escrituraria, anacrónicamente, la narración, aunque dejándola rigurosamente histórica en el fondo. (*Conf.* VII, 21.)

Dicen ciertos espíritus apocados que hay que entender las *Confesiones* a la letra, ya hablen en contra, ya en favor del Santo, lo cual es un criterio equivocado. Muchos pasajes de diversa índole necesitan interpreta-

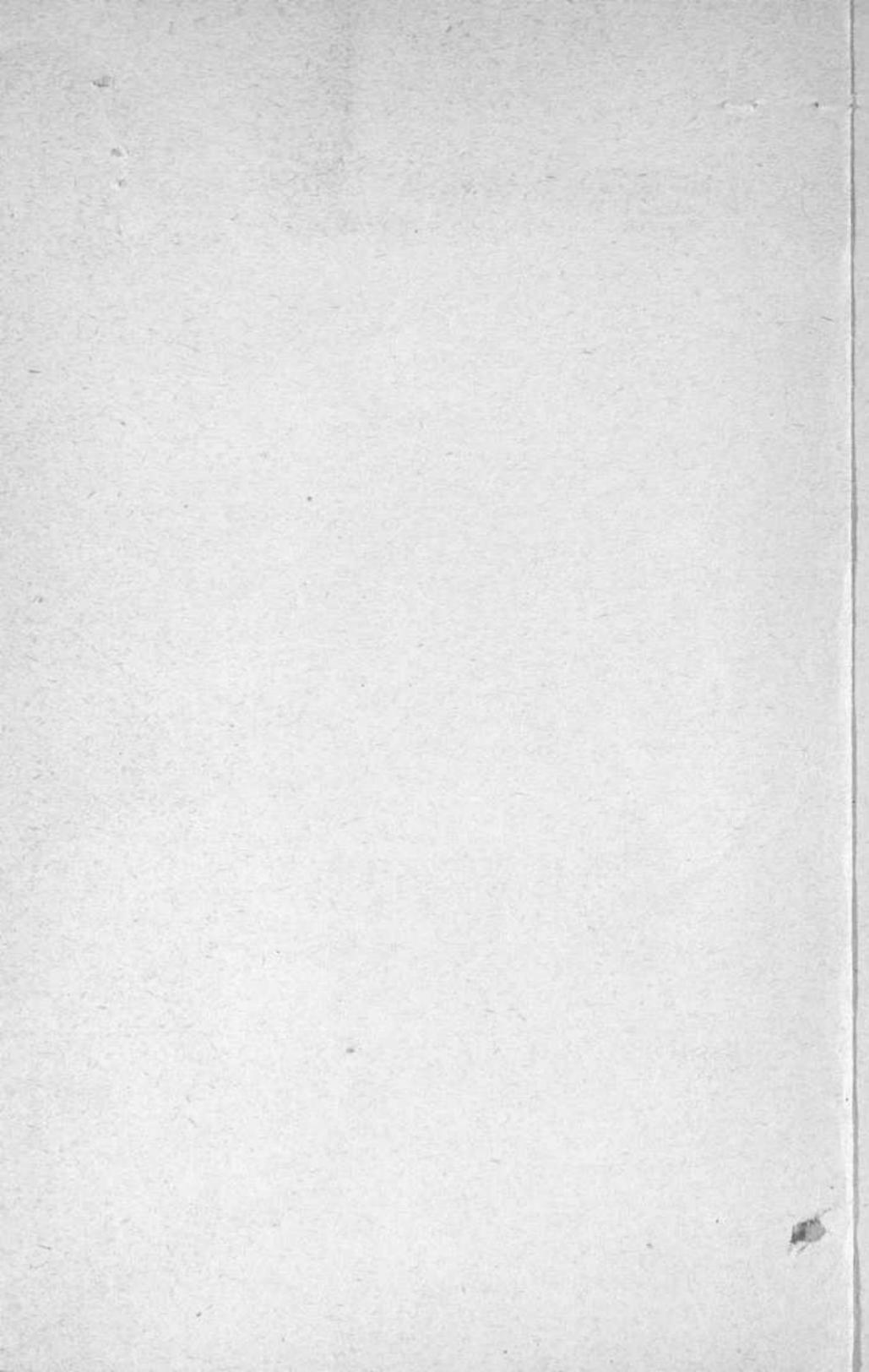
ción, y en particular algunos de la materia que aquí ventilamos. Sirvan de muestra lo que se lee en el libro I, capítulo 7, donde escribe que “el alma de los niños no es del todo inocente”. Y exclama: “¿Dónde o cuándo, Dios y Señor mío, este vuestro siervo fué inocente y sin pecado?” Otro texto: “Era yo en aquella edad tamaño muchachuelo y tamaño pecador.” (*Conf.* I, 12.) Y luego pregunta: “¿Es acaso ésta la que se puede llamar inocencia pueril? No lo es, Señor, no lo es.” (*Conf.* I, 19.) Otro, que se refiere a todos los pecados de su vida: “¿Quién soy yo y qué tal he sido? ¿Qué les ha faltado de iniquidad a mis obras, cuando no a mis obras a mis palabras, cuando no a mis palabras a los deseos y afectos de mi voluntad?” (*Conf.* IX, 1.)

Merecen también aclaración exegética algunos pasajes en que aparece la palabra *fornicatio* y otras similares, propias de las *Confesiones*, I, 13; II, 6, y III, 6.

En estos y otros casos, San Agustín ni miente ni se equivoca, sino que habla así por motivos de humildad profundísima; a veces pondera sus faltas leves en el sentido de la desproporción que hay entre el ofensor, que es la criatura, y el ofendido, que es el Creador y Redentor, añadiendo cuantas circunstancias agravantes puede; en ocasiones no se expresa como moralista, sino como ascético, y pretende que lo desprecien los hombres, y también pretende infundir a la juventud africana horror a los vicios; no pocas veces sucede que, cuando trata de impurezas y concupiscencias, debemos entenderlas no como pecados actuales, sino como efectos del *foemex peccati*, v. gr., el pasaje del libro I, 13, que se refiere a la aversión al estudio, proveniente del pecado.

Conclusión.—Resulta indudable que la unión doméstica con la madre de Adeodato fué ilegal e ilícita; sin

embargo de esto, como maniqueo convencido, no fué reo de culpabilidad formal, sino material; y ciertos textos hay que interpretarlos en sentido retrospectivo, para concordarlos con otros del mismo Santo, so pena de que se contradiga o se equivoque.



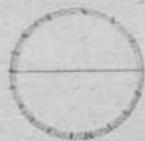
BIBLIOGRAFIA

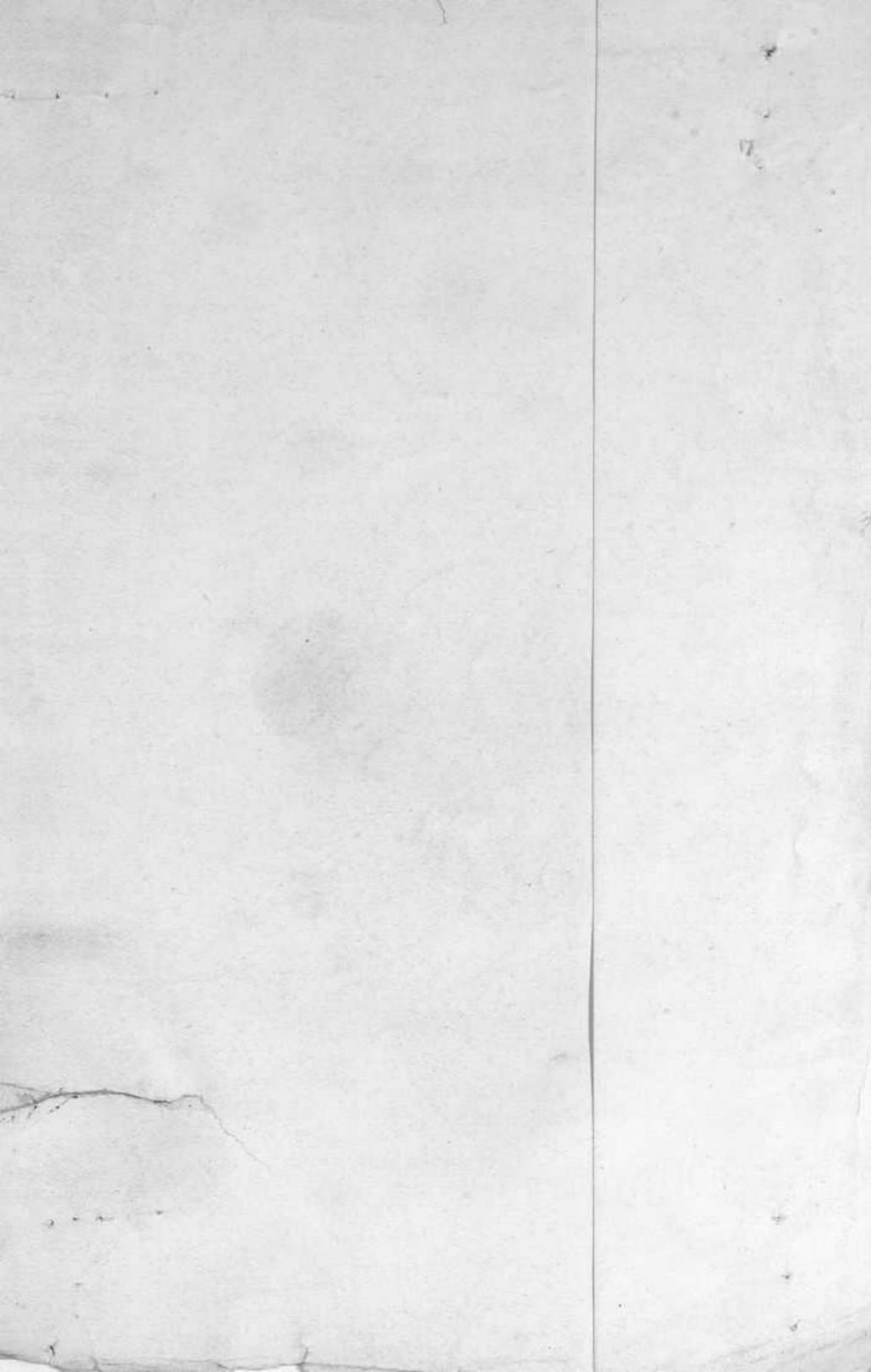
- I *El doctor Navascués* (novela) (tercera edición, premiada).
- II *Restauración de la Provincia de la Candelaria* (agotada).
- III *Idiomas y etnografía de la región oriental de Colombia* (agotada).
- IV *Rufino José Cuervo y la lengua castellana* (tres volúmenes, obra premiada por la Academia Colombiana de la Lengua).
- V *Corazón de oro* (segunda edición, premiada).
- VI *Liberaladas de una Revolución*.
- VII *Novenas de San Agustín, la Virgen de la Consolación, la Virgen de los Dolores, de Manare, el Santo Cristo de Limpias, la Virgen de la Candelaria, la Virgen del Plu, y Ejercicio del Beato Querubín de Aviliana*.
- VIII *Ruiseñores* (poesías).
- IX *Los aborrecidos o En defensa de la vida religiosa* (agotada).
- X *Historia de la Provincia de la Candelaria* (dos volúmenes).
- XI *Un sabio del siglo XIX* (estudio crítico-biográfico).

- XII *Los Agustinos Recoletos y la Francesada* (agotada).
- XIII *Catecismo del Terciario Agustino Recoleta* (agotada).
- XIV *Olor de santidad* (datos para el segundo tomo de la Biografía del P. E. Moreno).
- XV *El convento de San Millán de la Cogolla* (tercera edición, agotada).
- XVI *Biografía de la V. Madre de Agreda* (agotada).
- XVII *Historia de Marcilla* (agotada).
- XXVIII *Historia del convento de Marcilla* (agotada).
- XIX *Biografía del P. Mariano Bernad, del Pilar* (agotada).
- XX *Biografía del Ilmo. P. Fr. Pedro de Santiago, Obispo de Lérida* (agotada).
- XXI *Historia de la Orden de Agustinos Recoletos* (tres volúmenes).
- XXII *Amores y Letras* (novela, premiada).
- XXIII *Historia de la Ciudad de Manizales* (dos volúmenes, premiada).
- XXIV *Vida del Ilmo. P. Fr. Nicolás Casas, Obispo de Casanare.*
- XXV *Vida del Excmo. P. Fr. Toribio Minguella, Obispo de Sigüenza.*
- XXVI *Biografía del P. Fr. Santiago Matute.*
- XXVII *Críticas y Plumadas* (artículos literarios).
- XXVIII *La juventud de San Agustín ante la crítica moderna.*
- XXIX *Pulpito y tribuna* (dos volúmenes).
- XXX *Episodios de un misionero.*
- XXXI *San Agustín, de joven.*

INDICE

	Páginas.
AL LECTOR.....	5
En Madaura.....	11
De Madaura a Tagaste.....	23
El hogar de Mónica.....	35
Hacia la pubertad.....	49
¡Cartago!.....	65
Amar y ser amado.....	77
¿Dónde está la verdad?.....	87
Maniqueo.....	99
La madre de Adeodato.....	113
Diálogos de litera, de teatro, de metafísica y de moral.....	125
Tragedia de conciencia.....	143
¡El hijo de tantas lágrimas!.....	155
Corona de triunfo.....	173
Por entre libros y ciencias.....	189
Dilema terrible.....	205
Fausto.....	217
Prófugo.....	231
Las dos Romas.....	245
Hacia adelante.....	265
En Milán.....	281
El obispo de Milán.....	293
¡Hasta el cielo!.....	311
¡Luz!.....	325
¡Más luz!.....	345
A la Felicidad, por la Ciencia y el Amor.....	361
La conversión.....	377
24 de abril del año 387.....	391
Pasajes citados.....	405
Notas.....	411
Bibliografía.....	433







Precio: 6 pesetas.

■■■■■■■■■■

T. FABO

==

San

Agustín

de

Joven

D-2

23694